



P

3702

B.P. de Soria



61098771
D-1 189

D-1
189

HACIA EL POLO

RELATO DE LA EXPEDICIÓN DE 1893 Á 1896

según el diario de la exploración.

OBRAS DE VIAJES

publicadas por LA ESPAÑA MODERNA.

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.

Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.

Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.

Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

Bentzou.—Las Norteamericanas en su país.

Lázaro.—Hacia Rusia.

11
770

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HACIA EL POLO

B-995

RELATO DE LA EXPEDICIÓN DE 1893 A 1896

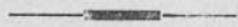
SEGÚN EL DIARIO DE LA EXPLORACIÓN

POR

F. NANSEN

TRADUCIDO POR

JUAN FERNÁNDEZ



MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta Sto. Domingo, 16.

1900



ES PROPIEDAD

INTRODUCCIÓN

NUESTROS antepasados, los antiguos normandos, fueron los primeros navegantes que arrostraron los hielos de la región polar. En el siglo VIII, mientras los marinos de los demás países no se atrevían á alejarse de las inmediaciones de las costas, ellos se lanzaban valerosamente á alta mar, y descubrían sucesivamente Islandia y Groenlandia. Alrededor de esas tierras encontraron bancos de hielo y aprendieron desde temprano á conocer sus peligros. Un documento del siglo XIII, el *Kongespeil* (Espejo de los Reyes) contiene una descripción muy exacta de esas extensiones cristalinas, verdaderamente notable para aquella época en que apenas se observaban los fenómenos naturales.

Algunos siglos después, sucedieron á los normandos, en la lucha contra los hielos, primero los ingleses y luego los holandeses.

Los navegantes de la Europa septentrional, creyendo en la existencia de un mar libre al Norte de los continentes, buscaban en esa dirección un camino que condujera hacia las Indias y la China. Por todas partes encontraron cerrado el paso; pero lejos de desalentarse, persistieron en sus tentativas durante mucho tiempo. Suponían esos marinos que, si el mar se hallaba obstruido por los hielos á una latitud relativamente meridional—alrededor de las costas meridionales de Groenlandia, de Spitzberg y de Nueva



Zembla,—más al Norte estaría libre; y así, animosamente, trataron de abrirse un paso hacia el polo.

Á pesar de lo errónea, tal creencia ha sido útil para el progreso de los conocimientos geográficos, porque todas esas expediciones han permitido allegar observaciones preciosas y reducir el dominio de lo desconocido.

Por caminos muy distintos y con ayuda de medios muy diversos, los antiguos y modernos exploradores han tratado de penetrar en las misteriosas regiones del polo. Las primeras tentativas se hicieron con naves poco apropiadas para tales empresas. Las frágiles barcas de los normandos y las antiguas carabelas inglesas y holandesas no poseían la rapidez ni la resistencia necesarias para triunfar de los hielos. Pero poco á poco fué progresando el arte de la construcción naval; y á medida que las embarcaciones eran más á propósito para el objeto á que se destinaban, el hombre se lanzaba con más ardor cada vez al asalto de los hielos polares.

Mucho antes de empezar las expediciones árticas, las tribus de las regiones boreales de Asia y América recorrían sus desiertos helados en trineos tirados por perros. Los exploradores emplearon por primera vez ese medio de locomoción en Siberia. En los siglos XVII y XVIII los rusos emprendieron largos viajes en trineo para determinar el contorno de la costa septentrional de Asia, desde la frontera de Europa hasta el estrecho de Behring. En esos vehículos atravesaron también una gran banca para llegar á las islas de Nueva Siberia, situadas al Norte del continente.

En América, asimismo, los exploradores ingleses se sirvieron de trineos, en una fecha relativamente antigua, para reconocer las costas del Océano Ártico

En esas expediciones, tales vehículos eran arrastrados por hombres las más de las veces. Caminando así al través de la banca, Alberto Markham realizó en 1876 el avance más audaz intentado hasta entonces para internarse en las regiones polares.

Parry fué el primero que puso en práctica un tercer modo de locomoción, consistente en el empleo combinado de trineos y embarcaciones. Abandonando su navío en la costa septentrional de Spitzberg, ese oficial se internó en la banca provisto de canoas transportadas en trineos, y llegó así á la más alta latitud alcanzada hasta la fecha ($82^{\circ} 45'$). Pero como la corriente arrastrase hacia el Sur la banca en que caminaba penosamente hacia el Norte, tuvo al fin que batirse en retirada.

Mediante esos diversos modos de locomoción, los exploradores han tratado de internarse en la cuenca polar por cuatro caminos diferentes: por el estrecho de Smith, por las dos orillas del ancho brazo de mar comprendido entre Groenlandia y la tierra de Francisco José, y por el estrecho de Behring.

La ruta del estrecho de Smith ha sido la más frecuentemente seguida en estos últimos tiempos. Habiendo afirmado los americanos—con alguna ligereza—que en ese brazo de mar existían vastas superficies de agua libre que avanzaban muy lejos hacia el Norte, los exploradores eligieron, naturalmente, esa vía con preferencia á las demás; pero las cosas, por desgracia, distaban mucho de ser así. Al través de ese boquete abierto entre Groenlandia y la América boreal, una corriente arrastra hacia el Sur bancas enormes, y ante esas masas de hielo flotantes todos los barcos han tenido que detenerse y buscar un refugio en las costas. La empresa de más importancia aco-

metida en esa dirección fué la de Nares (1875-76). A costa de esfuerzos inauditos, un oficial de esa expedición, el comandante Markham, alcanzó los 83°, 20', la latitud más alta á que se llegó por entonces. Después de tal experiencia, era evidente, en sentir de Nares, la imposibilidad de llegar al polo por ese camino.

Durante la estancia de la misión Greely en esos parajes (1881-84), el teniente Lockwood no excedió más que en cuatro minutos la latitud alcanzada por Markham.

En el ancho brazo de mar abierto entre Groenlandia y Spitzberg, los navegantes tuvieron que detenerse en latitudes mucho más meridionales. En 1869-70, la expedición alemana de Koldewey no pudo pasar de los 77° de latitud, mediante trineos, siguiendo la costa oriental de Groenlandia. Baña esa costa una corriente polar que arrastra hacia el Sur una masa inmensa de hielo; de modo que, en esa dirección, no ofrece ninguna probabilidad de éxito una marcha hacia el Norte. Por la parte de Spitzberg las condiciones son más favorables. La corriente cálida que sigue hacia el Norte la costa occidental de ese archipiélago despeja el mar hasta más allá de los 80°; en ninguna otra parte es posible alcanzar tan fácilmente una latitud más septentrional en aguas libres.

Más al Este el estado de los hielos es menos favorable; en consecuencia, son muy pocas las expediciones que se han dirigido por ese lado. La tentativa principal realizada al Norte de Nueva Zembla es la de Weyprecht y de Payer (1872-1874). Bloqueado á la altura del extremo septentrional de esa tierra, el buque austro-húngaro fué arrastrado al Norte por una corriente, y descubrió á la postre la tierra de Francisco José. Prosiguiendo su camino en dirección al polo,

Payer alcanzó los 82°5. Después ese archipiélago no ha sido visitado más que por Leigh-Smith y por la misión inglesa Jackson-Harmsworth.

La primera tentativa realizada por el estrecho de Behring es la de Cook en 1776; la última, la desgraciada expedición de la *Jeannette*. Presa en la banca el 6 de Septiembre de 1879, al Sureste de la tierra de Wrangel, la *Jeannette*, después de caminar durante dos años hacia el Oeste-Noroeste en su prisión de hielo, se destrozó al Norte de las islas de Nueva Siberia.

Así, pues, en todas las direcciones seguidas hasta aquí la banca había detenido los esfuerzos del hombre. Por consiguiente, para vencer la resistencia de los hielos, era necesario imaginar un nuevo medio de internarse en las regiones polares y elegir un nuevo camino.

Como acabo de decir, la *Jeannette* fué aplastada en 1881 al Norte del archipiélago de Nueva Siberia, después de un arrastre de dos años al través del Océano Glacial de Siberia. Tres años después se descubrieron restos auténticos de ese buque en un témpano, cerca de Julianehaab, en las inmediaciones del extremo Suroeste de Groenlandia.

Claro es que el témpano cargado con esos restos no había podido llegar á aquel punto sino atravesando la cuenca polar. Pero ¿por qué camino? Evidentemente no había seguido el estrecho de Smith. Por ese lado la corriente polar costea la tierra de Baffin y el Labrador, arrastrando las bancas hacia la costa americana y no hacia la parte de Groenlandia. El témpano en cuestión no podía haber llegado á Julianehaab más que acarreado por la gran corriente polar que desciende hacia el Sur siguiendo la costa oriental de Groenlandia, y que, después de doblar el cabo Fare-

well, remonta hacia el Norte por el estrecho de Davis. Sobre este punto no era lícita ninguna duda. Faltaba ahora dilucidar el camino seguido por ese témpano desde las islas de Nueva Siberia hasta el Oriente de Groenlandia. Según todas las probabilidades, los despojos del naufragio debieron dirigirse hacia el Noroeste, impelidos al través del Océano Glacial de Siberia por la corriente que marcha en esa dirección, y después de pasar al Norte de la tierra de Francisco José y de Spitzberg, probablemente por las cercanías del polo, llegarían á las aguas del oriente de Groenlandia, y luego serían arrastrados al Sur por la corriente polar de esa región. En el estado actual de nuestros conocimientos hidrográficos, ese es, por lo menos, el único itinerario plausible. La distancia desde las islas de Nueva Siberia hasta Julianehaab, por el itinerario que acaba de indicarse, es de 2.900 millas marinas. Los despojos habían efectuado ese trayecto en 1.100 días, ó sea, á razón de 2,6 millas por veinticuatro horas, cifra que concuerda con las velocidades ya conocidas de la marcha de los hielos.

Otros casos de flotación menos asombrosos que el de los restos de la *Jeannette* prueban igualmente el aflujo de las aguas siberianas hacia la Groenlandia oriental. Por ejemplo: en las costas de esta tierra se ha recogido una palanca para disparar flechas como las que fabrican los esquimales del estrecho de Behring. Además, la mayoría de las maderas flotantes recogidas en Groenlandia proceden de la parte septentrional del continente asiático. Recordaré igualmente á este fin que, según Grisebach, la flora de Groenlandia encierra especies de Siberia; evidentemente esas plantas no pueden haber sido transportadas tan lejos, sino por una corriente marina que una

los dos países. No es eso todo. Los lodos que yo recogí en 1888 en la banca de la Groenlandia oriental no encierran menos de veinte especies minerales diferentes; y tal variedad de composición induce á suponer, según el Dr. Törnebohm, de Estokolmo, que proceden de un país muy extenso, probablemente de Siberia. En fin, en medio de esos depósitos el Dr. Cleve ha descubierto diatomeas muy interesantes que, entre millares de ejemplares examinados por él, no se refieren más que á especies recogidas por la expedición del *Vega* al cabo Wankarema, cerca del estrecho de Behring.

Todas esas observaciones parecen, pues, ofrecer una prueba indudable de la existencia de una gran corriente que, partiendo del Océano Glacial de Siberia, se dirige á la costa oriental de Groenlandia, pasando por la cuenca polar.

La teoría, por otra parte, corrobora la existencia de esa corriente. Al Este del Spitzberg meridional y del extremo Sur de la tierra de Francisco José existe en el Océano ártico un centro de depresión barométrica. En virtud de la ley de Buys-Ballot, los vientos, en la parte Norte de esa zona de minimum, soplan de Este á Oeste, y deben determinar, por consecuencia, un movimiento de las aguas en esta última dirección, es decir: hacia la cuenca polar y hacia Groenlandia.

Si las más de las expediciones emprendidas hasta aquí habían fracasado, fué porque se dirigieron á mares donde la corriente camina hacia el Sur. A medida que la embarcación avanzaba hacia el Norte, los hielos flotantes eran cada vez más numerosos, y acababan por bloquear el navío y arrastrarle hacia atrás. Si se marchaba por la banca con trineos, los exploradores derrochaban sus fuerzas en balde: mientras, á

costa de terribles fatigas, se dirigían hacia el Norte, la lenta corriente de las aguas llevaba hacia el Sur la banca en que creían avanzar. Era preciso, á la inversa, seguir una corriente que se encaminase hacia el Norte; ó, de otro modo, hacer en un buque el viaje de los restos de la *Jeannette*.

Alcanzar las islas de Nueva Siberia; avanzar desde allí todo lo más posible hacia el Norte, abriéndose paso al través de los hielos; y luego, una vez cerrado todo acceso en ese sentido, dejarse arrastrar hacia el Noroeste por la lenta corriente que lleva las aguas del Océano Glacial de Siberia hacia Groenlandia: tal era el plan de viaje que proyectaba yo.

Que la corriente de la *Jeannette* pasase por el polo ó entre este punto y la tierra de Francisco José, era para mí cuestión de poca importancia. Yo me proponía, en efecto, como dije en 1891 en la primera exposición de mis proyectos ante la Sociedad de Geografía de Cristianía, no alcanzar el eje septentrional de nuestro esferoide, sino explorar, bajo el punto de vista científico, los inmensos espacios desconocidos que le rodean. Sólo el estudio de esos desiertos ha sido el objeto de mi viaje. En mi sentir, buscar el punto matemático que forma el polo no ofrece más que un mínimo interés.

Debo confesar que mi proyecto distó mucho de reunir los sufragios de los exploradores árticos. Evidentemente se apartaba demasiado de las ideas admitidas hasta aquí.

Una vez trazado el plan, faltaba asegurar su ejecución. El gobierno y el parlamento noruego concedieron con entusiasmo una subvención de 392.000 pesetas. El resto de los gastos, que subieron á la cifra total de 622.000 pesetas, fué cubierto por el rey de Noruega y por generosos compatriotas.

Yo necesitaba, ante todo, un buque de una solidez excepcional, capaz de resistir los embates de los hielos, que seguramente serían terribes durante la prisión en medio de la banca. El ingeniero noruego, Colín Archer, á quien confié la construcción, comprendió su importancia y consagró á esa obra toda su ciencia y todo su celo. A ese colaborador debo en parte el éxito de mi empresa.

La mayoría de las expediciones anteriores no habían tenido á su disposición barcos construidos especialmente para la navegación en medio de los hielos. Esa negligencia parece tanto más extraña cuanto que varios de esos viajes exigieron considerables gastos. Generalmente, una vez decididas las expediciones, los jefes de misión tuvieron tal prisa de hacerse á la mar que les faltó tiempo para aprestarlas con la debida atención. En muchos casos los preparativos no dieron comienzo sino algunos meses antes de la partida. Nuestra expedición no podía prepararse con tal rapidez; su organización ha exigido tres años, y nueve antes de su ejecución estaba ya concebido y decidido el plan.

La forma adoptada por nuestro buque, después de largos tanteos, no era precisamente elegante; pero lo esencial era disponerle de tal modo, que la presión de los hielos, en vez de triturarle, le levantaba en vilo.

El *Fram* (1) no necesitaba ser un barco de mucho andar, sino un refugio sólido y cómodo para cuando nos viésemos arrastrados al través del desierto de hielo. Yo deseaba un buque lo más pequeño posible, y creía que sería bastante uno de 170 toneladas líquidas; pero el *Fram* fué mucho mayor (307 toneladas). Necesitaba una embarcación corta para que pudiese

(1) El *Adelante*.—(N. DEL T.)

evolucionar fácilmente al través de los hielos y ofrecer á la vez mayor resistencia. La longitud del casco es una causa de debilidad en medio de las bancas. Era esencial, por otra parte, que los costados fuesen todo lo lisos posible y que se evitasen las superficies planas en la cercanía de los puntos vulnerables. Mas, para que tal buque, cuyas paredes debían ser además muy pendientes, pudiese poseer la capacidad requerida, había que darle una gran anchura. En su consecuencia, el *Fram* tuvo una anchura igual al tercio de su longitud. Se dió una forma bien redondeada al casco, á la proa, á la popa y á la quilla, para que el hielo no pudiese hacer presa en ninguna parte, y el barco se deslizara fuera como una anguila cuando los témpanos le oprimiesen.

Reforzáronse particularmente las dos extremidades. El estrave estaba formado por tres fuertes cabriones de roble, cuyo conjunto constituía una masa compacta, de un espesor de 1^m,25, donde iban sujetas sólidas busardas de roble y de hierro. Un tajamar de hierro protegía además la proa. La popa, amén de tener una construcción especial, iba defendida exteriormente por planchas del metal referido. Dos pozos, convenientemente habilitados, permitían subir al puente la hélice y el timón. A bordo de los balleneros una instalación particular permite reemplazar al propulsor, en caso de avería producida por los hielos; pero en esas embarcaciones no existe ningún pozo para subir el gobernalle. Nosotros, á pesar de lo reducido de la tripulación, podíamos hacerlo en algunos minutos, con ayuda de un cabrestante, cuando en los balleneros una tripulación de sesenta hombres necesita varias horas, y aun á menudo todo un día, para instalar un nuevo timón.

Todos los esfuerzos del constructor tendieron á dar la mayor solidez posible á los costados del buque, en cuya construcción se empleó madera de roble destinada primitivamente á la marina noruega y que habia permanecido resguardada durante más de treinta años. El espesor total de las paredes del buque era de 70 á 80 centímetros. Tal muralla, con sus formas redondeadas, debía ofrecer una resistencia muy grande contra el hielo. Para dotarla de mayor solidez aún, se apuntaló el interior en todos sentidos, de suerte que la cala parecía una tela de araña. Todas las partes de la construcción se hallaban unidas entre sí y con los costados de la nave con multitud de soportes. Los costados, como se ha dicho, estaban redondeados por abajo hasta la quilla, de modo que la sección lateral se asemejaba á la de la mitad de una nuez de coco.

Principales dimensiones del buque:

Longitud por la quilla.....	31 ^m ,00
Longitud por la línea de flotación....	34 50
Longitud en el puente.....	39 00
Anchura máxima.....	11 00
Profundidad.....	5 20
Calado con poca carga.....	3 81
Desplazamiento con poca carga....	530 toneladas.
Calado con mucha carga.....	4 ⁿ ,58
Desplazamiento con mucha carga.....	800 toneladas.

El aparejo debía ser sencillo al par que resistente, y disponerse de modo que ofreciese el menos blanco posible al viento, cuando la nave marchase á vapor. En segundo lugar, como nuestra tripulación era escasa, se necesitaba que las maniobras pudiesen hacerse con facilidad desde el puente. Por esta razón, el *Fram* fué aparejado como una goleta. Su velamen tenía una superficie de 600 metros cuadrados.

La máquina era de triple expansión. Pudiendo producirse averías en un cilindro, cada uno de ellos se instaló de modo que pudiese cerrarse y obrar independientemente de los otros. Por la simple manipulación de una llave la máquina podía transformarse así en *compound* de alta ó baja presión. Tenía una fuerza de 220 caballos, y en tiempo de calma daba una velocidad de 6 á 7 millas por hora. Llevábamos dos hélices y un timón de repuesto; pero felizmente no tuvimos que utilizar las reservas.

El alojamiento se dispuso en la popa, bajo la toldilla. Alrededor del salón había cuatro camarotes de una cama y dos de cuatro camas. Esta instalación tenía por objeto resguardar del frío exterior la pieza central. El techo, las paredes y el suelo se recubrieron de una espesa capa de materias no conductoras del calor, y detrás se puso linoleum por todas partes para impedir la entrada del aire caliente y húmedo en los camarotes, donde su condensación hubiese formado depósitos de hielo. Gracias á estas precauciones, cuando se encendió fuego en el salón, jamás hubo humedad, ni aun en los camarotes.

Para la seguridad del buque en caso de una vía de agua, la cala se dividió en tres compartimentos estancos.

Se dotó al *Fram* de luz eléctrica, con ayuda de un dinamo movido por la máquina, mientras estábamos en marcha. Más tarde, cuando permanecíamos inmóviles, la fuerza necesaria para el desarrollo de la electricidad se obtuvo con ayuda de un molino de viento instalado en el puente.

Nuestro buque iba provisto de ocho embarcaciones, dos de ellas capaces de contener toda la tripulación y provisiones para varios meses. En esas dos tenía yo

el pensamiento de que nos instalásemos, en el caso de que se inutilizara el buque. Llevaba también una lancha de petróleo, pero no sirvió más que para darnos qué hacer.

Para evitar el escorbuto, elegí con cuidado las provisiones á fin de procurarnos una alimentación sana y variada. Ningún artículo fué adoptado por la expedición sin ser sometido antes al análisis químico. El embalaje fué igualmente objeto de cuidados minuciosos; hasta las legumbres secas y la galleta se encerraron en cajas de cinc. Es, en efecto, inútil llevar una gran cantidad de víveres, si no se toman las más minuciosas precauciones para asegurar su conservación. La menor negligencia en este punto puede acarrear las consecuencias más desastrosas.

La expedición llevó, naturalmente, un numeroso material para las observaciones científicas. De acuerdo con varios sabios, que tuvieron á bien prestarme su concurso para este fin, tomé sobre todo instrumentos prácticos y muy bien contruidos. Además de los termómetros, barómetros, psicrómetros y anemómetros, llevé instrumentos registradores, un gran teodolito para las observaciones astronómicas, dos más pequeños para las expediciones en trineo, varios sextantes de diferentes dimensiones, cuatro cronómetros marinos, cronómetros de bolsillo y los instrumentos necesarios para medir la declinación, la inclinación y la intensidad magnética. Se habían adoptado, en fin, todas las medidas indispensables, á fin de recoger una amplia cosecha de observaciones.

Para el éxito de la expedición era de la más alta importancia poseer perros vigorosos con destino á los trineos. El barón de Toll, el célebre explorador ruso

de la Siberia septentrional, se ofreció á procurárnoslos en el curso del nuevo viaje que iba á emprender al Asia ártica. A su paso por Tiumen, en Enero de 1893, encargó á un tal Alejandro Ivanovich Trontheim la compra de treinta perros ostiakos y su conducción á Kabarova, aldea samoyeda, situada á orillas del Yugor Char, en la entrada del mar de Kara. No consideró con esto terminada su misión. Como los perros de la Siberia oriental son mejores animales de tiro que los de la Siberia occidental, confió á un noruego establecido en el país el encargo de llevarnos un buen número de esos animales á la desembocadura del Olonek, en la costa septentrional de Asia. En la primavera de 1893 ese explorador ruso visitó las islas de Nueva Siberia, y estableció allí, con destino á nosotros, varios depósitos de viveres, para el caso en que ocurriese algún accidente á nuestra expedición.

La tripulación del *Fram* se componía de trece personas. He aquí la lista de mis compañeros:

Otón Neumann Sverdrup, capitán del *Fram*, nacido en 1855. Casado y padre de un hijo. En cuanto conoció mis proyectos de viaje, me ofreció sus servicios, que me apresuré á aceptar. No podía ponerse en mejores manos la dirección del buque. Sverdrup me había acompañado en mi anterior expedición á Groenlandia.

Sigurd Scott-Hansen, teniente de la marina real, nacido en 1868. Tuvo á bordo el encargo de las observaciones meteorológicas, astronómicas y magnéticas.

Enrique Greve Blessing, médico y botánico, nacido en 1866.

Teodoro Claudio Jacobsen, segundo del *Fram*, naci-

do en 1855. Había navegado desde la edad de quince años. Desde 1886 á 1890 todos los veranos había hecho una campaña de caza y de pesca en el Océano Glacial. Casado y padre de un hijo.

Antón Amundsen, primer maquinista. Al servicio de la marina real desde los veinticinco años. Casado y padre de siete hijos.

Adolfo Juell, cocinero y encargado de los víveres. Tenía el título de patrón de cabotaje, y había mandado un barco durante varios años. Nacido en 1860. Casado y padre de cuatro hijos.

Lars Peterson, segundo maquinista. Excelente herrero y obrero. Al servicio de la marina real desde hacía varios años. Nacido en 1860. Casado y padre de cuatro hijos.

Federico Hjalmar Johansen, teniente de reserva del ejército. Nacido en 1867. Tenía tal deseo de tomar parte en la expedición, que aceptó las funciones de fogonero por no haber ningún otro puesto vacante cuando fué admitido. Durante el viaje desempeñó las más de las veces las funciones de meteorólogo auxiliar.

Pedro Leonardo Henriksen. Nacido en 1859. Arponero. Catorce campañas en el Océano Glacial. Casado y padre de cuatro hijos.

Bernardo Nordahl. Nacido en 1862. Había servido durante catorce años en la marina real, y posteriormente, después de haber sido agente de policía, se había hecho electricista. A bordo desempeñaba, naturalmente, las funciones de su profesión, unidas á las de fogonero y á veces de meteorólogo. Casado y padre de cinco hijos.

Ivar Otón Irgens Mogstad. Nacido en 1856. Primero guardabosque, después guardián principal de un asilo

de enajenados. Sabiendo todos los oficios, nos prestó los servicios más diversos.

Bernt Bentzen. Nacido en 1860. Patrón de cabotaje. Fué admitido á última hora. Vino á verme á las ocho de la noche, y á las diez saliamos de Tromsö, nuestra penúltima escala.

HACIA EL POLO

CAPITULO PRIMERO

La partida.—Kabarova.—El mar de Kara.—El cabo Cheliuskin.
La entrada en la banca.

Noruega, 24 de Junio de 1893, fiesta del estío. Día de tristeza para nosotros. Es el momento de la partida. Salgo de mi casa y atravieso solo el jardín para dirigirme hacia la playa donde me espera la lancha de vapor del *Fram*. Dejo tras de mí todo lo que me es más querido en el mundo. Ahora ¿cuándo volveré á ver á esos seres adorados? Mi Livita, sentada en la ventana, palmotea. ¡Pobre criatura! ¡Ignora aún, felizmente, las vicisitudes de la vida!

La lancha cruza como una flecha por la tersa superficie del furdo, y atraca al momento al costado del *Fram*. Todo está listo á bordo. En un instante el buque leva anclas, saludado por la población de Cristianía apiñada en los muelles, y desciende pausadamente el furdo... Un último saludo á los míos y á mi casita situada allá, en aquella península... Este día de la partida ha sido el más triste del viaje.

Desde Cristianía seguimos la costa de Noruega hasta Vardö. Las costas de nuestro país se hallan prote-

gidas, en casi toda su extensión, por un gran archipiélago. Sólo en algunos puntos falta este abrigo; por ejemplo, en el cabo Stat y en el Lindesnes, y delante de esos promontorios hay siempre mar recia. En el Lindesnes tuvimos la mala suerte de encontrar una gran marejada que estuvo á punto de causar serias averías á nuestro navío pesadamente cargado. El *Fram* se balanceaba como un tonel vacío y embarcaba enormes masas de agua que destrozaban cuanto había en el puente.

Hasta el 12 de Julio no anclamos delante de Tromsø, el pequeño París del Norte. Allí nos saluda una tormenta de nieve. Todo el país se halla sepultado aún bajo un espeso sudario. Hemos llegado á los umbrales del dominio del frio.

En Vardö, después de despedirnos del mundo civilizado, levamos ancla en medio del silencio matinal para dar comienzo á nuestro viaje. Triste comienzo: durante cuatro días navegamos envueltos en densa niebla. En la mañana del 25 de Julio, cuando subo al puente, un claro sol ilumina el cielo azul, y el mar, suavemente mecido por un ligero oleaje, centellea con visos deslumbradores. Tras los largos días de triste bruma, ese esplendor de la Naturaleza nos inunda el corazón de alegría y de esperanza. Por la tarde está á la vista Nueva Zembla. Al punto se preparan las escopetas y los cartuchos, y ya nos sonríe la perspectiva de regodearnos con caza. En esto vuelve la niebla y cubre en seguida el mar con su manto gris: ¡hemos otra vez aislados y separados del mundo!

El 27 de Julio blanquea de repente la bruma: ¡estamos á la vista de los primeros hielos! Los atravesamos con facilidad, pero á la mañana siguiente son mucho más compactos. La navegación por medio de

una banca, con tiempo cerrado, ya se concibe que no es empresa fácil: se expone uno á verse «pellizado» antes de saber dónde se encuentra. La presencia de ese hielo en un mar completamente libre por lo común en esa época del año era una señal de mal augurio. Por otra parte, las noticias que nos dieron en Tromsø y en Vardø no eran animadoras. Hasta algunos días antes de nuestra llegada el mar Blanco había permanecido bloqueado, y un buque que iba, como nosotros, hacia el Yugor Char se había visto detenido por el hielo. ¿Cuál sería la situación en el mar de Kara? No nos atrevimos á pensarlo siquiera.

El 29 tomamos rumbo hacia el Yugor Char. Avanzamos durante varias horas sin poder descubrir las tierras que circuyen el estrecho. Al fin, tras larga espera, distínguese como una sombra en la superficie marina: es Vaigach; otra mancha más al Sur marca la costa rusa. Una tierra baja, completamente llana, sin el menor accidente del terreno; y se extiende así indefinidamente hacia el Norte como hacia el Sur. Estamos en los umbrales de las inmensas llanuras del Asia septentrional. El vigía busca la posición de Kabarova, donde nos espera Trontheim con los perros. En la costa meridional del estrecho aparece un mástil de pabellón con bandera roja. Kabarova debe andar por detrás. A poco, en efecto, descubrimos algunas barracas rodeadas de tiendas cónicas. Una barca se destaca de la orilla y se acerca al buque. Un hombre de mediana estatura, que parece un escandinavo, sube á bordo, seguido de un grupo de samoyedos, con amplias vestiduras de piel de reno que les arrastran hasta el suelo: es Trontheim; nos trae treinta y cuatro perros en perfecto estado.

Después de la cena, escoltados por una partida de

rusos y de samoyedos que nos contemplan con la más viva curiosidad, vamos á visitar los monumentos de Kabarova. Son dos iglesias de madera: una muy antigua, de forma oblonga y rectangular; otra completamente nueva, una construcción ochavada que parece un pabellón de jardín. Un poco más lejos hay un monasterio. Los seis monjes que le habitaban han muerto de escorbuto, al decir de los indígenas. Probablemente la enfermedad ha tenido un auxiliar poderoso en el alcohol.

Hicimos en Kabarova una parada de varios días, exigida por la limpieza de la caldera y de los cilindros. Me aproveché de ella para ir á reconocer el estado de los hielos al otro lado del Yugor Char. En el curso de esa expedición nos dió mucho que hacer nuestra lancha de petróleo, y al cabo tuvimos que volver á remo. Siguiendo primeramente la costa de Vaigoch, atravesamos después el estrecho. En medio del canal descubrimos un banco cubierto tan sólo de 30 á 50 centímetros de agua y barrido por una corriente rapidísima. En ese paso abundan los bancos extraordinariamente, sobre todo hacia la costa meridional; de modo que la navegación por ese estrecho exige grandes precauciones.

En el continente subimos á unas eminencias que dominaban un vasto panorama. Por todas partes se dilataba sin término la tundra. ¡Cuán distinto era el aspecto de ese desierto de la idea que se tiene de él generalmente! Lejos de ofrecer la imagen de una horrible desolación, la vasta llanura estaba cubierta de una verde alfombra, esmaltada de flores de rara belleza. Durante el largo invierno siberiano, esas inmensas soledades duermen sepultadas bajo una espesa capa de nieve; pero, en cuanto brilla el sol, desapa-

rece la blanca sábana, y se descubren maravillosos tapices de delicadas flores. A la vista de ese verdor, cuando se extiende sobre vosotros un cielo azul y transparente, casi llega á dudarse de la posición septentrional del país. Las tundras son la morada de los samoyedos, que, en medio de esos desiertos sin fin, llevan una libre vida errante, plantando su tienda donde les acomoda, para trasladarse á otro punto cuando les parece. Nada de cuidados ni de afanes. En estas soledades, la existencia se desliza tan suave y tranquilamente que casi llego á envidiar á sus sencillos moradores.

Desde nuestro observatorio divisamos en el mar de Kara una barca que se extiende hasta el confín del horizonte. Parece relativamente compacta y maciza; por fortuna, entre el hielo y la costa hay un canal libre. Podremos, pues, avanzar fácilmente en esa dirección.

Al otro día, con ayuda de Amundsen, arreglo la máquina de la lancha de petróleo; pero, con ese trabajo, temo haber perdido para mucho tiempo la estima de los habitantes de Kabarova. Varios rusos y samoyedós que había á bordo me vieron bregar durante la operación como un bracero, con la cara y las manos llenas de aceite y de unto. Cuando volvieron á tierra, interpelaron á Trontheim y le dijeron que yo no era el gran personaje que él se había complacido en pintarles. A bordo trabajaba como un simple marinero, y estaba más sucio que el más pobre mendigo. Trontheim, ignorante de lo que había ocurrido, no pudo disculparme desgraciadamente á los ojos de los indígenas.

Por la tarde se procede á la prueba de los perros. Trontheim engancha diez á un trineo samoyedo; ape-

nas me acomodo en el vehículo, los animales salen disparados en persecución de un desgraciado perro que ha venido á rondar por las inmediaciones. Al pronto me quedé aturdido con aquella carrera desenfrenada y con los ladridos de los canes; pero al fin logro saltar al suelo, caigo sobre los más furiosos y consigo atajar la persecución. Después de poner en orden el tiro, Trontheim se sienta á mi lado y restalla el látigo, profiriendo una especie de relincho que se puede traducir por *Pr-r-r-r, pr-r-r-r*. Inmediatamente los perros emprenden una carrera infernal por la llanura herbosa, arrastrándonos hacia una laguna. Yo procuro refrenar; Trontheim ruge: «*Sas, sas!*»; pero no logramos detener el tiro hasta que los perros delanteros están ya dentro del agua. Volvemos á marchar en otra dirección, y al punto los animales toman tal paso, que me cuesta todos los trabajos del mundo sostenerme en el trineo. Vuelvo á bordo muy satisfecho de esta experiencia: los perros, en efecto, debían tener una fuerza grandísima para poder llevar dos hombres á tal velocidad por semejante terreno.

Los arreos de los perros siberianos no pueden ser más sencillos. Se les ciñe el cuerpo con una cuerda ó un pedazo de lona, que se sujeta al collar con otra cuerda. Los tirantes, enganchados por debajo del vientre, pasan por entre las piernas de los animales.

El siguiente día, 1.º de Agosto, es San Elías, la gran fiesta religiosa de Kabarova. De todas partes llegan samoyedos en sus trineos de renos. Vienen á asistir á las ceremonias religiosas á la vez que á tributar homenaje al santo con copiosas libaciones.

Por la tarde no fue fácil encontrar los trabajadores precisos para hacer aguada. No obstante, Trontheim logró que nos ayudaran algunos pobres diablos, con

la promesa de un salario que les permitiese pagarse la borrachera tradicional en ese día.

Las mujeres se habían engalanado desde temprano con telas vistosas, abrigos de piel de diversos colores y adornos de hierro viejo. Por todas partes se veían grupos pintorescos y llamativos. He aquí, v. gr., un viejo samoyedo y una niña que van á ofrecer un reno muy flaco á la iglesia antigua, el templo de los viejos creyentes.—La iglesia nueva está destinada al culto ortodoxo.—¡Hasta en esa apartada región dividen á los hombres las divergencias religiosas! La festividad se celebró en los dos santuarios. Todos los indígenas entraban primero en la iglesia nueva, y salían casi al momento para dirigirse hacia la capilla vieja. No encontrándose en Kabarova ningún sacerdote de la secta de los viejos creyentes, los samoyedos ofrecieron dos rublos al pope ortodoxo para que celebrase el culto en su iglesia. El pope, después de pensarlo un instante, se decidió á aceptar la proposición y se dirigió con toda pompa al antiguo santuario. En el interior, atestado de una muchedumbre mugrienta vestida de pieles, había una atmósfera completamente irrespirable, y al cabo de dos minutos tuvo que salir á toda prisa.

Por la tarde, cuando la fiesta estaba en su apogeo el tumulto llegó á ser indescriptible. Los samoyedos recorrían la llanura en sus trineos á toda velocidad. Completamente beodos, rodaban por el suelo á cada instante y eran arrastrados después. Había que oír entonces qué rugidos de fieras y qué infernal aquelarre. Un joven indígena atrajo, sobre todo, nuestra atención por sus veleidades desenfrenadas. Una vez montado en su vehículo, pica á los animales y los lanza derechamente por entre las tiendas, derribando cuanto

encuentra á su paso. De repente da consigo en el suelo, y después le hacen rodar á gran distancia. En el interin, los espectadores, así hombres como mujeres, se atestaban de alcohol y caían borrachos como cubas. El santo Elías debe estar satisfecho de tal homenaje. No disminuyó el jolgorio hasta la madrugada en que, rendidos ya de sueño los borrachos, poco á poco todo fué quedando en silencio.

Un velero noruego debía traernos carbón á Kaborova para reponer el combustible consumido desde nuestra partida de Vardö. Pero, no habiendo llegado aún, resolví no esperarle más. El 3 de Agosto embarcamos los perros y los alojamos en la proa, donde nos agasajaron en seguida con la serenata más estrepitosa y discordante. Dispuesto ya todo para partir, entregué nuestras últimas cartas á mi secretario, que debía esperar la llegada del barco carbonero, y di la orden de levar ancla.

En la madrugada del 4 de Agosto entraba el *Fram* en el mar de Kara. Ahora va á decidirse la suerte de la expedición. Si conseguimos atravesar este mar y doblar el cabo Cheliuskin, habremos vencido las mayores dificultades del viaje. Hoy las cosas no presentan mal cariz: entre la tierra y la banca que cubre la alta mar, extiéndose hacia el Este un canal libre. Esa abertura nos permite ganar fácilmente la costa Oeste de la larga península de Ialmaal, pero á poco nos obliga á anclar el hielo. ¡Triste soledad esa tierra de Ialmaal! Una inmensa llanura arenosa, sembrada á trechos de flores y de charcos circulares de una regularidad perfecta. Según mis observaciones astronómicas, esa parte de la costa se extiende en las cartas más al Oeste de lo debido (de 36 á 38 minutos).

El 13 de Agosto doblaba el *Fram* el extremo Norte

de Ialmal y la isla Blanca (Beli-Ostrov). No habiendo hielo á la vista, decidí abandonar la costa y dirigirme al Norte, hacia la isla de la Soledad, á fin de abreviar la distancia que nos separa aún del cabo Cheliuskin. A poco nos detiene en esa dirección una banca compacta. Cambiamos entonces de rumbo para marchar hacia el Este y el Sureste. Por esa parte descubrimos una isla á que dimos el nombre de Sverdrup, nuestro valiente capitán, el primero que ha señalado esa tierra. Más lejos aparece la costa de Siberia hacia la desembocadura del Ienissei, un poco más alta aquí que en Ialmal y sembrada de anchos rastros de nieve que se extienden hasta la orilla. El 19 de Agosto se presentan las Islas de las Piedras (Kamenni-Ostrov), notables por la claridad con que se destacan las líneas de sus antiguas costas. En esa región como en el Norte de Escandinavia se ha producido un cambio en los niveles respectivos del Océano y de las tierras desde la época glacial.

20 de Agosto.—Tiempo admirable. Mar azul y radiante sol. Imposible creerse á una latitud tan alta. Por la tarde se divisan las islas Kjellman; más al Sur percibimos un archipiélago que no figura en las cartas. Las peñas presentan por todas partes superficies pulimentadas y redondeadas: indicio seguro de que esas tierras estuvieron cubiertas por glaciares cuaternarios.

Para permitir á los maquinistas limpiar la caldera, hacemos escala delante de la mayor de esas islas. Desde el *nido de cuervo* (1), el vigia anuncia la presencia de varios renos que pacen tranquilamente cer-

(1) Tonel vacío, que sirve de observatorio, cerca del extremo del palo mayor, especialmente en los balleneros.—(N. DEL T.)



ca de la ribera. Emoción general: nos abalanzamos á las escopetas y nos dirigimos en busca de la caza. Durante veinticuatro horas batimos el terreno sin un minuto de descanso. Dos renos y dos osos fueron el botín de esa caza encarnizada.

La salida del archipiélago fué muy penosa; por todas partes bajíos, amén de una corriente muy rápida y un viento contrario muy fresco, y á ratos tempestuoso. El *Fram* corría el riesgo de encallar á cada instante. Hasta el 24 de Agosto no salimos de esa situación peligrosa. Después continuamos la misma navegación monótona entre la costa y la banca. El mar es muy poco profundo: por todas partes bancos y grupos de islas desconocidas. La tierra firme se halla precedida por un archipiélago cuya existencia se ha ocultado hasta aquí á la atención de los precedentes exploradores tras la cortina de brumas, endémicas en esos parajes. Una expedición que se propusiese determinar la hidrografía de la costa septentrional de Siberia haría de seguro interesantes descubrimientos; pero el objeto de nuestro viaje es muy distinto. A nosotros nos importa ante todo doblar lo más rápidamente posible el cabo Cheliuskin, y la estación avanzada. Se acerca el invierno. El 23 ha caído ya una nevada copiosa.

27 de Agosto.—Mi libro de á bordo encierra en cada página la misma mención: «Nuevas islas y bajíos.» Por la tarde tenemos á la vista el continente: una tierra poco elevada, de suaves ondulaciones y cortada por furdos. Ya varias veces he divisado boquetes profundos que se internan á gran distancia. En esta costa, relativamente baja, de Siberia, me parece muy desarrollada la formación fúrdica.

A la vista de la isla de Taimir nos encontramos en

una situación crítica. Imposible desenvolvemos en medio de las islas que por todas partes surgen. Entonces tomo el partido de internarme en alta mar dejando á un lado las islas de Almqvist, situadas al Noroeste de la de Taimir. Pero, de repente, al través de la bruma, descubrimos una tierra delante de nosotros. Torcemos al Oeste para doblarla y reanudar después nuestro camino hacia el Norte. En esa dirección distinguimos un archipiélago muy extenso (archipiélago Nordenskiöld), que nos impide proseguir nuestra marcha. Durante la tarde llegamos por fin al extremo septentrional de esa cadena de islas; allí, con gran desencanto nuestro, nos cierra el paso una banca compacta. Llevar el *Fram* hacia esa parte sería exponerse á quedar «pellizcados» definitivamente para el invierno. En tales condiciones hay que retroceder y tratar de pasar por entre esas islas y Taimir.

El 30 de Agosto nos metimos por ese canal. El *Fram* avanza rápidamente; al fin, pues, parece que vamos á poder salir de este dédalo, cuando de pronto el estrecho queda completamente obstruido por una espesa capa de hielo. A la otra parte el mar está libre probablemente, pero nos es imposible abrírnos camino á viva fuerza al través de la masa cristalina. Tal masa no podrá fundirse de seguro en esta época. Nuestra situación, por consiguiente, es muy crítica. Cierto que acaso se halle libre el estrecho de Taimir entre la isla del mismo nombre y el continente; pero según Nordenskiöld, hay allí demasiado poco fondo para permitir el paso de un buque, aun de escaso tonelaje. No hay, pues, más remedio que esperar. Nuestra salvación no puede venir sino de una tempestad del Suroeste que disloque esta banca y nos abra camino. En el interin, el buque está anclado y los maquinistas proceden á

una limpieza completa de la caldera, mientras nosotros vamos á dar caza á las numerosas manadas de focas que se solazan en el hielo. Esos animales abundan tanto aquí como en la costa occidental de Groenlandia. Si en 1878 Nordenskiöld no encontró en estos parajes más que un número muy reducido de esos anfibios, es porque aquel año los hielos que constituyen su medio predilecto eran raros en el mar de Kara.

Una vez limpia la máquina, resolví intentar el paso por el estrecho de Taimir. Como el hielo cerraba igualmente el camino por esa parte, ponemos rumbo al Sur para ver de encontrar una abertura en esa dirección. A pesar del despejo de la atmósfera, es imposible saber dónde nos hallamos; no percibimos islas señaladas en la carta, y, en cambio, distinguimos otras que no indica ese documento. Finalmente, descubriendo un estrecho canal, penetramos en él. Pronto reconocemos que la tierra que se extiende al Norte, y que pensábamos que era el continente, es una isla, y que el paso se prolonga aún más lejos por el interior de las tierras. El misterio va siendo cada vez más impenetrable. ¿Estamos quizá, después de todo, en el estrecho de Taimir? Percibiendo algunos témpanos, doy la orden de anclar en un fondeadero seguro. Al día siguiente, pasando á una lancha, conseguí avanzar muy lejos por un boquete bastante profundo para el *Fram*; sin embargo, á la tarde volvimos á encontrar el hielo. El tiempo es frío; la noche última ha nevado copiosamente; si nos empeñamos en penetrar por esa banca, corremos peligro de quedar presos.

5 de Septiembre.—Van ya nueve días perdidos. Hoy también nieva y es muy fresco el cierzo. A la tarde vienen sobre nosotros masas de hielo impelidas por el viento. Quizá el invierno va á bloquearnos antes de

que se abra un canal en esa banca diabólica. Cierto que, si la expedición se ve detenida en estos parajes durante largos meses, podrá emplear útilmente su actividad. Toda esta costa de Siberia es muy poco conocida, y el interior del país no ha sido explorado nunca. Pero no: yo no puedo acostumbrarme á la idea de esta internada prematura. Sobre que, además, cada vez que abundan los hielos, es por series de años; si en 1893 quedamos bloqueados por esta época, no seremos quizá más afortunados en la temporada próxima.

El 6 de Septiembre es el aniversario de mi nacimiento. Confieso mi superstición: al despertarme estoy convencido de que, si ha de sobrevenir un cambio en el estado de los hielos, hoy es cuando habrá de producirse. Subo, pues, á cubierta apresuradamente. El viento ha disminuido y brilla el sol; con esta radiante claridad me parece menos sombrío el porvenir. El canal que hay al Este aparece sólidamente atrancado. Si el *Fram* no hubiese salido del estrecho, estaría preso ahora hasta sabe Dios cuándo. La tempestad, á la inversa, ha desembarazado el paso que existe al Norte del fondeadero, y quizá ha dislocado igualmente los hielos que hace diez días nos impidieron pasar allende el archipiélago situado al Norte de Taimir. Procuremos, pues, pasar por esa parte. Estoy seguro de que hoy me será propicia la suerte. Con efecto: al otro día, á las seis de la mañana, doblamos el cabo Laptef, la punta Norte de la isla Taimir.

Pero no han concluido las dificultades. Al otro lado de ese paso temible, vuelta al hielo. Nos abrimos camino á todo vapor, pero más allá el mar es muy poco profundo: 15, 13, 11 metros. Se avanza lentamente, con la sonda en la mano. El agua es cenagosa, y hay

una corriente muy violenta con dirección al Noroeste. Más lejos el mar tórnase azul y transparente; al mismo tiempo aumenta la profundidad. Notemos de paso que entre las aguas azules y las turbias existía una línea de separación perfectamente acentuada.

Una vez fuera de esa zona difícil, proseguimos nuestro camino arrimados á la costa. Siempre llanuras bajas, que apenas se elevan sobre el mar, constiuidas al parecer, por capas de arena y arcilla. En esos parajes descubro una vasta masa de agua, que parece extenderse hacia el Este, á gran distancia, por el interior de las tierras. Probablemente un ancho río que se dilata en forma de lago antes de desaguar en el Océano, como otras varias corrientes de Siberia.

El 9 de Setiembre está muy bajo el barómetro: 733 milímetros; vienen de tierra terribles ráfagas de viento que levantan espesas nubes de arena. Acaso, en vista del mal cariz de tiempo, sería prudente fondear; pero la tormenta se ha llevado los hielos, y conviene aprovecharse de la ocasión. A toda vela, y con ayuda de la hélice, el *Fram* hace ocho nudos. Jamás había sido antes tan rápida su marcha; el buque parece tener conciencia de nuestra situación y querer ganar el tiempo que los hielos nos han hecho perder en los alrededores de Taimir. Los cabos suceden á los cabos, los furdos á los furdos, y hacia la tarde, con ayuda del anteojo, columbramos montañas en una lontananza vaporosa. No está muy lejos el cabo Cheliuskín, extremo septentrional del antiguo mundo.

La costa es siempre baja; pero á cierta distancia se elevan en el interior de las tierras cadenas de montes campaniformes, muy escarpados, que parecen compuestos de capas sedimentarias horizontales. Los más lejanos están completamente cubiertos de nieve.

Hay un punto en que ese relieve parece revestido de un caparazón de hielo ó de nieve que baja por las laderas formando anchas franjas. Nos acercamos al cabo Cheliuskín. Cuando hayamos doblado ese promontorio, estará vencida una de las principales dificultades del viaje. Subo al «nido de cuervo» para examinar el horizonte. El sol ha desaparecido hace rato, dejando en el cielo un largo rastro amarillo, una luz que es como cosa de ensueño, un resplandor fantástico. Sólo una estrella brilla sobre ese cabo temido, como un faro celeste que nos promete la esperanza. Y en medio de esa bella noche, clara y melancólica, el *Fram* avanza hacia el Norte, sin ruido, como el buque fantasma.

El 10 de Septiembre, á las cuatro de la madrugada, doblamos el cabo Cheliuskín, y en celebridad de ese fausto suceso se iza la bandera en medio de las aclamaciones de la tripulación.

Después de habernos librado del peligro de una invernada en el mar de Kara, ahora aparece libre ante nosotros el camino hacia la banca de las islas de Nueva Siberia, que debe llevarnos al través de las heladas regiones ignotas de la cuenca polar.

Un poco más tarde, nueva alarma. Una capa de hielo nos cierra el paso entre el continente y algunos islotes situados al Este del cabo Cheliuskín. Sin embargo, después de un corto reconocimiento por tierra, conseguimos doblar esas islas; toda la noche avanzamos rápidamente hacia el Sur siguiendo la costa. A ratos nuestra velocidad llega á nueve millas.

11 de Septiembre.—Por la mañana tenemos á la vista una tierra erizada de altas cumbres y cortada por profundos valles. No hemos visto un paisaje tan accidentado desde Vardo; acostumbrados á las llanu-

ras bajas de Siberia, nuestros ojos se recrean en ese pintoresco panorama.

Poniendo rumbo hacia el Este, vemos desaparecer la costa por la tarde; después procuramos inútilmente percibir las islas de San Pedro y San Pablo, á pesar de que las cartas les asignan una situación muy próxima á nuestro camino.

12 de Septiembre.—«¡Morsas en un témpano muy cerca del buque!» grita á mi puerta Henrikse. Me visto en dos minutos; se preparan los harpones y las escopetas, é inmediatamente entro en una lancha con Henriksen y Juell. Sopla una ligera brisa del Sur, y nos dirigimos hacia la punta Norte del témpano, tomando nuestras disposiciones de combate. Henriksen va delante, arpón en mano; yo me coloco detrás de él, en tanto que Juell sigue remando muy suavemente. Una morsa, encargada, sin duda, de la custodia del rebaño, levanta la cabeza; nos detenemos incontinenti para proseguir nuestra marcha en cuanto deja de mirar hacia nosotros. Apñados en una placa de hielo, todos esos animales forman un enorme montón de carne. «¡Qué provisión de buen manjar!» exclama Juell, el cocinero de á bordo. De vez en cuando una de las hembras se abanica con sus aletas, y después de ese ejercicio se adormece de nuevo. En el instante de abordar al témpano, Henriksen apunta á una morsa y lanza el arpón. Desgraciadamente ha apuntado mal; el arma pasa por encima de la cabeza del monstruo y rebota sobre su espalda. En seguida, con una agilidad pasmosa, los anfibios se lanzan al agua y se vuelven hacia nosotros con la cabeza erguida. Yo envío una bala á uno de las más grandes: el animal vacila y desaparece; disparo á otro, y éste, no menos gravemente herido, se hunde al momento. Todo el re-

baño se sumerge para reaparecer á poco, más amenazador. Medio fuera del agua, las morsas se precipitan hacia la lancha, lanzando alaridos terribles; después se hunden de nuevo, batiendo el agua furiosamente, para volver al instante á la superficie. Su exasperación es indescriptible; de momento en momento espero ver á uno de esos monstruos agarrarse al bordaje de la lancha y hacerla zozobrar. Los heridos, aunque perdiendo á chorros la sangre por boca y nariz, se muestran tan rabiosos como los restantes. En medio de la gresca logro enviarles nuevas balas. Heridos de muerte esta vez, no tardan en flotar inertes sobre la superficie del mar. Para impedir que se vayan al fondo, Henriksen los arponea. Matamos una tercera morsa, pero el arpón con que la habíamos cogido, demasiado endeble, suelta la presa y el animal se va á pique. Mientras remolcamos nuestra caza hacia un témpano, el resto de la manada nos sigue sin dejar de amenazarnos y de lanzar alaridos. Es inútil disparar, porque no tenemos medio de llevar á bordo un botín mayor. El *Fram* no tarda en venir á nuestro encuentro, y, después de embarcar nuestras dos morsas, continúa su camino. En esta región esos anfibios son muy abundantes; á tener tiempo, nos hubiese sido fácil matar gran número.

Pasada la desembocadura del Jatanga, tenemos que vencer una fuerte corriente contraria.—La parte oriental de la península de Taimir constituye una región montañosa relativamente alta, precedida á lo largo del mar por una zona de tierras bajas.

Pareciendo bastante desembarazado el mar, trato de dirigirme por el Este hacia la desembocadura del Olo-nek; por desgracia, el hielo nos detiene y nos obliga á volver al canal de la costa.

Al Este del Jatanga el mar es muy poco profundo. Un momento, en la noche del 13 al 14, la sonda no marca más que 7^m,20. El 15 los fondos no pasan de 12 metros. El rumor de las olas indica mar libre por el Este. El color obscuro del agua, su poca salobridad como su proporción de sedimentos anuncian la proximidad de la desembocadura del Lena.

Sería locura empeñarse en remontar el Olonek en una época tan avanzada de la estación. Mucho me holgaría yo de reforzar mi trailla (1); pero me expondría á una internada en esas regiones. Sería un año perdido, y bien puede perdonarse el bollo por el coscorrón. ¡Adelante, pues, hacia las islas de Nueva Siberia!

16 de Septiembre.—Rumbo al Noroeste (de la brújula) al través de un mar libre. Ningún hielo á la vista; más al Norte, el color sombrío del cielo denota igualmente la ausencia de banca. Tiempo suave; temperatura del mar: + 1°,64. Corriente contraria que nos lleva al Oeste. Varias bandadas de eiders.

18 de Septiembre.—Rumbo al Norte por el Oeste de la isla Bielkov. Mar libre, buen viento de Oeste, tiempo despejado; el *Fram* avanza rápidamente. Ahora se aproxima el momento decisivo. Si es exacta la teoría en que descansa toda la expedición, pronto debemos encontrar una corriente que se dirija al Norte. Estamos á 75° 30' de latitud Norte. ¡Ni huella de banca! Por la tarde diviso en la superficie del mar manchas blancas muy regulares, quizá las islas Bielkov y Kotelnoi, que deben estar cubiertas de nieve. A pesar de mi deseo de visitar esas tierras tan interesantes y de

(1) Un negociante siberiano había mandado á la desembocadura del Olonek perros de la Siberia oriental destinados á la expedición (véase más atrás).

inspeccionar los depósitos dejados con destino á nosotros por el barón de Toll, prosigo mi camino. ¡Son tan preciosas las horas!

¿Qué nos traerá el día de mañana: la esperanza ó la desilusión? Si todo va bien, podemos llegar á la isla Sannikov, ¡una tierra desconocida! ¡Qué alegría bogar así hacia regiones misteriosas por un mar que no ha surcado nunca ninguna nave! El aire es tan templado, que podríamos creernos cientos de millas más al Sur.

19 de Septiembre.—Jamás he visto mejor navegación. Empujada por el viento y por la hélice, el *Fram* avanza y avanza de continuo por el mar libre. ¿Cuánto durará esto? Los ojos se vuelven instintivamente hacia el Norte. Es mirar al porvenir. En el horizonte persiste la misma mancha sombría, indicio de la ausencia de los hielos. Desde el 6 de Septiembre nos favorece la suerte. No se imaginarán en Noruega que en este instante caminamos derechos hacia el polo al través de un mar libre y que nos encontramos tan al Norte. Si hace dos días me hubieran predicho tal suerte, me hubiese negado á creerla. Todo el día marchamos á velocidad moderada por temor de tropezar inopinadamente en alguna cosa—tierra ó hielo.—Estamos ahora á 77° latitud Norte. ¿Hasta dónde iremos así? Yo he dicho siempre que estaría satisfecho si llegáramos á los 78° latitud Norte; pero Sverdrup es más exigente: habla de 80°, y aun de 84° y 85°. Cree seriamente en la existencia del famoso mar libre del polo; sueña con los geógrafos de gabinete cuyas obras ha leído, y vuelve á su tema sin cesar, á despecho de mis bromas. Yo me pregunto si no soy verdaderamente juguete de una ilusión, si no sueño.

20 de Septiembre.—Esta mañana salgo bruscamente de mi sueño. Estaba inclinado hacia mis cartas, pen-

sando en la próxima realización de mis esperanzas—nos hallábamos cerca de los 78° latitud Norte,—cuando de repente experimenta un choque el *Fram*. De un salto estoy sobre cubierta, y veo ante mí una extensa y compacta masa de hielo. En aquel punto mismo el sol desgarrá las nubes. ¡Corriendo al sextante! La observación nos coloca á los 77° 44' latitud Norte.

Con la idea de poder avanzar más aún, camino al Noroeste siguiendo la banca. Bruma todo el día: imposible reconocer si hay una tierra en esos parajes, como parece indicar la presencia de pequeñas zancudas.

21 de Septiembre.—Aunque el tiempo está más despejado, seguimos sin ver nada. Nos encontramos, sin embargo, á la misma longitud, pero más al Norte, que la costa meridional de la tierra Sannikov, tal como aparece situada en la carta del barón de Toll. Así, pues, según todas las probabilidades, esa isla es de dimensiones reducidas, y no debe tener una gran extensión hacia el Norte.

Por la tarde, tiempo cerrado. Permaneceremos inmóviles en espera de una clara. Estamos á 78° 30'. Sondaje: ¡sin fondo! A bordo descubrimos chinches, pasajeros de que será preciso deshacerse.

22 de Septiembre.—Estamos en una bahía, que forma, al parecer, el límite extremo del agua libre. Delante de nosotros el hielo es compacto, y hacia el Norte el tinte blanquizco del horizonte indica la extensión de la banca.

Los antiguos exploradores árticos creían menester, para la seguridad de su buque, elegir sus cuarteles de invierno cerca de la costa. Era precisamente lo que yo quería evitar. Todo mi deseo era hacer entrar el navío en una banca en movimiento y mantenerle ale-

jado de toda tierra. En su consecuencia, amarré el *Fram* á una gran mole. El buque flota aún libremente, rodeado de algunos *floes* (1) de importancia; pero tengo el presentimiento de que ese hielo será nuestro puerto de invernada.

Hoy guerra á las chinches. Hacemos pasar un chorro de vapor al través de los colchones, de los almohadones de los canapés y de todo lo que pueda ser guarida de nuestros enemigos. Después sometemos al mismo tratamiento las ropas, metidas en un barril cuidadosamente cerrado. Esperamos así vernos libres de tan desagradable compañía.

24 de Septiembre. —El *Fram* se halla completamente rodeado de hielo. Entre los *floes* se extiende ya *slush-ice* (2), que no tardará en consolidarse. Por el Norte existe aún una pequeña cuenca de agua libre y desde el «nido de cuervo» el mar aparece desembarazado por el Sur. Una foca (*Phoca foetida*) y huellas de osos, ya de varios días de fecha, son los únicos vestigios de vida descubiertos en esa soledad.

25 de Septiembre.—El hielo espesa de día en día. Tiempo despejado. La noche última, —13° ¡El invierno se acerca á pasos de gigante!

(1) Témpanos bajos y lisos.—(N. DEL T.)

(2) Aglomeración reciente de discos de hielo.—(N. DEL T.)

CAPITULO II

La primera invernada.

Según todas las apariencias, ahora estamos ya definitivamente presos en la banca, y no espero ver al *Fram* fuera del hielo hasta que llegue, por la otra parte del polo, á las inmediaciones del Atlántico.

De día en día declina el sol sobre el horizonte y baja la temperatura; se acerca la larga noche, tan temida, del invierno ártico.

Hacemos, pues, nuestros preparativos en espera de esa larga paralización. Convertir el buque en cómodos cuarteles de invierno, adoptar toda clase de precauciones para protegerle contra el frío, el hielo, las presiones y todas las terribles fuerzas de la naturaleza, á que los profetas de mal augurio han predicho que sucumbiríamos: tales son nuestras ocupaciones por el pronto. Subimos el timón para librarle de los ataques de los hielos. Amundsen desmonta la máquina, y después de limpiar y dar aceite á todas las piezas, las coloca con el mayor orden. Nuestro maquinista tiene para con nuestro motor las atenciones de un padre para con su hijo. En el curso de los tres años que duró el viaje, no pasó un día sin que fuera á dar un vistazo y acariciar algún órgano de su querida máquina.

La carpintería está instalada en la cala, el taller del maquinista en el departamento de la máquina y la hojalatería en el kiosco de las cartas. La herrería, instalada al principio sobre cubierta, se trasladó después al hielo. Los zapateros y los obreros encargados de los trabajos menudos se acomodan en el departamento común. Más adelante, cuando tuvimos necesidad de sondalesas muy largas, se estableció una cordelería en el hielo. Todos los instrumentos, desde los más toscos hasta los más delicados, podían fabricarse á bordo.

Desde los primeros días de nuestra detención se estableció á babor en la proa el molino de viento destinado á mover el dínamo y á producir la luz eléctrica.

Vivíamos muy atareados. Teníamos que mantener en buen estado todas las partes del buque, amén de las tareas ordinarias, como subir los víveres de la bodega, ir á buscar hielo de agua dulce, á fin de obtener, por fusión, la cantidad de agua precisa para todas las necesidades de á bordo, etc. Además, no faltaba obra en los diversos talleres. El herrero Lars un día tenía que hacer un cuchillo, otro un anzuelo ó un lazo de oso; el maquinista Amundsen debía reparar algún instrumento; Mogtad, relojero á ratos, reemplazaba el muelle de un reloj ó limpiaba un termógrafo; el maestro de velas hacía arreos para los perros. Cada cual, por otra parte, era su propio zapatero y se hacía calzado de lona recia, con gruesas y abrigadas suelas de madera, según un modelo ideado por Sverdrup. También nos daba que hacer el molino de viento. Teníamos que vigilar su marcha, orientarle en la dirección del viento, y cuando refrescaba la brisa, trepar á las aspas para coger rizos,—trabajo

poco agradable con aquellos fríos terribles, de que los dedos ó la nariz salían casi siempre con algún «mordisco» de helada.—En fin, de vez en cuando había que manejar las bombas. A medida que bajó la temperatura, esa operación fué menos necesaria cada vez, y desde Diciembre de 1893 hasta Julio de 1895, llegó á ser completamente inútil. Durante ese período no se produjo más que una sola vía de agua, casi insignificante.

A todas estas ocupaciones se agregaban los trabajos científicos. Los más absorbentes eran las observaciones meteorológicas. Noche y día se efectuaron de cuatro en cuatro horas, y aun de dos en dos durante cierto tiempo. Incumbían á Scott-Hansen, auxiliado por Johansen hasta Marzo de 1895, y después de esa fecha por Nordahl. Las observaciones nocturnas las hacía el hombre de guardia. Cada dos días, cuando estaba despejado, Scott-Hansen y su adjunto determinaban astronómicamente la situación del buque. Mientras nuestro compañero efectuaba sus cálculos, toda la tripulación se agrupaba á la puerta de su camarote, esperando con impaciencia su anuncio. Saber si la corriente nos había empujado hacia el Norte ó hacia el Sur y cuánto, era para nosotros una cuestión capital. Del resultado de la observación dependía en gran parte nuestro estado de espíritu durante el día.

Scott-Hansen tenía que determinar, además, los elementos magnéticos. Tales observaciones se realizaron al principio en una tienda construida á este fin y plantada en el hielo; después en una choza de nieve mucho más cómoda. El doctor estaba bastante menos ocupado. Cansado de esperar enfermos inútilmente, consagró su atención á los perros. Una vez al mes pesaba á todos los miembros de la expedición y deter-

minaba el número de glóbulos rojos y la proporción de hemoglobina de cada uno. Nuestros hombres esperaban también con impaciencia el resultado de ese examen, creyendo deber deducir de él su inmunidad contra el escorbuto durante cierto período de tiempo.

La observación de la temperatura del mar y de su salsedumbre á diferentes profundidades, el examen de la fauna marina, el estudio de la formación del hielo, la determinación de la temperatura de sus diversas capas, y, en fin, la de las corrientes marinas, constituían mi departamento científico. Observé, además, regularmente, las auroras boreales; después de mi partida se encargó de este trabajo el doctor Blessing. Durante todo el viaje se ejecutaron sondajes y dragados á grandes profundidades.

Sucedíanse los días sin variación. Con dar idea de uno el lector podrá representarse nuestra vida.

Nos levantábamos á las ocho. Inmediatamente después, almuerzo compuesto de pan, queso *corned beef* ó carnero curado, jamón, lengua de Chicago, cabial de bacalao, anchoas, galletas de harina de avena ó galletas de mar inglesas y conserva de naranja ó compota. Tres veces á la semana pan tierno. Como bebida, te, café ó chocolate.

Acabado el almuerzo, dábamos la comida á los perros—la mitad de un bacalao seco ó algunas galletas por cabeza;—después de lo cual los desatábamos, y nos dispersábamos nosotros para ir cada cual á sus quehaceres. Todos turnábamos por semana como ayudantes de cocina y encargados del servicio de mesa. El cocinero hacia sus cuentas para la comida, é inmediatamente después se iba á sus hornillas. En el interin, algunos de nosotros nos reuníamos en la banca para inspeccionar su estado.

A la una todos nos juntábamos de nuevo en el salón para comer. La comida se componía generalmente de tres platos: sopa, carne y postre; el postre ó la sopa se reemplazaban á menudo por pescado. La carne iba siempre acompañada de patatas ó de legumbres verdes, ó aun de macarrones.

Acabada la comida, los fumadores formaban círculo en la cocina, porque las pipas y los cigarros se prohibían formalmente en los alojamientos, excepto en los días de fiesta. Después de una pequeña siesta se volvía al trabajo hasta la hora de cenar, que era á las seis. Esta tercera comida se componía de los mismos platos que el almuerzo. La noche se pasaba fumando en la cocina ó leyendo y jugando á las cartas en el salón mientras uno de nosotros hacía funcionar el órgano ó Johansen ejecutaba en el acordeón sus famosas piezas: *¡Oh Susana!* y la *Marcha de Napoleón en canoa al través de los Alpes*.

A las doce, á la cama todo el mundo, salvo el que estaba de guardia. La guardia de noche no duraba más que una hora y la hacíamos todos por turno. Generalmente se empleaba ese tiempo en escribir los diarios, trabajo que apenas interrumpían más que los ladridos de los perros cuando olfateaban cerca algún oso. Cada cuatro horas (y durante cierto periodo, cada dos horas) el hombre de guardia debía ir á anotar las observaciones meteorológicas.

Gracias á la regularidad de nuestra vida, se pasó el tiempo muy agradablemente y con la mayor rapidez.

Mis notas tomadas al día dan la impresión de la monotonía de nuestra existencia. Apenas refieren acontecimientos importantes; por su misma indigencia ofrecen un cuadro exacto de nuestra vida á bordo del *Fram*.

26 de Septiembre.—La temperatura desciende por la noche á $-14^{\circ},5$. La observación no acusa ningún movimiento con dirección al Norte; seguimos inmóviles á los $78^{\circ} 50'$. Durante la noche me paseo por la banca. No existe nada más maravillosamente hermoso que esta noche ártica. Es el país de los sueños, coloreado con las tintas más delicadas que cabe imaginar. Los matices se funden unos en otros en una armonía maravillosa. Toda la belleza de la vida ¿no es elevada, delicada y pura como esta noche? El cielo es una inmensa cúpula azul hacia el cenit, que va pasando al verde y luego al lila y al violeta, conforme se desvía la vista hacia el horizonte. En los campos de hielo aparecen frías sombras de azul oscuro, y las aristas superiores de la banca se tiñen á trechos de sonrosados resplandores, últimos reflejos del día moribundo. En lo alto brillan las estrellas, eternos símbolos de la paz.

Al Mediodía surge un gran resplandor rojizo ceñido de nubes de oro que flotan sobre el fondo azul. Al mismo tiempo la aurora boreal extiende su cambiante ropaje, ya argentado, ya amarillo, verde ó rojo. A cada instante varía de forma; un momento se dilata el meteoro, en otro se contrae, luego se fragmenta en círculos de plata con fulgurantes irradiaciones, y finalmente se extingue de súbito como misteriosa aparición. Un instante después llamean en el cenit lenguas de fuego, y sube del horizonte una raya brillante que viene á confundirse con la claridad lunar. Durante horas irradia el fenómeno luminoso, derramando extrañas luces sobre el gran desierto helado y dejando una impresión de vaguedad é inexistencia, que un momento os hace dudar de la realidad. Y el silencio profundo os impresiona como la sinfonía del

espacio. No: jamás podré creer que este mundo pueda acabar en la desolación y en la nada. ¿A qué entonces oda esta belleza, no existiendo ya ninguna criatura para disfrutarla?

Ahora empiezo á adivinar este secreto: he aquí la tierra prometida que une la belleza á la muerte. Pero, ¿con qué fin? ¡Ah! ¿Cuál es el destino final de todas esas esferas? Leed la respuesta, si podéis, en ese cielo azul salpicado de astros.

28 de Septiembre.—Nevada y viento. Hoy soltamos los perros. Desde nuestra partida de Kabarova llevan triste vida esos desgraciados, encadenados sobre cubierta y expuestos á la lluvia continua de las nieblas y de las rociadas del mar. Están medio ahogados con sus ligaduras; han sufrido el mareo, y en todo tiempo, lo mismo en el bueno que el malo, han tenido que permanecer sujetos donde estaban. Mal os hemos tratado á vosotros, que seréis quizá nuestro último recurso en la hora suprema. ¡Gozad ahora de libertad! Todos entonces, poseídos de una loca alegría, se revuelcan en la nieve y brincan por el hielo rompiéndonos el tímpano con sus ladridos. La banca, tan triste y lúgubre hasta allí, ahora es toda animación y ruido. Se ha roto el silencio secular.

29 de Septiembre.—Cumpleaños de Blessing. En celebridad se organiza una gran fiesta, la primera de las que celebraremos á bordo. Tenemos, además, otro motivo para regocijarnos: la observación del medio día nos coloca á los $79^{\circ} 5'$ —¡un nuevo grado de latitud ganado hacia el polo!—La fiesta consiste en una comida concierto. Cinco platos á la mesa, y veinte números en el programa.

30 de Septiembre.—La posición del *Fram* no me parece ofrecer todas las condiciones de seguridad ape-

ecibles. El gran témpano situado á babor, á que estamos amarrados, proyecta hacia el centro del buque una gran protuberancia, que podría producir un choque peligroso con esa parte del casco, en caso de presión de los hielos. Así, empezamos hoy á desatracar el *Fram* para buscar un fondeadero más seguro, trabajo que no deja de ser penoso. Primero hay que romper una espesa capa de hielo, y después hacer avanzar lentamente el buque al través del paso que acabamos de abrirle.

Por la tarde, temperatura de $-12^{\circ},6$. Magnífica puesta de sol.

2 de Octubre.—Trasladado el buque al fondeadero y cubierto de «hielo joven» ó reciente, situado detrás. Tenemos á babor el gran *floe* en que están instalados los perros, y á estribor hielo igualmente bajo; entre esas placas y el buque se extiende una capa de «hielo joven». Al llevar el *Fram* á su nuevo anclaje, parte del hielo que le rodeaba ha sido rechazada y ha quedado en contacto con el casco por debajo de la superficie del agua; de modo que el buque se encuentra ahora en un excelente lecho de hielo.

Por la tarde, Sverdrup, Juell y yo estábamos en el kiosco de las cartas empalmando cuerdas para la sondalesa, cuando de repente Henriksen anuncia la proximidad de un oso. En seguida cojo la escopeta.

—¿Dónde está ese oso?

—Ahí, á estribor, cerca de la tienda; va derecho hacia el observatorio.

Efectivamente: en esa dirección veo un oso enorme persiguiendo á Hansen, Blessing y Johansen, que á todo correr vienen hacia el buque. Al verme se detiene asombrado; evidentemente se pregunta qué insecto es el que se encuentra ahora delante de él. En

cuanto vuelve la cabeza, le envió una bala al cuello; el proyectil da en el blanco, y el enorme animal cae sin movimiento. Para acostumbrarlos á esa caza, suelto en seguida algunos perros; pero permanecen en una actitud de lo más deplorable. Kvik, de quien pensaba servirme en semejante ocasión, se acerca al cadáver paso á paso con el rabo entre piernas y el pelo erizado: un espectáculo completamente desanimador.

El encuentro de nuestros tres compañeros con el oso fué toda una aventura. Blessing y Johansen habian ido á ayudar á Hansen á armar la tienda para las observaciones magnéticas; y, estando ocupados en ese trabajo, sobrevino el animal.

Por consejo de Hansen, para no espantar al oso y no atraerle hacia donde estaban, se agazapan juntos los tres.

Después de un instante de espera, Blessing propone tratar de ir á bordo y dar la voz de alarma.

—Perfectamente—responde Hansen.

Y Blessing se encamina hacia el buque de puntillas, cuidando siempre de no espantar al oso. Este, entre tanto, descubriendo á los compañeros, se dirige hacia la tienda, y, viendo después á Blessing, empieza á perseguirle. Nuestro buen doctor se detiene entonces, sin saber qué partido adoptar; por fin, pensando que es más agradable ser tres que verse solo frente al enemigo, se reúne apresuradamente con Hansen y Johansen. Nuestro astrónomo ensaya entonces un ardid recomendado en los libros. Se levanta, agita furiosamente los brazos, y, secundado por los otros, empieza á dar gritos terribles; pero el animal sigue avanzando. Visto lo apurado del trance, cada cual coge las armas que encuentra á mano: Hansen un bastón con rejón; Johansen un hacha; Blessing va inerme. Todos

gritan en coro: «¡Un oso, un oso!» y se precipitan hacia el buque. El animal, en vez de darles caza, corre hacia la tienda, y, mientras la inspecciona, nuestros compañeros llegan á bordo.

Después de esa aventura, los miembros de la expedición no salen ya más que armados hasta los dientes.

4 de Octubre.—Sondajes todo el día. Profundidad máxima: 1.440 metros. El fondo está formado por una capa de arcilla gris, de 10 á 11 centímetros de espesor, que reposa sobre arcilla oscura. La temperatura de la capa de agua inferior se eleva á $+0,18$, mientras que á 135 metros es de $0^{\circ},4$: un extraño descubrimiento que reduce á la nada la teoría de una cuenca polar poco profunda, llena de aguas muy frescas.

Cada día es más intenso el frío. El 15, 18° bajo cero. En el interin, una nueva caza de oso igualmente afortunada.

Los perros, encadenados en el hielo, corren riesgo de helarse; por consiguiente, tomamos el partido de soltarlos. Veremos si puede mantenerse este régimen. La presente era de libertad se ha inaugurado con varias batallas terribles que no terminan sin efusión de sangre.

8 de Octubre.—Excursión en *ski* (1) al Oeste del buque. Desde la cima de un *hummock* (2), que escalo al término de nuestro paseo, abarca la vista la nevada lanura, solitaria y sin fin: no hay más que nieve en todas direcciones.

La observación del mediodía nos reserva una sorpresa desagradable: nos encontramos ahora á $78^{\circ} 35'$, medio grado exacto perdido en nueve días. Esta tras-

(1) Patines noruegos de madera, muy largos y estrechos para deslizarse rápidamente sin hundirse en la nieve.—(N. DEL T.)

(2) Montículo de hielo sobre la banca.—(N. DEL T.)

lación es fácil de explicar, pero no por eso menos enojosa. Como el mar se halla aún libre al Sur, nuestra banca, empujada por los vientos persistentes del Norte y del Noroeste, ha retrogradado. Cuando las aguas próximas á la costa de Siberia se hielen á su vez, avanzaremos seguramente hacia el Norte.

9 de Octubre.—Primera presión de los hielos. Estando hablando en el salón, oímos de repente un estruendo espantoso y el buque retiembla por todas partes. Inmediatamente subimos á la cubierta. El *Fram*, como yo esperaba, se conduce de una manera admirable. X El hielo, empujado siempre hacia adelante, avanza contra el buque, pero encontrando las superficies redondeadas del casco, resbala por debajo del navío sin hacer presa en él y nos levanta lentamente. Estas presiones se reprodujeron por la tarde, y elevaron el *Fram* varios pies; el hielo, incapaz de soportar semejante peso, se rompía. Por la noche se distiende la banca, y se forma en torno de nosotros una cuenca de agua libre. Entonces tenemos que amarrar el *Fram* á nuestro antiguo *floe* para impedir que sea arrastrado. La banca ha debido sufrir una violenta convulsión. En la cercanía se han oído sordas detonaciones producidas por el choque de los hielos.

11 de Octubre.—Job, uno de nuestros mejores perros, ha sido despedazado por sus compañeros. El infeliz yace inanimado, velado por el viejo Suggen, que impide á los otros profanar su cadáver. ¡Qué monstruos esos animales! No pasa un día sin pelea. Por temor á nuevas batallas, el pobre Barrabás permanece á bordo, no atreviéndose á mezclarse en el hielo con sus congéneres.

Hoy nuevas presiones. Empiezan con un ligero crujido y un gemido en los costados del buque. El ruido

aumenta después gradualmente pasando por toda la escala: primero es una queja muy aguda; luego un gruñido, seguido de un zumbido sordo. El estrépito redobla: parece el estruendo producido por el juego simultáneo de todos los tubos de un órgano. El buque tiembla y se estremece, levantado, ora suavemente, ya con sacudidas. Seguros de la resistencia del *Fram*, experimentamos una impresión agradable viendo esa imponente escena. Cualquiera otro buque hubiese sido triturado hace tiempo. Contra las paredes de este barco los témpanos se aplastan y acaban por hundirse para acumularse debajo de su casco invulnerable formando un lecho cristalino. No bien se debilita el rumor del trabajo de los hielos, el *Fram* recobra su posición primera. Ahora ha concluido el asalto; la blanca llanura vuelve á quedar silenciosa, sembrada de algunas nuevas aglomeraciones de témpanos, únicos vestigios de la lucha. Hacia la noche la banca se relaja y el *Fram* se encuentra otra vez en una ancha cuenca de agua libre.

12 de Octubre.—Ayer mañana nos veíamos bloqueados estrechamente; hoy el *floe* á que estamos amarrados flota en un ancho y largo canal, y hacia el Norte se extiende una dilatada superficie de agua libre cuyo fin no se divisa. En presencia de este cambio extraordinario quizá podamos volver á emprender la marcha.

¡Un cielo despejado, un sol radiante, un magnífico día de invierno lleno de dulce poesía! La sonda acusa fondos de 90 metros. Pesca hoy con una red de Murray (1) á una profundidad de 50 metros; excelente

(1) Esta red de seda se destina á dragar á diversas profundidades desde la proa de un buque ó de una lancha. La hemos usado con frecuencia introduciéndola debajo del hielo, y hemos hecho á menudo recolecciones muy abundantes.

recolección: ostrácodos, copépodos, anfípodos y una *spadella*. La maniobra de este aparejo es muy difícil. Apenas sumergido por un agujero de la banca, los témpanos, acercándose rápidamente, amenazan cerrar la abertura, y hay que subir á toda prisa el aparato para no perderle. Por la noche todas las extensiones de agua libre, aun las más pequeñas, despiden resplandores fosforescentes (1). La faena no es, pues, tan pobre como se podría suponer.

13 de Octubre.—Henos aquí expuestos plenamente á esas tremendas presiones á que deberíamos sucumbir, según los agoreros de desdichas. El hielo se prensa y aglomera en torno del buque formando montículos amenazadores; pero nosotros, confiados en la solidez de nuestro *Fram*, seguimos indiferentes ante ese nuevo asalto; nadie piensa en molestarse para vigilar el ataque. Los choques y las detonaciones de la banca no interrumpen siquiera en el salón las conversaciones y las risas.

La noche pasada el *floe* en que están instalados los perros ha sufrido una violenta acometida. Los témpanos, después de haber sido levantados, han rodado por su superficie, sepultando nuestra áncora de hielo de popa y una parte de su cable de acero. La misma suerte han corrido tablas y trineos que se dejaron en la banca; hasta los perros hubieran sido aplastados por los aludes, si no los hubiese soltado á tiempo el hombre de guardia. Finalmente, el *floe*, embestido y oprimido por todas partes, se ha abierto en dos pedazos. A la mañana esta escena de destrucción, iluminada por un sol bri-

(1) La fosforescencia del mar es producida principalmente por dos pequeños crustáceos luminosos pertenecientes al género de los copépodos.

llante, deja una impresión de tristeza profunda. El *Fram* se encontraba en el límite del esfuerzo del hielo. Salimos de ese nuevo ataque con la pérdida de un ánora de hielo, de un trozo de cable de acero, de algunas tablas y de la mitad de un trineo samoyedo; y aun todo eso hubiera podido salvarse, si los hombres hubiesen tomado sus precauciones oportunamente. Pero miran con tal indiferencia las presiones que ni el más formidable estampido les hace subir al puente.

Esta mañana, como ayer, á consecuencia de la presión, cede la banca y queda una amplia extensión de agua alrededor del navío. El tinte sombrío del horizonte sigue indicando al Norte un vasto trecho de mar libre. En su consecuencia, doy la orden de montar la máquina y tenerla lista para marchar. ¡Hay que ir hacia el Norte y reconocer la situación por esa parte! ¿Marca quizá esa mancha oscura el límite entre la banca donde estaba bloqueada la «Jeannette» y la que nos lleva á nosotros hacia el Sur, ó es acaso una tierra?

Por la tarde cambio de fondeadero. Dejamos nuestro *floe*, ahora completamente dislocado, y anclamos un poco más atrás. Y nos felicitamos de haber salido de las inmediaciones de ese témpano, porque á la noche hubo un asalto muy violento en torno de sus reliquias.

Las presiones que afectan á una extensión importante de la banca se hallan en una estrecha relación con el fenómeno de las mareas. Dos veces al día la banca experimenta una distensión y después una compresión. La compresión se produce de cuatro á seis de la mañana y á hora semejante de la tarde; en el intermedio la distensión da nacimiento á placas de agua libre. El terrible ataque que acaba de producirse ha

sido determinado probablemente por la marea de sicigia. La luna ha empezado el 9, y precisamente el 9 hacia el mediodía fué la primera convulsión. Después la agitación del hielo comienza más tarde cada día; hoy sobreviene á las ocho.

Las presiones se efectúan, especialmente en la época de las sicigias, y son más violentas en la luna nueva que en la luna llena. En los períodos intermedarios son débiles ó nulas. Este fenómeno fué particularmente terrible el primer otoño en las inmediaciones de la zona de mar libre, situada al Norte de la costa de Siberia, y el año último en las cercanías del Atlántico. Durante nuestra travesía de la cuenca polar se produjo con menos frecuencia y más irregularmente. En esa región las presiones se deben ante todo á la acción del viento sobre las bancas. Cuando las enormes masas de hielo de esa zona encuentran otros campos impelidos por una brisa de distinta dirección, las colisiones, como se comprende, deben ser terribles.

Esa lucha de hielos contra hielos es, sin duda, un espectáculo extraordinario. Se siente uno en presencia de fuerzas titánicas. Al comienzo de una gran presión parece que todo el globo ha de conmoverse con tales choques. Primero se oye como el retumbo de un terremoto muy lejano; luego el ruido se acerca, y estalla á la vez en diversos puntos. Los ecos del gran desierto de nieve, hasta allí silencioso, repiten ese mugido con estampidos de trueno; los gigantes de la Naturaleza se preparan al combate. El hielo cruje por todos lados, se rompe, se amontona formando *toros* (1), y de repente os encontráis en medio de esa

(1) Acumulaciones de témpanos rotos por las presiones.—
—(N. DEL T.)

lucha espantosa. Todo rechina y muge; el hielo se estremece cuando pisáis; por todas partes terribles convulsiones. Envueltos en semitinieblas, veis subir los témpanos como montañas y acercarse á vosotros como olas amenazadoras. Fragmentos de cuatro ó cinco metros saltan al aire en esas colisiones, y montan unos sobre otros ó caen pulverizados... Ahora os envuelven por dondequiera masas de hielo móvil prontas á desplomarse sobre vosotros. Para libraros de su estrujón mortal os disponéis á huir; pero delante de vuestros pies cede el hielo, se abre una negra sima y el agua afluye á oleadas por la abertura. Si queréis escaparos en otra dirección, al través de la obscuridad distinguís una nueva cordillera de moles que avanza hacia vosotros. Buscáis otro paso, y encontráis cerrada toda salida. Un tableteo de trueno redobra sin cesar, que no parece sino mugido de formidable cascada mezclado con el estruendo de un cañoneo. Ese mugido formidable se acerca más cada vez; el *floe* en que os refugiáis, batido como por un ariete, se desmorona, y afluye el agua por todas partes. Para salvaros no tenéis más recurso que escalar una de esas aristas de hielos móviles para llegar á otra región de la banca... Ahora, poco á poco, se restablece la calma, disminuye el ruido y se pasa lentamente á un silencio sepulcral.

Los meses suceden á los meses, los años á los años, y jamás tiene fin esa espantosa lucha. La banca se ve agrietada por todas partes y cruzada de aristas á consecuencia de esos trastornos. Si pudiese abarcarse de una ojeada la inmensidad de ese blanco desierto, parecería cuadrulado por una red de crestas ó *toroses*. Esa vista nos recordaba el aspecto de los campos de Noruega, cubiertos de nieve, con sus bruscas

protuberancias formadas por las cercas que dividen las tierras. A primera vista esas crestas parecían en el más completo desorden; pero un examen más atento revelaba su tendencia á tomar ciertas direcciones, sobre todo una orientación perpendicular á la línea de las presiones que les habian dado nacimiento. Los exploradores han solido estimar en 18 metros la altura de los *toroses* y de los *hummocks*. Esas cifras son exageradas. Durante nuestra expedición el *hummock* más elevado que he visto no pasaba al parecer de 10 metros.—Desgraciadamente, no tenia medio de medirlos.—Los *hummocks* más salientes cuyas dimensiones determiné alcanzaban una altura de 6^m, á 7^m,50; esos eran numerosos. Las aglomeraciones de hielo de mar que suben á una altura de 8^m,50 son muy raras.

15 á 18 de Octubre.—Ahora que estábamos dispuestos á partir, la banca permanece absolutamente compacta. El 18, tiempo muy despejado. Ninguna tierra á la vista. La abertura que se extendía hacia el Norte los días precedentes se ha cerrado del todo; en cambio, durante la noche ha aparecido una nueva superficie libre cerca del *Fram*.

21 de Octubre.—Profundidad, 135 metros. Estamos sobre una hondonada marina. La sondalesa indica desviación hacia el Suroeste. No comprendo este retroceso constante, cuando la brisa ha sido débil en estos últimos días. ¿Cuál puede ser el motivo de esta retirada hacia el Sur? En esta región la corriente debería dirigirse al Norte. ¿Cómo explicar de otro modo la existencia de la amplia extensión de mar libre que hemos atravesado y la de la bahía en que hemos estado detenidos en el punto culminante de nuestra marcha? Esas aberturas no han podido formarse sino por un movimiento de las aguas hacia el Norte. La

única objeción contra mi teoría es la corriente hacia el Oeste que hemos observado durante todo nuestro trayecto desde Kabarova hasta Oloneck. Pero no, jamás volveremos al Sur de las islas de Nueva Siberia, para torcer después al Oeste hacia la costa siberiana, y marchar luego al Norte en dirección al cabo Cheliuskín.

23 de Octubre.—Profundidad, 117 metros, 12 menos que ayer. La sondalesa indica ahora una traslación hacia el Nordeste. El 12 de Octubre habíamos retrocedido á los $78^{\circ} 5'$; según las observaciones del 19, nos encontramos 10 millas más al Norte. En fin, ahora que el viento ha amainado, la corriente empieza á tomar buena dirección.

25 de Octubre.—Hoy sopla brisa del Suroeste. El molino preparado hace días, funciona por primera vez con excelente éxito. Aunque la brisa es débil (5 á 8 metros por segundo), nuestra iluminación es muy intensa. A la comida la alegría es general. La luz obra sobre nosotros como un vaso de buen vino: parece que estamos de fiesta.

26 de Octubre.—Se celebra solemnemente el aniversario del lanzamiento del buque. Mis pensamientos se dirigen hacia la escena de aquel día. Veo á mi querida mujer arrojando la botella de champagne contra la roda y gritando: «Sea *Fram* tu nombre»; al propio tiempo el sólido buque, resbalando suavemente, tomaba posesión de su elemento... Estreché violentamente la mano de ella, y se me saltaron las lágrimas; ni uno ni otro pudimos articular una palabra. Ahora nos separan el mar y el hielo. ¿Por cuánto tiempo? Seguramente será muy largo. Quiero desechas estas tristes ideas.

Hoy el sol se despide de nosotros, va á empezar la

noche de invierno. ¿Dónde estaremos cuando reaparezca el astro de la vida? Para consolarnos de su ausencia, brilla la luna con esplendor extraordinario.

Según las observaciones, estamos hoy tres minutos más al Norte y un poco más al Oeste que el 19. Debemos hallarnos en un remolino donde el hielo gira sobre sí sin avanzar. Con sólo que se levantara un viento del Sur y nos impulsase hacia el Norte, la desanimación cedería pronto su puesto á la esperanza!

El 27 de Octubre.—Por la tarde, un meteoro luminoso cruza el cielo y desaparece cerca de la ϵ de la constelación del Cisne: es el segundo que presenciamos desde nuestra llegada á estos parajes. Al día siguiente matamos un zorro blanco. Ya varias veces habíamos visto sus huellas alrededor del buque. ¿Qué diablos pueden hacer estos animales tan lejos de tierra? Después de todo, la cosa no debe extrañarnos. ¿No se han encontrado huellas de zorros en la banca entre Jan-Mayen y Spitzberg?

5 de Noviembre — Transcurren lentamente los días. Trabajo, leo, me absorbo en reflexiones y divagaciones; después toco el órgano y me paseo por el hielo en medio de la noche oscura. Hacia el Suroeste aún hay en el horizonte un débil aflujo de luz, un resplandor rojo oscuro como una mancha de sangre, que pasa al anaranjado, al verde, al azul pálido, y en fin, á un azul subido matizado de estrellas. Por el Norte vacilan ramalazos de aurora boreal siempre cambiantes y móviles, jamás en reposo, como el alma humana. Y sin hacer aprecio de ellos, mis pensamientos tornan siempre á los seres queridos... Pienso en la vuelta: nuestra misión está ya cumplida; el *Fram* remonta á toda velocidad el furdo. El suelo amado de la patria nos sonríe inundado de sol; y punzantes sufrimientos,

prolongadas angustias, todo lo olvido en un momento de inexpresable alegría. ¡Oh no! ¡es demasiada pena! Me paseo aceleradamente para expulsar esa obsesión enervante.

Cada vez más desanimado el resultado de las observaciones. Hoy estamos á $77^{\circ} 43'$ y á $138^{\circ} 8'$ de longitud Este. Jamás habíamos retrogrado tanto hasta ahora. Desde el 29 de Septiembre hemos retrocedido hacia el Sur 83 millas. Toda la teoría cuya verdad me parecía indiscutible, se desploma como castillo de naipes destruido por la más ligera brisa. Imaginad las hipótesis más ingeniosas, y los hechos no tardarán en reducirlas á la nada. ¿Soy verdaderamente sincero al escribir estas tristes reflexiones? Por el momento, sí; porque son resultado de la amargura de mi desaliento. Después de todo, si vamos por mal camino, ¿á qué conducirá esto? Pura y simplemente á la decepción de esperanzas humanas. Y si perecemos en esta empresa, ¿qué influjo ejercerá el hecho sobre los ciclos infinitos de la eternidad?

X *9 de Noviembre.*—Tomadas durante el día una serie de temperaturas y de muestras de agua de 10 en 10 metros, desde la superficie hasta el fondo, situado á una profundidad de 53 metros. Por todas partes el mar tiene una temperatura uniforme de $-1^{\circ},5$ la misma que he observado á una latitud más meridional. No hay, pues, aquí más agua originaria de la cuenca polar. La salsedumbre es muy escasa; el tributo de los ríos siberianos deja sentir su influencia hasta estos parajes.

11 de Noviembre.—El «hielo joven» que rodea el buque alcanza un espesor de $0^m,39$. Duro en la superficie, tórnase debajo poroso y friable. Esta capa data de quince días. La primera noche alcanzó un espesor de

0^m,78; las dos noches siguientes no aumentó más que 0^m,052, y durante las doce noches posteriores, 0^m,26. El acrecentamiento de una capa de hielo disminuye, pues, á medida que aumenta su espesor, y hasta cesa completamente cuando la capa llega á cierta altura.

19 de Noviembre.—La banca permanece tranquila, herméticamente cerrada alrededor del buque. Desde la última presión violenta debe haber, bajo la quilla del *Fram*, un espesor de hielo de 3 á 7 metros (1). Con gran alegría nuestra, la observación de ayer registra una ganancia de 44 millas hacia el Norte desde el 8. Hemos dado también un paso considerable hacia el Este.

El *Fram* constituye, en medio de la banca, un refugio cómodo y abrigado. Aun con un frío de 30° no se enciende la estufa. Basta una lámpara para disfrutar en el salón de una temperatura muy agradable. Mis compañeros, por otra parte, no notan el frío. Cuando el termómetro marca 30° bajo cero, Bentsen va á leer al puente los termómetros en mangas de camisa. Casi en ninguna parte huellas de humedad; por todos lados excelente ventilación, gracias á la manga de aire que difunde por todo el buque corrientes de aire frío y vivificante.

27 de Noviembre.—La temperatura del aire se mantiene sin gran variación entre —25° y —30°. En la cala del buque —11°.

Varias veces los rayos de la aurora boreal me parecen tomar una orientación paralela á la dirección del viento. En la mañana del 23, viendo que este fenómeno se presenta en el Sureste, anuncié á mis com-

(1) Más tarde cavamos el hielo hasta una profundidad de 10 metros sin conseguir llegar al agua.

pañeros que la brisa, que en ese instante sopla del Nordeste, descenderá el Sureste. Algunas horas más tarde se realiza la predicción.

Esta mañana, á las nueve, presión intensa; por la noche el hielo de las cercanías gime ruidosamente. El *Fram* no se encuentra ya al parecer en el centro de las convulsiones. Probablemente, con el último asalto violento todo el hielo se ha comprimido alrededor de nosotros, formando una masa muy resistente que el frío ha solidificado, mientras que, más lejos, la banca, menos compacta, puede abrirse y verse, por consecuencia, sometida á presiones.

3 de Diciembre.—Desviación al Nordeste, terriblemente lenta. Desde el 28 de Noviembre no hemos avanzado más que cinco millas.

5 de Diciembre.—Temperatura de $-35^{\circ} 7$, la más baja experimentada hasta aquí. Estamos á $78^{\circ} 50'$, 6 millas más al Norte que el 2; la velocidad de traslación sería de dos millas al día.

8 de Diciembre.—De siete á ocho de la mañana otra presión. Por la tarde estaba yo dibujando en el salón cuando de pronto oigo sobre mi cabeza un choque violento, seguido de un crujido formidable, como si cayeran de la arboladura al puente grandes moles de hielo. En un abrir y cerrar de ojos todos los hombres están en pie; los perezosos que echaban la siesta en aquel instante, se visten apresuradamente de cualquier manera y acuden al salón. *Kvik*, espantada por la violencia de la detonación, abandona sus cuarteles de invierno. ¿Qué ha podido pasar? Imposible descubrir la causa de ese estrépito espantoso. El hielo está en movimiento y parece separarse del navío. Ese ruido se debe probablemente á una presión repentina que ha desprendido el hielo en toda la longitud del

buque. No se oye ningún crujido en las obras del barco; el *Fram*, pues, no ha sufrido averías. Fuera hace mucho frío; lo mejor es volverse dentro.

A las seis de la tarde nueva presión que dura veinte minutos. La banca rechina y detona por detrás; en el salón es tal el ruido, que se hace imposible toda conversación, á menos de gritar á voz en cuello. Durante ese tumulto se oyen en el órgano frases de la melodía de Kjerulf: «El canto de los ruiseñores me impide dormir.»

10 de Diciembre.—Hoy gran acontecimiento en la vida monótona de á bordo; aparición del periódico *El Framsjaa*, *El Vigía del Fram*, dirigido por nuestro excelente doctor. El primer número, leído en alta voz por la noche, excita una alegría general. En nuestras circunstancias, la animación es un remedio preventivo contra las enfermedades; con su feliz iniciativa, Blessing contribuye así á fortalecer nuestro excelente estado sanitario.

13 de Diciembre.—Desde ayer noche los perros ladran furiosamente sin un minuto de reposo. Los hombres de guardia han explorado varias veces los alrededores; á pesar de sus pesquisas, es imposible descubrir el motivo de aquella alarma. Esta mañana se nota la desaparición de tres perros. Después del almuerzo Mogstad y Pedro van á examinar la nieve alrededor del buque, esperando descubrir las huellas de los fugitivos. «Haríais bien en llevar una escopeta», les dice Jacobsen. «¡Oh no! no hace falta», contesta Pedro. Sin embargo, al pie de la escala hay huellas de oso y de sangre. No por eso dejan de dirigirse á la banca nuestros dos valientes, provistos tan sólo de una linterna y escoltados por todos los perros. A algunos centenares de pasos del buque surge en la obscu-

ridad de repente un oso enorme. Al verle, nuestros hombres aprietan á correr á bordo. Mogstad, calzado con ligeros «mocasines» (1), escurre pronto el bulto; pero Pedro, con sus pesadas botas de suela de madera, tiene que ir muy despacio. Por más que el hombre se da prisa, jamás ve el buque. ¡En la confusión de la retirada, el infeliz ha errado el camino! Afortunadamente, el oso no le sigue ya. Hele ahí, pues, tranquilo, cuando dos pasos más adelante resbala y rueda en medio de los *hummocks*. Por fin alcanza el hielo llano que rodea al buque; no le faltan más que algunos pasos para verse en seguridad, cuando de pronto rebulle alguna cosa junto á él. Un perro, supone; pero antes de que haya podido salir de dudas cae sobre él el oso y le muerde en el costado. Nuestro hombre empuña entonces la linterna y asesta al animal un golpe tan violento en el hocico, que el cristal salta con estrépito en mil pedazos. La bestia, espantada, retrocede, y el amigo Pedro, aprovechándose de su espanto, trepa ágilmente á bordo. Al saber ese ataque, nos abalanzamos á las escopetas, y algunos minutos después caía muerto el enemigo.

Después de ese lance salimos en busca de los perros que faltaban, y á poco descubrimos sus cadáveres despanzurrados. El oso, sin despertar nuestra atención, ha podido trepar á bordo por la escala, llevarse los perros que estaban á su alcance, y volver á bajar tan tranquilamente como había subido.

Kvik echa al mundo trece hijos, un precioso refuerzo para la trailla, reducida ahora á un efectivo de veintiséis animales. Como no puede criar más que ocho, hay que decidirse á ahogar los demás.

(1) Abarcas de cuero de los indios americanos.—(N. DEL T.)

Situación de ayer: 79° 8' lat. Norte. ¡Una ganancia de ocho millas en tres días!

Desde el comienzo de nuestra prisión no ha caído una nevada. Sin embargo, se acerca Navidad, y no hay Navidad sin espesos copos. ¡Oh! ¡qué hermosura la nieve silenciosa suavizando con su manto virginal todos los contornos bruscos! Esta banca de hielo es como una vida sin amor; nada la dulceifica. El amor es la nieve de la vida. Cierra las heridas recibidas en el combate de la existencia y resplandece más puro que la nieve. ¿Qué es una vida sin amor? Es como ese campo de hielo: una cosa fría y rugosa que yerra á merced de los vientos, sin nada que cubra los abismos que la desgarran, que amortigüe el choque de las colisiones y redondee las asperezas de sus bloques despedazados. Sí: tal vida es como ese hielo flotante, desnudo y lleno de asperezas.

21 de Diciembre.—El tiempo vuela con rapidez extraordinaria. He aquí ya el día más corto del año, si puedo hablar así, puesto que nosotros no tenemos día ya. Ahora, á esperar la vuelta del sol y del verano. Hoy sondaje: ¡á 2.100 metros, sin fondo! ¿Quién hubiera creído encontrar aquí profundidad semejante?

22 de Diciembre.—Por la noche visita de otro oso. El animal se dirige primero al buque; luego, viendo el lazo armado por Sverdrup y Lars, se encamina inmediatamente hacia él. A nuestro capitán le late el corazón; de un minuto á otro espera oír el ruido del aparato. Pero el oso es muy prudente; inspecciona con atención el mecanismo, y, alzándose sobre las patas traseras, se apoya exactamente al lado de la trampa para contemplar un instante el delicioso trozo de grasa que constituye el cebo; después de un momento de vacilación, vuelve á bajarse. Evidentemente, aquel

armatoste plantado allí, en medio del hielo, no le dice gran cosa. Olfatea el soporte, da vuelta alrededor, y, después de contemplar el lazo de nuevo, se marcha sosegadamente. No cabe duda: á pesar de todo el ingenio de Sverdrup, es aún más segura la escopeta. Llegado á sesenta pasos del buque, el oso, recibido por una descarga nutrida, cae muerto. Le había herido una sola bala; pero, como de costumbre, cada uno de los cuatro tiradores se atribuyó el honor del tiro certero.

24 de Diciembre.—Una luna radiante ilumina la silenciosa noche ártica... Al acercarse el gran día de Navidad nuestro pequeño círculo está cada vez más animado. Cada cual piensa, sin duda, en los ausentes, pero nadie deja adivinar sus pensamientos. El salón y los camarotes están brillantemente iluminados, y se prepara una buena mesa. Darnos festines es nuestro único modo de celebrar solemnidades. La comida es excelente y la cena no menos exquisita. Después se sirven los pasteles tradicionales, en que Juell viene trabajando desde hace semanas. El acontecimiento de la fiesta es la llegada de dos cajas con los aguinaldos, presentes de la madre y de la prometida de Hansen. Cada cual recibe con verdadera alegría de niño su pequeño recuerdo: una pipa, una navaja ú otra bagatela por el estilo. Parece que esas cajas son un mensaje de todos los queridos ausentes. Tras eso, una serie de brindis y de discursos, y después lectura de un nuevo número del *Framsjaa* con un suplemento ilustrado debido al lápiz del célebre artista polar Huttetu. Los grabados representan las aventuras de Pedro con el oso.

25 de Diciembre.—Allá, en el país, piensan hoy seguramente en nosotros y se entristecen con la idea de

las penalidades que debemos sufrir, á su juicio, en medio del gran desierto helado. ¡Que no puedan vernos sanos y alegres! A buen seguro que nuestra vida no es más penosa que la suya. Yo jamás he llevado una existencia tan tranquila ni he temido tanto la obesidad. Véase, por ejemplo, los platos de la comida. Nada menos que cinco. Una sopa al *oxtail*, un pudding de pescado, un asado de reno con guisantes, patatas, dulce de arándano, dulce de zarzamora ártica (1) con crema y galletas. Todo el mundo hace tanto honor á la comida que nadie tiene hambre á la cena. Por la noche se sirve el café con acompañamiento de ananas, almendrados, pasteles de gengibre y frutas secas. Para dar una idea de nuestro diario, no se olvide el almuerzo, compuesto de café, pan tierno, lengua, *corned beef*, queso y mermelada. A excepción de los pasteles, ese es nuestro diario. Habitamos, por otra parte, en una buena y sólida casa, bien iluminada por grandes lámparas de petróleo ó por la electricidad; tenemos toda clase de juegos para distraernos y toda una biblioteca para instruirnos. ¿Qué más se puede pedir?

28 de Diciembre.—Según todos los exploradores, la larga noche del invierno ártico ejerce el influjo más pernicioso sobre el organismo y determina fatalmente el desarrollo del escorbuto en las tripulaciones. Un marino inglés, con quien hablé de esta cuestión antes de mi marcha, no pudo estar más pesimista. «No (aseguraba), una expedición polar no podría librarse nunca del escorbuto; era un mal inevitable; todos los jefes de expedición que pretendían haber permanecido indemnes no habían hecho más que dar otro nombre á

(1) *Rubus Chamaemorus*.

la terrible enfermedad.» Ahora puedo rebatir esa opinión con nuestra experiencia.» La noche polar no ha ejercido sobre mí ninguna influencia deprimente; al contrario, me siento como rejuvenecido en esta invernada. Esta vida regular me sienta perfectamente; no recuerdo haber tenido nunca mejor salud. Más aún: recomendaré las regiones árticas como un excelente sanatorio para las personas debilitadas ó aquejadas de afecciones nerviosas.

Hasta me da vergüenza de nosotros; no experimentamos ninguno de esos terribles sufrimientos de la larga noche del invierno polar, descritos en términos tan dramáticos por nuestros predecesores. ¡Son, sin embargo, bien necesarios para dar interés á la pintura de una expedición ártica! Si esto sigue así, ¿qué tendremos que contar á la vuelta? Todos mis compañeros están rollizos y robustos; ninguno tiene ese semblante pálido y esas mejillas hundidas que parecen de rigor en los invernantes polares, ni ofrecen el menor vislumbre de abatimiento. No hay sino oír la animación de las conversaciones y las carcajadas que retumban en el salón. Debemos ese excelente estado sanitario y moral á la calidad y variedad de nuestros alimentos, á la buena ventilación del buque, á nuestros frecuentes paseos al aire libre, á la abstención de todo esfuerzo físico excesivo, y, en fin, á las cotidianas distracciones que nos proporcionan la lectura y los juegos. Nuestro sistema de vida en común, sin ninguna desigualdad de trato para los diversos miembros de la expedición, ha ejercido igualmente la influencia más favorable.

Varios de mis compañeros se quejan de insomnio. La falta de sueño, según se dice, es también una consecuencia inevitable de la obscuridad del invierno ar-

tico. Por mi parte, no la he sufrido nunca. Verdad es que no echo la siesta, como la mayoría de mis compañeros. Después de haber dormido varias horas durante el día, no pueden esperar pasarse roncando toda la noche. El hombre no puede estar durmiendo siempre, como decía juiciosamente Sverdrup.

31 de Diciembre.—Último día del año. ¡Un largo año que nos ha traído mucho bien y mucho mal! Empezó por lo bueno con el nacimiento de mi Livita, una felicidad tan extraña, que al pronto apenas podía creer en ella. Luego vino la triste hora de la partida. Ningún año he conocido pena más abrumadora. Después mi vida no es más que una larga espera. Como ha dicho el poeta: «Si quieres ignorar las penas y las preocupaciones, no ames nunca.»

¡La espera! ¡Hay males peores!

Año viejo, me has traído la decepción; no me has llevado hacia el Norte tan lejos como yo esperaba. Después de todo, aún hubieras podido tratarme peor. ¿No se han realizado en parte mis cálculos? ¿No ha caminado el *Fram* en la dirección deseada? Sólo una cosa me contraría: la multiplicidad de los zigzags.

Una noche magnífica cierra el año. El cielo, de una pureza incomparable, que se extiende sobre la gran llanura blanca, no es más que un centelleo de estrellas, iluminado por las llamaradas silenciosas de la aurora boreal; y sobre ese fondo de lentejuelas refulgentes se destaca con vigor la masa negra del *Fram* argentada de escarcha.

Por la noche, naturalmente, gran regocijo. A las doce dirijo á mis compañeros una breve alocución, manifestándoles mi gratitud por su buen espíritu de compañerismo y por su confianza. Después cantos y lectura de poesías

3 de Enero de 1894.—¡La temperatura varía entre —39 y —40°! Con semejante frío, la lectura de los instrumentos de meteorología no es de lo más agradable, sobre todo la de los termómetros de máxima y mínima colocados en el «nido de cuervo». Más penosas aún son las observaciones astronómicas ejecutadas cada dos días. Para manejar los delicadísimos tornillos de los instrumentos, Hansen y su ayudante tienen que ir sin guantes, naturalmente, exponiendo sus manos á frecuentes congelaciones. El frío es tan penetrante á menudo, que los observadores tienen que interrumpir su trabajo para hacer ejercicio y golpearse los brazos. Y, no obstante, jamás quieren confesar sus sufrimientos. «Hansen, allá arriba no hará mucho calor—le decimos cuando vuelve.—No mucho; aunque aseguro á ustedes que la temperatura es muy soportable.—Bueno; pero tiene usted helados los pies.—No, realmente no puedo decirlo; no tengo más que un poco de frío en los dedos.» Efectivamente... dos de sus dedos han sido «mordidos», y se empeña en rehusar los guantes de piel de lobo que le ofrezco. «Hoy—afirma—el tiempo es demasiado suave para tal precaución.»

Un día, con 40° bajo cero, Hansen subió al puente en mangas de camisa y en calzoncillos para la lectura de un instrumento. ¡Y hay exploradores que han afirmado la imposibilidad de hacer observaciones con semejantes temperaturas.

4 de Enero.—El alba me parece más clara, pero quizá se debe á un efecto de mi imaginación. Estoy de muy buen humor, aunque seguimos retrocediendo hacia el Sur. ¿Qué importa, después de todo? Acaso en esta dirección nuestro viaje no será menos fructuoso para la ciencia. Por lo pronto, conozco ahora la natu-

raleza de la cuenca polar. El mar profundo al través del cual marchamos es una prolongación de las grandes simas atlánticas. Mis previsiones resultarían plenamente confirmadas, con sólo que tuviéramos un viento favorable. Pero, en el fondo, el deseo de llegar al polo es una sugestión del demonio de la vanidad.

¡La vanidad! ¿no es una enfermedad de niño que se hace más aguda con los años, y que, sin embargo, debería desaparecer?

Todos mis cálculos han sido acertados, excepto uno solo. Hemos seguido nuestro camino á lo largo de la costa de Siberia, á pesar de todas las predicciones desfavorables; hemos llegado al Norte más lejos de lo que yo me había atrevido á esperar, y cabalmente á la longitud que yo deseaba; como quería, nos hemos visto cogidos por los hielos, y el *Fram* ha soportado sin la menor avería todas las presiones, aunque los exploradores más expertos habían afirmado su pérdida segura. En fin, nuestra invernada en esta banca es mucho menos penosa que la de las precedentes expediciones. Nuestra vida se asemeja á la que llevaríamos en Noruega. Todos reunidos en una misma pieza formamos como un pedazo de la patria.

No puedo ocultar que el único punto en que han fallado mis cálculos es de muy alta importancia. El mayor fondo encontrado por la *Jeannette* no pasaba de 164 metros; yo creía, pues, poco profundo el Océano polar, y suponía, por consecuencia, que en él sería muy sensible la acción de las corrientes y que el aporte de los ríos siberianos podría rechazar la banca muy lejos hacia el Norte. Así, no fué pequeño mi asombro al encontrar en este mar abismos que alcanzan 1.800 metros, por lo menos, y aún quizá el doble. En medio de semejante masa de agua, una corriente,

si existe, debe ser muy débil. Ahora mi única esperanza se cifra en los vientos. Cristóbal Colón descubrió la América á consecuencia de un falso cálculo, de que no era él responsable. Sólo el cielo sabe á dónde nos conducirá mi error. Pero hay que decirlo: la madera de procedencia siberiana que llega flotando á las costas de Groenlandia no puede mentir; debemos, seguir, pues, el mismo camino que ella.

8 de Enero.—Mi Livita cumple hoy un año. Gran fiesta en la casa. ¿Qué no daría yo por verte hoy, querida criatura? Tú me has olvidado, sin duda, hace tiempo, y no sabes ya lo que es un padre. Un día lo sabrás de nuevo.

Esta tarde aparece Venus por primera vez sobre el horizonte. Circundada de una aureola rojiza, ilumina el gran desierto de hielo como un potente faro... Es la estrella de Liv, como Júpiter es la estrella del hogar. Semejante día no puede traernos más que alegría y ventura. En efecto, marchamos hacia el Norte; estamos de fijo más allá de los 79°.

15 de Enero.—Un buen paso hacia el Norte. Ayer estábamos á 79° 19' y á 137° 31' Long. E.—Durante el día hago una larga excursión á pie. El hielo es llano, excelente para los trineos; á medida que avanzo, se presenta más liso cada vez. Cuanto más examino esta banca, más madura en mi cabeza un proyecto en que ya ha tiempo vengo pensando. Sobre tal hielo sería posible alcanzar el polo con trineos y perros, dejando al buque seguir su camino hacia la tierra de Francisco José, Spitzberg ó Groenlandia. Sería una empresa fácil para dos hombres... En todo caso, sería prematuro marchar en la primavera próxima. Debo empezar por conocer los resultados del movimiento de los hielos durante el estío. En segundo lugar, ¿es justo abando-

nar á los otros? ¡Si yo consiguiese volver á Noruega y mis compañeros pereciesen con el *Fram!* Mas, por otra parte, ¿no ha venido la expedición para explorar la cuenca polar, y no es para ese fin para el que el pueblo noruego ha dado su dinero liberalmente? Mi deber es hacer todos los esfuerzos posibles para lograr tal resultado... Por ahora hay que esperar los acontecimientos.

Jueves, 18 de Enero.—Viento de S.S.E., de S.E. y de E.S.E. Velocidad de 5 á 6 metros por segundo. Estas grandes brisas determinan casi siempre un alza del termómetro; hoy sube á -25° . Menos violentos, los vientos del Sur producen un enfriamiento del aire, mientras que los de la parte Norte, cuando son débiles traen una elevación de temperatura. Payer atribuye el calentamiento de las capas de aire observadas, cuando soplan brisas frescas, á su paso sobre superficies de agua libre. La explicación no me parece exacta, sobre todo en esta región donde son pocas ó nulas las aberturas de la banca. A mi entender, esa subida de la temperatura se explicaría por la llegada á la superficie de la tierra de masas de aire procedentes de las altas regiones de las atmósfera. El aire de las regiones superiores debe tener, en efeto, una temperatura más elevada que la de las capas inmediatas á nuestro globo, enfriadas por la irradiación de las nieves y de los hielos. En segundo lugar, al descender, el aire se calienta en razón del aumento de presión que sufre.

23 de Enero.—Esta mañana, al subir á la cubierta, Caifás ladra con furia mirando al Este. Debe haber algún animal por esa parte. Provisto sólo de un revólver, salgo, acompañado de Sverdrup. El perro echa en seguida delante de nosotros. Examino con aten-

ción los alrededores; imposible distinguir nada. Caifás sigue ladrando y aguza las orejas. De segundo en segundo espero ver surgir un oso. Henos ahora á orillas de la abertura próxima al buque; nuestro perro se adelanta despacio y con cautela; luego se para gruñendo sordamente. No cabe duda de que nos acercamos á la pieza. Trepo á un *hummock* y veo delante de mí una cosa oscura que parece moverse. «Un perro negro—digo á Sverdrup.—No—responde;—es un oso.» Lo que he tomado al pronto por un perro es sólo la cabeza del animal; su andadura es la del oso, pero ese oso blanco es terriblemente negro. Me adelanto hacia él, revólver en mano, dispuesto á enviarle mis seis balas al hocico, cuando veo levantarse al animal, y en seguida reconozco una morsa. El enorme bicho se arroja al agua, se zambulle, vuelve á la superficie, resopla y se nos queda mirando. Es inútil disparar balas de revólver á semejante monstruo: sería tanto como tratar de coger un ganso silvestre depositándole en la cola el famoso grano de sal. ¡Qué lástima que no tengamos un arpón! Antes, que yo sepa, jamás se había encontrado una morsa sobre la banca en pleno mar.

Buena marcha hacia el Norte: 79° 41' latitud Norte 135° 29' longitud Este.

25 de Enero.—Paseándome, llego al fin de la abertura situada al Este del *Fram*; su longitud no baja de 11 kilómetros. A la vuelta de esta excursión la banca empieza á agitarse. El «hielo joven» que cubre el canal se rompe y se amontona formando dos altas murallas con extraños ruidos. Ya se cree oír el gemido de un perro, ya el estruendo de una potente catarata. Varias veces encuentro cerrado el paso, ora por la brusca abertura de una laguna, ora por el levanta-

miento de un montículo. La parte de la banca en que se halla encerrado el *Fram*, situada al Sur de nosotros, parece impelida hacia el Este, á menos que no sea la porción del *pack* (1) en que nos encontramos nosotros la que marcha al Oeste.

27 de Enero.—La luz aumenta sensiblemente: al medio día se puede leer. Por la tarde, durante dos horas, presiones muy violentas. Los hielos crujen y se rompen con choques terribles, y sus fragmentos se amontonan formando altas murallas en torno de las riberas del lago. Se oye venir el zumbido... se acerca cada vez más... el buque experimenta violentos choques; parece que le levantan olas de hielo que afluyen por detrás. Los *hummocks* de estribor rechinan; el ruido ensordece. A favor de una calma momentánea, vuelvo al salón. Apenas reanudo mi trabajo, tornan las presiones, más violentas cada vez. El *hummock* de babor sube lentamente y el término próximo se desgarrá. El fragor y la violencia de los choques crecen de minuto en minuto, el barco se estremece, y esta situación se prolonga hasta las diez y media. A las doce menos cuarto de la noche, nuevo ataque de hielo, más débil; después todo queda en calma. El asalto más violento ha sido por la popa. Un montículo formado de moles apiladas pasa de seis metros (2); se han partido y amontonado, unos sobre otros, témpanos de unos tres metros de espesor.

La luna está en su último cuarto; la producción de tan fuerte presión en esta época no concuerda, pues,

(1) Gran extensión de masas flotantes de hielo más ó menos próximas. Sinónimo de «banca».—(N. DEL T.)

(2) Recibió el nombre de *Gran Hummock* y siguió al *Fram* durante todo su viaje en la banca.

con nuestras observaciones anteriores. Quizá se debe á la proximidad de una tierra.

30 de Enero.—Calma desde antes de ayer; sin embargo, ligera traslación al Sureste. Cuando el viento ha soplado durante algún tiempo de un punto del rumbo, la banca experimenta una compresión en ese sentido, y, al ceder la brisa, sufre una distensión y se dilata en sentido contrario. A esa reacción se debe, en mi sentir, el retroceso de una milla observado desde el 27 y el ataque de ese día. Desde esa fecha el hielo está en calma. Las presiones se producen probablemente al cambiar de dirección el movimiento del hielo.

2 de Febrero.— $82^{\circ} 10'$ latitud Norte y $132^{\circ} 10'$ longitud Este. Gran fiesta á bordo en celebridad del paso del paralelo 80.

6 de Febrero.—El termómetro oscila entre -47° y -48° . En el salón se eleva á $+22^{\circ}$; de modo que, cuando se sale, la diferencia de temperatura es de 69 á 70° . Sin embargo, aun con poca ropa y con la cabeza descubierta, no se siente impresión de frío.

La atmósfera tranquila y notablemente diáfana. El horizonte resplandece por el Sur con una claridad amarilla muy intensa que pasa al verde y al azul. No es de un azul más intenso el cielo de Italia. Esa fuerte coloración se produce siempre con los grandes fríos. Al siguiente día el termómetro baja á $-49^{\circ},6$.

Desde el mes último todos los miembros de nuestra pequeña colonia han aumentado de peso; algunos hasta dos kilogramos.

15 de Febrero.—Larga excursión en trineo. Por el hielo llano cuatro perros pueden llevar á dos hombres. Estudio la importante cuestión de la marcha sobre la banca en previsión de los planes futuros.

¡Cuán exagerados son los temores que inspiran las

bajas temperaturas árticas! Claro que no se siente calor con -40° y -42° ; pero tal frío no causa ningún sufrimiento. Ayer, en un paseo con los *ski*, llevaba yo una camisa ordinaria y dos abrigos de piel; en las piernas calzoncillos, pantalones, polainas de paño, y sudaba la gota gorda.

Hoy, para el paseo en trineo, llevo una camisa de franela, chaleco, jersey de lana, chaqueta de vadmél (1) y un abrigo de piel de foca. Con esta vestimenta la temperatura me parece muy agradable, y, como ayer, sudo varias veces. En la cara llevo un antifaz de franela, pero me da demasiado calor, y sólo me le pongo cuando me azota la nariz una brisa muy fresca.

16 de Febrero.—Después de un retroceso al Sur en los días precedentes, henos de nuevo al Norte, á los $80^{\circ} 1'$; sin embargo, desde el 12 el viento ha soplado siempre del Norte.

Al mediodía ¡gran sensación! Tras una ausencia de ciento doce días aparece el sol en el horizonte, ó, por lo menos, su imagen refractada. Primero brilla un largo trazo de fuego; después otros dos superpuestos y separados por un intervalo sombrío. Desde lo alto de la arboladura percibo cuatro rayas horizontales, después cinco, todas de igual longitud. El conjunto forma un sol rectangular, de un rojo pálido, atravesado por bandas horizontales sombrías. A las doce, según una observación, el astro se encontraba aún $2^{\circ} 22'$ por debajo del horizonte. No debía aparecer hasta el 20 de Febrero. Excuso decir que este acontecimiento fué ocasión de una fiesta.

22 de Febrero.—Desde hace tres días viento Sur;

(1) Paño muy recio, tejido por los campesinos de Noruega.

sin embargo, no estamos más que á 80° 11'. En Septiembre estábamos á 79°. Con esta velocidad necesitaremos aún cuarenta y cinco meses para llegar al polo; ochenta ó ciento para volver, por la otra parte, á los 80° de latitud, y luego uno ó dos meses para regresar á Noruega. Suponiendo que persista la misma velocidad, ¡no regresaremos hasta dentro de ocho años!

Antes de mi partida, cuando yo plantaba en el jardín arbustitos y árboles jóvenes para las generaciones futuras, escribía Brogger con mucha razón: «Nadie puede saber cuál será la longitud de su sombra cuando él esté de vuelta.» Ahora yacen bajo la nieve; pero en la primavera empezarán á brotar y á crecer de nuevo. ¿Cuántas veces antes de mi vuelta? ¡Con tal que sus sombras no sean demasiado largas!

Esta inactividad es absolutamente enervadora; experimento una imperiosa necesidad de ejercicio violento. ¡Que no venga un huracán y levante altas olas en esta banca! ¡Que no podamos luchar al menos y hacer algo! Esta inacción es la vida más miserable. Para dejarse llevar así hacia el término por las fuerzas ciegas de la naturaleza. sin poder intervenir nunca, hace falta, á buen seguro, una energía diez veces mayor que para el combate.

El 19, taladros en el hielo. Su espesor á babor es de 1^m,875; y por la proa, de 2^m,08. No es mucho, si se piensa que tiene un mes de edad, y que durante ese mes la temperatura ha descendido á — 50°. La placa en que se encuentra la trampa de oso alcanza una profundidad de 3^m,45; además, algunos témpanos se adhieren á su superficie sumergida. Presenta una estratificación que recuerda la de un glaciar, y que hacen visible depósitos de materias negras coloreadas por

organismos rojizos, que se encuentran en la superficie de cada capa. En diversos sitios los estratos aparecen plegados y aun rotos como en una capa geológica; pliegues y fracturas proceden, á todas luces, de las presiones ejercidas lateralmente en los choques de los témpanos. Así, pues, á pesar del frío, este hielo es muy plástico. A la sazón la temperatura de la banca, á muy poca profundidad, debía oscilar entre -30° y -20° .

4 de Marzo.—Las mismas alternativas de progreso y retroceso. Ahora nos rechaza un viento Sureste.

En la actualidad el viento del Norte determina un descenso de temperatura, y el del Sur un alza del termómetro. A principios de invierno sucedía lo contrario.

12 de Marzo.—Retrocediendo siempre hacia el Sur. Empiezo á desalentarme. ¿No tengo motivos? Una tras otra, todas mis esperanzas se desvanecen. Y la naturaleza, entre tanto, indiferente á todos nuestros sentimientos, prosigue impasible su ciclo.

Tiempo muy frío: el 11 desciende el termómetro á -50° y por la noche á $-51^{\circ},2$. Sin embargo, todos los días hacemos excursiones. Aunque sin más ropa que la de costumbre, sólo sentimos frío en el vientre y en las piernas; pero basta menear los pies para entrar en calor. Seguramente se podrían soportar temperaturas 10, 20 y hasta 30 grados más bajas. Las sensaciones experimentan alteraciones muy curiosas. En Noruega yo no me atrevo á sacar fuera las narices con una temperatura de -20° aunque el aire esté en calma; y aquí no vacilo en salir con un frío de -50° y con viento.

13 de Marzo.—Visita de una nueva morsa. Los perros la divisan desde el puente del buque á una distan-

cia de 1.000 metros, por lo menos, á pesar de no estar muy despejado. Esos animales tienen una vista extraordinariamente penetrante.

16 de Marzo.—Ensayo de marcha á vela con los trineos. La prueba da un resultado excelente. Una ligera brisa basta para impulsar con rapidez los vehículos.

21 de Marzo.—¡Por fin! Viento del Sureste y marcha hacia el Norte. Ha pasado el equinoccio de primavera, y nos hallamos á la misma latitud que en otoño. ¿Dónde estaremos el próximo Septiembre? Si nos encontramos más al Sur, el éxito será incierto; si, al contrario, hemos avanzado hacia el Norte, la batalla está ganada, pero la cosa será larga quizá. Ahora pongo mis esperanzas en el verano. La amplia extensión de agua libre que en Septiembre llegaba hasta los 70°, no había sido producida por la fusión de la banca, sino por los vientos y las corrientes. Para que se rehaga, pues, en el próximo estío, el hielo deberá ser rechazado hacia el Norte, y nos arrastrará, por consecuencia, en esa dirección.

26 de Marzo.—El 23 estamos de nuevo á 80°. En cuatro días hemos reconquistado el terreno perdido en tres semanas. El termómetro moral vuelve á subir pero el alza es de corta duración; el 26 se detienen nuestros progresos.

El sol sube é ilumina con su alegre claridad el gran desierto helado. Llega la primavera, pero apenas trae la alegría. Es fría y triste. Siete años más de tal vida, pongamos sólo cuatro: ¿en qué estado moral nos hallaremos después de tal prueba? ¿Y ella? No me atrevo á pensarlo.

Esta inacción y esta monotonía quebrantan todos los resortes del hombre. ¡Ni la menor lucha! ¡Todo

está tranquilo y muerto, sepultado bajo un caparazón de hielo! Hasta el alma siente escalofríos. ¿Qué no daría yo por batallar un día contra los elementos, por verme expuesto siquiera á cualquier peligro?... Hay que armarse de paciencia y esperar el resultado del lento arrastre. Si sigue una mala dirección, atropellaré por todo, y marcharemos hacia el Norte á pie al través de la banca; estoy resuelto. No hay otro partido que tomar. Será una empresa temeraria, una lucha á vida ó á muerte. No tengo que elegir. Es indigno de un hombre aceptar una misión, y abandonarla luego, una vez empezada. Sólo una dirección tenemos abierta: la del Norte. ¡Adelante!

Mis ojos se detienen en el cuadro de Eilif Pettersen colgado en el salón: un bosque de abetos en Noruega; y creo volver á encontrarme en medio de esos bosques amados. Solemnes bosques, vosotros habéis sido los confidentes de mi infancia. En medio de vosotros he aprendido á sentir las grandes impresiones de la naturaleza, su salvaje majestad y su melancolía. Para toda la vida habéis grabado en mi alma una impresión indeleble... Solo, en medio de los grandes bosques, sentado delante de una hoguera, á orillas de una charca solitaria, bajo el cielo estrellado, ¡qué feliz me sentía en el seno de esa magnífica armonía de la naturaleza!

A bordo todo el mundo está muy afanado. Se cortan velas para las lanchas, para los trineos, para el molino; se hacen cuchillos y chuzos para los osos; se fabrica calzado de suela de madera y clavos. El doctor, siempre de vacaciones por falta de enfermos, se hace encuadernador, y yo, con la ayuda de Amundsen, rehago los cartones de música estropeados por la humedad. Los calo en hojas de cinc; la prueba da resultados excelentes, y ahora, ¡adelante con el manubrio!

«Olas de armonía sagrada y profana» pueblan la nave; los vales son los que tienen más éxito. Esa música fogosa infunde como una nueva vida á los habitantes del *Fram*.

6 de Abril.—Hoy gran acontecimiento. Debe haber un eclipse de sol. Según los cálculos de Hansen, se efectuará á las doce y cincuenta y seis minutos del día. Se trata de hacer una buena observación á fin de comprobar la marcha de nuestros cronómetros. El gran anteojo y el teodolito se disponen de antemano en el hielo, y durante dos horas Hansen, Johansen y yo alternamos en los instrumentos de cinco en cinco minutos. Por fin, se acerca el momento decisivo. Hansen, instalado ante el gran anteojo, observa el sol, mientras Johansen mira el cronómetro. En el borde del astro aparece una sombra. ¡*Top!* grita nuestro astrónomo. ¡*Top!* responde Johansen. El cronómetro marca exactamente 12 h., 56', 7",5, sólo siete segundos y cinco décimas más de lo que Hansen había calculado: resultado excelente que prueba la marcha regular de nuestros instrumentos.

7 de Abril.—Cuatro osos han aparecido hoy, después de tres meses sin ver uno solo. Esto significa algo. Quizá nos acercamos á una tierra. Estamos hoy á los 80° 15'; jamás hemos alcanzado tan alta latitud.

30 de Abril.—Llegamos á los 80° 44' 30", y el viento sigue soplando del Sur y del Sureste. Tiempo claro y radiante de primavera, aunque el termómetro afirma lo contrario. Nos calentamos al sol, siguiendo con los ojos las nieblas blanquecinas que flotan en la diáfana atmósfera, y pensando en la primavera de Noruega, con sus brotes y sus flores. Aquí nada semejante. La gran blancura desierta pesa mortalmente en todas direcciones sobre el mar animado.

CAPITULO III

La primavera y el verano en medio de la banca.

Llegó por fin la estación que en Noruega llamamos primavera, la estación de la alegría y de la vida, el despertar de la naturaleza tras el letargo invernal. Aquí no ha traído consigo ninguna mudanza. Siempre la misma llanura de hielo.

Según que caminamos al Norte ó al Sur, estamos llenos de esperanza ó desalentados, y, como siempre en estas alternativas, hago planes para el porvenir. Un día me parece que mi plan se realizará. El 17 de Abril, viendo que marchamos hacia el Norte, estoy convencido de la existencia de una corriente al través de la cuenca polar. En veinticuatro horas hemos ganado nueve millas. Se acabó, sin duda, ese enervante retroceso hacia el Sur. De ello es indicio favorable á mis ojos la presencia de capas de agua con una temperatura relativamente elevada.

Durante la primavera nuestros progresos fueron más satisfactorios que durante el invierno. El 1.º de Mayo estábamos casi á los 81º, y el 18 de Junio tocábamos en el paralelo 83; luego, en Julio y Agosto, volvimos hacia atrás. El 1.º de Septiembre habíamos retrocedido á los 81º 14'. Siempre, en resumen, el mismo género de locomoción; después de cada paso

hacia el Norte, el *Fram* retrocedía. Como decía uno de los nuestros, ardiente político, aquello era una lucha constante entre la derecha y la izquierda, entre los progresistas y los reaccionarios.

Durante todo el viaje en la banca, la proa del *Fram* estuvo vuelta hacia el Sur, por lo general hacia el Sur $\frac{1}{2}$ Suroeste, y el buque se desvió muy poco de esta dirección. Marchaba hacia el Norte, que era su objetivo, mirando siempre hacia el Sur. Parecía negarse á aumentar la distancia entre él y el mundo habitado y suspirar por las riberas meridionales, mientras un poder invisible le arrastraba hacia lo desconocido.

Durante la primavera, con la idea de preparar mi excursión proyectada hacia el Norte, estudiaba las condiciones de la banca en excursiones diarias, ya con los *ski*, ya en trineos.

En Abril el hielo estaba en muy buen estado para los perros. Gracias á la acción de los rayos solares, los montículos producidos por la presión aparecían nivelados parcialmente, y se habían cerrado las grietas. Se podía caminar millas sin encontrar grandes obstáculos. En Mayo empeoró la situación por haberse abierto en todas direcciones multitud de canales, que á cada instante detenían la marcha. En los primeros días del mes, en que aún eran muy intensos los fríos; esas superficies líquidas se cubrían rápidamente de una capa cristalina, bastante espesa para resistir el peso de una caravana; después, á consecuencia de la elevación de temperatura, la formación del hielo fué mucho más lenta, y hasta llegó á detenerse del todo. A fines de Mayo y á principio de Junio no se hubiera podido avanzar sino muy lentamente al través de la red inextricable de canales y lagos que en esa época dividía la banca. En Junio el *pack* quedó intransita-

ble; á cada paso se hundía uno en agua ó en lodo glaciario. Andar por semejante sitio hubiese sido casi imposible.

Estamos absolutamente bloqueados en una banca en descomposición. Ninguno de mis compañeros se halla alarmado por la gravedad de las circunstancias; todos, al revés, están muy contentos de nuestra marcha hacia el extremo Norte, de nuestros progresos crecientes al través de lo desconocido. Todos saben, sin embargo, que es una cuestión de vida ó muerte. Si, según nos han predicho, el *Fram* se rompe y va á pique, como la *Jeannette*, antes de que hayamos tenido tiempo de salvar provisiones suficientes para continuar nuestra marcha hacia el Norte sobre un témpano, no habrá más remedio que emprender la retirada hacia el Sur, y el desenlace tendrá que ser fatal en medio de esta banca dislocada. Terribles fueron, en efecto, los sufrimientos de la expedición americana, y no se encontraba, sin embargo, más que á los 77° de latitud. La distancia que nos separa de la tierra más próxima es doble de la que ella hubo de recorrer para alcanzar la costa de Siberia. Estamos á más de 280 millas del cabo Cheliuskin, y el trayecto desde ese promontorio á las primeras localidades habitadas de Siberia es terrible.

Pero el *Fram* no se romperá; nadie cree aquí en la posibilidad de semejante catástrofe. Somos como el remero de *cayak*: sabe que un desliz de la pagaya bastaría para enviarle al otro mundo; sin embargo, sigue derecho su camino con plena confianza, seguro de que no incurrirá en ningún desliz.

En Julio se puso aún peor la banca. Todos los *floes* estaban cubiertos de charcos, sobre los cuales se extendía una delgada película de hielo. En cuanto po-

náis el pie sobre esa película, cedía y os zabullíais en agua helada. Las masas de nieve acumuladas entre los *hummocks* y al pie de los *toroses* no resistían, aunque fueseis calzados de *ski*. Más tarde, después de la fusión completa de la nieve, el *pack* se hacía accesible.

No tardaron en formarse anchas cuencas en la superficie de los *floes*. El 8 y el 9 de Julio el *Fram* se encontraba en un lago de agua dulce, y tuvimos que construir un puente para poder ganar la orilla á pie enjuto. Varios de esos lagos eran muy extensos y muy hondos. Uno de ellos, situado á estribor, era bastante grande para permitir navegar en bote. Fué la distracción de varios de nosotros durante la noche. Cada bote tenía un estado mayor completo: capitán, segundo, teniente; pero nada de marineros. Mientras la embarcación daba bordadas, los compañeros que habían quedado en la orilla se entretenían en bombardear á los navegantes con balas de nieve.

Esas partidas tuvieron un resultado práctico: un día hicimos un ejercicio de embarque, y reconocimos que todos trece podíamos tener puesto en una sola lancha. Cuando los perros nos vieron marchar del *Fram* y dirigirnos hacia el estanque, manifestaron la mayor inquietud, y cuando nos vieron entrar en el bote, creyendo que los abandonábamos, empezaron un concierto de lamentaciones espantosas. Algunos se echaron á nado para seguirnos; otros, más ladinos, daban la vuelta al lago para salirnos al encuentro por la otra parte. Algunos días después tuvimos la tristeza de ver seco nuestro estanque: se había abierto una fisura en el fondo de su lecho de hielo, y por ella se había ido toda la masa de agua dulce.

Durante el estío, además de esos lagos, se extendían

en todas direcciones redes de canales. Esos canales no alcanzaban gran anchura, y podían atravesarse fácilmente de un brinco por la parte más estrecha, ó saltando de témpano en témpano.

Aunque entrecortada y cubierta de lagos, la banca era aún demasiado compacta para que pudiésemos esperar la libertad. Por otra parte, aun quedando libre el *Fram*, no hubiese podido avanzar hacia el Norte más que algunos centenares de brazas. Varias veces divisamos cerca de nosotros, desde el «nido del cuervo», anchas extensiones de agua libre; pero, aunque hubiésemos podido alcanzarlas, no nos hubiesen llevado lejos. Jacobsen no cesaba de repetir que, antes del fin del verano, el *Fram* estaría libre seguramente, y podríamos hacer rumbo al Norte; todos participaban de esa esperanza, menos Sverdrup y yo.

Todos los exploradores que se han visto presos en las bancas esperaban con impaciencia el deshielo estival; yo, al contrario, deseo que el hielo conserve su cohesión y siga su marcha hacia el Norte. En este mundo todo depende del punto de vista en que uno se coloca. El navegante que parte con la ilusión de poder surcar aguas libres hasta el polo, se lamenta de verse bloqueado, mientras que otro, decidido á dejarse cojer por el hielo, no se queja, aunque encuentre agua libre. En esta vida, el que quiere lo más, pide frecuentemente lo menos.

Todas estas aberturas de la banca, como las presiones y amontonamientos del *pack*, son obra de los vientos y las mareas, que empujan los hielos, ya en una, ya en otra dirección. La superficie de la cuenca polar está cubierta de *floes* en perpetuo movimiento, ora coherentes, ora separados é impelidos unos contra otros.

Durante toda la peregrinación del *Fram*, se hicieron observaciones para estudiar la formación de los témpanos. En el curso del invierno y de la primavera el espesor del hielo aumentó constantemente; pero, según se ve por el siguiente cuadro, el incremento es más lento cada vez, á medida que va siendo menor el volumen:

FECHAS	Espesor del hielo.
10 de Abril.....	2m,31
21 de Abril.....	2m,41
5 de Mayo.....	2m,45
31 de Mayo.....	2m,52
9 de Junio.....	2m,58
20 de Junio.....	<i>Ibid</i>
4 de Julio.....	2m 57
10 de Julio.....	2m,76

El aumento de los témpanos durante el estío me pareció al pronto muy extraordinario. A consecuencia de las diversas mermas que experimentaba diariamente su capa superficial, y cuya suma podía calcularse en varios centímetros, su volumen hubiera debido decrecer. Estudios atentos me revelaron la causa de esta anomalía. El agua dulce procedente de la fusión de la nieve formaba en la superficie del mar una capa de unos tres metros; y, en contacto con el agua salada mucho más fría (1), sufría un descenso de temperatura y hasta una congelación. Esa capa de hielo de agua dulce era la que, aglutinándose á la parte sumergida de los *floes*, aumentaba su espesor. Efectivamente: mediante perforaciones, comprobé la existencia de una capa de hielo poco coherente debajo de los *floes* viejos. No obstante, durante el verano, á consecuen-

(1) Su temperatura era próximamente de $-1^{\circ},5$.

cia de la importancia de la fusión superficial, disminuyó el espesor de la banca, según demuestran las observaciones siguientes:

FECHAS	Espesor del hielo viejo	Espesor total de la masa (1).
23 de Julio de 1894..	2m,33	2m,49
10 de Agosto — ..	1m,94	2m,17
22 — — ..	1m,86	2m,06
3 de Septiembre — ..	»	2m,02
20 — — ..	»	1m,98
3 de Octubre — ..	1m,75	1m,98
12 — — ..	1m,80	2m,08
10 de Noviembre — ..	<i>Ibid.</i>	<i>Ibid.</i> con ligera tendencia al aumento.
11 de Diciembre — ..	»	2m,11
3 de Enero de 1895..	»	2m,32
18 — — ..	»	2m,48
6 de Febrero — ..	»	5m,59

Los témpanos de mucho volumen son producto, no de la congelación del agua, sino del amontonamiento del hielo sometido á la acción de las presiones. Frecuentemente, en esas convulsiones de la banca resbaldan unos sobre otros enormes fragmentos, y el agregado, una vez solidificado por el frío, adquiere el aspecto de una masa absolutamente homogénea. Así, la aglomeración de témpanos existente debajo del *Fram* tenía un espesor de más de 10 metros.

La temperatura del hielo en la superficie del *pack*, próxima al punto de fusión durante el verano, baja rápidamente á medida que son más intensos los fríos del invierno. En las capas profundas, á la inversa, disminuye con lentitud; en la parte inferior de los témpanos bañados por el mar es sensiblemente la misma que la del agua ambiente.

En Marzo y á principios de Abril he observado la

(1) La diferencia con la cifra anterior indica el incremento de la capa subyacente de hielo de agua dulce.

temperatura más baja. A una profundidad de 1^m,20 y 0°,80, era respectivamente de -16° y de -20° . A contar desde los primeros días de Abril, se manifestó un alza muy lenta.

Con los grandes fríos, el hielo es duro y quebradizo; los choques le rompen, pues, fácilmente. En estío, á la inversa, es blando y plástico, y, por consecuencia, no tan fácil de romperse. Esta modificación del estado de la banca se manifiesta de una manera muy particular. En estío, como el hielo es muy plástico, puede amontonarse y comprimirse sin el menor ruido, mientras que en invierno ese fenómeno va acompañado de crujidos formidables.

Durante el verano proseguimos nuestros estudios científicos. En el invierno habíamos hecho una sondalesa de 4 á 5.000 metros, y con ella conseguimos tocar el fondo del Océano por donde caminábamos. La profundidad variaba de 3.300 á 3.900 metros: un descubrimiento interesante que destruía todas las ideas corrientes sobre la naturaleza de la cuenca polar.

Amén de estos sondajes hicimos observaciones de la temperatura del mar á profundidades diferentes. Todas estas series termométricas revelan las mismas oscilaciones; de un mes á otro las variaciones de temperatura de las diversas capas no pasaban de algunas centésimas de grado. A título de ejemplo, he aquí los resultados de un sondaje termométrico ejecutado del 13 al 17 de Agosto:

Profundidad en metros.	Temperatura.	Profundidad en metros.	Temperatura.	Profundidad en metros.	Temperatura.
Superficie	+ 1°,02	240.....	+ 0°,20	1.000.....	- 0°,10
2.....	- 1°,32	260.....	+ 0°,34	1.200.....	- 0°,28
20.....	- 1°,33	280.....	+ 0°,42	1.400.....	- 0°,34
40.....	- 1°,50	300.....	+ 0°,34	1.600.....	- 0°,46
60.....	- 1°,50	350.....	+ 0°,44	1.800.....	- 0°,60
80.....	- 1°,50	400.....	+ 0°,35	2.000.....	- 0°,66
100.....	- 1°,40	450.....	+ 0°,36	2.600.....	- 0°,74
120.....	- 1°,24	500.....	+ 0°,34	2.900.....	- 0°,76
140.....	- 0°,97	600.....	+ 0°,26	3.000.....	- 0°,73
160.....	- 0°,58	700.....	+ 0°,14	3.400.....	- 0°,69
180.....	- 0°,31	800.....	+ 0°,07	3.700.....	- 0°,65
200.....	- 0°,03	900.....	- 0°,04	3.800.....	- 0°,64
220.....	+ 0°,19				

El cuadro anterior acusa la existencia de un estrato de agua relativamente caliente entre dos capas de agua fría. La temperatura, después de haber descendido desde la superficie hasta la profundidad de 80 metros, se eleva luego hasta los 280 metros, y tras una nueva baja á 300 metros, vuelve á subir. Desde 450 metros se registra una disminución regular de temperatura hasta 2.900 metros, seguida de una tercera alza, que persiste hasta el fondo. La capa de agua caliente ha alcanzado á veces una temperatura superior á la indicada en el cuadro.

No esperábamos encontrar en medio de esa banca una fauna alada abundante. Así, no fué pequeña nuestra sorpresa el 13 de Mayo, día de Pentecostés, al ver una gaviota. A partir de esa fecha, todos los días vienen á volar algunas aves alrededor de nuestra balsa de hielo. Pagófilas blancas (*Larus eburneus*, L.), gaviotas tridáctilas (*Larus tridactylus*, L.), petreles árticos (*Procellarica glacialis*); á veces gaviotas alcaldes (*Larus glaucus*, L.), gaviotas argentadas (*Larus argentatus*) y urías (*Uria grylle*). Una ó dos veces divi-

samos estercorarios (*Lestris parasitica*), y el 21 de Julio un verderón de las nieves.

El 3 de Agosto recibimos la visita de gaviotas de Ross (*Rhodostethia rosea*), y yo tuve la suerte de matar tres ejemplares jóvenes de esa ave rarísima, misterioso habitante del extremo Norte que nadie sabe dónde va ni de dónde viene. Siempre he andado en su acecho desde que estamos en estos parajes, y hele aquí que llega en el momento en que menos le esperaba.

El cuerpo de las tres gaviotas de Ross que he matado medía una longitud de 0^m,32. Tenían el lomo y las alas grises, el vientre y los costados blancos, ligeramente teñidos de naranja, y alrededor del pescuezo un collar gris. Un poco después cambia este plumaje. El lomo se torna azul, el vientre rosa y el collar negro.

Ahora que he tomado la resolución de hacer un avance hacia el Norte, todas mis esperanzas se concentran en los perros. Velo sobre ellos siempre por temor á algún accidente ó á alguna enfermedad, y no sin razón. El 5 de Mayo uno de los cachorros de Kvik sufre una especie de ataque de locura furiosa. Corre ladrando terriblemente y muerde á todo el que encuentra. Después de algún tiempo de encierro se tranquiliza. Es el cuarto caso de esta índole que observamos. ¿Cuál puede ser la causa de estos accidentes? Seguramente no lo es la hidrofobia. ¿Quizá algún ataque epileptiforme? Sea comoquiera, varios de mis perros han sucumbido ya á esa extraña enfermedad. El 24 de Junio, Ulenka, uno de los mejores, sufre igualmente el ataque; queda tendido sobre cubierta como paralizado, incapaz de tenerse en pie. Le instalamos en un cajón y le damos una alimentación esmerada. Después de algunos días el animal parece experimentar



una mejoría sensible, pero en mucho tiempo no pudo recobrar el uso de sus piernas. Evidentemente, para determinar así la parálisis, esos ataques deben afectar á la columna vertebral. El 3 de Junio sucumbe á su vez uno de los hijos de Kvik...

Los perros no parecen gozar de las delicias del verano; para ellos, el hielo es demasiado húmedo y... demasiado caliente, aun cuando la temperatura apenas se eleva sobre cero.

En verano como en invierno celebramos puntualmente todas las solemnidades con la pompa que nuestros medios nos permiten. La fiesta nacional del 17 de Mayo (1) dió margen á grandes regocijos: despertar á toque de órgano; almuerzo de salmón ahumado y lengua de vaca; todos los miembros de la expedición llevan cintas en los ojales. En el palo mayor flota el pabellón nacional.

× A las once se reúne en la banca la colonia del *Fram*, y se forma una procesión, con bandera desplegada. Yo marchó á la cabeza, llevando la bandera noruega «pura» (2), seguido de Sverdrup con la flámula del *Fram*. Detrás de nosotros un trineo, guiado por Mogstad, conduce la orquesta, compuesta de Johansen y de su acordeón. Siguen Jacobsen y Henriksen, armados de escopetas y harpones; luego, Amundsen y Nordahl con grandes banderas rojas; en fin, el doctor con una bandera de manifestante, reclamando la fijación de una jornada normal de trabajo—la bandera era un jersey que llevaba bordadas delante las iniciales de la petición.—Cerraban el cortejo nuestro cocinero Juell, con la espalda cubierta de ca-

(1) Aniversario de la Constitución noruega.

(2) Bandera sin el rectángulo de los colores suecos, signo de la Unión de Noruega con Suecia.

cerolas, y los meteorólogos, con un ancho escudo de hoja de lata, atravesado por una banda roja donde campeaba la inscripción: sufragio universal. Los perros seguían gravemente la procesión, como si en toda la vida hubiesen hecho otra cosa.

Al son de una marcha imponente compuesta para el caso, la procesión dió dos vueltas alrededor del buque, para dirigirse hacia el «gran hummock», donde fué fotografiada. Concluida esta operación, lanzóse un hurra en honor del *Fram*, que nos había conducido tan lejos hacia el Norte, y que esperábamos nos restituyese á todos sanos y salvos á Noruega. En el momento de volver á bordo, el fotógrafo dirigió á la concurrencia un discurso recordando la solemnidad del día. Su peroración fué saludada con una salva de seis disparos, que puso en fuga á algunos perros. Terminada la ceremonia, los tripulantes se dirigieron al salón, decorado con banderas. Un fogoso vals inauguró esa parte de la fiesta, y después dió principio el banquete, amenizado con intermedios de música. Por la noche el violinista Mogstad nos obsequió con su repertorio. En resumen: una fiesta muy lucida, sobre todo á los 81° de latitud Norte.

28 de Mayo.—Un suave mes de Mayo. En estos últimos días la temperatura ha subido algunos grados sobre cero varias veces. Puede uno pasearse con la grata impresión de creerse en su patria. Rara vez descende el termómetro por debajo del punto de congelación. En cambio, tenemos las nieblas de estío. El cielo, cubierto de nubes luminosas, recuerda los países del Sur. A bordo es muy sensible la elevación de la temperatura. Ya no es necesario encender la estufa del salón, y el hielo y la escarcha que cubren las paredes del almacén empiezan á fundirse.

9 de Junio.—Experimento una sensación de estío. Puedo pasearme al sol y soñar sobre cubierta; fumando la pipa, yerran mis ojos sobre la infinita sábana blanca. Ahora la nieve está húmeda por todas partes, y empiezan á formarse tablazos de agua en la superficie del *pack*. No bien se abre un agujero en el hielo, se llena de agua inmediatamente. Bajo la influencia del calor, las partículas de cal contenidas en los témpanos derriten los granos de hielo que las envuelven; en consecuencia, va aumentando la cantidad de agua saturada de sal que no puede helarse sino á una temperatura muy inferior á la que ahora reina.

La temperatura del hielo se ha elevado notablemente. A la profundidad de 1^m,20 es de $-3^{\circ},8$, y á 1^m,60 llega á $-3^{\circ},1$.

10 de Junio.—Excepto el médico, ninguno de nosotros padece de oftalmía. Es un hecho muy raro en los anales de las expediciones árticas, que merece consignarse. Hace cuatro ó cinco días, después de un partido de pelota en medio del hielo, Blessing se ha visto aquejado de esa afección. Durante algún tiempo le lloraron mucho los ojos; pero, con un poco de cuidado, no tardó en restablecerse. Es verdaderamente humillante para el doctor haber sido el primer enfermo. Durante el verano, á consecuencia de otros casos benignos de oftalmía debidos á imprudencias, se prescribió á los enfermos no salir sin anteojos para resguardar la vista.

11 de Junio.—Hoy hago un agradable descubrimiento. Creía haber empezado mi última caja de cigarros; y, en esa creencia, calculaba que, á razón de uno por día, mi surtido podría aún durar un mes, cuando me encuentro con una nueva provisión. Así podré matar el tiempo durante otros varios meses. ¿Dónde estare-

mos cuando se acabe? Matar el tiempo es una idea que jamás me había venido á las mientes. Hasta aquí lamentaba la rapidez con que huía; ahora no corre á medida de mi deseo.

23 de Junio.—Viento Norte con neviscas. Tiempo abominable triste. Siempre retrocediendo hacia el Sur. En cinco días hemos perdido nueve millas.

He visto muchas visperas de San Juan en latitudes muy diferentes; ninguna tan lamentable como esta. ¡Tan lejos de todos los nuestros! Pienso en la alegría que reina allá, en la patria; oigo el chirrido de los violines, las carcajadas, los disparos de las escopetas repetidos por los ecos. Aquí una infinita llanura blanca envuelta en brumas, donde silba un viento áspero. Nada en verdad del alegre y gozoso espectáculo que esta fecha despierta en nuestro espíritu. Ha pasado la fuerza del estío; la larga noche de invierno se acerca nuevamente.

Esta tarde andaba yo ocupado en medir la salobridad de una muestra de agua marina, cuando Mogstad vino á anunciarme la presencia de un oso por las inmediaciones. Los hombres que están abriendo una cueva para nuestra provisión de carne fresca (1), cerca del «Gran Hummock», al volver á su trabajo después de la comida, han descubierto huellas muy recientes de animal. Calzo los *ski* y me voy en busca

(1) La carne de los osos y de las focas á que se dió muerte durante el estío último se destinó á alimento de los perros. Durante el invierno se había dejado en la caía, donde se conservó en excelente estado. Después se depositó en el agujero abierto á este fin en la banca hasta que se agotó en el curso del estío. En estas regiones la carne se conserva durante un período muy largo. Así, el 28 de Junio comimos un ssado de reno procedente de un animal que se mató en la costa de Siberia en Septiembre anterior.

de la caza. El suelo está execrable; la nieve blanda no resiste; los patines se hunden profundamente á cada paso.

El oso ha venido del Oeste, y después de inspeccionar la obra en construcción y de dar un gran rodeo, se ha dirigido hacia el Este, sin hacer el menor caso del buque. Ha visitado detenidamente todos los agujeros y todos los rincones en que podía prometerse encontrar alguna cosa, y escarbado la nieve con la esperanza de descubrir algún desecho que hubiese escapado de la voracidad de los perros. Después ha examinado atentamente todos los canales vecinos, pensando atrapar alguna foca, y finalmente, ha emprendido la carrera al través de los *hummocks* y de los *floes*, sin preocuparse del lodo glaciario y del agua que los cubren. Si el estado de la banca hubiese sido mejor, indudablemente hubiese yo dado alcance al bueno del oso. Pero todo se halla en un estado completo de disgregación; á cada instante os falta el suelo. Un terreno muy difícil para un pobre patinador en persecución de un oso, que, sin el menor esfuerzo, pasa por todas partes. La marcha es muy lenta y penosa; los *ski* se hunden; el agua os llega á menudo al tobillo; sin los patines, sería imposible dar un paso.

A trechos, la monótona llanura, blanca y gris, aparece salpicada de manchas oscuras, formadas por los lagos y los canales que se extienden en medio de los *hummocks*. En su sombría superficie flotan immaculados témpanos, á modo de pedruscos de mármol blanco colocados sobre un fondo negro. A veces se abre un lago anchuroso, rizado por pequeñas olas, que van á golpear las paredes de la cuenca con alegre rumor, único signo de vida en medio de este desierto. Un antiguo y querido amigo, ese rumor de las alegres

ondas. Hay momentos en que podría uno creerse verdaderamente en una latitud más meridional; pero dura poco la ilusión. Por todas partes hielo bajo formas caprichosas de infinita variedad, que se destacan vigorosamente sobre las negras aguas. ¡Infinita es la diversidad de todos esos trozos de mármol, y toda esta maravillosa escultura será destruida sin que ningún ojo humano haya podido contemplarla!

24 de Junio.—Aniversario de nuestra partida. Viento Norte. ¡Todavía retrocediendo al Sur!

Desde el día en que salimos del furdo de Cristianía ha transcurrido un largo año. En ese período hemos cumplido una buena parte de la tarea emprendida, aunque no hemos avanzado hacia el Norte tanto como yo esperaba.

Sentado un momento, miro pasar los remolinos de nieve. Un extraño San Juan. No creáis que esté fatigado de esta monotonía de hielo y nieve; no, no puedo decirlo en verdad. No suspiro por el verdor y los bosques; al contrario... Durante horas medito nuevos proyectos de viaje en medio de las bancas, cuando éste termine. Sé los resultados ya obtenidos y sobre poco más ó menos los que obtendremos después. Esto basta para que forje nuevos planes. ¡Pero los seres queridos que quedaron allá!...

11 de Julio.—Latitud $81^{\circ} 18' 8''$. Otra vez viento Sur. Por el pronto nuestro movimiento de retroceso se halla nuevamente detenido.

Ahora deseo casi la vuelta de la noche polar con su mundo mágico de estrellas, sus fantásticas auroras boreales y su luna luminosa prosiguiendo tranquilamente su curso en medio del gran silencio de la naturaleza adormecida. Es como un ensueño, como una divagación por los mundos imaginarios. No hay ya

ninguna forma, ninguna realidad, no hay más que una visión de efluvios argentados y violáceos cerniéndose por encima de la tierra.

Este día sin fin, con su continua actividad, me fatiga. La vida es un afán perpetuo. Los días suceden á los días, las semanas á las semanas, sin que jamás se detengan las labores ni los pensamientos...

A menudo no dejamos el trabajo hasta pasada la media noche... Y siempre esta obsediante espera y esta sensación penosa de vacío.

Se asegura que los santos hallan la paz de la vida en el desierto. Desierto, bien le hay aquí; pero la paz no la encuentro. Sin duda me falta la santidad.

18 de Julio.—Excusión con Blessing para recoger muestras de «hielo y nieve morenos», á la vez que algas diatomeas en las aguas. La superficie de casi todos los témpanos presenta una coloración oscura debida á depósitos de partículas minerales, mezcladas con diatomeas y organismos, como los que he recogido en la costa oriental de Groenlandia (1). Tenemos que proseguir nuestras investigaciones y cerciorarnos de si esa substancia oscura se compone principalmente de depósitos minerales y es de un origen continental.

Todos los canales, aun los más pequeños, encierran una cantidad enorme de algas. En las paredes de los

(1) El polvo que se observa en estío en casi todos los témpanos polares, sin distinción de edad, proviene, en gran parte de las altas regiones de la atmósfera. Probablemente cae á la superficie de la tierra con la nieve, y durante la fusión estival se acumula poco á poco formando una ligera capa sobre los témpanos. También se observan en la banca, y en gran cantidad, sedimentos que vienen á tener el mismo color que el polvo, pero que, sin ninguna duda, son de un origen terrestre directo: porque se descubren en bloques que primitivamente se hallaban en la inmediación de la tierra.

témpanos bañadas por el mar se observa igualmente una coloración oscura, debida á la presencia de un alga que vive en el hielo. En el agua, por otra parte, se notan vesículas blancas ó de color amarillo obscuro, formadas de agregados de diatomeas y de organismos celulares rojos de un aspecto muy característico. Esas aglomeraciones de diatomeas, sumamente abundantes en canales pequeños, se encuentran próximamente á un metro de profundidad, en el límite que separa la capa superficial de agua dulce y la de agua salada. Las algas flotan igualmente á la misma profundidad, pero se encuentran á veces hasta en la superficie.

Durante largos días me embebo en el estudio microscópico de esta flórula. En medio de esos vegetales descubro seres organizados: infusorios, flagelíferos y aun bacterias. Investigaciones del más alto interés seguramente. Sin embargo, ¡cuánto más me agradaría luchar contra el hielo en una marcha hacia el Norte!

Mientras llega ese día, nos preparamos para la batalla. Nuestras disposiciones podrán servir lo mismo para la ofensiva que para la retirada, si alguna vez fuese indispensable. Visitamos y reparamos todos los trineos de mano, y empezamos seis trineos de perros. Mañana se emprenderá la construcción de *cayaks* de piel de foca ó de lona. Cada uno de ellos podrá contener dos hombres: tendrán tres metros de longitud, 0^m,80 de anchura y 0^m,40 de profundidad. Necesitaremos seis, y estaremos así completamente preparados para una retirada brillante. Hay momentos en que desearía casi una derrota decisiva por poner á prueba nuestros recursos y por salir de esta enervante inacción.

Los *cayaks* responden plenamente á nuestras exi-

gencias. No pesando más que 30,5 kilogramos, pueden ser transportados sin dificultad, y, navegando, pueden llevar fácilmente dos hombres con víveres para cien días.

5 de Agosto.—Latitud, $82^{\circ} 7' 3''$. Magnífico día de verano. Tendido al sol, me figuro estar de vuelta en la patria amada, en medio de sus altos montes y de sus furdos. La irradiación de esta hermosa luz hace posible la ilusión. Aquí, como allí, flotan muy altas ligeras nubes, y se extiende sobre el paisaje una cúpula azul resplandeciente. Es una magia de ideal blancura sobre la azulada extensión del hielo.

La temperatura es tan suave que se instala sobre cubierta la mesa de juego. ¡He aquí lo que se llama el verano!

21 de Agosto.—Latitud, $81^{\circ} 4' 2''$. Permanecemos estacionados, por decirlo así. Creo, no obstante, como siempre, que nuestro viaje no puede durar más de tres años, ó, mejor, tres inviernos y cuatro estíos. Dentro de dos años, á partir de esta época, estaremos de regreso (1). El invierno que viene caminaremos de seguro hacia el Norte, y el invierno se acerca con rapidez.

Ahora parece terminado el estío. La temperatura varía entre -4° y -6° . Todos los lagos y todos los canales están cubiertos ya de una capa de hielo bastante espesa para soportar el peso de un hombre.

(1) Esta predicción debía realizarse punto por punto. Dos años más tarde, el 22 de Agosto, llegaba el *Fram* á la costa de Noruega.

CAPITULO IV

El segundo otoño en la banca.

Pasó el estío y empieza nuestra segunda invernada.

Acostumbrados ahora á las vicisitudes de esta existencia, el tiempo nos parece menos largo. Por mi parte, estoy embebido en la elaboración de nuevos proyectos.

Durante el estío habíamos tomado nuestras disposiciones para el caso en que fuese precisa una retirada al través de la banca. En previsión de esa eventualidad se habían construido cayaks y preparado los trineos y las provisiones. Al mismo tiempo me he ocupado de la expedición meditada hacia el Norte; con este objeto he construido un cayak de bambú. A nadie, salvo á Sverdrup, he dicho una palabra de esta idea. Antes de hablar necesito conocer los resultados de la marcha durante el invierno.

6 de Septiembre.—Latitud, $81^{\circ} 13' 7''$. Aniversario de mi matrimonio. ¡Cinco años ya!... El año último, en semejante época, era día de victoria: triunfábamos de los hielos en la isla Taimir. Hoy, al contrario, no tenemos motivos para estar satisfechos. No hemos avanzado hacia el Norte tanto como yo esperaba, y un viento Noroeste nos rechaza otra vez hacia el Sur.

El 6 del próximo Septiembre... quizá estaremos reunidos los dos y hablaremos de esta estancia en la banca y de sus vicisitudes como de una cosa pasada que no volverá... La larga, la terrible noche ha huido, y ante nosotros alborea un día radiante lleno de esperanzas... ¿Por qué no tendríamos esa gran alegría dentro de un año? ¿No podría ser arrastrado el *Fram* este invierno hacia el Oeste, por el Norte de la tierra de Francisco José? Entonces sería ocasión de partir hacia el polo. Ante esta idea mi corazón late de alegría; vamos á prepararnos para esta expedición, y el tiempo pasará velozmente.

Ya he reflexionado en el plan de esta marcha y pensando en el material que debe llevarse y en su transporte. Cuanto más examino las cosas, más creo en la posibilidad del éxito de tal empresa, siempre que el *Fram* alcance una alta latitud en los primeros días de la primavera. Si llega á los 84° ó á los 85° , partiré á fines de Febrero ó á principios de Marzo, inmediatamente después de la vuelta del sol. En esta época será fácil la marcha. Cuatro ó cinco meses más de inacción; luego vendrá el momento de obrar. ¡Qué alegría entonces! Mis nervios, contraídos por esta vida tranquila y sosegada, podrán distenderse al fin en una actividad fecunda. Quizá parezca una locura partir así hacia adelante, en vez de quedarse á bordo para continuar otros trabajos de más importancia. ¡Error! En mi ausencia se proseguirán las observaciones con el mismo celo.

He celebrado el aniversario de mi matrimonio arreglando mi taller para el invierno. He puesto en él una estufa de petróleo; más tarde le rodearé de muros y de un techo de nieve. Gracias á estas disposiciones, aun durante los fríos más crudos, tendré una suave

temperatura. Si puede utilizarse este refugio durante todo el invierno, se podría hacer en él doble trabajo que en la cala.

9 Septiembre.—Latitud $81^{\circ} 4'$. Desde hace varios días el sol se pone á las diez de la tarde, no dejando tras sí más que una inmensa decoración de gloria cerniéndose sobre la eterna blancura.

Por la tarde, excusión con *ski*. Varios canales están ya cubiertos de hielo, y los témpanos ofrecen huellas de compresión. Encuentro, sin embargo, un canal que mide á trechos de 350 á 450 metros de anchura y que se extiende hasta perderse de vista por el Norte y por el Sur. El hielo se halla en excelente estado para la patinación. Los *ski* resbalan rápidamente sobre su superficie sin el menor esfuerzo, sobre todo cuando se marcha en la misma dirección que el viento.

12 de Septiembre.—A babor se han construido pe-
rreras, magníficas chozas de hielo divididas en com-
partimientos que pueden contener cuatro animales:
buenos y abrigados cuarteles de invierno. Sólo perman-
necen á bordo los cachorros de Kvik, cuyos retozos
nos alegran.

Ha llegado el equinoccio. Ahora las noches son obs-
curas; al mediodía el sol no está ya más que á 9° del
horizonte.

23 de Septiembre.—Un año justo que estamos presos
en medio de la bonca. Con este motivo Hansen em-
pieza una carta del camino recorrido. No es gran cosa
ciertamente; pero la dirección seguida es la que yo
predije.

Desde el 22 de Septiembre de 1893, día en que en-
tramos en la banca, hasta el 22 de Septiembre de 1894,
hemos ganado 189 millas hacia el Norte.—La diferen-
cia entre el punto más meridional alcanzado en el cur-

so del arrastre (7 de Noviembre de 1893) y el punto más septentrional (16 de Julio de 1894) es de 305 millas. De modo que hemos progresado 4.º de latitud, desde los 77º 43' hasta los 81º 53'. La dirección media de nuestra trayectoria de N. 36º O., un poco más septentrional que la de la *Jeannette*. Si continuamos siguiendo la misma línea, iremos á parar hacia las islas del Nordeste de Spitzberg, después de haber alcanzado nuestra más alta latitud á los 84º por los 75º de longitud E. al N.N.E. de la tierra de Francisco José. Por este camino, desde el punto en que nos encontramos ahora hasta la tierra del Nordeste hay una distancia de 827 millas. A razón de 189 millas por año, necesitaríamos cuatro años y cuatro meses para llegar allí. Pero, si la velocidad se eleva, como espero, á 305 millas por año, llegaremos á nuestro destino dentro de dos años y siete meses. Semejante velocidad es ahora muy verosímil; no teniendo ya al Sur una masa de agua libre muy extensa y existiendo ante nosotros una masa muy compacta de hielo, no estaremos expuestos á volver atrás, como sucedió el otoño último.

El régimen de la marcha durante el estío me induce á creer que hemos acabado con esas alternativas tan desanimadoras de progreso y de retroceso. El hielo, me parece, no tiene ya una gran propensión á retrogradar hacia el Sur; manifiesta, al contrario, una tendencia á caminar al Noroeste, á la menor brisa del Sur y aun del Este. Además, á medida que avancemos hacia el Noroeste, el movimiento de traslación será más rápido cada vez. La trayectoria del *Fram* es más septentrional que la de *Jeannette*, y más allá de la tierra de Francisco José el hielo debe ser rechazado en dirección al Norte por esa barrera de islas; creo, pues, que llegaremos á una latitud más alta que

lo que parece indicar la dirección de nuestro movimiento. Espero alcanzar los 85°.

27 de Septiembre.—A contar desde hoy, todos los hombres deberán patinar dos horas al día, desde las once hasta la una. Algunos no tienen gran práctica en el uso de los *ski*; y, en caso de retirada, su falta de destreza sería causa de graves peligros para todos. Algunos días después, ejercicio de arrastre de los trineos. Sirve para la prueba un vehículo con carga de 120 kilogramos. Amundsen, que creía que el arrastre era cosa de juego, se detiene en seguida agotado. «No (dice á sus compañeros); si hubiese que arrastrar mucho tiempo semejante peso, tanto valdría acostarse sobre la nieve y esperar la muerte.» Tengo, pues, que ejercitar á mi gente en esta maniobra. En cambio, tres perros enganchados á ese vehículo le llevan como una pluma.

4 de Octubre.—La banca constituye un terreno excelente para la marcha; sólo en algunas zonas poco extensas la hacen intransitable los montículos y las grietas.

En vísperas de nuestra segunda noche polar, la más larga y fría que ha sufrido hasta aquí una expedición ártica, nuestro estado moral es inmejorable. La luz del día decrece sin cesar, y no tardará en desaparecer completamente; pero no decaen por eso nuestros ánimos. El buen humor y la animación son ahora más constantes; no hay ya aquellas alternativas de desaliento y de esperanza que pusieron nuestra serenidad á una prueba tan ruda. Ese estado de espíritu se debe, sin duda, á la familiaridad con el medio y al bienestar de nuestra vida. Avanzamos hacia nuestro objetivo lenta, pero seguramente, rodeados de todas las comodidades de la civilización. Y el invierno pró-

ximo se anuncia aún más agradable que el precedente.

Nuestro taller, establecido sobre cubierta, es una pieza muy abrigada y muy alegre. Un hornillo que he instalado para utilizar en la cocina nuestra provisión de aceite de engrasar, irradia en el cuarto de trabajo una parte de su calor. A veces la temperatura es tan alta, que sudo copiosamente y tengo que abrir la venta para dejar salir un poco de aire á 25 ó 30° sobre cero.

Dure lo que quiera la expedición, no hay miedo de que nos falte luz ni combustible. Nuestra provisión de petróleo es suficiente para alumbrarnos durante diez años, suponiendo que las lámparas ardan anualmente trescientos días. Si es carbón, tenemos aún cien toneladas. Con tal surtido, no habrá que economizar el combustible en las estufas. En fin, para protegernos mejor contra el frío, he mandado poner un toldo sobre el puente. La popa queda completamente libre para poder observar los alrededores del buque.

10 de Octubre.—Hoy cumpla treinta y tres años. Gran fiesta en celebridad. El salón está decorado con pabellones y la nave empavesada.

Por la mañana, carrera de patines con tiempo muy frío. Por la noche desciende el termómetro á -31° . Jamás he tenido un tiempo tan frío el día de mi cumpleaños. Como de costumbre en circunstancias semejantes, el cocinero ha preparado un verdadero festín.

16 de Octubre.—Desde hace cuatro días sopla un huracán horrible. La nieve, levantada por el viento, llena el cielo de espesos torbellinos. A pesar de todo, no se suspende la excursión en patines.

Al mediodía el sol aparece en el horizonte como una bola roja de forma elipsoidal. Es la última vez que le vemos. ¡Adiós, querido sol vivificante!

Marchamos rápidamente hacia el Norte. El 21 la observación nos coloca á los 82° de latitud y 114° 9' de longitud Este.

Celebramos el paso de los 82° con una fiesta anunciada por un cartel en verso, fijado en el salón. Después de la cena, concierto. Entre los ejecutantes se distingue especialmente Betzen. Sus recientes ejercicios con el manubrio de la sonda le han dado una experiencia preciosa para el manejo del órgano. Ya amortigua el movimiento, y la música parece subir de un abismo de 2 á 3.000 metros; ya le acelera, como si la música viniese de la superficie. El entusiasmo es tal, que Pettersen y yo no podemos resistir; bailamos valeses y polkas, y hasta ejecutamos algunos pasos á dos sumamente notables. Amundsen se deja subyugar á su vez, y los bailes prosiguen con más animación que nunca, mientras los jugadores permanecen clavados á su mesa. Entre tanto circulan las bananas secas y la conserva de melocotón. Así vamos marchando siempre alegres hacia nuestro fin. Estamos ahora á mitad de camino entre las islas de Nueva Siberia y la tierra de Francisco José.

22 de Octubre.—Por la noche desciende el termómetro á -36° . Con semejante frío no es cosa agradable tocar el hierro. Uno de nuestros perros, á quien se ocurrió lamer un anillo, hizo el experimento á sus expensas: se le quedó pegada la lengua como si el metal hubiese tenido liga. Por fortuna, Betzen se hallaba en el puente á la sazón, y, agarrando al animal por el pescuezo para impedir que se arrancase la lengua con los saltos que daba para desprenderse, calentó el hierro con sus manos calzadas de mitones y logró devolver al perro la libertad.

13 de Noviembre.—El termómetro está á -39° . Du-

rante el día, presión en diferentes puntos de la banca. Su ruido estridente anuncia la baja temperatura del hielo: ruido singularísimo, que parecía esobrenatural, si se ignorase su causa.

Carrera de patines con una luna magnífica. No, nuestra vida no es un sufrimiento constante como creerán allá, en el país. ¿Es, por ejemplo, una prueba penosa deslizarse como una flecha por el hielo sin fin, bajo un cielo esmaltado de estrellas? Alrededor se extiende la blanca sábana argentada por la luz de la luna y salpicada de grandes manchas sombrías producidas por la sombra de los *hummocks*; allá, en el confín, una raya clara marca el horizonte del hielo. Al Mediodía surge un resplandor, rojizo por abajo, más arriba amarillo y después verde, hasta que insensiblemente acaba por fundirse con la inmensa cúpula azul. ¡Una armonía indescriptible, que sólo la música podría traducir!

Es más de lo que cabe prometerse de la vida: es una magia del otro mundo, una visión de la vida futura. Y á la vuelta, cuando se sienta uno en la tranquila sala de trabajo, con los pies á la lumbre y la pipa en la boca, y permanece allí abismado en sus reflexiones, ¿es eso un sufrimiento?

16 de Noviembre.—Durante un paseo en patines confío á Sverdrup mis proyectos de excursión hacia el Norte; á la noche le expongo más ampliamente mi plan, que aprueba por completo. La empresa debe intentarse de todos modos, aunque en Marzo no lleguemos á los 85°.

Es el único modo de penetrar en esas regiones. Si no llegamos al polo, ¡corriente! nos batiremos en retirada. Como he repetido, el objeto de nuestra expedición no es alcanzar ese punto matemático, sino explorar las partes desconocidas de la cuenca polar.

Decidida la empresa, se ofrece una grave cuestión. ¿En qué época habrá que partir? Seguramente en primavera, en Marzo lo más tarde. Pero ¿en qué año, en 1895 ó en 1896? Pongamos las cosas en lo peor. Supongamos que en Marzo próximo no estemos más que á 83° de latitud Norte y 110° de longitud Este; aun en ese supuesto, debemos ponernos en camino en seguida. Si aguardamos, en efecto, al año siguiente, nos exponemos á haber traspasado el punto desde donde puede emprenderse la expedición en las condiciones más favorables.

Desde el punto de donde supongo que partiremos hasta el cabo Fligely, en la isla más septentrional de la tierra de Francisco José, hay una distancia de 400 millas, poco más que la que yo he recorrido por los glaciares en mi travesía de Groenlandia. Semejante trayecto podrá efectuarse sin demasiada dificultad, aunque la banca se presente muy accidentada en las cercanías de las costas. Una vez en tierra firme, nos sustentaremos con los productos de la caza. A esa distancia de 400 millas hay que añadir lo que habremos recorrido en dirección al polo. Sea la que quiera la latitud que logremos alcanzar, estamos seguros de poder volver con la ayuda de los perros.

Estudiemos ahora las condiciones del viaje. La expedición, compuesta de dos hombres y de veintiocho perros, tendrá que llevar un peso de 1.050 kilogramos.

Desde el paralelo 83 hasta el polo hay 420 millas ó 777 kilómetros de distancia. Los perros, con el auxilio de dos hombres, podrán andar 15 kilómetros al día, arrastrando cada uno un peso de 37,5 kilogramos, durante los primeros tiempos del viaje. Para eso será menester que el hielo presente una superficie llana como

la banca que nos rodea, y no tenemos motivos para creer que suceda otra cosa. Por consiguiente, á los cincuenta días de haber partido del *Fram* llegaremos al polo. En Groenlandia, sin ayuda de perros, hemos recorrido en sesenta y cinco días 345 millas al través de glaciares que alcanzaban la altitud de 2.700 metros.

Después de nuestra marcha hacia el Norte, el consumo de víveres ha reducido el peso de los trineos á 250 kilogramos, peso insignificante para veintiocho animales. En tales condiciones, la vuelta podrá ser muy rápida. Supongamos que dura cincuenta días como á la ida. Según las circunstancias, enderezaremos el rumbo, ya á las Siete islas en el Spitzberg, distantes 540 millas, ya al cabo Fligely en la tierra de Francisco José. Demos de barato que elegimos esta última ruta.

El 1.º de Marzo hemos salido del *Fram*; el 20 de Abril estamos en el polo. En esa fecha nos quedan 100 kilogramos de provisiones, ó sea, víveres para cincuenta días, pero ninguna provisión para los perros. Entonces tenemos que decidirnos á ir matando animales para alimentar á los otros, ó para sustentarnos nosotros, si preferimos darles conservas. Veintitrés perros proporcionarán víveres para cuarenta y un días, y nos quedarán aún cinco animales de tiro. En esa fecha—es decir, el 1.º de Junio—deberemos estar al Sur del cabo Fligely, contando para esa parte del trayecto, con una velocidad diaria de 12 millas. Nos quedarán entonces cinco perros y nueve días de víveres.

La situación no será por eso desesperada. Por el pronto, según todas las probabilidades, mucho antes de esa época habremos alcanzado la tierra, y en tal estación debe abundar la caza en aquellos parajes. A prin-

cipios de Abril Payerha encontrado cerca del cabo Fligely masas de agua libre pobladas de aves; en fin, sería muy extraordinario que antes de esa fecha no encontrásemos en nuestro camino un oso, una foca ó algún ave.

Una vez en el cabo Fligely, podremos elegir entre dos itinerarios: la ruta de Spitzberg por la costa Noroeste de la tierra de Francisco José y la tierra de Gillies—si las circunstancias son favorables, escogeré ciertamente esta dirección,—ó la ruta de la tierra de Francisco José, por el estrecho de Austria, y después, por la costa meridional de este archipiélago, hacia Nueva Zembla ó hacia Spitzberg, á no ser que encontrásemos la expedición inglesa de la tierra de Francisco José.

Examinemos ahora todas las eventualidades que pueden detener nuestra marcha.

Más al Norte la banca puede ser más accidentada que en los parajes donde actualmente nos encontramos. No es muy probable, á menos que exista una tierra en esa dirección. Si es así, habrá que acomodarse á las circunstancias. En todo caso, sea el que quiera el estado del hielo, podremos avanzar; la cuestión quedará reducida á que el esfuerzo sea mayor ó menor. Aun con una tripulación debilitada por el escorbuto, Markham consiguió ir hacia adelante por un terreno muy difícil. Y aun la existencia de una tierra en esos parajes podría facilitar nuestros progresos; todo dependería de su extensión y dirección. Dada la profundidad del Océano y la marcha de la banca, no es muy verosímil que exista más al Norte una isla de ciertas dimensiones.

Pueden faltarnos los perros: pero no todos á la vez seguramente. Hasta aquí han vivido fuera sin pare-

cer molestados por el frío. Aun admitiendo la pérdida de todos, nosotros solos podremos arrastrar una buena parte de los bagajes.

* Terrible sería, sin duda, nuestra situación, si fuésemos atacados por el escorbuto. Tal accidente puede sobrevenir, en efecto, á pesar del excelente estado sanitario de la expedición. ¿No fué precisamente en primavera, en el momento de partir para las excursiones en trineo, cuando la expedición inglesa de Nares experimentó los primeros síntomas de la terrible enfermedad? Pero no parece que es de temer eventualidad tan grave. Gracias á una alimentación más variada y de mejor calidad que la de las expediciones anteriores, nuestra tripulación ha gozado hasta aquí de una salud perfecta. No puedo, pues, creer que llevemos del *Fram* los gérmenes del escorbuto. Para la marcha proyectada hacia el Norte se han escogido víveres lo más nutritivos posible; así, me cuesta trabajo creer que determinen el desarrollo de la terrible afección. Pero siempre se debe correr un riesgo. Cuando se han tomado todas las precauciones el deber es marchar adelante.

Falta examinar un último punto. Nuestra partida ¿no pondrá en peligro á los que queden á bordo? Seguramente, la ausencia de dos hombres no debilita la tripulación: once pueden manejar muy bien el buque. Por el contrario, la falta de todos los perros, á excepción de los siete hijos de Kvik, es cosa de importancia. Mis compañeros conservan, á la verdad, un número de trineos más que suficiente y provisiones considerables para una retirada. Si ocurriese algún accidente al *Fram*, sería inconcebible que, con semejantes recursos, no pudiesen alcanzar la tierra de Francisco José ó el archipiélago de Spitzberg. Si sobreviniese

una catástrofe, ocurriría verosíblemente al Sur de los 85°. Tomemos como base de nuestros cálculos los 85° bajo el meridiano de la tierra de Francisco José. De allí al cabo Fligely hay 180 millas, y á las Siete Islas, 240. No puedo creer que, con nuestro equipo, no pueden efectuar ese trayecto los compañeros. Tal eventualidad me parece imposible. El *Fram* atravesará la cuenca polar y volverá al mar libre por la otra parte, sin averías. Aun admitiendo, pues, la posibilidad de un accidente, estoy seguro de que la tripulación saldrá sana y salva, con tal que observe las precauciones indispensables. Luego no hay razón ninguna que se oponga á la partida de una expedición hacia el polo, y el fruto científico de tal exploración nos impone el deber de acometerla.

Ahora otra cuestión. ¿Quién de nosotros irá al Norte? Sverdrup y yo hemos dado ya pruebas de nuestras fuerzas y de nuestros ánimos en una empresa semejante (1), que salió perfectamente. Además, somos los únicos que poseemos la experiencia de una exploración parecida. Los dos no podemos abandonar el *Fram*; eso es claro como la luz. Uno de nosotros debe permanecer á bordo para conducir la nave y la tripulación á buen puerto, y el otro debe dirigir la expedición en trineo. Sverdrup arde en deseos de marchar adelante; pero yo no puedo decidirme á dejarle partir. La marcha hacia el polo será de fijo mucho más peligrosa que la continuación del viaje á bordo del *Fram*. Si confío, pues, á Sverdrup la misión de ir al Norte, le encomendaré la tarea más difícil, reservándome yo la más fácil. Si sucumbe, jamás me perdonaré haberle dejado marchar. Por otra parte, me lleva nueve años,

(1) En la travesía de Groenlandia en 1888.

y á él le corresponde especialmente la dirección del buque. En estas condiciones tengo tomado mi partido: marcharé yo, y Sverdrup se encargará de restituir la expedición á Noruega.

Como compañero elijo á Johansen. Reune todas las cualidades apetecibles para tal empresa. Es un patinador de primer orden y un mozo robusto, á la vez que un carácter firme y agradable. Pronto le anunciaré mi decisión para que tenga tiempo de prepararse. En principio, la expedición es cosa resuelta. Si la luz es suficiente, partiré en Febrero.

18 de Noviembre.—Sentado á mi mesa de trabajo, oigo sobre mi cabeza el ruido del molino á la vez que las pisadas de Pedro, ocupado en dar su pitanza á los hijos de Kvik; de pronto pienso que esa rueda que gira arriba puede ser muy peligrosa para nuestros cachorros.

Diez minutos después oigo un aullido lastimero prolongado, como un grito de sufrimiento y de angustia; casi en seguida para el molino. Subo corriendo al puente. ¡Ay! mis temores eran harto justificados. Uno de los perrillos, cogido por la rueda, gira en el aire, gimiendo lamentablemente. Tanto me conmueven sus quejidos que en el primer momento pienso en derribar de un hachazo toda la máquina para librar al pobre animalejo.

Con ayuda de Mogstad y de Bentzen logro coger al infeliz. Afortunadamente, aún está con vida, y, aunque ha recibido muchas contusiones, no parece haber sufrido mucho con su viaje aéreo. Muy asombrado de volver á encontrarse en pie, permanece un instante inmóvil; después, convencido rápidamente de que está en el suelo, huye dando brincos.

Extraña vida la de estos perillos, siempre en medio

de las tinieblas de la fría noche polar. En cuanto uno de nosotros sube al puente con una linterna, al punto se acercan retozando á la luz, como niños alrededor de un árbol de Navidad.

19 de Noviembre.—Por la mañana doy á conocer mis proyectos á Johansen. Le he expuesto los terribles peligros de la empresa; es un asunto de vida ó de muerte. Antes, pues, de tomar una resolución, debe meditarlo uno ó dos días.

«No—contestó—no necesito meditarlo; desde ahora estoy pronto á seguir á usted. Hace tiempo he pensado maduramente en esa empresa, y siempre mi mayor deseo ha sido acompañarle. Acepte usted mi respuesta hoy ó dentro de unos días, la respuesta no ha de variar. Mi resolución es inquebrantable.

—Sea. Si V. ha reflexionado ya en los peligros y en los sufrimientos de tal expedición, si ha mirado usted la perspectiva probable de la muerte en esa empresa, no insisto en esperar más tiempo su decisión.

—Perfectamente—contestó Johansen.—Estoy dispuesto á seguir á usted donde y cuando quiera.

—Asunto terminado. Mañana empezaremos nuestros preparativos.»

20 de Noviembre.—Esta noche he anunciado mis proyectos á la tripulación. Todos, naturalmente, no hubieran pedido más que acompañarme. Así, para dulcificar su sentimiento, me esfuerzo en encarecerles la importancia de su misión. Si puede ser gloriosa una expedición al Norte, no es menos honroso cumplir la travesía de la cuenca polar y conducir después la expedición sana y salva á Noruega.

Al día siguiente comenzamos los preparativos. Desde luego construimos dos cayaks, de 3^m,70 centímetros de longitud por 0^m,70 de anchura, con profundi-

dad de 0^m,30 el uno, y de 0^m,38 el otro. Como se sabe, esas largas canoas de cuero no llevan más que un solo hombre, sentado en medio de un agujero practicado en el puente, que por todas las demás partes queda cerrado. Para que no penetre el agua dentro de la canoa, el remero lleva un sayo de piel de foca absolutamente impermeable, el cual se adapta á un aro de madera que guarnece la abertura. El hombre forma así cuerpo con la canoa. Cada uno de esos cayaks puede contener conservas para tres meses y cierta cantidad de víveres para los perros. Esas embarcaciones nos serán absolutamente precisas para la travesía de los canales que cortan la banca y para hacer después el trayecto desde la tierra de Francisco José á Spitzberg ó á Nueva Zembla.

Hago construir varios trineos con todas las condiciones apetecibles de flexibilidad y resistencia para que puedan soportar los choques y sacudidas á que se verán expuestos. Dos de esos vehiculos median una longitud igual á la de los cayaks, es decir, 3^m,70.

Después me entrego á una porción de experiencias para elegir bien las provisiones. Nuestras raciones, como las de los perros, deben ser á la vez todo lo nutritivas y todo lo ligeras que sea posible. Además, debo examinar minuciosamente sobre el terreno todos los instrumentos que necesitamos llevar, para cerciorarme de que responderán á nuestros deseos perfectamente. De todas estas precauciones depende en gran gran parte el éxito final.

Una cuestión magna era la elección de ropa; así, antes de resolverla, hice varias excursiones llevando nuestra vestimenta habitual de piel de lobo. Con una temperatura de $-36^{\circ},6$ y aun de -41° , sudo copiosamente en cuanto hago ejercicio. Es seguro que el tiem-

po no será nunca bastante frío para que sea útil llevar esa vestidura. Habrá que tomar otra más ligera.

Probamos igualmente nuestro material de campamento. Armamos nuestra tienda de seda y encendemos dentro el hornillo fabricado con destino á la expedición en trineo. En hora y media proporciona tres litros de agua hirviendo y cinco litros de agua producidos por la fusión del hielo encerrado en un segundo compartimiento del aparato. La temperatura del hielo empleado es de -35° . El consumo de petróleo no es más que de 100 gramos. El experimento, repetido varias veces, da siempre los mismos resultados satisfactorios. He aquí un gran cuidado de menos.

✕ Mientras yo me dedico á estos ensayos prácticos, mis compañeros se ocupan en otros menesteres no menos útiles. Mogstad prepara los trineos; Sverdrup confecciona sacos de dormir; Juell, convertido en sastre de los perros, emplea todo el tiempo que le deja libre la cocina en tomar la medida á sus clientes, coser arreos y probarlos. Blessing prepara la farmacia de viaje; Hansen las tablas necesarias para las observaciones astronómicas y las curvas de los cronómetros, mientras un hombre hace en papel delgado la copia de todos los diarios de á bordo y de todas las observaciones que quiero llevar conmigo.

En todo este tiempo jamás se han interrumpido las observaciones científicas. Durante el otoño, Hansen y Johansen han instalado sus instrumentos en una choza de nieve, donde pueden manejarlos sin guantes y sin que los moleste el viento. En el interior de ese observatorio no hace mucho calor que digamos: 20 ó 25° bajo cero; pero nuestro astrónomo y nuestro meteorólogo no parecen advertirlo.

CAPITULO V

El segundo invierno en la banca.

En los primeros días de Diciembre tenemos por primera vez la tristeza de ver un enfermo á bordo. Sverdrup padece un catarro intestinal.

El 12 de Diciembre el *Fram* llega á los 82° 30'. Ningún buque había alcanzado antes tan alta latitud. La distancia que nos separa del polo no es ya más que 833 kilómetros, la distancia de París á Marsella, con diferencia de unos 30 kilómetros. Al día siguiente, gran fiesta para celebrar esta victoria. Banquete, música, paso de caballero solo bailado por Lars. La alegría sería completa, si Sverdrup no anduviese malo todavía. En medio de la francachela general, es para él una verdadera aficción verse condenado á una dieta severa. Si no se le vigilase, comería de todo; es un verdadero niño.

23 de Diciembre.—Desde hace dos días, terrible tempestad del Sureste. Por término medio la velocidad del viento alcanza de 13 á 14 metros por segundo. Remolinos de nieve obscurecen el cielo y se amontonan en el puente. Un verdadero cuadro de invierno. Esta borrasca nos ha llevado á los 83°, quizá más lejos aún.

La banca, hace tanto tiempo tranquila, manifiesta algunos síntomas de agitación. En la noche del 22 el

Fram recibe un choque tremendo, y se oye muy cerca de nosotros el mugido de las presiones. Doce horas después, nueva sacudida más violenta aún. En la noche del 23 al 24 se abre el hielo entre el agujero de sondaje y el observatorio meteorológico. A toda prisa hay que salvar de un desastre posible los instrumentos más preciosos. Nuestros nervios, no acostumbrados hace tiempo á estos choques, se impresionan ahora con las sacudidas.

27 de Diciembre.—Otra Navidad lejos de los nuestros. En esta prueba me sostiene la esperanza. Después de largos días de incertidumbre entreveo el éxito, el fin de esta negra noche.

Se celebra en grande la Nochebuena. Para esa ocasión he fabricado, con el concurso de Blessing, un nuevo vino: «el champagne de los 83° de latitud Norte», producto del jugo generoso de la zarza ártica, el noble fruto de las regiones boreales y árticas.

Al día siguiente, festín, y después de la cena, gran baile, en que Hansen y yo tenemos el honor de representar al bello sexo ausente.

En el interin sigue soplando el buen viento. Hemos pasado probablemente de los 83°. Hasta aquí la tormenta nos ha impedido comprobar nuestra posición. Durante el día aparece una estrella: Hansen acude inmediatamente. Estamos al Norte de los 83° 20'. Esta noticia aumenta la alegría general.

28 de Diciembre.—Ayer el *Fram* ha recibido varios choques. La grieta abierta á babor se ha ensanchado y forma ahora un canal. A partir de las nueve y media de la noche, de hora en hora se suceden nuevas sacudidas más violentas cada vez.

Me levantaba para ir á examinar la situación cuando Magstad viene á anunciarme la formación de un

toross muy elevado cerca de la proa. Corremos al puente provistos de linternas. A cincuenta y seis pasos del estrave, paralelamente al canal abierto á babor, se eleva una aglomeración de moles en torno de la cual se ejerce la presión con una fuerza terrible. El hielo cruje y rechina; el *toross* avanza lentamente en dirección al buque; de un momento á otro puede hacerse crítica la situación. En su consecuencia, ordeno al hombre de guardia que vigile atentamente y me llame si el *toross* progresa ó si se rompe el hielo alrededor del buque. Probablemente la presión va á perder intensidad poco á poco. Entre tanto, me vuelvo á dormir.

2 de Enero de 1895.—Jamás he experimentado sentimientos tan extraños á principios de año nuevo. Este será ciertamente uno de los más importantes de mi existencia: me traerá la victoria y la vida ó la derrota y la muerte.

En esta naturaleza silenciosa pasan los años sin dejar huella tras de sí: no hay aquí acontecimientos. Al través de la obscuridad profunda que envuelve este mundo, no se ve más que el centelleo de las estrellas y las llamas de la aurora boreal.

Este nuevo año nos encuentra en el umbral de una región completamente desconocida. El viento que en este instante azota la arboladura nos arrastra hacia latitudes que jamás ha alcanzado aún el hombre. Si ningún suceso viene á destruir nuestras esperanzas, 1895 marcará de seguro el punto culminante de esta marcha hacia el polo.

3 de Enero de 1895.—Día de mortal inquietud. Ayer hacíamos planes para el porvenir; hoy poco ha faltado para que nos quedásemos en mitad de la banca sin techo donde guarecernos.

A las cuatro de esta madrugada, el hielo, agitado ya hace algunos días, ha entrado en convulsión. Al principio el movimiento es poco importante; pero á las ocho, cuando me despierto, no se oye más que crujir y rechinar por todas partes. A treinta pasos del *Fram*, á lo largo del canal abierto á babor, se eleva un alto *toross*, y por esa parte avanzan las grietas hasta diez y ocho pasos del buque. Mando traer á bordo todos los objetos esparcidos por la banca, especialmente las tablas y las vigas que sirvieron el verano último para construir el observatorio meteorológico. La sondalesa, que había quedado en el pozo, no puede salvarse desgraciadamente. Al medio día, cuando ha concluido el trabajo, aumenta de repente la violencia de la presión. El *toross* de babor se acerca más cada vez, y se abre el hielo, amenazando sepultar el aparato de sondaje. Algunos hombres acuden precipitadamente y consiguen arrancar el precioso artificio á las convulsiones de la banca. La situación llega á ser muy crítica. El caos de moles avanza rápidamente; si nos alcanza antes de que el buque haya saltado de su lecho de hielo, puede sobrevenir un grave accidente.

Por la tarde se hacen los preparativos necesarios para abandonar el *Fram*, caso de que ocurra la catástrofe temida. Los trineos, los cayaks y diez recipientes con cien litros de petróleo se colocan sobre cubierta. Veinticinco cajas de galletas para los perros, diez y nueve de pan y cuatro recipientes de petróleo se depositan en el hielo, á estribor y por la proa.

Durante la cena se aproximan los mugidos del hielo, y de repente oímos debajo de nosotros un crujido terrible. De un salto estoy en el puente. Ahora se prepara un nuevo asalto por otra parte. La banca empieza á agitarse á estribor, y en ese punto, tranquilo

hasta ahora, empieza á abrirse una grieta hasta la popa del *Fram*, poniendo en peligro nuestros depósitos. Algunos instantes después el peligro arrecia á babor. Cruje el hielo, y una corriente líquida invade las perreras. Pedro se echa al agua animosamente y suelta á los animales. Algunos, espantados, se resisten á salir y se acurrucan en los rincones. Hay que sacarlos á la fuerza para impedir que se ahoguen.

Por la tarde, á fin de hacer frente á toda eventualidad, se establece á estribor, sobre el gran *hummock*, un depósito de víveres para doscientos días, con las tiendas, el hornillo y todo el material necesario para la retirada. Ese témpano, muy sólido, podrá resistir los choques más violentos.

Durante la noche, los hombres de guardia reciben la orden de vigilar atentamente los movimientos del hielo, sobre todo cerca del depósito, y de avisarme al menor peligro.

Mientras escribo mi diario, la banca gime sin cesar; el ataque continúa... A pesar de los riesgos de la situación, todo el mundo está muy alegre; los aficionados al ajedrez han jugado su partida por la noche, como de costumbre. Miramos este terrible asalto como un intermedio entretenido en la monotonía de nuestra vida.

4 de Enero.—Tras una noche tranquila, vuelve á agitarse la banca. A partir de las nueve de esta noche comienza nuevamente la presión. Abrense fisuras al través de nuestro lecho de hielo, y los *toroses* suben más cada vez, amenazando desplomarse sobre el puente.

Se han adoptado todas las disposiciones para la retirada. Los hombres duermen vestidos, prontos á saltar al puente con sus sacos á la primera orden.

Sobre esta escena de desolación brilla una luna esplendorosa, que nos permite seguir los progresos del ataque.

5 de Enero.—A las cinco de la mañana me anuncia Sverdrup que el *toross* está tocando con el *Fram* y va á desplomarse sobre el puente.

El estruendo es espantoso; retumba el trueno de continuo; no parece sino que ha llegado el día del juicio final... De un momento á otro puede sobrevenir la catástrofe. Se da la orden de trasladar al hielo todas las provisiones que han quedado en la cala y de subir al puente las pieles y prendas de vestir: se arrojarán á la banca en el último momento. Después se transporta la canoa de petróleo al depósito del «gran *hummock*».

Á las ocho de la noche, tras una tregua durante el día, se reanuda el asalto más terrible que nunca. El *toross* de babor se inclina cada vez más sobre nosotros y derrama sobre cubierta enormes témpanos y masas de nieve. Pedro, asiendo inmediatamente una azada, se pone á cavar con furia en el hielo que nos invade y quiere volver á arrojarle fuera. Le sigo á fin de examinar la situación...; no necesito mirar mucho tiempo para darme cuenta del peligro. Es inútil luchar con una azada contra un enemigo semejante. Llamo á Pedro y le invito á emplear sus fuerzas en otro trabajo. Apenas había acabado de hablar cuando se produce una nueva presión, acompañada de formidables detonaciones y chasquidos espantosos. «Cref que me iba á los infiernos con la azada», grita Pedro. Yo retrocedo hacia la toldilla y detengo á Mogstad que acudía también con una azada para seguir el ejemplo de su compañero.

Con el peso de témpanos que llegan por cima de la

borda, el toldo se dobla y amenaza venirse al suelo. Si cae, quedamos sepultados bajo el alud. Inmediatamente bajo al salón y llamo á cubierta á todo el mundo; recomendando que salgan, no por la puerta de babor, sino por el kiosko de las cartas. Las aberturas de babor pueden dejar pasar dentro del buque al hielo que cae en el puente. Los pasillos interiores quedarían así bloqueados, y nos veríamos cogidos como ratones en una ratonera. Para evitar este peligro, se abre la puerta de la máquina que da acceso á los alojamientos. Su estrechez obligaría á sacar los bagajes muy lentamente. Vuelvo á subir en seguida para soltar los perros encerrados en el puente. Los pobres, después de haberse librado de ahogarse, ahora están expuestos á ser aplastados por los témpanos que caen. De una cuchillada corto las ligaduras, y toda la manada se precita hacia estribor.

Entre tanto, se suben las ropas. Es inútil meter prisa á los hombres; los rechinamientos del hielo contra los costados del buque estimulan bastante su ardor. Es un ruido terrible en una noche obscura. Para colmo de desgracias, Jacobsen ha dejado apagar las linternas. En medio de ese zafarrancho pienso de repente en mis mocasines que están secándose en la cocina; corro á galope en su busca. En este momento la presión llega á su paroxismo. Con el empuje formidable del hielo, crujen las vigas del entrepuente; de un minuto á otro espero verlas romperse y caer sobre mí.

Una vez sacados del buque todos los bagajes, nos encaminamos hacia el depósito. El estrépito de las moles que chocan con el buque es tal, que apenas podemos oírnos.

Es el último esfuerzo de la banca. Poco á poco dis-

minuye la violencia de la presión, se debilita el ruido y todo vuelve á quedar en silencio.

Pero ¡qué espectáculo! ¡La parte de babor del *Fram* desaparece casi completamente debajo de un cúmulo de nieve y de hielo!

En medio del mayor peligro no faltaron incidentes cómicos que excitaron la alegría general. Sverdrup, siempre impasible, tuvo la ocurrencia de elegir aquel momento peligroso para tomar un baño. Cuando di la orden de llevar los sacos al puente á toda prisa, estaba en cueros. Ya se comprende si tardaría mucho en volver á vestirse. Amundsen, por su parte, corrió una aventura. En medio de la confusión del zafarrancho no había oído mi recomendación de salir por estribor y se había precipitado hacia babor. Apenas en el puente, rodó al suelo. ¡Cuál no fué su terror al ver descender sobre él el toldo cargado de témpanos como para envolverle en un sudario! Nuestro compañero creyó llegada su última hora... Por fin, consiguió ponerse en pie y salir de la prensa que amenazaba aplastarle.

Sólido es nuestro *Fram* para haber resistido semejante asalto. La masa de hielo que le oprimía á babor era verdaderamente colosal. Después de inclinarse siete grados, el buque se ha levantado un poco; debe, pues, haberse desprendido de su yacimiento, y, por consecuencia, se encuentra ahora fuera de peligro. Mucho ruido para nada: tal es, en suma, el único resultado de esta convulsión.

6 de Enero.—Un día de reposo, singularmente agradable después de la inquietud de ayer. Toda la tarde se emplea en desembarazar el puente de los témpanos que le han invadido. En el toldo han caído témpanos enormes; es milagro que no haya cedido á semejante peso.

Hansen anuncia al mediodía que hemos llegado á los 83° 40', 13 millas desde el 31 de Diciembre. Marchamos definitivamente hacia el alto Norte. Para celebrar el paso de esa latitud se sirve por la noche un bol de ponche, acompañado de frutas en conserva y de pasteles.

7 de Enero.—Esta mañana, acompañado de Sverdrup, doy un pequeño paseo por los alrededores. A corta distancia del buque el hielo no ofrece ningún vestigio de fractura y aparece completamente llano. La presión se ha circunscrito, pues, á una zona poco extensa, y el *Fram* se ha encontrado exactamente en el punto adonde se ha dirigido el esfuerzo más violento.

10 de Febrero.—Empieza á alborear. A la una de la tarde, volviéndome hacia la parte de la luz, puedo leer.

Durante el día, excursión en trineo tirado por los perros. La banca está llana; por su tersa superficie corremos á buen paso. Con tal velocidad podremos hacer largas jornadas y llegar al término más pronto de lo que pensábamos primitivamente. ¡Largo y terrible viaje esa marcha hacia el polo! Jamás se ha intentado semejante empresa. No tenemos ningún punto de refugio, ni siquiera una tierra desolada. Mientras nosotros avancemos hacia el Norte, el *Fram* continuará su camino; jamás podremos volver á alcanzarle. No habrá más remedio que marchar hacia adelante; deberemos vencer todos los obstáculos, por terribles que sean, para salir de esta prisión de hielo.

26 de Febrero.—¡Llegó por fin el gran día de la partida! Desde hace una semana todo el mundo trabaja sin descanso en los preparativos. Ni un minuto de reposo de la mañana á la noche; hay que pensar en todo, cuidar de todo; el más pequeño olvido podría ser

fatal. Mis nervios se hallan en un estado de tensión irresistible. Conozco bien esta sobreexcitación por haberla experimentado siempre que iba á partir para lo desconocido y á quemar las naves. Todos estos últimos días no he podido acostarme antes de las tres ó las cuatro de la madrugada.

Ayer noche hemos celebrado el banquete de despedida. Antes de abandonar el buque vuelven á mi memoria con precisión extraordinaria todos los acontecimientos de que ha sido teatro. ¡Cuántas esperanzas y desilusiones desde nuestra salida de Noruega!

Escribo á mi mujer y á todos los míos una última carta, que confío á Sverdrup.

Los cuatro trineos cargados de bagajes y provisiones están enganchados... Al ruido de una descarga de fusilería se da la señal de marcha. Los perros ladran furiosamente y nuestros compañeros lanzan hurras. ¿Cuándo los volveremos á ver? ¿Volveremos á verlos nunca?

Al principio marchamos lentamente. El hielo presenta un declive bastante rápido. Hay un instante en que se necesitan los esfuerzos de todos los hombres para lograr que los trineos venzan una pendiente escarpada. Por fortuna, Sverdrup, Hansen, Blessing, Henriksen y Mogstad se han empeñado en acompañarnos el primer día y nos ofrecen para este penoso trabajo el concurso de sus fuerzas. Más lejos, en terreno llano, los perros vuelan como el viento; aun con los *siki*, es difícil seguirlos. Entre tanto, nos damos cuenta de que uno de los trineos ha sufrido una avería, sin duda por algún choque contra una mole de hielo. ¡Hay que volver á bordo para hacer la reparación necesaria! Un accidente así en el curso del viaje tendría graves consecuencias. Es, pues, prudente

aprovechar nuestro regreso para reforzar todos los vehículos. Las cargas son á todas luces demasiado pesadas; por lo mismo, estoy resuelto á llevar seis trineos en vez de cuatro.

Mientras nos ocupamos en estas reparaciones, el viento sopla del Sureste y nos lleva hacia el Norte. Ayer estábamos á los 83° 47'; hoy debemos estar á los 83° 50'.

El 28 de Febrero, nueva partida. El convoy avanza lentamente; para facilitar la marcha, tomo el partido de aliviar los vehículos de varios sacos de víveres destinados á los perros. A las cuatro de la tarde se instala el campamento. Jornada hecha: 4 millas (1). Noche muy agradable y muy alegre en la tienda con varios de nuestros compañeros del *Fram*. Se sirve un bol de ponche y se pronuncian brindis calurosos en honor de los que parten y de los que se quedan. Hasta las once no nos decidimos á meternos en nuestros sacos de dormir.

Allá, en medio de la banca, aparece el *Fram* resplandeciente de luz. Sverdrup ha dado la orden de poner en la punta del palo mayor la lámpara de arco y de encender antorchas y luces de Bengala en los *floes* inmediatos. Una buena precaución para asegurar la vuelta de los otros en caso de mal tiempo.

Al día siguiente nuestros compañeros vienen con nosotros durante una hora. Antes de separarnos Sverdrup me lleva aparte. «Tengo que pedirle un favor (me dice): si vuelve usted á Noruega antes que nosotros, y pensase usted marchar al polo Sur, tenga la bondad de esperarme; deseo acompañarle allá...»

(1) Medíamos la distancia recorrida con ayuda de un contador, fabricado á bordo con los materiales de un anemómetro viejo. Iba fijo en la parte trasera del último trineo.

Ahora henos aquí solos á Johansen y mí en medio de la gran banca polar. Sin la ayuda de nuestros amigos, la marcha se hace muy difícil; el hielo se encuentra accidentado, y el arrastre de los seis trineos por encima de las asperezas de la banca es tan laborioso como lento. El 2 de Marzo no van mucho más allá nuestros progresos. Quizá podríamos seguir avanzando así; el peso de las provisiones disminuirá de día en día, y dentro de algún tiempo nuestra marcha podrá ser más acelerada. Pero ¿quedarán agotados los perros con ese esfuerzo? Por otra parte, los animales han pasado frío la última noche. Me decido, pues, á volver á bordo nuevamente, á aligerar nuestros bagajes y á esperar que la temperatura sea un poco menos baja. A mi regreso soy saludado con la fausta nueva de que hemos alcanzado los 84° de latitud Norte.

Los días siguientes se dedican á introducir en los trineos los perfeccionamientos aconsejados por las dos experiencias que acabamos de hacer, y á efectuar en los bagajes las reducciones necesarias.

Antes de referir nuestro viaje al través de la banca polar, me parece necesaria una rápida descripción de nuestro equipo: permitirá al lector formarse una idea completa de nuestra vida en este terrible desierto.

Llevamos dos cayaks y tres trineos construidos con arreglo al modelo de los que empleé en Groenlandia. El material de campamento comprende un saco de dormir compuesto de una doble envoltura de piel de reno, una tienda de seda que pesa un kilogramo y un hornillo de petróleo con una provisión de combustible de diez y seis litros.

En una expedición por la banca el hornillo es uno de los aparatos más importantes. De su buena construcción y de los resultados que dé depende en gran

parte el bienestar relativo de la caravana, y, por consiguiente, hasta cierto punto, el éxito de la exploración. El nuestro se componía de un recipiente central destinado á la cochura de la comida y dos compartimientos laterales y otro en la parte superior, que se llenaban de nieve y hielo para obtener agua potable. Gracias á la disposición adoptada, de un 90 á 93 por 100 del calor producido por la combustión del petróleo se empleaba en un efecto útil. El aparato, hecho de metal blanco y de aluminio, no pesaba más que 4 kilogramos.

Como armas, elegí escopetas de dos cañones: uno rayado para la caza mayor y otro liso para las aves. Nuestras municiones consisten en 180 cartuchos de balas y 150 de plomo. En punto á instrumentos, tenemos un pequeño teodolito construido especialmente para esta expedición, un sextante de bolsillo, un horizonte artificial de hielo, varias brújulas, barómetros aneroides, tres termómetros de mercurio, dos termómetros de mínima de alcohol, un antejo y un aparato fotográfico.

Nuestras provisiones consisten principalmente en carne y pescado seco y pulverizado, para facilitar la digestión, galleta, pan de glúten y 39 kilogramos de manteca.

Como vestido, llevamos dos camisas de lana, un chaquetón de piel de camello y un grueso jersey, dos calzoncillos de lana, *knickerbockers*, polainas de vadmél y un sobretodo de lona recia para protegernos contra la nieve pulverulenta. En cuanto á calzado, mocasines lapones; y para la cabeza, sombreros de fieltro con doble forro interior de paño.

El peso total del equipaje, comprendidos los vehículos, se elevaba á 663 kilogramos, distribuidos por partes casi iguales entre los tres trineos.

CAPITULO VI

Al través de la banca.

El 14 de Marzo, al mediodía, nos alejamos definitivamente del *Fram* en medio de hurras. Algunos de nuestros amigos nos acompañan un poco para ayudar al arrastre de los trineos, pesadamente cargados. Sverdrup no tarda en despedirse: tiene que volver á bordo para presidir la comida de la una. En la cima de un montículo de hielo, nos estrechamos cordialmente la mano una última vez. Con el corazón oprimido miro alejarse á ese amigo excelente, cuya colaboración me ha sido tan preciosa. No sin un secreto sentimiento de envidia le veo volver al *Fram*. Transcurrirán largos meses antes de que volvamos á encontrar un albergue tan hospitalario. Hasta allí, ¿qué terribles privaciones nos aguardan? Hansen, Heriksen y Peterson nos acompañaron hasta el día siguiente.

El hielo, llano al principio, se presenta á poco accidentado por cadenas de montículos debidos á las presiones. Para atravesar esas protuberancias, tenemos que contribuir al transporte de los trineos un trecho bastante grande: rudo trabajo que pone nuestras fuerzas y nuestra paciencia á una prueba terri-



ble. A pesar de todo, no tenemos motivo para quejarnos: la etapa es de siete millas.

Nuestra tiendecita no ofrece más que la capacidad estrictamente necesaria para los cinco que somos; pero ¡qué agradable nos parece después de la dura labor de la jornada! Peterson, sentado delante de una jicara de chocolate hirviendo, con una galleta en una mano y un trozo de manteca en la otra, exclama en un transporte de alegría infantil: «¡Heme aquí ahora instalado como un príncipe!» Ese excelente chico me había suplicado que le llevase, ofreciéndose á desempeñar todas las funciones que le encomendara; con gran sentimiento, me veo obligado á renunciar á sus servicios. Mis compañeros, que no tienen sacos de dormir, pasan la noche en una choza de nieve envueltos en sus pieles. A la mañana siguiente, cuando me despierto, Peterson está ya en pie, paseándose para entrar en calor. Afirma que antes jamás había creído posible dormir sobre la nieve, y que, sin embargo, la noche no había sido demasiado mala. Me fué imposible hacerle confesar que había pasado frío.

Después de un almuerzo alegre y lleno de animación, se enganchan los perros y doy la orden de marcha. Un último y caluroso adiós á nuestros excelentes compañeros, y nos hundimos en el gran desierto de hielo, donde, en adelante, durante largos meses, viviremos solitarios, aislados de todo socorro. Un poco más lejos, al volverme, veo á Pedro en lo alto de un montículo, siguiendo con atención los progresos de nuestra pequeña caravana. Seguramente, está convencido de que no nos volverá á ver nunca.

Al principio avanzamos muy rápidamente por anchas llanuras de tersa superficie. Más lejos aglomeraciones de *toroses* y de *hummocks* nos obligan al lento y

penoso transporte de los trineos. Rendidos por esa ruda faena, hacemos alto á las seis de la tarde. Longitud de la etapa: 9 millas.

En los días siguientes el hielo es completamente liso; nuestras etapas pasan á menudo de 14 millas. A veces, por desgracia, un accidente nos hace perder tiempo. Un día, por ejemplo, una aguja de hielo atravesó el saco que contenía la harina de pescado, y la preciosa provisión se derrama por la rotura. Necesitamos más de una hora para recogerla y volver á coser el saco.

En ciertas partes la banca, extraordinariamente maciza y sembrada de altos montículos, ofrece el aspecto de un país ondulado cubierto de nieve. Ese hielo es muy viejo, de seguro, y ha estado sometido á terribles presiones en su larga peregrinación al través de a cuenca polar desde el Océano siberiano hacia la costa oriental de Groenlandia. Los *hummocks*, debidos á los choques experimentados por los témpanos, después de sufrir una presión parcial durante el estío, han vuelto á cubrirse al invierno siguiente, de una nueva y espesa capa de nieve; por lo mismo, esas aglomeraciones se asemejan á colinas de hielo más que á *toroses*.

Hemos perdido nuestro contador de distancias. Para recuperarle hubiera sido preciso volver atrás y perder acaso varias horas; tomo, pues, el partido de abandonarle.

Otro lance desagradable: uno de nuestros perros se pone de repente tan enfermo que no puede ya ser enganchado. Estábamos en marcha hacia tiempo, cuando noto que no nos ha seguido. Parto incontinenti en su busca y no le encuentro hasta llegar al campamento de esta mañana. Una pérdida de varias horas preciosas.

21 de Marzo.—Temperatura á las nueve de la mañana: -42° . Mínima de esta noche: -44° . Tiempo muy despejado siempre. Con semejante frío, no es de lo más agradable remendar los mocasines.

22 de Marzo.—Desde las once y media de la mañana hasta las ocho y media de la noche recorreremos unas 21 millas. Hemos pasado de los 85° de latitud Norte.

Antes de acampar, atravesamos una ancha cuenca, semejante á un lago encerrado en la banca. El hielo que la cubre es muy delgado; por lo mismo, de fecha reciente. La formación de una masa de agua en esta estación y á esta latitud es un hecho absolutamente extraordinario.

23 de Marzo.—Entre hacer observaciones científicas, cargar los trineos y ponerlo todo en buen estado y en orden, son las tres de la tarde. A las nueve de la noche nos detenemos ante una serie de montículos como los encontrados al comienzo del viaje. Hasta aquí la parte recorrida de la banca era relativamente llana; así hemos podido andar unas 14 millas.

Ahora hemos llegado al fin de esta planicie de hielo por donde nos deslizábamos como flechas. En lo sucesivo tropezaremos á cada paso con nuevas dificultades.

24 de Marzo.—El hielo se presenta muy accidentado. A cada instante cadenas de montículos por cima de los cuales hay que transportar los trineos. Un trabajo largo y peligroso; con esas pesadas cargas nos exponemos á caer á cada momento y á rompernos brazos y piernas... Matamos un perro enfermo que ya no puede servir y arrojamos el cadáver descuartizado á sus compañeros. Hoy le hacen ascos; algunos, antes que tocar á su semejante, se duermen sin comer. De-

jémosles; el hambre no tardará en triunfar de su repugnancia. Dentro de algunas semanas, los infelices animales hambrientos se lanzarán con furia sobre los cadáveres de sus congéneres, que la necesidad nos obligará á sacrificar; en un santiamén lo despacharán todo con glotonería, hasta los pelos.

25 de Marzo.—Siempre cadenas de *hummocks*. Estamos extenuados por el transporte de los trineos sobre esas crestas. Durante esta marcha penosa, cuando llega la noche, la necesidad del sueño es invencible. Se nos cierran los ojos, por más que hagamos, y, apenas tendidos, nos dormimos profundamente. El campamento se establece por lo común al abrigo del viento detrás de un *hummock* ó de una línea de montículos. Mientras Johansen se ocupa de los perros, yo armo la tienda y preparo la cena. Esta se compone, ya de un guisado de «pemmican» y patatas secas ó pescado, ya de una sopa de guisantes, habas ó lentejas con pemmican y galletas. Después de llevar á la tienda nuestro material culinario y nuestras provisiones para la cena y para el almuerzo del otro día, nos metemos en los sacos de dormir para deshelar nuestra ropa. Durante el día el vapor que se desprende de nuestro cuerpo se condensa en la superficie de las chaquetas y de los pantalones, formando una capa de hielo. Nuestros miembros se encuentran así aprisionados en un caparazón cristalino absolutamente rígido. Mis mangas están duras como piedras y su roce con las muñecas abre en la carne profundas heridas. Habiendo sido «mordida por la helada» la que tengo en el brazo derecho, la llaga fué ahondándose hasta llegar al hueso. En vano trataba de protegerla con vendas; no se cerró hasta el verano siguiente. Probablemente conservaré la cicatriz toda la vida. Una vez

en los sacos de dormir, la ropa se deshiela lentamente á expensas de nuestro calórico animal. Por más que nos arrimemos el uno al otro, durante más de hora y media damos diente con diente antes de sentir un poco de calor. Al cabo nuestra ropa se pone flexible; pero á la mañana siguiente, apenas salimos de la tienda, recobra su rigidez.

La cena es el momento más agradable de todo el día. Le esperamos impacientemente durante largas horas y saboreamos con voluptuosidad nuestra pobre pitanza. A menudo nuestro cansancio es tan grande, que el sueño triunfa del apetito. Se nos cierran los ojos sin querer y nos adormecemos con la cuchara en la mano. Una vez llegué á dormirme comiendo. Después de comer solemos concedernos un lujo: una taza de agua caliente donde disuelvo harina lacteada. Nos hacemos la ilusión de beber leche hervida; esa bebida nos calienta todo el cuerpo. Después cerramos herméticamente los sacos, y á poco no turban ya el silencio de la banca más que nuestros ronquidos y las exclamaciones de nuestros sueños.

En atención á mis funciones de cocinero, yo soy el primero que se levanta por la mañana. La preparación del almuerzo invierte generalmente una hora. El almuerzo se compone: un día, de chocolate, pan, manteca y pemmican; otro, de gachas. Una vez preparado el desayuno, se levanta Johansen y nos ponemos á la mesa, sentados en nuestros sacos, delante de un cobertor extendido á guisa de mantel. Despachado el almuerzo, escribimos nuestro diario; y después, en marcha. Un momento penoso. ¿Qué no hubiera yo dado muchas veces por volver á meterme «en la cama» y dormir al calorcillo hasta hartarme? Pero no: hay que seguir sin desfallecimiento la tarea em-

pezada; hay que salir al frío, poner los arreos á los perros y continuar la penosa labor cotidiana al través de la banca.

Yo voy á la cabeza de la columna para trazar el camino, después viene el trineo cargado con mi *ca-yak*, y detrás Johansen con los otros dos vehículos, arreando á los animales con la voz ó con el látigo y empujando los trineos por las cuestas de los *hummocks*. Los perros se paran delante de cada accidente del terreno. Si el conductor no puede hacer arrancar al tiro, el que va delante debe volver para prestar ayuda. Desde el principio hasta el fin esta marcha no ha sido más que un largo sufrimiento para estos pobres animales. Me estremezco aún al recordar el salvajismo con que les pegábamos cuando se detenían sin poder ir adelante. Aun en circunstancias tan dramáticas, yo sentía el exceso de nuestra crueldad; era, sin embargo, una ley de nuestra situación. Debíamos ir hacia el Norte; no podíamos, pues, detenernos por ninguna consideración de sentimentalismo. Semejantes empresas atrofian todos los buenos sentimientos para no dejar en el hombre más que un egoísmo abominable.

La organización del campamento, el cuidado de los perros, la preparación de las comidas y el levantamiento del campo después de cada parada consumen un tiempo considerable. Por regla general, la duración de las marchas no pasa nunca de nueve á diez horas. Al comienzo de la tarde se interrumpía la etapa para hacer una colación, una comida poco alegre; á pesar de todas nuestras precauciones para abrigarnos, nos traspasaba en seguida el áspero cierzo, y teníamos que comer andando para volver á entrar en calor.

Gran número de exploradores se han quejado de los

sufrimientos terribles que les causaba la sed en esos desiertos de hielo. Las más de las veces eran debidos á imprudentes absorciones de nieve; así, para prevenir esta eventualidad, llevaba yo botellitas de caucho que llenaba de agua por la mañana y que guardaba en el pecho para impedir que se helasen. Con gran asombro mío, no sentí sino muy rara vez la necesidad de servirme de ellas. Nosotros nos hemos librado de esos sufrimientos, gracias á la excelente construcción de nuestro hornillo que, con muy poca cantidad de combustible, nos proporcionaba una provisión de agua más que suficiente.

29 de Marzo.—Vamos muy despacio. La banca dista mucho de estar tan bien como esperaba yo. Eternas aglomeraciones de hielo en cuya travesía se pierde un tiempo precioso. Para encontrar un paso accesible en medio de esos montículos, uno de nosotros tiene que ir de reconocimiento, y dar, por lo común, un rodeo más ó menos largo. En el interin, los perros, saltando á derecha é izquierda, enredan los tiros, y, apenas se ha puesto todo en orden, hay que volver á empezar la tarea.

Al siguiente día, nuevos montículos de la peor especie, formados por hacinamientos de moles enormes. Después de un trabajo terrible, cuando no nos queda ya que atravesar más que una sola cadena, precedida de una grieta de unos cuatro metros de profundidad, todos los perros del primer trineo ruedan á la zanja, y ahora es ella para sacarlos de allí. El segundo vehículo cae á su vez, afortunadamente sin grave daño; hay que descargarle y volverle á cargar, y he aquí otra vez un tiempo precioso perdido. Aleccionados por la experiencia, tomamos nuestras precauciones para el paso del tercer trineo.

Por la noche, en el campamento, —43°.

31 de Marzo.—Bajo el influjo de un viento Sur, la temperatura sube rápidamente. Muy de mañana, el termómetro marca sólo 30° bajo cero: ¡un verdadero tiempo de estío!

Buen hielo á la partida. Más adelante se abre de pronto en medio de la banca un ancho canal. Apenas le he atravesado con el primer trineo, se agranda cortando el paso al resto del convoy. Entre tanto, un buen trozo de hielo se rompe al paso de Johansen, y mi compañero tiene la mala suerte de mojarse completamente las piernas: un lance que podría tener las consecuencias más deplorables.

El canal es de mucha longitud; por ninguna parte consigo encontrar un vado. La situación es muy apurada: yo estoy en una orilla del canal con un trineo y la tienda; en la otra se encuentra Johansen, medio calado y casi helado, con los dos últimos vehículos. No podemos echar mano de los cayaks, después de los golpes que han recibido. Por fin, al cabo de largas pesquisas, consigo encontrar un «puente». En cuanto pasan los trineos, acampamos para librar á Johansen de la costra de hielo que le envuelve y para hacerle entrar en calor.

2 de Abril.—Tormenta de Sur. El terreno es peor cada vez; la travesía de nuevas cadenas de *hummocks* exige esfuerzos desesperados. La capa de nieve que hay entre las moles es demasiado delgada para que podamos hacer uso de los *ski*; así, á cada instante, caemos en agujeros.

Con este cielo cubierto, es imposible distinguir una depresión de una protuberancia: todo es uniforme y desesperadamente blanco. Para ver de encontrar mejor camino, cada uno de nosotros va á reconocer el

terreno por un lado. En ninguna dirección hay mejor camino.

3 de Abril.—Partida ayer, á las tres de la tarde. Cielo despejado y suelo relativamente llano. Al principio, pues, marchamos rápidamente... Pero otra vez defraudadas nuestras esperanzas. He aquí nuevas cadenas de montículos y á poco un canal cubierto de «hielo joven» que no resiste. Más lejos, el terreno no presenta mejor cariz; hacia la media noche tomamos el partido de acampar.

Se sacrifica un nuevo perro, y se divide su cadáver en veintiséis porciones; seis de sus congéneres rechazan su parte del festín.

Una observación meridiana fija nuestra posición en los $85^{\circ} 59'$. Nuestros progresos son extraordinariamente paulatinos. No cabe duda de que la banca por donde caminamos hacia el Norte es arrastrada hacia el Sur. Estamos á merced de los vientos y de las corrientes, la más falaz posición para un explorador polar. Ahora empiezo á creer que será cuerdo suspender pronto nuestra marcha hacia el Norte.

La distancia que nos separa de la tierra de Francisco José es triple de la que hemos recorrido. En esa dirección la banca no será más accesible que en la región donde nos encontramos, y á duras penas será más rápida nuestra marcha. Además, nuestra ignorancia de la topografía del archipiélago de Francisco José, nos expondrá á pérdidas de tiempo. ¡Quizá, en fin, no encontremos caza en esa región! Ya hace tiempo estoy convencido de que no podremos llegar al polo ni á sus inmediaciones: la banca es demasiado accidentada, y nuestros perros están demasiado débiles. ¡Si al menos dispusiésemos de mayor número! Tarde ó temprano tendremos que batirnos en retirada.

4 de Abril.—Partida á las tres de la madrugada. Siempre cadenas de montículos, y entre esas asperezas, canales guarnecidos de acumulaciones de témpanos rugosos. Al atravesar esas hendeduras, nos hundimos en el agua, ya uno de nosotros, ya los trineos: baños bien poco agradables, cuando es imposible mudarse y secarse, y cuando la temperatura es de 30° bajo cero.

Lat.: 86° 2' 8"; long.: 95° 47' 15" Este de Gr.

6 de Abril.—El hielo peor cada vez. Una serie inextricable de montículos y de barrancos, semejante á una antigua morena que estuviese formada de fragmentos de hielo. Algunos montículos tienen diez metros de altura. El transporte de trineos, por semejante terreno extenuaría á gigantes. La jornada no pasa de cuatro millas.

Ayer había perdido toda esperanza de poder proseguir nuestro camino, y esta mañana, al llegar al campamento, estoy decidido á batirme en retirada.

Iremos hacia adelante un día más y reconocemos si el hielo es tan malo como lo parece desde la cumbre del *toross* de diez metros á cuyo pie acampamos.

Sería una locura continuar la marcha hacia el Norte. Por semejante banca difícilmente podríamos ir más lejos, y si el hielo no se presenta mejor hacia la tierra de Francisco José, la retirada será muy lenta.

8 de Abril.—Partida á las dos de la madrugada. La banca cada vez más inaccesible. Por todas partes cadenas de *hummocks* y hacinamientos de moles. Imposible seguir ningún camino. En estas circunstancias, voy á hacer un reconocimiento con los *ski*. Desde la cima más alta que puedo alcanzar no veo más que un

caos de hielo atormentado. Sería poco razonable empeñarnos en proseguir la marcha hacia el polo. Por consiguiente, adopto de una manera definitiva la resolución de batirme en retirada hacia el cabo Fliegely, la tierra más septentrional del archipiélago de Francisco José. Ayer, según una observación meridiana, estábamos á los $86^{\circ} 10'$ (1). Long. 95° Este de Gr. Temperatura á las ocho de la mañana: -32° .

Para celebrar nuestra llegada á este punto supremo hacia el polo, se prepara un banquete, compuesto de guisado, galleta, manteca, chocolate y dulce de arándano. Después de una buena siesta, nos ponemos en marcha hacia el Sur.

(1) Esta observación corregida ha dado como resultado: $86^{\circ} 13/6$.

CAPITULO VII

RETIRADA HACIA LA TIERRA DE FRANCISCO JOSÉ

Con gran asombro nuestro, desde el primer día de retirada encontramos el hielo mucho mejor que en la dirección del Norte. Ante nosotros se extienden dilatadas llanuras, cortadas sólo á grandes trechos por cadenas de montículos y canales cubiertos de «hielo joven». Esos accidentes están orientados al S. 22° O. magnético, ó sea, próximamente, al Oeste-Suroeste del mundo, dirección paralela á la que llevamos nosotros.

El 12 me olvido de dar cuerda á los relojes. Para obtener ahora el tiempo medio de Greenwich, tomo una observación circunmeridiana y determino la latitud; después hago la estima desde el punto en que hemos vuelto pies atrás y en que efectué mi última observación de longitud. Gracias á estas precauciones, el error en la determinación de las posiciones no será grande.

14 de Abril.—Pascua. Paso el día calculando la latitud, la longitud y el tiempo medio. Una ocupación muy agradable estas operaciones matemáticas y el manejo de la tabla de logaritmos, con los dedos rígidos, casi helados, y con la ropa cubierta de hielo por la espalda. Ahora, según toda verosimilitud, somos arrastrados hacia el Norte.

El 17 de Abril recorreremos 20 millas. Desde el comienzo de nuestra retirada ni una sola vez nos ha detenido el mal tiempo.

20 de Abril.—Durante varias horas, imposible atravesar un ancho foso lleno de témpanos amontonados en espantoso desorden. Este hielo ha debido estar en movimiento durante mucho tiempo y sometido á presiones violentas. Los montículos alcanzan en varios puntos una altura de ocho metros y contienen extractos de materia mineral. Un *floe* sobre todo está completamente ennegrecido por una sustancia no sé si inorgánica ú orgánica. Me falta tiempo para decirlo.

En nuestro trayecto noto varias veces *hummocks* muy macizos y muy extensos, de forma cuadrada, semejantes á islas elevadas cubiertas de nieve: moles paleocryticas de seguro.

Después de largas investigaciones, logro descubrir un paso al través de este laberinto de hielo. Más allá ¡cuál no es mi asombro al ver un enorme tronco de alerce de Siberia, erguido en medio de la banca! Le marcamos con las iniciales: F. N. H. J. 85° 30'.

Durante varios días, la superficie, relativamente llana, nos permite caminar en patines rápidamente.

26 de Abril.—Una pista reciente de zorro que procede del O. S. O. y se dirige hacia el E. ¿Qué diablos ha venido á hacer el animal hasta los 85°? Involuntariamente miro en torno mío, pensando ver una tierra. Quizá ese zorro ha avanzado hasta aquí en seguimiento de un oso. Más lejos aún, otras huellas de zorros, siempre en la misma dirección. ¿Qué sustento pueden encontrar en medio de este desierto de hielo? Probablemente crustáceos que pescan en las cuencas de agua libre.

Ayer, encuentro de una aglomeración de témpanos que parece de formación reciente. Observo en ella enormes fragmentos de hielo del agua dulce con partículas de arcilla y de arena: hielo fluvial que procede probablemente de los ríos siberianos. Aun al extremo Norte de nuestra expedición, he visto á menudo témpanos de esta naturaleza, y hasta los 86° grados de latitud he observado arcilla en la superficie de la banca.

27 de Abril.—Buena etapa. Según todas las probabilidades, hemos recorrido 20 millas. Levantamos el campo ayer á las tres de la tarde, y hemos andado hasta esta mañana.

Pronto vendrá el tiempo en que tendremos la esperanza de ver aparecer la tierra. ¡La tierra! ¿cuándo la veremos? ¿Cuándo pisaremos otra cosa que este hielo y esta nieve?

Hoy aún nuevas huellas de zorros, siempre en la misma dirección.

Uno de nuestros perros está completamente fuera de combate. No puede ya tenerse en pie; una vez que le hemos metido en un trineo, permanece absolutamente inmóvil. Hoy le libramos de los sufrimientos de la existencia. ¡Pobre animal! Hasta el fin ha trabajado de firme, y ahora que no puede tirar más, nos hará un último servicio alimentando con su cadáver á los supervivientes. Había nacido á bordo del *Fram*, y como verdadero hijo de las regiones polares, jamás había visto otra cosa que hielo y nieve.

Al otro día ¡cuál no es nuestro asombro al encontrar una gran extensión de agua libre! La seguimos, en busca de un paso, cuando de pronto las dos orillas se acercan y se juntan con un estruendo terrible. Con la violencia del choque, el hielo se levanta; ruedan mo-

les enormes; todo cruje y muge. Rápidamente azuzamos á los perros para atravesar el canal á favor de ese cataclismo.

De día en día van más débiles nuestros tiros. Varios animales están enteramente extenuados. Barnet no puede ya sostenerse; acabaremos con él esta noche.

Más huellas de zorros. Empiezo á creer que nos acercamos á una tierra. De minuto en minuto espero divisarla.

29 de Abril.—Otra jornada diabólica. A poca distancia del campamento, el camino se encuentra cortado por un nuevo canal de agua libre, luego por un segundo y por un tercero. Cada vez nos vemos obligados á rodeos interminables. Para el paso de esos canales, no podemos servirnos de los *cayaks*: están hechos una criba, y ahora no puede pensarse en reparaciones. Semejante obra exigiría mucho tiempo y sería más que difícil con temperaturas de -30° . Ante todo, hay que ganar la tierra firme antes del deshielo.

2 de Mayo.—El hielo cruje, y un viento que levanta la nieve nos impide ver nada. Tenemos que detenernos. Apenas armada la tienda, el montículo que nos abriga empieza á agitarse y á gemir terriblemente. Corremos riesgo de ser aplastados por un alud; pero tal es nuestra fatiga, que me duermo, á pesar de la inminencia del peligro.

Por la noche sacrificamos uno de nuestros perros. Ya hace algún tiempo que se agotaron las provisiones que les estaban destinadas. Tenemos que resolvernos á matarlos uno tras otro, para alimentar á los supervivientes. No nos quedan ahora más que diez y seis animales, y aún estamos lejos de tierra.

8 de Mayo.—Los canales abiertos á través de la banca parecen orientados de Nordeste á Oeste-Sur-

oeste (de la brújula), es decir, perpendicularmente á la dirección que seguimos.

Con gran alegría nuestra, el hielo parece allanarse en la proximidad de la tierra, cuando temíamos todo lo contrario. Disminuyendo de día en día el número de los perros, cada vez es más penoso el arrastre de los vehículos. En mi trineo no llevo ya más que cuatro animales.

12 de Mayo.—Pronto estará vacío nuestro segundo saco de pan, y la tierra no aparece nunca. ¡Ya sólo doce perros, cuyas fuerzas disminuyen de día en día!

A medida que avanzamos, la banca va siendo más difícil de atravesar. El hielo está cubierto ahora de nieve que no resiste. A cada instante, cuando dejamos los *ski* para empujar los trineos, caemos en algún hoyo, disimulado por esa capa engañadora.

16 de Mayo.—Cumpleaños de Johansen. Celebramos este día con toda la solemnidad que consienten nuestros recursos. A la comida, guisado de carne, el plato favorito de mi compañero; como postre, un grog excelente de zumo de limón.

Ayer nos encontrábamos á los 83° 36' lat. N. y 59° 55' E. de Gr. No cabe duda de que nos impele al Oeste una corriente violenta y estamos expuestos á dejar á un lado la tierra más septentrional del archipiélago de Francisco José.

Por las planicies aún van muy bien los perros; pero ante el menor obstáculo se niegan á seguir adelante. Para acelerar la marcha, me engancho á su cabeza. Más adelante, presentándose muy accidentada la banca, tengo que dejar el tiro para ir á reconocer el terreno. Aquel de nosotros que marcha al frente del convoy no recorre menos de tres veces el mismo trayecto. Primero va de exploración y pre-

para el paso; después vuelve atrás para guiar los vehículos. A pesar de todas las dificultades, proseguimos nuestra marcha. Puede que al fin sean recompensados tantos esfuerzos. Actualmente nos daríamos por satisfechos con tocar tierra y encontrar un hielo liso.

Hoy aún cuatro abominables fisuras. La última forma un verdadero lago, una *polinia*, según la expresión rusa que ha pasado al vocabulario ártico. El agua está cubierta de «hielo joven», demasiado débil para nuestro peso, pero demasiado resistente para que puedan lanzarse los *cayaks*. Ese ancho canal absolutamente infranqueable se extiende al Oeste hasta perderse de vista. Por consiguiente, una de dos: ó seguimos la *polinia* hacia el Oeste, hasta encontrar un paso—lo cual nos aparta de nuestro camino—ó volvemos atrás para ver de rodear esa abertura por el Este. Opto por lo primero. Por fortuna, no tardamos en descubrir al través del canal una placa de hielo bastante sólida; inmediatamente echamos por ella los perros. Al cabo, ese ancho foso, ante el cual temíamos perder varios días, se salva con rapidez. Pero nuestra satisfacción no debía durar mucho. ¡A alguna distancia de allí, una segunda *polinia*! Por hoy es demasiado, y tomo el partido de acampar.

17 de Mayo.—La fiesta nacional en Noruega. Acostado en mi saco, pienso el regocijo del país. Veo en sueños las alegres procesiones de niños y las banderas que ondean al viento iluminadas por el sol de un día de primavera. Así, ¡cuán triste me parece nuestra situación! Erramos por una banca interminable, inseguros del mañana, prosiguiendo enérgicamente nuestra marcha hacia el Sur, mientras un lento movimiento de las aguas nos arrastra hacia el Oeste. Aun así, también nosotros queremos celebrar esa fecha,

cara para todos los corazones noruegos. En los trineos flota el pabellón nacional, y á la comida tenemos un verdadero festín.

En la *polinia* que se extiende delante de nosotros se solaza una bandada de narvales. Darles caza supondría una pérdida de mucho tiempo.

20 de Mayo.—Terrible tormenta de nieve. No se ve nada. Permanecemos echados en la tienda, reflexionando tristemente en nuestra situación.

Estaremos probablemente hacia los $83^{\circ}10'$; de modo que deberíamos encontrarnos en la Tierra Petermann, si está situada realmente en la posición que indica la carta de Payer. Una de dos: ó somos desviados, sin saberlo, del camino que creemos seguir, ó esa tierra es tan pequeña que no hemos podido distinguirla.

23 de Mayo.—El día más terrible del viaje. Desde el comienzo nos detiene una fisura muy ancha. Después de buscar un paso en balde durante más de tres horas, tomo el partido de seguir el canal hacia el Este: ¿quizá encontraremos un «puente» por esa parte? Llegados á lo que parece el fin de esa *polinia*, no vemos más que un laberinto inextricable de témpanos y de *floes*, surcados por anchas grietas. Cuando, al fin, creemos haber pasado el canal, se abren ante nosotros nuevos barrancos y nuevas grietas, aún peores. Durante algún tiempo la situación es desesperada. En todos sentidos aparecen hendeduras, y por todas partes, el color obscuro del cielo acusa la existencia de extensiones de agua libre.

Por la tarde, de una á tres, descanso. Una vez tendidos en nuestros sacos, y bien comidos, olvidamos todas estas tribulaciones. Cuando reanudamos la marcha, todo está envuelto en nieblas: no se puede distinguir un muro de hielo de un campo de nieve hú-

meda. Atravesamos no sé cuántas grietas, *hummocks* y *toross*. Afortunadamente, todo tiene fin. Después de esta terrible acumulación de moles, llegamos á una llanura relativamente continua. Desde hace quince días estoy en marcha, y desde hace doce trabajamos en medio de este dédalo de hielo. Estamos sin fuerzas y absolutamente empapados. Una capa falaz de nieve cubre en las grietas la superficie del agua, y no sé cuántas veces hemos tomado baños de pies. Por la mañana me encontraba sobre un témpano que yo creía sólido, cuando de repente se hundió. No tuve tiempo más que para lanzarme á otro, que, por fortuna, era resistente. A no ser así, me hubiese hundido en una papilla de hielo.

26 de Mayo.—Los perros no pueden más. Felizmente, el resultado de las observaciones es consolador. Debemos estar á los 82° 40' de latitud Norte y 61° 27' de longitud Este; la traslación hasta el Oeste ha cesado. Después de esta observación, el porvenir es menos sombrío.

Durante el descanso Kvik, mi perra favorita, es sacrificada. La pobre no puede tirar más. ¡No sin gran pena me resigno á esa necesidad cruel! Tarde ó temprano habrá que matarla; más vale hoy, cuando el desgraciado animal puede aún prestarnos un servicio proporcionando víveres para tres días á los ocho supervivientes.

27 de Mayo.—Lat. 82° 30'. Ninguna tierra á la vista; es incomprensible. Probablemente estamos varios grados más al Este de lo que creíamos (1).

El hielo por donde caminamos es llano. De seguro,

(1) En realidad nos encontrábamos 6° al Este de la posición calculada.

esta costra cristalina no tiene más de un año de fecha. Con gran asombro mío, las placas de «hielo viejo» son raras y aisladas. En el campamento es imposible descubrir un témpano que haya estado expuesto al calor del verano, y que haya perdido, por consiguiente, todo rastro de sal. Para procurarnos agua, hemos tenido que fundir nieve. Cuando la nieve no es granulosa, su fusión produce mucho menos líquido que el hielo y requiere más calor. Durante el estío ó el otoño último ha debido extenderse por esta región una vasta zona de agua libre.

29 de Mayo.—El panorama que se descubre no puede ser más desanimador. Por el Sur, por el Este y por el Oeste, un dédalo de canales. El hielo está dislocado en todos sentidos, y lo probable es que siga así hasta la tierra de Francisco José.

Ya ahora la banca no está formada de hielo polar macizo y compacto, sino de témpanos pequeños. Si estuviésemos en Marzo siquiera, los fríos habrían consolidado pronto todos estos «campos», haciendo de ellos una masa rígida. Siempre había creído de la mayor importancia alcanzar la tierra antes de fines de Mayo, sabiendo lo despedazada que se hallaría la banca en esta época en que el termómetro se eleva sobre cero. ¡Ay! Mis temores eran harto fundados. Hemos llegado demasiado tarde ó demasiado pronto. Dentro de un mes esta masa de hielo estará completamente dislocada, y al través de sus grietas podrá navegarse en *cayak*. Hoy es imposible servirse de este medio de locomoción: el «hielo joven» desgarraría los cascos de nuestras frágiles embarcaciones. Si la banca llega á presentarse más fragmentada, tendremos que esperar el deshielo completo; ¿pero alcanzarán para tanto nuestras provisiones? Es dudoso.

De repente me saca de mis reflexiones un chapoteo que se oye en el canal: una manada de narvales. Si tuviese un harpón, podría coger uno de esos cetáceos.

Por la mañana, mientras pasábamos la pena negra en medio de los canales, cruza una uria (*Uria grylle*). Ya el 28 habíamos visto un petral ártico. Un poco más lejos oímos mugidos de focas, y á poco descubrimos uno de esos animales, aunque fuera de nuestro alcance, desgraciadamente.

La caza empieza á aparecer; por tanto, la situación no es desesperada. ¡Adelante, cueste lo que cueste!

31 de Mayo. — Hay que sacrificar á Pan, el más valiente de nuestros animales de tiro. El pobre está agotado.

Un terreno casi inaccesible: un caos de moles que nadan en medio del agua. Vamos saltando de témpano en témpano. Si fuésemos solos, podría pasar; pero, con los trineos, esas continuas subidas y bajadas dan fin de nuestras fuerzas.

Tomada hoy una altura meridiana, parecemos estar á los 82° 21', y seguimos sin ver rastros de tierra. Cada vez es mayor el enigma. Pero ¡paciencia!

CAPÍTULO VIII

La lucha por la vida.

1.º de Junio. — ¿Alcanzaremos al fin, en el curso del mes que empieza hoy, la tierra tan ardientemente deseada? Hay que creerlo y esperarlo.

¡Cuán diferentes son las ideas que se forman las expediciones sobre sus situaciones respectivas! Si nosotros consiguiésemos llegar á tierra antes de agotar nuestras provisiones, nos consideraremos como salvados. Payer, al revés, se hubiese creído perdido si, durante su excursión al archipiélago de Francisco José, hubiese quedado cortada su línea de retirada hacia el *Tegettoff*. Y, sin embargo, no estaba agotado, como nosotros, por una marcha de dos meses y medio sobre la banca.

Ayer, en el momento de levantar el campo, oímos el grito de una pagófila blanca (*Larus eburneos*). Dos de esas hermosas aves volaban por encima de nosotros. En el primer momento cogí la escopeta para tirar; pero cambié de parecer. Esas gaviotas no valen un cartucho.

2 de Junio. — Domingo de Pentecostés. Un canal que ayer nos detuvo se ha agrandado durante la noche hasta convertirse en un lago muy ancho. Nos

encontramos en una isla de hielo dentro de esa extensión de agua.

Ahora no caben ya vacilaciones: es absolutamente necesario acometer la reparación de los *cayaks*. Instalados en una parte abrigada de nuestra isla de hielo, trabajamos cómodamente sin sentir viento ninguno, á pesar de que sopla una brisa fresca del Suroeste. Comemos un excelente guisado caliente, un verdadero regalo; y después nos entregamos, como sibaritas, á una dulce pereza. De vez en cuando es muy agradable un reposo. Luego á trabajar.

Una vez compuestas las dos canoas, estaremos preparados para la partida, y en adelante podremos continuar nuestra marcha sin temor de vernos detenidos á cada instante por un lago ó por un ancho canal. Dentro de poco podremos navegar en medio de esta banca dislocada. El transporte de los pocos perros supervivientes será entonces una fuente de dificultades. Por lo mismo, habrá que separarse de ellos. Después de todo, no son más que seis, y no podremos alimentarlos aún más que cuatro días.

¡Hoy Pentecostés! En nuestro bello país el estío alegre y risueño; aquí el hielo, el hielo eterno. Livita irá á comer á casa de su abuela. ¡En ese día estrenará quizá un trajecito! Tiempo vendrá en que yo pueda también acompañarla; pero ¿cuándo?

Seguimos trabajando en las embarcaciones con tal ardor, que hasta nos olvidamos de comer. Frecuentemente, durante veinticuatro horas seguidas, no nos tomamos un minuto de descanso; á veces pasa el día sin que pensemos en preparar una comida.

Esta compostura de los *cayaks* requiere, no sólo un gran esfuerzo, sino una atención muy sostenida. A cada instante son necesarias las más minuciosas

precauciones para no cortar una correa demasiado deprisa, ó para romper un listón de madera, queriendo darle demasiada curvatura. ¡Es tan escasa nuestra provisión de material! Nuestros esfuerzos fueron recompensados: más tarde tuvimos la satisfacción de ver que nuestras embarcaciones navegaban perfectamente y hasta podrían arostrar una tempestad.

4 de Junio.—Hasta aquí hemos podido comer á nuestra satisfacción. Sin pesar las raciones, no hemos pasado nunca de la cantidad de víveres prefijada de antemano, ó sea, un kilogramo al día. En lo sucesivo habrá que acortar bastante esa ración para estar seguros de tener víveres hasta el fin. Al almuerzo nos tocan á cada uno de nosotros 36 gramos de manteca y 185 gramos de pan de gluten.

Posición. Por una observación al teodolito: Latitud, $82^{\circ} 17',8$. Long., $61^{\circ} 16',5$. ¡Como no está á la vista la tierra! Quizá nos hallamos más al Este de lo que creemos, y la tierra se extiende por el Este hacia el Sur. Es la única explicación plausible. En todo caso, no hay ya mucho hasta las primeras islas del archipiélago de Francisco José.

6 de Junio.—Sigue la compostura de los *cayaks*. Mañana por la tarde, probablemente, estaremos preparados para la partida. No tenemos ya más que 2^{kg.} 393 de manteca; á 36 gramos por día y por hombre, durará aún veintitrés días. Temperatura esta mañana: $+2^{\circ}$. Jamás hasta aquí había subido tanto el termómetro. La nieve está completamente reblandecida, y brotan gotillas de agua de los *hummocks*. La última noche ha caído una verdadera lluvia.

8 de Junio.—Después de una labor de veinticuatro horas seguidas, por fin están listos los *cayaks*. Es verdaderamente curioso que podamos trabajar tanto

tiempo sin un instante de respiro. En casa estaríamos derrengados y hambrientos, si no hubiésemos comido ni respirado durante tantas horas. Aquí, sin embargo, nuestro apetito es excelente y no conocemos el insomnio. Después de tres meses y medio de marcha por la banca, estamos tan fuertes como el día de la partida.

La provisión de pan puede durar aún treinta y cinco ó cuarenta días; de aquí y allí, esperémoslo al menos, habremos salido de apuros. Ya, por otra parte, empieza á aparecer la caza. Hoy nos regodeamos con una pagófila blanca, la primera carne fresca que hemos comido hace mucho tiempo. No hay que decir que nos parece excelente; pero no tanto como se podría creer después de un régimen tan prolongado de conservas. Es la mejor prueba de la calidad de nuestra alimentación.

Bajo el influjo de una fresca brisa del Sureste que se levantó ayer, casi todos los canales se han cerrado. Esta mañana se desencadena una tormenta de nieve. A pesar de todo, nos ponemos en camino. Con gran alegría nuestra, el piso es casi llano y marchamos con rapidez, no obstante las malas condiciones de la nieve. Esta nieve reciente se adhiere á los patines y los impide resbalar.

No es posible distinguir nada á cien metros con esta polvareda blanca. Estamos traspasados; pero ¿qué importa esta molestia? Marchamos hacia el término apetecido. Más lejos el camino es obstruido nuevamente por canales rodeados de un laberinto de grietas y de cadenas de *hummocks*. Algunas hendeduras, muy anchas, están cubiertas de una masa terrosa de témpanos menudos. Imposible servirse de los *cayaks*; á la primera remada traspasarían su frágil casco las

agujas cortantes del hielo. Felizmente, las placas cristalinas, amontonadas unas sobre otras, forman en varios puntos puentes bastante sólidos para permitir el paso de la caravana. Pero, antes de descubrir un paso, ¡cuántas idas y venidas! Y entre tanto, para el que queda atrás con los perros, no es cosa apetitosa la espera. El infortunado debe permanecer inmóvil, expuesto al viento y á la nieve. Cuando mi ausencia se prolonga, Johansen teme que haya caído en alguna zanja. Las más extrañas ideas le cruzan á uno por las mientes, al verse solo en este desierto de hielo.

Para descubrir el terreno que se extiende delante de nosotros, trepo á los *hummocks*; la vista de mi silueta tranquiliza entonces por un momento á mi compañero. Durante una de esas esperas, Johansen nota de repente un ligero balanceo del *floe*; el témpano parece agitado por un débil oleaje. ¿Estáramos en las inmediaciones del mar libre? No me atrevo á creerlo; ya antes hemos observado oscilaciones análogas producidas por la presión de unas moles sobre otras.

9 de Junio.—La superficie de la banca está cubierta ahora de una capa de nieve en fusión, donde se atascan los trineos. Y siempre canales, que atravesamos sobre témpanos á guisa de balsas, y siempre «hielo joven» muy delgado: durante una parte de la jornada caminamos sobre una costra cristalina cuyo espesor no excede 0^m,30 á 0^m,35. A cada clara escrutamos con ansiedad el horizonte. Nada se divisa. Sin embargo, menudean los indicios de la proximidad de la tierra y del agua libre. Las gaviotas son más numerosas cada vez; hoy he visto una uría enana (*Mergulus alle*). El desenlace se aproxima evidentemente. ¿Cuándo vendrá? ¡Paciencia y paciencia!

11 de Junio.—No tenemos ya más que cinco perros:

tres en mi vehículo, y dos en el de Johansen. Si dentro de tres días no logramos abastecernos, no podremos alimentarlos.

Esperamos continuamente alcanzar el fin de esta terrible banca, y no vemos nunca más que un monótono panorama del hielo infinito. ¡Ninguna tierra! ¡Ninguna extensión de agua libre! Sin embargo, debemos estar á la misma latitud que el cabo Fligely, ó, poniendo las cosas en lo peor, algunos minutos más al Norte. No sabemos dónde nos hallamos, ni cuándo tendrá fin esta situación, y nuestras provisiones disminuyen de día en día. Pronto será imposible andar por esta nieve barrosa. Los perros se hunden á cada paso, y nosotros nos zabullimos hasta la rodilla. A veces sentimos un momento de desfallecimiento ante inextricables dédalos de canales y hacinamientos de moles por donde al pronto parece imposible atravesar. Pero, sea como quiera, hay que ir adelante: va en ello la salvación.

En medio de nuestras angustias, la cosa menor basta para infundirnos un poco de esperanza. Ayer fué un alivio para nosotros ver en una extensión de agua un bacalao pequeño (*Gadus polaris*). Este mar tiene pesca; por consiguiente, no corremos peligro de morirnos de hambre.

13 de Junio.—Siempre la misma banca convulsa y el mismo tiempo abominable. A cada paso cede la capa de nieve superficial bajo el peso de los trineos, se atollan los vehículos, y los perros forcejean impotentes, hundidos en el lodo. Otra vez anchos canales de muy mala apariencia. Procuramos formar un puente de témpanos; pero, al emprender la travesía, se desencadena un huracán y destruye nuestra obra. Imposible ver á dos pasos en medio de los remolinos de nieve que levanta la tormenta. No hay más remedio que

acampar. Cuatro horas de marcha terrible. Distancia recorrida: una milla. Es cosa de desesperarse.

14 de Junio.—Tres meses hace que salimos del *Fram*, un cuarto de año justo. Desde esa fecha erramos por la banca polar. ¿Cuándo llegaremos al término de nuestras tribulaciones? Nadie lo sabe.

Toda la noche nieva y el hielo se cubre de una espesa capa blanda. En esas condiciones sería una locura volver á ponerse en camino. Nos quedamos, pues, en la tienda. Cuando no se trabaja, no se tiene el derecho de comer. El almuerzo se reduce á lo estrictamente necesario, aunque estamos hambrientos como lobos.

Paso el día revisando mis cálculos de observaciones. No se ha cometido ningún error desde la partida. Nos encontramos á $82^{\circ} 26'$ latitud y $57^{\circ} 40'$ longitud Este de Gr. La corriente, pues, nos ha empujado hacia el Noroeste desde el 4 de Junio, y han sido inútiles todos los esfuerzos de los días anteriores: á medida que nosotros avanzamos hacia el Sur á costa de fatigas terribles, el lento movimiento de las aguas nos rechazaba hacia atrás. No nos queda más que una esperanza: que ese movimiento nos lleve hacia aguas libres. En vista de la observación de hoy, dudo más cada vez de que nos encontremos al Este del cabo Fligely. Quizá la primera tierra que veamos será el Spitzberg. Hemos pasado probablemente del archipiélago de Francisco José. Si estamos tan al Oeste como supongo, pronto encontraremos grandes extensiones de agua libre; será entonces fácil alcanzar el archipiélago de Spitzberg, ¡la salvación! Pero ¿encontraremos bastante caza para sustentarnos?

15 de Junio.—Matamos dos perros. Al partir, uno de ellos tenía las piernas como paralizadas: caía á cada paso sin poder volver á levantarse.

Ya no nos quedan más que tres animales de tiro. Sin embargo, seguimos la marcha; pero ¡con qué fatigas! Cuando el hielo es accidentado, hay que arrastrar sucesivamente cada trineo, recorriendo tres veces el mismo camino. Sea comoquiera, ganamos una pequeña distancia hacia el Sur.

Ayer nos pusimos en marcha á las diez, y no hemos acampado hasta las seis de esta mañana. El almuerzo se compone de una sopa de sangre de perro, ¡un verdadero festín! Desde hace varios días he suprimido la comida, viendo que nuestros progresos hacia el Sur no son suficientes para permitirnos lujos.

Tenemos 148 cartuchos de plomo y 195 de bala. Con tal surtido de municiones, podremos procurarnos buena cantidad de víveres. En el caso peor, si no matamos más que aves, 148 gaviotas nos proporcionarán alimento bastante durante algún tiempo. Después de tanta sorpresa desagradable, me consuela esta inspección de nuestro arsenal. Seguramente, aún podemos prolongar la lucha durante tres meses; de aquí allá nuestra situación mejorará. Hay que esperarlo, por lo menos. Además, es posible coger gaviotas con anzuelo; y, en fin, como último recurso, nos alimentaremos de pequeños crustáceos marinos pescados con red. Si no conseguimos llegar á Spitzberg antes de la partida de los últimos pescadores noruegos, una inverna en esa tierra será una vida de delicias comparada con la que llevamos en esta terrible banca, trabajando sin tregua en la más ruda labor, sin ver nunca el término de tantas fatigas y de tantos peligros. ¡A ningún precio quisiera volver á pasar tales días! Caro pagamos el descuido de no dar cuerda á tiempo á los relojes. ¡En fin, esperemos! ¿No precede á la aurora la noche más negra?

19 de Junio.—Aunque los *cayaks* hacen agua por todas partes, nos decidimos á utilizar esos esquifes para la travesía de los canales que cortan la banca.

Concluido el almuerzo, compuesto de 45 gramos de pan y de la misma cantidad de pemmican, damos un recorrido á las embarcaciones para que no se empaquen completamente los víveres, al echarlas al agua.

Después de una cena tan frugal como el almuerzo—54 gramos de pan de glúten y 27 gramos de manteca—nos acostamos. El sueño alimenta. Se trata de vivir sin comer el mayor tiempo posible.

He tratado de pescar crustáceos con ayuda de una red. Fracaso completo. No he sacado más que un número muy reducido, con un pterópodo (*Clio borealis*). Me devano los sesos toda la noche para hallar modo de salir del atolladero. ¡La salvación vendrá de seguro!

Hay que ganar tierra á todo trance antes de que se agoten completamente nuestras escasas provisiones; para eso, hay que desahacerse de una parte de la impedimenta. Llegado el caso, nos quedaremos sólo con las escopetas, los *cayaks* y las pocas conservas que nos queden, y dejaremos la tienda, el saco de dormir, la farmacia y toda la ropa que no nos sea estrictamente indispensable.

20 de Junio.—Después de varias horas de marcha, interrumpe el camino un ancho lago. Para atravesarle, es absolutamente preciso recurrir á las embarcaciones.

Una vez botadas al agua, las unimos lateralmente, pasando *ski* por las correas de la cubierta superior, de modo que formen una masa única. Sobre la especie de puente formado así, colocamos los trineos con su carga. No sabíamos bien qué hacer de los perros, cuando

ellos mismos nos sacaron de apuros. Apenas cargados los vehículos, nuestros fieles compañeros se echan allí y permanecen absolutamente inmóviles, como si toda la vida hubiesen estado acostumbrados á ese género de locomoción. Por fin, cogemos los remos y empezamos á navegar. Aunque el manejo de la pagaya no sea cosa fácil con tanta impedimenta, podríamos considerarnos dichosos si pudiésemos avanzar así todo el día sin gran cansancio, en vez de agotar nuestras fuerzas en el arrastre de los trineos por la nieve reblandecida. No deja de entrar algún agua en los *cayaks*, y varias veces hay que recurrir á las bombas. ¡Pero qué es eso! Ahora no pediríamos más sino que el agua libre se extendiera hasta perderse de vista.

Una vez en el extremo del lago, salto al hielo; en el mismo instante, oigo detrás de mí una gran zambullida. Una foca, que estaba tendida allí, acaba de sumergirse. Algunos minutos después, una segunda zambullida; otra foca (*Phoca barbata*) asoma la cabeza por encima del agua, resopla durante algunos instantes y vuelve á sumergirse, sin darme tiempo á coger la escopeta. Mientras me ocupo en transportar á la orilla uno de los trineos, vuelve á aparecer el animal muy cerca de nosotros. Mi escopeta está en el fondo de la canoa. Otra vez se me escapa esta magnífica ocasión. «Coge tu escopeta y tira—grito á Johansen.—Sobre todo, apunta bien; no falles.» En un abrir y cerrar de ojos, mi compañero se echa el arma á la cara, y, en el momento mismo en que la foca va á desaparecer, suelta el tiro. El animal, después de haber dado una vuelta sobre sí, flota en la superficie, con la cabeza bañada en sangre. Dejando resbalar el trineo por la pendiente, cojo el arpón y con toda mi fuerza lo lanzo al lomo del anfibio. El animal vive aún. Temiendo que

se desprenda el arpón, doy á la foca una cuchillada en la garganta; un torrente de sangre tñe el mar. ¡Qué lástima perder ese precioso bocado! Pero eso no tiene remedio. Temiendo siempre ver escaparse nuestra presa, la disparo un segundo arpón. Entre tanto, el trineo, á medio desembarcar, sigue resbalando por la pendiente y rechaza los esquifes. Trato de volver á colocar el vehículo sobre las canoas. ¡Imposible! La parte delantera queda en el agua y la de atrás sobre el puente de la embarcación. Con este peso mal repartido, los *cayaks* se acuestan y se llenan de agua con una rapidez espantosa. El hornillo, con su precioso contenido, cae al mar y se va á merced de la corriente. Los *ski* se marchan por otro lado. Las canoas se hunden más cada vez. No cabe vacilación: hay que soltar la foca para salvar las embarcaciones; y no es pequeño trabajo. Con el peso del agua que los llena, se hace muy difícil levantarlas y ponerlas en seco. Cuando esto se logra, volvemos á nuestro botín. Tirando despacio de la cuerda del arpón, atraemos el animal hacia la orilla, y, después de un largo trabajo, conseguimos sacarle fuera del agua. Estalla entonces una alegría delirante, una alegría de salvajes hambrientos que van á poder hartarse al fin. ¿Qué son un *cayak* lleno de agua y ropas empapadas, en comparación con nuestra presa? Esta foca nos salva la vida.

Ahora á ponerlo todo en orden. Veamos primero lo más importante: los cartuchos. Por fortuna, no han sufrido ningún daño. Al revés, la caja que contiene nuestra provisión de pólvora está llena de agua. El pan está también impregnado de agua salobre, pero, en nuestra situación, importa poco: no por eso dejará de sabernos muy bien. En resumidas cuentas, los deterioros son de poca entidad.

Después de esta gran suerte, se instala el campamento. En seguida se descuartiza la foca y se ponen sus cuartos al abrigo de todo daño. Rara vez hubo hombres más felices que nosotros. Cómodamente tendidos en nuestros sacos, comemos á nuestro sabor. Ya hacía tiempo que no nos ocurría otro tanto. ¡Y qué succulenta carne la de esta foca! Por el momento, el mejor partido es acampar y esperar la dislocación de la banca, viviendo de los productos de nuestra caza.

22 y 23 de Junio.—Ayer estábamos tristes y abatidos, medio muertos de hambre, sin fuerzas para abrirnos camino al través de las aglomeraciones de hielo. La situación parecía desesperada. Ahora nos sonríe la vida. El más pequeño incidente basta para cambiar el curso de las cosas.

Tenemos víveres y combustible para más de un mes. En adelante no hay para qué darse prisa; podemos descansar, reparar los *cayaks*, habilitarlos para el transporte de los trineos y de los equipajes, y esperar un cambio en el estado de los hielos. Después de muchos días de dieta, podemos comer hasta saciarnos.

La carne de foca constituye un alimento muy agradable, y su grasa, de un sabor excelente, puede, en mi sentir reemplazar á la manteca. Nuestro almuerzo de ayer se compuso de grasa cruda, y la comida de un asado digno del difunto Vatel. ¡Si hubiésemos tenido un *bock* para rociarle! Como cena, frío sangre de foca: un verdadero éxito. Johansen declara mi plato de primer orden. En cambio, no es de lo más agradable servirse, para guisar, de una lámpara alimentada con aceite de foca. Un humo acre y espeso llena la tienda y ciega al desgraciado cocinero. Un día las cosas estuvieron á punto de tomar un giro trágico: se

inflamaron la grasa y el aceite, y, para no abrasarnos, tuvimos que salir á toda prisa. Inmediatamente después la lámpara hizo explosión, propagando por todas partes el incendio. Con gran trabajo conseguimos salvar la tienda, aunque sin poder evitar que el fuego abriese en ella un buen boquete. Una vez arreglado todo, volví á encender el hornillo para terminar la fritura.

El almuerzo es tanto más alegre cuanto que acabamos de comprobar un rápido adelanto hacia el Sur. La observación de hoy nos coloca á $81^{\circ} 4',3$ y $57^{\circ} 48'$ longitud Este. En tres días, gracias á vientos favorables, hemos ganado unas catorce millas hacia el Sur.

24 de Junio.—Celebramos esta fecha con la mayor solemnidad. Es para nosotros un triple aniversario. Hace dos años justos que salimos de Noruega, cien días que abandonamos el *Fram*, y es, además, la fiesta del sol, del pleno estío.

Pasamos todo este día de reposo pensando en el buen tiempo que ha de venir, estudiando nuestras cartas y distrayéndonos con la lectura de los dos únicos libros que tenemos: *El conocimiento de los tiempos* y las tablas náuticas.

Cenamos muy tarde opíparamente, y no nos acostamos hasta las ocho de la mañana. En el curso de este nuevo día cazo otra foca.

Nuestra balsa de hielo no marcha ya hacia el Sur, á pesar de la persistencia de los vientos del Norte. Quizá la banca tropieza con la costa. No es improbable: ahora no podemos estar lejos de la tierra.

27 de Junio.—La noche última, tempestad del Norte con una granizada menuda que azota la tienda como un fuerte chaparrón. Con semejante tiempo, ¡qué cómodo nos parece nuestro refugio! Bien abrigados en

nuestro saco, podemos hacernos la cuenta de que caminamos rápidamente hacia el Oeste, aunque quizá nuestro témpano permanece completamente inmóvil. No faltará, de seguro, un viento del Este que nos impulse al Oeste y luego al Sur. Yo espero que marchemos hacia el canal que separa la tierra Francisco José de Spitzberg.

Pensando en nuestra próxima partida, preparamos pemmican con las focas que hemos matado. Cerca de nuestro campamento descubre Johansen un laguito de agua dulce. En lo sucesivo no habrá ya que fundir hielo. Es la primera agua de buena calidad que hemos encontrado.

No se presentan más focas; en desquite, siguen abundando las aves, y aves bien poco ariscas. Ayer dos pagófilas blancas se acercaron á dos pasos de nosotros para quitarnos un trozo de grasa. Dos veces las espan-tamos, y dos veces volvieron á la carga.

En espera de la fusión completa de la nieve, hacemos nuestros preparativos de marcha. Nuestra vida se parece á la de una tribu de esquimales que, yendo en busca de heno á las orillas de un furdo, se encuentra con que es demasiado corto, y aguarda á que crezca. La nieve se derrite bien despacio.

30 de Junio.—Henos aquí al fin de Junio casi en el mismo sitio que al principio del mes.

El tiempo es magnífico. Sentados hoy al lado de la tienda, experimentamos una dulce sensación de calor. ¡Ah! ¡qué hermoso tiempo hará allá, en nuestra amada Noruega! El furgo centellea en una risueña campiña, y á ti, querida mujer, te veo sentada con Livita en medio de esa naturaleza deliciosa. ¡Quizá en este momento os paseáis en nuestro bote por el agua tranquila de la bahía! Embebido en estos pensamientos,

alzo la cabeza, y la vista de la banca me vuelve á la realidad. Antes de tornar á veros, queridos seres, ¿por qué peripecias pasaremos?

Hielo y más hielo, siempre y por doquiera una inmensa blancura. ¡Ay! es demasiado immaculada. ¡Con qué alegría veríamos interrumpido este horizonte deslumbrador por una manchita negra que anunciase el emplazamiento de una tierra! Desde hace dos meses esperamos con ansiedad esa aparición, y no viene nunca.

Miércoles 3 de Julio.—¿A qué tomar el lápiz? No tengo nada nuevo que escribir. Un viento Sur nos ha rechazado hacia el Norte. La noche última nieva. Jamás llueve. Es para desesperarse.

6 de Julio.—Temperatura: $+1^{\circ}$ Esta noche ha venido al fin la lluvia tan impacientemente esperada, una buena lluvia que dura la mañana entera. Si se prolongase una semana, limpiaría la banca del espeso lodo que la cubre. Pero no: volverá el frío en seguida; se formará una capa de hielo, y tendremos que seguir esperando el momento de ponernos en camino. He sufrido ya demasiadas desilusiones para conservar la esperanza. Esta vida es una escuela de paciencia.

Entre tanto trabajamos en la reparación de los *ca-yaks*. Cuando llegue el instante de partir, todo estará dispuesto para ponernos en marcha inmediatamente. Hace algunos días hemos tenido que matar otro de nuestros fieles compañeros. Ahora no nos quedan ya más que dos, Caifás y Suggen. Esos los conservaremos hasta el último extremo.

Antes de ayer descubrimos una mancha negra hacia el Este, muy lejos. ¡Corriendo el antejo! La mancha supera á los *hummocks* más elevados y tiene el aspecto de un peñón que surge en medio de nieves.

Desde la cima del más alto montículo observo atentamente esa misteriosa aparición. Es demasiado grande para que la miremos como una aglomeración de moles ennegrecidas por arena; no es muy verosímil, sin embargo, que sea una isla. Nosotros nos movemos sin género de duda, y vemos siempre esa mancha en la misma posición con respecto á nosotros. Al otro día sigue viéndose bajo el mismo ángulo. Es probablemente un *iceberg*.

En cuanto se despeja el horizonte por el Sur, nos dirigimos hacia la atalaya, un *hummock* elevado, con la esperanza de divisar tierra. Tantos paseos, otras tantas esperanzas defraudadas: por todas partes, el mismo horizonte blanco. Todos los días examino también en los alrededores del campamento el estado de la nieve, y noto con despecho que apenas ha disminuido su espesor. A ratos llego á dudar de que pueda desaparecer este estío. Si la nieve no se funde, nuestra situación será terrible. Lo mejor entonces será invernar en la tierra de Francisco José ó en cualquier otra parte. Estando abstraído en estas reflexiones, sobreviene la lluvia. Al punto vuelan como por ensalmo los negros pensamientos, y acariciamos la esperanza de volver pronto á Noruega. ¡Qué grata será la vida allí, después de esta terrible aventura!

10 de Julio.—Lluvia todo el día 6. Para celebrar este fausto suceso, tenemos á la cena chocolate; como plato de resistencia, grasa cruda de foca.

Estando cenando, empieza á ladrar Caifás. Algún animal pasa de fiyo. Apenas saco la cabeza de la tienda, veo un oso. A toda prisa cojo la escopeta, y mientras el animal me mira como aturdido, le envío una bala. El oso titubea; pero, aunque herido mortalmente, aún puede huir. Antes de que yo tenga tiempo de

encontrar un cartucho en mi bolsillo, lleno de un montón de cosas, ya está en medio de los *hummocks*. Sin vacilar, salgo á perseguirle; es menester que no se nos escape semejante presa. A algunos pasos de allí, dos lindos oseznos, puestos en dos patas, observan ansiosamente la vuelta de la madre. Al verme, escapan todos. Entonces principia una persecución desenfrenada. Ningún obstáculo nos detiene, ni los montículos de hielo, ni las grietas; trepamos por los *hummocks*, saltamos los puentes de hielo. Aunque la osa, gravemente herida, arrastra la pata, me cuesta trabajo seguirla. Los oseznos giran en torno de la madre, y corren delante de ella como para indicarla el camino y animarla. Llegado á la cumbre de un alto *hummock*, hago fuego. La osa cae muerta. Los hijos lanzan entonces gemidos lastimeros. En otras circunstancias su desesperación sería conmovedora. Un nuevo disparo, y uno de los hijos rueda al lado de la madre. El superviviente mira los cadáveres con tristeza. Su dolor es indescriptible. Indiferente á todo lo que no sean sus lamentos, vuelve la cabeza, cuando me acerco á él para descerrajarle un tiro. En seguida abrimos los tres cadáveres, les sacamos los intestinos y empezamos á descuartizarlos. Una ruda labor. Hasta el otro día no acaba la faena.

Ahora nuestro porvenir está asegurado: tenemos más víveres de los que podemos consumir, y nuestros perros podrán atasquizarse de carne cruda. ¡Bien lo necesitan los pobres!

Los oseznos eran enormes. La madre tenía leche todavía; y como es seguro que el período de la lactancia no dura en esos animales diez y ocho meses, los hijos debían tener menos de año y medio, aunque fuesen de doble tamaño que los matados el año anterior

en el mes de Noviembre. Esto indicaría que la osa blanca pare en todas las estaciones. El estómago de esos animales contenía trozos de piel de foca.

15 de Julio.—Por encima de nuestras cabezas vuela una gaviota de Ross (*Rodostethia rosea*). Hace ocho días vi un ejemplar adulto de esta ave con un collar negro.

17 de Julio.—Habiendo desaparecido en parte la nieve, hay que ir pensando en la marcha. Inspección minuciosa de los equipajes; se dejará todo lo que no es absolutamente preciso. Con gran sentimiento nuestro, tenemos que renunciar á nuestro saco de dormir—ese precioso servidor—y á una provisión respetable de carne y de grasa, así como á tres hermosas pieles de oso. Abandonamos igualmente una parte de la farmacia, de nuestra batería de cocina, guantes de piel de lobo, *ski*, mocasines y un martillo de geólogo.

Por mañana y noche comemos carne de oso sin cansarnos nunca. Aviso á los gastrónomos: el pecho de osezno es un manjar de primer orden.

El día 19 vemos varias gaviotas de Ross, que vienen del Sureste y se dirigen hacia el Oeste. Otra habíamos visto el 18. El encuentro de esos raros volátiles en tan gran número es absolutamente extraordinario. ¿Dónde podemos estar?

El 22 reanudamos nuestra marcha hacia el Sur. El hielo sigue presentándose muy accidentado; pero, como los trineos tienen menos peso y la nieve menos espesor, vamos mucho más deprisa de lo que creíamos. Durante la última parte de la jornada, la capa de nieve es ya tan ligera que se hace innecesario el empleo de los *ski*. Una vez libres de esos largos patines, podremos atravesar más fácilmente las cadenas de *hummocks*.

CAPITULO IX

Tierra á la vista.

24 de Julio.—¡Tierra! Por primera vez desde hace dos años vemos elevarse alguna cosa sobre el blanco horizonte de la banca. Una nueva vida empieza para nosotros.

¡La tierra! ¡Cuánto hacía que venía obsediándonos la esperanza de ese descubrimiento! Ahora nos aparece como una visión lejana, semejante á una nube que el viento va arrastrar.

Ha tiempo que está á la vista sin que hayamos podido reconocerla con certidumbre. Varias veces, desde el campamento de Espera (1), había yo creído distinguir, á lo lejos, campos de nieve que se elevaban sobre la gran monotonía del desierto helado; después, no descubriendo ningún punto negro en esa faja de blancura lustrosa, la tomé por una nube. A cada instante me parecía cambiar de forma, merced, sin duda, á la refracción; sin embargo, siempre era visible en el mismo sitio, con el mismo perfil.

Ahora ha vuelto á nosotros la esperanza, á pesar de que el hielo sigue ofreciendo dificultades terribles. Afortunadamente, nuestras embarcaciones se hallan en excelente estado, y cuando nos cortan el paso los

(1) El campamento del 22 de Junio al 22 de Julio.

canales, echamos al agua los *cayaks*, y en algunos momentos llegamos á la otra orilla.

Ayer mañana, Johansen, desde lo alto de un *hummock*, á que había subido para examinar la banca, divisó en el horizonte un rastro negro; pero, creyendo que era una nube, no hizo caso de él. Yo, más adelante, viendo esa misma mancha negra en medio de un estrato blanco, la examiné al anteojo. A la primera ojeada tengo la gran alegría de distinguir un vasto campo de nieve salpicado de puntos roquizos. Más lejos, al Este, descubro una segunda tierra, cubierta de nieve asimismo y disimulada en parte por una niebla blanca cuya forma cambia á cada momento. Es mucho más grande y más alta que la primera. Yo me esperaba un espectáculo más grandioso: soñaba con picachos elevados irguiéndose en medio de glaciares deslumbradores. Era una locura de mi parte.

Las islas parecen muy próximas. Yo me figuro que llegaremos á ellas mañana por la noche. Johansen participa de mi opinión, y aun cree que debemos seguir nuestro camino sin detenernos para arribar hoy mismo. ¡Ay! Trece días debían deslizarse antes de que hollásemos la tierra, trece días de una larga y penosa labor al través de la banca.

Por el pronto armamos la tienda y celebramos la fausta suerte con un festín sardanapalesco, en que consumimos parte de las últimas patatas, reservadas desde hace mucho tiempo para este día.

24 de Julio.—Esta mañana, cuando Johansen va á buscar el agua necesaria para la cocina, sube inmediatamente al *hummock* más próximo para examinar nuestra tierra. Está mucho más cerca que ayer; evidentemente llegaremos allí antes de esta noche. Por el Oeste, al S. 60° O. de la brújula, divisó una tercera

isla, semejante á las otras, pero situada mucho más lejos: la tierra del Príncipe Rodolfo, según reconocimos más tarde.

27 de Julio.—Sin nuestro saco de dormir, nuestro lecho nos parece un poco frío y duro. Probamos primero á dormir sobre nuestros cobertores y nuestros *ski*; pero la madera nos quebranta los huesos. Nos tendemos entonces sobre el hielo, pero esa cama no es nada caliente. Cuando tengamos un buen colchón, sabremos apreciarle.

29 de Julio.—A las tres de la madrugada la lluvia nos obliga á detenernos. Antes de encontrar un emplazamiento para la tienda estamos hechos una sopa, y tenemos que permanecer en el vivac todo el día para secarnos. Careciendo ya de ropa de muda, hay que tomar precauciones para mojarse en adelante lo menos posible.

30 y 31 de Julio.—Ahora me da que hacer un lumbago. Necesito de toda mi energía para tenerme en pie. Johansen debe hacer por sí solo todo el trabajo: se adelanta á reconocer el terreno y vuelve á buscar los dos trineos. Mi excelente compañero me cuida como á un niño. Hoy tiene doble quehacer, y no sabe cuándo acabará esto.

1.º de Agosto.—La banca más dificultosa cada vez. Para colmo de desdichas, el viento Sur nos ha alejado de tierra, llevándonos hacia el Este. La isla más occidental no es ya visible.

Continúan las gaviotas de Ross. Quizá anidan en esas islas.

Hoy voy mejor, y no paralizaré ya nuestra marcha. Este padecimiento evidencia los peligros de nuestra situación. Si uno de nosotros cayese seriamente enfermo, se habría acabado todo.

4 de Agosto.—La travesía de los canales es un verdadero trabajo de Hércules. A menudo andamos varios centenares de metros saltando de témpano en témpano, con los vehículos á remolque detrás de nosotros. A cada instante corremos peligro de caer al agua.

Para daros una idea de la banca, figuraos un hacinamiento de enormes témpanos, separados, ya por agujeros llenos de nieve blanda y de agua, ya por anchos estanques. Una serie de montañas rusas que se bambolean; luego un cerro, un barranco; en resumen: un terreno formado por moles desiguales amontonadas en el más extravagante desorden. Ni la menor placa continua donde poder plantar la tienda y esperar. Por remate, una densa niebla.

Tras una marcha terrible, llegamos á un canal que nos disponemos á atravesar en canoa.

Después de desembarazar la orilla de «hielo joven», llevo allí mi trineo. Al tiempo que trato de retenerle para impedir que resbale, oigo un fuerte resoplido detrás de mí, y luego una llamada de Johansen que acaba de retroceder en busca de su vehículo. «Coge corriendo la escopeta», grita mi compañero. Me vuelvo en seguida, y ¿qué veo? A Johansen en el suelo, defendiéndose con gran trabajo contra un oso enorme. Al querer coger la escopeta colocada en la proa de mi canoa, el *cayak* se me escurre de entre las manos y se va al agua. Mi primer pensamiento es saltar al esquife y tirar desde allí al oso. Pero reconozco al instante cuán difícil será apuntar seguramente al animal. A toda prisa vuelvo á traer el *cayak* hacia la orilla para coger el arma. «¡Despáchate si quieres llegar á tiempo! ¡y sobre todo apunta bien! me grita Johansen. Por fin tengo mi arma; el oso está á dos me-

tros, pronto á despedazar á Caifás. Apunto atentamente al animal según la recomendación de Johansen, y le alojo una bala detrás de la oreja. El oso cae muerto entre nosotros dos.

Ha debido seguirnos como un gato; y, escondiéndose detrás de los témpanos, ha podido acercarse á nosotros sin llamar nuestra atención, mientras nos ocupábamos en romper el «hielo joven» á orillas del canal. Cuando Johansen volvió á buscar su trineo, se dió de bruces con la fiera agazapada cerca de su canoa. Al pronto creyó que era Suggen. Antes de haber tenido tiempo de salir de su engaño, recibió en la cabeza un golpe que le hizo ver las estrellas y cayó de espaldas. Mi compañero trabó entonces una lucha á puñadas con su agresor, y trató de sujetarle por el cuello. Enfurecido con esa resistencia, el oso se disponía á hincar el diente en Johansen cuando me llamó en su ayuda mi amigo. Como si se hubiese dado cuenta de mis intenciones, el oso seguía todos mis movimientos y á la vez se guardaba de nuestros perros. Johansen pudo entonces levantarse y escapar, mientras Suggen recibía una tremenda zarpada. Una vez en pie, mi compañero se dirigió hacia su canoa, y mientras yo disparaba, cogió su escopeta. Johansen salió de esa aventura dramática sin más que una ligera herida en la mano y rasguños en la mejilla izquierda.

Descuartizada nuestra presa, damos de comer á los perros, engullimos buena porción de carne cruda, y, después de cargar la provisión en los *cayaks*, proseguimos la marcha.

El camino aparece erizado de dificultades; pero, desde la cumbre de un montículo, diviso de pronto una gran masa de agua libre que se extiende delante de

uno de los glaciares de la tierra más próxima. Al fin vamos quizá á salir de apuros.

6 de Agosto.—Ayer, en el momento de partir, el glaciar hacia el cual nos dirigimos, parecía muy próximo. Un esfuerzo más; quizá alcancemos la tierra al fin de la jornada. Con esta esperanza, marchamos resueltos á vencer todos los obstáculos, pero preparados á una nueva desilusión, después de estos cinco meses tan llenos de decepciones. Por último, tras la lucha con las dificultades de siempre, empieza á allanarse el hielo. El fin se acerca. Nos enganchamos á los trineos, y, hundiéndonos en el agua y la nieve, escalando los montículos y precipitándonos por los barrancos, caminamos de firme hacia adelante. Estamos calados de pies á cabeza; pero ¡qué es eso! ¡La victoria está próxima! He aquí ahora tersas planicies de hielo; tomamos el paso á la carrera. Por todas partes huellas de osos. Esos animales son tan abundantes como poco feroces en estos sitios, donde no han aprendido aún á temer al hombre. Pronto los enseñaremos nosotros.

Nuestra marcha desesperada evoca mis recuerdos clásicos. Para nosotros, como para los diez mil de Jenofonte, el mar es la salvación, el fin de los trabajos y penalidades; y, como esos valientes soldados, no podemos menos de gritar: «¡el mar! ¡el mar!» al ver el agua libre. Después de una marcha de cinco meses por la banca interminable, ha llegado el momento de la liberación.

Ante nosotros se extiende la negra superficie del agua sembrada de témpanos de una blancura deslumbradora; más lejos, sobre las ondas libres se destaca el marmóreo acantilado de un glaciar. ¡Acabadas todas las tribulaciones, acabados todos los desalientos;

ahora se abre ante nosotros el camino de la patria! Al llegar á los confines del hielo, alzo el sombrero al aire y hago señas á Johansen. ¡Hurra! ¡Tres veces hurra! ¡No, no hay palabras para pintar la impresión que sentimos ante ese espectáculo! ¡Es la impresión de la vuelta á la vida tras largas semanas de angustias y ansiedades!

En el momento de nuestra llegada á la orilla del mar aparece una foca. Tanto mejor: no tendremos el temor de morir de hambre en estos parajes.

Inmediatamente nos ponemos á aparejar los *cayaks*. Unimos las canoas, costado con costado, y colocamos en el puente los dos vehiculos, uno delante y otro atrás. Hubiese sido preferible bogar aisladamente, cada uno en su canoa, si los trineos puestos en la parte delantera no hubiesen entorpecido el manejo de la pagaya.

Los perros no pueden tener cabida en nuestro esqui; hay, pues, que separarse de esos excelentes compañeros. Los pobres nos han seguido siempre y dondequiera con una fidelidad inalterable; ahora que vienen tiempos mejores, debemos abandonarlos. Este pensamiento nubla nuestra alegría. No, no puedo resignarme á necesidad tan dura. Pero la vida tiene sus exigencias bárbaras. Hay que acabar con ellos. Yo mato á Suggen, el perro de Johansen, y mi compañero se encarga de Caifás, el último superviviente de mi tiro. Después de esta triste ejecución, estamos preparados para la partida.

Los *cayaks* se columpian alegremente en el agua; ligeras ondas azotan el casco con plácido rumor. Dos años ha que no veíamos semejante extensión de agua libre. Izamos la vela, y nos dirigimos hacia esa tierra, objeto de nuestros ardientes deseos desde hace largos meses. Después de haberse abierto camino á

viva fuerza, paso á paso, metro á metro, al través de una banca formidable, ¡qué placer sentirse deslizar rápidamente por la plácida superficie del mar!

Brilla el sol; se disipa la bruma que nos ha ocultado un instante la vista de la tierra, y queda al descubierto un glaciar de donde brotan torrentes de luz. Es la mañana más alegre que he disfrutado en mi vida. Ante esa corriente de hielo, que remata sobre el mar en un acantilado de 18 á 20 metros de altura, es imposible todo desembarque. El glaciar parece animado de un movimiento muy débil; el agua ha abierto una larga bóveda en su base, y no se desprende ningún fragmento de su frente. La parte superior es llana y no parece desgarrada por ninguna grieta. El acantilado frontal presenta en toda su longitud una estratificación muy acentuada. Una corriente de marea se dirige por delante de ese glaciar hacia el Oeste y nos arrastra en esa dirección. Por la noche no podemos encontrar un emplazamiento para acampar en tierra firme, y tenemos que plantar la tienda sobre un témpano.

7 de Agosto.—Durante la noche se ha cerrado el hielo alrededor de nosotros. No sé cómo saldriamos del paso, si al Oeste no hubiese aún una gran extensión de agua libre. Después de transportar nuestras canoas y equipajes por un trecho de banca, llegamos sin gran esfuerzo á esa extensión líquida. Con ayuda de palos y fragmentos de *ski* construimos pagayas, muy preferibles á las de bambú, guarnecidas de lona, que hemos traído; nuestra marcha será más veloz con estos remos, comparativamente perfeccionados. ¡Qué agradable es ahora la vida! Sin ninguna violencia, sentados en nuestras embarcaciones, hacemos rápidos progresos.

Niebla muy densa que impide distinguir claramente el paisaje; reconocemos, sin embargo, que la superficie líquida se ensancha más cada vez, y á poco se trueca en un inmenso brazo de mar, que se extiende por el Suroeste paralelamente á la costa.

8 de Agosto.—Empieza la jornada por el transporte de los trineos y los *cayaks* al través de un «campo de hielo» que durante la noche se ha atravesado en nuestro camino. Durante esta operación tengo la mala suerte de caer al agua; no hay más remedio que aguantar la ropa mojada todo el día. Poco después de alcanzar el agua libre, hallamos el paso interceptado, y otra vez es preciso transportar las embarcaciones. La brisa del Nordeste ha traído el hielo á la costa; á juzgar por el aspecto del cielo, las cuencas de agua libre que atravesamos ayer deben hoy estar bloqueadas. Un día más tarde, nos veíamos nuevamente cogidos en el hielo.

La niebla sigue ocultándonos la vista de la tierra. No he podido reconocer aún nuestra posición, y spongo que debemos hallarnos en la costa occidental del archipiélago de Francisco José.

9 de Agosto.—Subimos por la cúpula de hielo que cubre el islote cerca del cual hemos acampado. Al llegar á la cima, se disipa la niebla, y puedo distinguir los contornos de las tierras. No hay aquí más que un archipiélago, formado por cuatro islas, á que doy el nombre de Hvidtenland (País Blanco). La más oriental, la isla Eva, así bautizada en honor de mi querida mujer, es la más grande; la segunda, la isla Liv—el nombre de mi hija—más pequeña, presenta dos salientes roquizos, los dos picos que divisamos primero ayer. Al Oeste hay un largo furdo ó estrecho, cubierto de hielo, circuido á Poniente por un tercer is-



lote, la isla Adelaida, en la cual nos encontramos. A lo largo de esta costa se ven hacinados enormes fragmentos de hielo, procedentes quizá de la rotura del frontón de los glaciares, y mezclados con ellos, por la fuerza de las presiones, grandes témpanos de mar. Ayer vimos, al Norte de la isla Adelaida, un *iceberg* de tamaño mediano. Al Sur aparece una cuarta tierra mucho mayor de las islas Liv y Adelaida, probablemente la isla Freeden indicada por Julio Payer. Parece totalmente cubierta por un glaciar. Entre las diferentes islas, y hasta el confín del horizonte por el Sureste y el Este, el mar está cubierto de «hielo de furdo» absolutamente liso. En esa dirección no es visible ninguna tierra.

Desde las tres de la tarde á las ocho de la noche navegamos; luego transporte de las embarcaciones por un «campo» de hielo; después nueva navegación hasta que nos detiene una segunda barrera. La corriente nos es contraria. En estas condiciones más vale acampar y esperar.

10 de Agosto.—En todas direcciones huellas de osos y oseznos. En mi vida he visto tantas. Todos los plantígrados de la región deben darse cita aquí.

El Hvidtenland queda ahora detrás de nosotros, y delante existen ciertamente otras tierras. La banca lisa que costeamos debe lindar con alguna costa; por desgracia, la niebla no deja ver en un radio de una milla.

11 de Agosto.—Navegando, nos ataca una morsa. Examinaba yo el horizonte, cuando de repente uno de esos enormes anfibios sale á respirar á la superficie muy cerca de nosotros, dirigiéndonos una mirada feroz. Proseguimos sin el menor temor nuestro camino; pero el animal reaparece á mi lado. Medio fuera

del agua, amenaza clavar sus terribles colmillos en nuestras frágiles embarcaciones. En el momento de coger yo mi escopeta desaparece para presentarse á poco en la misma actitud cerca del *cayak* de Johansen. Si el monstruo nos acomete, habrá que decidirse á enviarle una bala. Varias veces sale á la superficie y vuelve á sumergirse. Al través del agua transparente la vemos pasar de un lado á otro por debajo de las canoas. Temiendo que agujeree el débil casco de mi esquife, agitamos los remos para tratar de espantarla. De pronto torna á erguirse muy cerca del *cayak* de Johansen, más furiosa que nunca. No hay que dudar: mi compañero la aloja una bala en la frente. El monstruo lanza un rugido terrible, da la vuelta y desaparece, dejando un largo rastro de sangre en la superficie del mar.

Habíamos olvidado esta peripecia, cuando de pronto veo á Johansen saltar por el aire. Evidentemente su *cayak* había recibido un golpe violento en la quilla. Quizá algún témpano que había zozobrado, yendo á chocar con la canoa; pero no: no había ninguno en las inmediaciones. Al tiempo de examinar el mar, veo erguirse una morsa delante de nosotros. No había un minuto que perder; no pudiendo dirigir la puntería detrás de la oreja, la parte más vulnerable del animal, le apunté á la frente. Por fortuna bastó: el enorme bicho quedó inerte en la superficie del agua. No sin trabajo, conseguimos abrir una brecha en su espesa piel; después de cortar algunas lonchas de grasa y de carne, proseguimos nuestro camino.

A las siete de la tarde el flujo lanza los témpanos unos contra otros y cierra el canal. Ahora ni la menor extensión de agua libre. Plantamos, pues, nuestros

reales hasta la marea siguiente, que dislocará sin duda esta masa de hielo.

Entre tanto cortamos los extremos de los trineos para poder colocarlos separadamente en cada canoa. En adelante podremos navegar aisladamente, y, por consecuencia, con mucha más rapidez.

Estando en este trabajo, se disipa la niebla. Delante de nosotros aparece una cadena de islas orientada del S.E. al N.N.O. del mundo. Todas esas tierras están cubiertas de glaciares; sólo aquí y allí algunos escarpados de peñascales negros traspasan la orilla de esa sábana inmaculada. ¿Dónde estamos? Cada vez es más difícil la solución de este importante punto. Después de todo, quizá nos encontramos en la costa oriental de la tierra de Francisco José. Al menos, nos parece muy verosímil. En ese caso, aún nos separa una gran distancia del cabo Fligely, en la tierra del Príncipe Rodolfo.

13 de Agosto.—La marea ha desembarazado el canal; y, caminando cada uno en nuestra canoa, avanzamos rápidamente. Luego vuelve á encontrarse cerrado el paso. Es preferible esperar otra vez la marea para ver si el canal se extiende más lejos. Si no, habrá que transportar las embarcaciones y los trineos hacia un canal que percibimos al O.N.O. del mundo, y que, según la carta de Payer, sería el estrecho de Rawlinson. El hielo no se abre; no hay más remedio que decidirse á esa faena.

14 de Agosto.—Nuestros progresos son muy lentos. Los trineos, después de la operación que han sufrido, no resbalan ya fácilmente, y las extensiones de agua libre son cada vez más raras. Adopto, pues, el partido de dirigirnos hacia la tierra más próxima. Hacia esa parte vemos un *iceberg* preso en la banca, la mole más

elevada que hemos encontrado en toda nuestra expedición. Su altura puede calcularse en quince ó veinte metros (1). Esperando tener una vista extensa desde la cima de esa montaña de hielo flotante, trato de escalarla; al tercio de su altura la rigidez de la pendiente me obliga á batirme en retirada.

Por la noche llegamos á las islas objeto de nuestros esfuerzos. Por primera vez desde hace dos años tenemos la alegría de pisar la tierra firme. ¡Qué placer saltar de peña en peña (2) y mover las piernas á nuestro albedrío! En medio de esas piedras descubrimos flores, saxifragas, adormideras (3). Para celebrar la toma de posesión de este territorio hiperbóreo, se iza la bandera nacional y se prepara un festín. La cena se compone de pemmican y de nuestras últimas patatas. La despachamos delante de la tienda, entreteniéndonos en hacer volar la arena con los pies como chicos que gozan de libertad.

Siempre se presenta á nuestra mente el mismo enigma. ¿Dónde estamos? Al Oeste parece abrirse un ancho canal, pero es imposible identificarle con ninguno de los indicados en la carta de Payer. Nuestra isla, la isla Huen, como la hemos llamado, es, á lo que parece, una larga aglomeración morénica, orientada de Norte á Sur (magnético) y formada, por punto general, de moles de grandes dimensiones, que reposan en varios sitios sobre la roca. Esas moles aparecen tos-

(1) Dícese que se han encontrado *icebergs* de tamaño colosal alrededor de la tierra de Francisco José. Durante toda nuestra estancia en ese archipiélago yo no he observado ningún témpano de esa categoría. El que cito aquí era el mayor de todos los que he visto en esos parajes. Esas moles, comparadas con los *icebergs* de Groenlandia, eran masas insignificantes de hielo.

(2) Peñas de basalto de grano grueso.

(3) *Papaver nudicaule*, *Saxifraga nivalis* y *Stellaria*.

camente redondeadas y no presentan ninguna estría glaciaria. Al Oeste distinguimos otra isla un poco más elevada y en cuya ribera se descubre una antigua línea de costa; al Norte, dos islotes.

Al principio, como dije antes, creí reconocer en el canal occidental el estrecho de Rawlinson; no viendo el glaciario de Dove, que orla ese brazo marino, empiezo á dudar de mi identificación. Quizá estamos en la costa Oeste del archipiélago de Francisco José, y hemos pasado, sin verlas, las tierras descubiertas por Payer. Entonces, ¿cómo no hemos divisado la tierra Oscar, situada á los 82° de lat. y 52° de long. Este?

16 de Agosto.—Buena jornada. Encontramos una dilatada extensión de agua libre; en seguida acariciamos la esperanza de regresar á Noruega. Para empezar la etapa atravesamos la banca que une la isla Huen á la isla Torup, la tierra elevada situada al Oeste.

La isla Torup me parece uno de los sitios más encantadores de la tierra. Una playa llana, antigua ribera, completamente sembrada de sub-fósiles, forma en turno suyo una cintura, alrededor de la cual se extiende una zona de agua libre, animada de una muchedumbre de anfípodos. En el fondo del mar se distinguen moluscos y erizos en medio de bosques de laminarias y de fucus. En los peñascales que dominan la orilla charlan alborozadamente centenas de urias enanas, y á su lado revolotean de piedra en piedra verdones de las nieves, entonando sus cantos plañideros. De repente brilla el sol al través de las nubes, inundando todo el espacio de radiante claridad.

En la costa Norte anida una numerosa colonia de gaviotas alcaldes (*Larus glaucus*). Millares de aves se han instalado con sus hijuelos en las anfractuosidades

de las peñas. Para sorprender esa curiosa escena de familia subimos allá con nuestro aparato fotográfico.

Desde el remate del cantil la vista abraza la banca que acabamos de atravesar. Hasta el confin del horizonte se extiende la inmensa llanura blanca, sudario de muerte que envuelve el mar tumultuoso. Durante meses hemos caminado penosamente por esa fría extensión, y á gran distancia, en esos «campos de hielo», se halla aún cautivo el *Fram*. Al Oeste, no lejos de nuestra isla, aparece una vasta extensión de agua libre.

Acabada esta excursión, reanudamos la marcha, y después de varias horas de trabajo, hemos en las aguas libres descubiertas desde las alturas de la isla Torup. Su extensión se pierde de vista; esperamos que en adelante no nos veremos ya detenidos por el hielo. Al Norte se eleva una tierra (1) con altos acantilados de basalto coronados de hielo. Hacia esa parte aparece una larga línea de costas erizada de promontorios; á lo lejos, en medio de esos peñones azulea un vasto glaciar.

Costeamos hacia el Sur una gran isla, cubierta también de hielo. ¿Qué vamos á encontrar pasado el cabo que se yergue al Suroeste? ¿Tuerce la costa al Sur, después de ese promontorio? ¿Más lejos, hacia el Oeste, no existe ya tierra? A medida que nos acercamos á ese acantilado crece nuestra emoción. Nuestra suerte va á decidirse, en efecto, dentro de algunos instantes; vamos á saber si este año podremos regresar á Noruega ó si tendremos que resignarnos á una nueva inviernada... La distancia se acorta; algunas remadas más, y doblamos el promontorio. Al ver la gran ex-

(1) La Tierra del Príncipe Rodolfo, según vimos después.

tensión de agua libre que se dilata delante de nosotros, agita nuestros corazones un estremecimiento inexpressable de alegría. La costa tuerce hacia el Suroeste; estamos, pues, en la costa occidental del archipiélago de Francisco José.

En medio del caparazón de hielo que cubre la isla surge una arista cortante y afilada como un cuchillo. Jamás he visto aguja más escarpada; la roca, un basalto prismático, sube recta y esbelta como el fuste de una columna.

Por la pendiente de un pasillo que surca la montaña subimos esa pared vertiginosa para examinar el país hacia el Sur. De repente oigo un vivo rumor debajo de nosotros. ¡Cuál no es mi asombro al ver dos zorros disputándose una uría que acaban de coger! Se agarran y muerden al borde del abismo con peligro de despeñarse; pero no parecen curarse de ese riesgo. En cuanto nos ven, inmediatamente interrumpen la pelea, sobrecogidos por nuestra aparición, y se va cada cual por su lado.

Pero volvamos al objeto de nuestra ascensión: el reconocimiento del terreno. El examen del horizonte es muy satisfactorio. El mar libre no parece tener término en la dirección del Oeste. El viento es favorable; así, aunque muy fatigados, resolvemos no desaprovechar una circunstancia tan propicia. Tomamos de prisa un refrigerio, aprestamos las embarcaciones y partimos. Navegamos así toda la noche, sin hacer alto hasta la mañana siguiente.

24 de Agosto.—¿No tendrán fin nunca las vicisitudes de esta vida? La última vez que escribía mi diario estaba lleno de esperanza y de valor; ahora, desde hace cuatro días y tres noches, nos vemos detenidos por el mal tiempo y por el hielo aglomerado en la costa.

El valor sigue en pie; pero la esperanza de volver pronto á nuestra querida patria se ha desvanecido. No caben ya dudas: tendremos que pasar aún una nueva invernada en estas comarcas polares.

En la media noche del 17 al 18 partimos de nuestro último campamento con un tiempo admirable. Por encima del sol, oculto tras tupido cortinaje de nubes, el cielo resplandecía al Norte con un fulgor purpurino, y el mar, reflejando esas brillantes coloraciones, parecía un mar de fuego. ¡Bella y poética noche! Por la tersa superficie líquida, bruñida como un espejo, deslizábanse rápidamente los *cayaks*, y á cada golpe de pagaya agitábanse las ondas con leve murmullo. No parecía sino que surcaba uno en góndola el gran canal. Esa gran calma era algo alarmante. El barómetro bajaba con rapidez...

Nos dirigíamos hacia el promontorio Clements Markham, situado al Sur-Suroeste, á una distancia de 12 millas, cuando de improviso apareció ante nosotros el hielo, el maldito hielo. En la creencia de que no es más que una masa dislocada arrastrada por la corriente, no hacemos aprecio al pronto. A medida que nos acercamos, la situación va siendo mucho más grave. Se trata de una banca muy compacta y muy extensa cuyo término no podemos distinguir. Para ver de hallar un paso, subimos á un *hummock*. La perspectiva no es muy animadora. Frente al cabo Clements Markham se extiende un archipiélago rodeado de una densa masa de hielo. Cerca de nosotros existen algunas aberturas, pero no nos llevarían lejos de allí. Nuestra única probabilidad de salvación, por consiguiente, es seguir el hielo de la costa y buscar en esa dirección un canal libre que nos permita continuar nuestra marcha hacia el Sur.

Imposible navegar por el canal que va costeando la banca ribereña. Está cubierto de «hielo joven», y la banca, empujada por el viento, empieza á invadirle. El *pack* no tarda en venir sobre nosotros y nos cierra toda salida. Ni la menor extensión de agua libre. El ancho brazo de mar que acabamos de recorrer está ahora completamente cubierto de hielo. ¡Adiós nuestra esperanza de volver este año á Noruega! Por si algo faltaba, nieva copiosamente, y el hielo se transforma en un lodazal intransitable. ¡Y á todo esto sin víveres!

El 20 excursión á tierra. Cerca de un promontorio, á que damos el nombre del geólogo noruego Helland, vamos á reconocer el terreno, con la idea de instalarnos en esa isla, si se impone la invernada. En las cercanías del cabo las moles de hielo están amontonadas unas sobre otras hasta tocar con el glaciar. Escalando esa corriente cristalina, vamos á inspeccionar el canal abierto al Norte del promontorio. Por esa parte la banca es menos accidentada, y presenta el aspecto del hielo de furdo; pero nada de agua libre. Al Sur del cabo Helland el terreno, relativamente llano, aparece sembrado de ruines praderas, de musgos, y en fin, de piedras susceptibles de utilizarse para la construcción de una choza. El furdo que existe en esa dirección está cubierto de una espesa banca; ninguna abertura, ni por tanto, focas. En desquite, parecen abundar los osos: nos asegurarán alimento y vestido.

Esta región está formada por un basalto de grano grueso. En la base del glaciar hay un montículo de esquistos arcillosos muy alterados, donde no conseguimos descubrir ningún fósil. Varios pedruscos diseminados alrededor parecen pertenecer á un granito. Recogemos ejemplares de todas esas rocas; pero, en

el curso de la invernada, los zorros, poco respetuosos con las colecciones de historia natural, nos dejaron sin la mayor parte. Todos los glaciares están cubiertos, por sus extremos inferiores, de una magnífica capa de «nieve roja», que producía el efecto más maravilloso cuando brillaba el sol.

El 21 tengo la suerte de matar un oso colosal: durante algún tiempo estamos seguros de no morirnos de hambre.

Así las cosas, empieza á soplar viento de tierra. ¿Dislocará esa brisa el hielo? Voy á examinar la situación á la orilla de nuestra balsa, cuando siento de repente un ligero vaivén... Acaba de abrirse un canal á lo largo de la costa, y nuestro témpano, desprendido de la masa adherida á la ribera, navega ahora en plena libertad. A pesar de todos nuestros esfuerzos, no podemos acercarnos á la isla vecina. Nuestra balsa se aleja más cada vez de la costa. El viento sopla con furia. Puesto que no podemos dominar la situación, lo mejor es dormir.

Al cabo de un buen sueño de varias horas me despierto. Estamos ahora á ocho ó diez millas de la costa. La brisa ha amainado; no hay que vacilar: tratemos de botar al agua las embarcaciones y de volver á tierra. Con no pequeñas dificultades, navegamos todo el día y toda la noche. Por la mañana el tiempo está cubierto; á derecha é izquierda aparecen tierras. No sabiendo qué dirección seguir en medio de ese archipiélago, me decido á acampar.

Por cima del campamento se eleva un alto acantilado de basalto, con profusión de columnitas y agujas, de ojivas y de nichos, cuya vista evoca, en medio de este desierto de hielo, el recuerdo de la catedral de Milán. Millares de urias enanas, de pagófilas blancas,

de gaviotas tridáctilas, de gaviotas alcaldes y de estercorarios mueven en esas peñas una algarabía infernal. A pesar de ese ruido, dormimos como leños.

A la siguiente mañana (23 de Agosto) una clara nos permite descubrir agua libre al Sur-suroeste. Hay que aprovechar la ocasión.

El furdo tiene varias millas de anchura: antes de poder desembarcar habrá que remar vigorosamente durante varias horas. Por otra parte, el aspecto de la tierra no es para seducir: desde la base á la cumbre está cubierta de hielo, y la orilla á que nos dirigimos no ofrece ningún abrigo contra la tempestad. Me encamino, pues, hacia otra isla situada un poco atrás, que parece menos desolada que las otras. Apenas desembarcados, encontramos un oso. Johansen le rompe de un balazo la columna vertebral. El animal herido trata de huir, y no pudiendo conseguirlo, se muerde las patas hasta hacerse sangre, como para castigarlas por negarle sus servicios. Un segundo tiro pone fin á sus sufrimientos.

A algunos pasos de allí vemos dos morsas. Un poco más lejos, una tercera, que forcejea en el agua, lanzando alaridos pavorosos, apoya los colmillos en el hielo adherido á la ribera, como apoyaría las manos un nadador rendido para mantenerse fuera del agua, y se asoma al sitio en que están echadas las otras. Al verla, se levanta un macho de tamaño enorme y empieza á dar vueltas alrededor del intruso, lanzando gruñidos terribles. El advenedizo baja entonces la cabeza respetuosamente y se retira aparte. Acto continuo el agresor, sin dejar de rugir, se acerca á él y se yergue, amenazando clavarle los enormes dientes en el lomo. Aunque el intruso es tan grande y está tan bien armado como su antagonista, se inclina ante él

como un esclavo ante su sultán. El déspota se reúne entonces con su compañero y se echa á su lado. En cuanto el otro animal, después de haber permanecido algún tiempo en su postura servil, hace ademán de adelantarse, su enemigo se dirige hacia él inmediatamente como para expulsarle. Por último, después de muchos rodeos, el advenedizo consigue escurrirse al témpano y unirse á sus dos congéneres. Al principio atribuí la actitud del adversario á una pasión amorosa; después reconocí mi error. Los tres animales eran machos. De esa amistosa manera ejercen las morsas la hospitalidad, y según parece, á un miembro elegido por sus congéneres incumbe el deber de ejercerla en esas condiciones.

No obstante estos procedimientos poco corteses, las morsas poseen en alto grado el instinto de la sociabilidad. Siempre se las ve, en efecto, en rebaños, y siempre se echan unas junto á otras.

Al primer golpe de vista es difícil reconocer seres vivos en esos enormes montones de carne absolutamente inmóviles durante horas. En estos parajes, no visitados hasta aquí por el hombre, esos animales viven en plena seguridad y no conocen el temor.

Después de este estudio en vivo, preparamos nuestra comida y no tardamos en dormir á pierna suelta, á pesar de los rugidos de las morsas y de la gritería de las gaviotas.

Al día siguiente, con gran desencanto nuestro, la banca nos condena otra vez á la inmovilidad. ¡Dios sabe cuándo acabará esta detención! En el interin, procuramos instalarnos lo más cómodamente posible. No encontrando ningún sitio resguardado del viento donde poder plantar la tienda, construimos una choza con piedras en el fondo de una grieta de los peñascos.

Es demasiado reducida para mi estatura; tiene la capacidad estrictamente necesaria para que podamos acostarnos uno junto á otro é instalar el hornillo. Forma el techo la tienda extendida sobre palos y sobre los *ski*, y cerramos la entrada con prendas de vestir. Aunque este refugio no es más que una caverna abominable, estamos orgullosos de nuestra obra. Tendidos sobre nuestra piel de oso y nuestras mantas, bien calientes y envueltos por el dulce murmullo de nuestra marmita puesta al fuego, experimentamos un placer inefable. Verdad es que la lámpara de aceite llena nuestra choza de un humo atroz; pero ese es un detalle de poca importancia.

CAPITULO X

Invernada en la tierra de Francisco José.

28 de Agosto.—La banca sigue inmóvil y el otoño avanza rápidamente... Hay que resolverse á invernarse en esta isla. Más de 138 millas de distancia nos separan del puerto de Eira, cuarteles de invierno de Leigh Smith. Semejante trayecto podría ser largo, y no estoy seguro de encontrar una choza en esa localidad. Suponiendo que pudiésemos llegar hasta allí, sería dudoso que tuviésemos tiempo de construir un abrigo y de reunir provisiones antes de la venida del invierno. Lo más acertado, pues, es prepararnos á invernarse en nuestra isla, donde abunda la caza.

Con gran desencanto nuestro, las morsas que había en el hielo ayer y anteayer han desaparecido; será forzoso ir á perseguirlas en su elemento. Mientras tanto, llegan dos osos, madre é hijo; algunos minutos después, esas visitas pagaban con la vida su curiosidad. Buen principio para el abastecimiento de la caravana.

Al volver á la choza en busca de nuestros cuchillos, veo pasar gansos camino del Sur. Los sigo con la vista hasta que desaparecen. ¡Que no pueda yo volar como esos palmípedos y dirigirme tan fácilmente como ellos hacia los dulces países del Mediodía!

El 29 de Agosto marchamos al ataque de las morsas. No estoy muy tranquilo respecto al desenlace de la lucha; esos animales, al defenderse, pueden abrir el débil casco de nuestras embarcaciones. Pero, en fin, hay que acometer la empresa. Bien armados nos dirigimos hacia uno de esos anfibios, tendido cabalmente delante de nosotros. Llegados á su alcance, le enviamos una descarga á la cabeza. Después de permanecer inmóvil un instante, se arroja al agua en el momento en que vamos á lanzar el arpón, y en sus convulsiones choca varias veces con el casco de nuestros *cayaks*. La desgraciada bestia se zambulle, y luego vuelve á aparecer cubierta de sangre y rugiendo furiosamente. Nueva descarga á la cabeza; y mientras el monstruo desaparece de nuevo, nos batimos en retirada para evitar sus ataques. Cada vez que torna á la superficie disparamos, pero sin acertar á hierirla mortalmente. Por fin, una bala dirigida detrás de la oreja, el punto más vulnerable, la deja en el sitio. Ya nos disponíamos á lanzar el arpón, cuando, con gran despecho nuestro, se hunde y desaparece. Volvemos á tierra muy corridos; nueve balas perdidas.

Cerca de nuestra choza duermen dos morsas profundamente en la banca de hielo del litoral. Nos acercamos á algunos pasos de ellas, y del primer disparo dejo seca á una de las dos. Johansen es menos afortunado; una segunda bala mía no es más eficaz que la de mi amigo. El enorme animal se endereza rugiendo, vomita sangre como un tísico y permanece indiferente á nuestra presencia. El pobre nos lanza miradas de angustia tan conmovedoras, que, olvidando nuestras propias necesidades, nos sentimos poseídos de una profunda compasión. Tenemos la conciencia de haber cometido un asesinato. Una bala alojada detrás de la

cabeza pone fin á sus sufrimientos; pero durante varios días me asedió la imagen de ese espectáculo sangriento.

Ahora se trata de transportar á tierra esas piezas mostruosas, y no es pequeño trabajo. En el momento en que vamos á buscar los cuchillos, los trineos y los *cayaks*, empieza á soplar una brisa bastante fuerte. El viento podría desgajar el hielo de la orilla mientras nosotros nos ocupamos en descuartizar las morsas; es, pues, prudente tener al alcance las embarcaciones.

Estando en nuestra tarea, estalla una tempestad; así, vigilo atentamente el canal que nos separa de tierra. El hielo permanece inmóvil; podemos, pues, seguir trabajando. Ya está medio descuartizada una morsa, cuando de repente el «campo» empieza á caminar mar adentro. No hay un minuto que perder. ¿No es quizá ya demasiado tarde? ¿Podremos vencer ahora la fuerza del viento y volver á tierra? Precipitadamente amontonamos trozos de carne en los *cayaks* y abandonamos nuestra presa. Primero conseguimos hacer marchar las canoas; después intentamos transportarlas por la banca. Esta tentativa es infructuosa. Al querer atravesar un ancho canal sobre fragmentos de hielo desunidos, cede la costra cristalina, y á duras penas evito un baño. El hielo no resiste en ninguna parte; hay que volver á botar al agua las canoas. Pero van demasiado cargadas para avanzar contra tal huracán, y tenemos que resignarnos á prescindir de los trozos de carne y de piel que llevábamos. Mientras aligeramos las embarcaciones, la situación se agrava. De todas partes llegan témpanos, que forman alrededor de nosotros una peligrosa cintura de arrecifes móviles. A cada instante los *cayaks* corren

peligro de ser aplastados; para evitar una catástrofe volvemos á subir al hielo á toda prisa. En cuanto se separan los témpanos, nos apresuramos á botar al agua las embarcaciones; pero á pesar de la rapidez de nuestros movimientos, antes del éxito de la manobra vuelve á cerrarse el canal. En tanto la tormenta no cesa de arrastrarnos mar adentro. Por fin, lanzamos las canoas y logramos avanzar contra el viento á fuerza de remos. ¡Ruda faena! la mar está muy crecida, y la brisa es terrible. A veces las ráfagas son tan violentas que parece que van á levantar del agua á nuestras débiles embarcaciones. Felizmente, llegamos al abrigo de los altos acantilados, y á poco tenemos la alegría de arribar. Nos quedamos sin caza. Todo se ha reducido á una aventura muy desagradable que ha estado á punto de acarrearlos las más funestas consecuencias.

Durante mucho tiempo se divisa el témpano cargado con los cadáveres de nuestras morsas, en torno de los cuales se arremolinan nubes de gaviotas. Esas se burlan del viento y de la corriente, y con toda quietud se aprovechan de esa prebenda inesperada. Nosotros, con tal pérdida, estamos inconsolables.

A la noche siguiente, á poco de dormirme, me despertó Johansen. «Un oso ronda por aquí», me dijo. En efecto: oigo un sordo gruñido cerca de nosotros. Me pongo en pie de un brinco, cojo la escopeta y salgo. Una osa, seguida de sus dos hijos, baja hacia la ribera. Apunto á la madre, pero, á causa de mi precipitación, falla el tiro. Un segundo disparo la alcanza en pleno pecho. El animal se lanza al agua y sus hijos se embarcan en un témpano, á fin de buscar un refugio en el mar. La osa, debilitada por su herida, no tarda en volver hacia la costa. Inmediatamente acudo y

le doy el golpe de gracia. Después nos emboscamos para esperar la vuelta de los oseznos; pero el témpano en que se han refugiado se aleja cada vez más á impulsos de la brisa. Pronto no forman más que dos puntitos blancos sobre la superficie sombría de las aguas. Entonces tomamos el partido de darles caza en *cayak*. Nos engolfamos, y, después de haber dado vuelta á su témpano, remamos derechamente hacia él. Los pobres animales, después de un momento de vacilación como si temiesen el agua, se arrojan al mar, uno tras otro. Los echamos tranquilamente hacia la costa, y, en cuanto hacen pie, los dejamos secos sin compasión.

¡Tres osos en un día! Para colmo de ventura, al volver, tenemos la suerte de ver flotando muy cerca de tierra la morsa que matamos la víspera. Sin perder un instante, tomamos nuestras precauciones para no dejar escapar ese tesoro. Remolcamos el cadáver á una ensenada de la banca ribereña y le amarramos fuertemente.

Hasta el 2 de Septiembre no tuvimos tiempo de empezar á descuartizar esa pieza. Todos nuestros esfuerzos para transportarla á la orilla son estériles. Con los débiles medios de tracción de que disponemos, es imposible subir tal mole por el ribazo. Durante la faena, otra morsa viene en derechura hacia nosotros, sin intimidarse por nuestra vista. La despachamos con dos tiros.

¿A qué diablos entran las morsas en este canal angosto inmediato á la tierra? Evidentemente las atrae la curiosidad. Hace dos días, cuando estábamos descuartizando los osos uno de esos animales vino á rondar por la orilla de la banca, acompañado de su hijuelo. Después de sumergirse varias veces, sacó fuera medio cuerpo para poder mirarnos mejor. En diversas

ocasiones volvió á las andadas, y pude acercarme á algunos pasos de él, sin que huyese. No se decidió á tomar el portante hasta que casi le toqué con el cañón de mi escopeta.

El descuartizar las morsas era una faena tan difícil como desagradable. Había que tajar esos enormes montones de carne hasta la mayor distancia á que podíamos llegar por debajo de la superficie del agua. Lo de menos era mojarnos; con el tiempo puede uno secarse. Lo peor y lo que no podíamos evitar era vernos cubiertos, de pies á cabeza, de aceite, de grasa y de sangre. Nuestra ropa, que no podíamos cambiar hasta de allí á un año, se saturó de aceite en tales términos que se nos impregnó la piel. Esa faena fué, sin disputa, la más ingrata de todas las que emprendimos en el curso de la expedición. A buen seguro, habríamos abandonado esos animales, si no hubiésemos tenido necesidad de grasa para alumbrarnos y para preparar nuestros alimentos durante la invernada. Así, sentimos una gran satisfacción cuando tuvimos en la orilla dos buenos montones de grasa y de carne, cuidadosamente cubiertos por la gruesa piel de esos anfibios.

Durante toda esta operación, las gaviotas vivieron en la abundancia más opulenta. El mar estaba cubierto de trozos de carne y grasa y de intestinos, y alrededor de cada despojo trababan continuas disputas bandadas innumerables de pagófilas blancas y de gaviotas verdes.

El 7 de Septiembre empezamos la construcción de la choza que debe abrigarnos durante el largo invierno. Todas las mañanas salimos como obreros que van á su trabajo, con nuestra vasija de agua en una mano y una escopeta en la otra.

Sacamos piedras del acantilado, las transportamos, las colocamos, y poco á poco tenemos la satisfacción de ver subir los muros. Para semejante trabajo no tenemos más que útiles de mala muerte: á guisa de palanca, un patín de trineo; como piquetas, un palo provisto de un trozo de hierro y un travesaño de trineo armado de un diente de morsa; por azada, un omoplato de morsa. Pero, con paciencia, todo se alcanza.

A consecuencia del descenso de la temperatura, nuestros trabajos iban siendo más penosos cada día. El suelo estaba ahora muy duro, y las piedras sólidamente cimentadas por la helada; para colmo de infortunio vino una nevada copiosa. Se acercaba el invierno. ¡Cuál no fué, pues, nuestra alegría el 12 de Septiembre al notar, al despertarnos, un completo deshielo! Aquel día el termómetro subió á $+4^{\circ}$, la temperatura más alta que hemos observado durante nuestra expedición.

De todas las montañas bajan al mar con alegre murmullo bulliciosos torrentes, escribía yo en esa fecha. Por todas partes corre y susurra el agua; por todas partes surgen manchas de verdor. Como tocada por una varita mágica, esta naturaleza, ya herida por el frío de la muerte, se ha reanimado con un nuevo soplo de vida.

Pero ¡ay! no es más que un día aislado. Al siguiente, otra vez los espesos copos, y otra vez sepultada esta tierra, que ayer aún palpitaba, llena de vida y de alegría.

Una semana de trabajo, y quedan concluidos los muros de nuestra choza. Alzan $0^m,90$ sobre una cavidad que tiene de honda otro tanto. Podremos, pues, estar de pie dentro de nuestro albergue. Falta ahora

armar el techo, un trabajo difícil en las condiciones en que nos encontramos. En punto á materiales, no hay más que un madero flotado que hemos descubierto y las pieles de las morsas. Después de un día de porfiada labor, Johansen consigue cortar la tabla y subirla á los muros donde debe formar el caballete. Hecho esto, pasamos á las pieles de morsa. Con la helada, se han puesto absolutamente rígidas y ahora se adhieren á los trozos de carne y de grasa que cubren. Despegarlas constituyen un verdadero ejercicio de paciencia, y transportarlas á la choza un trabajo que nos rinde. Por fin, ya rodándolas, ya tirando, ya cargando con ellas, conseguimos llevar á nuestro refugio esas enormes pieles. Ahora otra dificultad: esas pieles, absolutamente endurecidas por la helada, no pueden extenderse; hay que tenerlas en agua durante varios días para que se ablanden.

Durante estas ocupaciones nos atormenta una grave inquietud: los osos han desaparecido, y con los que hemos matado no hay para mucho tiempo. Pero el 23 de Septiembre tengo la gran alegría de ver un plantígrado á orillas del mar contemplando una de nuestras pieles de morsa. Inmediatamente aviso á Johansen, que va armado de su escopeta, mientras yo marchó á buscar la mía. Al volver veo á mi amigo agachado detrás de una piedra, esperando impacientemente mi regreso. Hay ahora dos osos: el uno en la ribera; el otro cerca de la choza. Me dirijo hacia el primero, deslizándome por detrás de los *hummocks*, no sin que él me divise y emprenda la huida hacia el furdo. Perseguido durante varias horas, y acorralado, por último, delante del muro del glaciár, se apresta á defenderse, cuando una bala certera me libra de su ataque. A mi regreso, veo á Johansen ocupado en desollar el se-

gundo oso. Ahora tenemos la despensa bien provista para una temporada.

24 de Septiembre.—Al ir á nuestro trabajo vemos un rebaño numeroso de morsas descansando en el hielo. Después de la experiencia de los últimos días no tenemos grandes ganas de medirnos con esos animales. Johansen opina que debemos dejarlos en paz. Yo creo, al revés, que sería imprudente desperdiciar semejante ocasión. Para asegurarnos calefacción y luz, nunca estarán de sobra todo el aceite y grasa de que podemos proveernos.

Ocultos tras los montículos, nos acercamos á diez metros de la manada sin llamar su atención. Se trata ahora de elegir las víctimas y de emplear bien las balas. El rebaño se compone de adultos y de jóvenes. Como nuestra aventura anterior nos ha dejado sin ganas de atacar á los viejos, decidimos tirar á los más pequeños; y mientras tienen á bien volver la cabeza para que podamos herirlos mortalmente al primer disparo, empleamos el tiempo en observar sus costumbres. Continuamente se rascan la espalda unos á otros con los colmillos. Cuando uno de ellos, al estirarse, estorba al de al lado, el de al lado se levanta en seguida y le clava los dientes en el lomo. Los que no tienen la piel muy dura atestiguan con sus cicatrices la fuerza de esas dentelladas. Si se presenta un intruso con intención de acomodarse en el témpano, todos se alborotan, todos mugen en coro, y el macho que se encuentra más cerca del advenedizo le administra una buena tunda. Ante esa acogida el pobre animal baja humildemente la cabeza, y paso á paso se desliza entre los otros, recibiendo tarascadas que no se atreve á devolver.

Cansados de esperar que las morsas se dignen vol-

ver la cabeza, nos decidimos á apuntar á la frente. El rebaño sorprendido por la detonación, se levanta, y, después de mirarnos con asombro, se dirige á la orilla del témpano. Volvemos á cargar á toda prisa, y simultáneamente derribamos dos de esos monstruos, uno viejo y otro joven. Ahora tenemos abundancia de combustible para el invierno y materiales para cubrir el techo de nuestra choza.

El 25 de Septiembre sacamos del agua las pieles que habíamos sumergido para reblandecerlas. Estando ya á la sazón bastante flexibles, las extendemos á uno y otro lado del caballete y las sujetamos al suelo con piedras pesadas. Concluida la techumbre, rellenamos los muros de piedras, musgo y trozos de piel, y disponemos la puerta en uno de los ángulos. Precede á ella un largo pasadizo abierto en el suelo, cubierto de hielo y cerrado por una piel de oso. Una segunda piel, cosida al techo, hace oficios de puerta á la entrada de la habitación.

El descenso de la temperatura y la humareda que producía nuestro hornillo hacían casi inhabitable la cueva en que nos agazapábamos, en espera de la conclusión de nuestra choza. Teníamos, pues, gran impaciencia por instalarnos en nuestra casa que, á nuestros ojos, era el *summum* de las comodidades. ¡Qué grata sería nuestra existencia, una vez establecidos en esa suntuosa morada! La habitación, sin embargo, no era muy espaciosa: 3 metros de larga por 2 de ancha; pero yo podía estar allí de pie. Semejante albergue, bien resguardado del viento, nos parecía la más lujosa instalación. Pero, antes de terminarla del todo, aún teníamos tarea para varios días.

Yo había recogido cuidadosamente una provisión de nervios de morsa, con idea de utilizarlos á guisa

de hilo. Nuestras vestiduras estaban hechas jirones, y pensaba emplear el invierno en repasar nuestro guardarropa. Había dejado esa mercería de nuevo cuño cerca de los esqueletos, sin contar con las gaviotas y los zorros. Cuando volví á poner en seguridad mis madejas de «hilo» era demasiado tarde. Nuestros vecinos se habían apropiado nuestra hacienda. Mientras inspeccionaba los alrededores para ver de recuperarla, descubro huellas recientes de oso; y Johansen, que viene corriendo, me hace señas para llamar mi atención en dirección al mar. Distingo un oso enorme que se echa tranquilamente en el hielo, junto á un agujero, en acecho, sin duda, de focas. En cuanto me ve, emprende la fuga por una capa muy delgada de «hielo joven». No pudiendo seguirle en esa dirección, le disparo un tiro, y el oso, después de dar algunos pasos, cae, rompiendo la costra de hielo. Cuantos más esfuerzos hace para salir, más se agranda el agujero en que se encuentra. Al cabo el monstruoso animal, sofocado y debilitado por una abundante pérdida de sangre, se hunde en medio de las convulsiones de una agonía atroz.

Durante esta caza, á cada instante surgen morsas en actitud hostil por los agujeros del hielo. Estos animales empiezan á ser demasiado atrevidos. Poco después, cuando nos disponemos á arrastrar á tierra el oso, el cadáver recibe un golpe violento. Una enorme cabeza de morsa empuja esa masa de carne flotante y se yergue lanzando un rugido de cólera: nueva prueba de que esos animales no temen á los osos. Después de atar una cuerda al pescuezo de nuestra caza y de romper el «hielo joven», conseguimos subir la bestia monstruosa á un témpano sólido.

Por la noche sorprendemos otros tres osos rego-

deándose descaradamente con nuestras provisiones de carne y de grasa: una madre y sus dos hijos. Yo estaba entonces muy cansado, y confieso que tenía más ganas de cenar y de dormir que de correr en persecución de esos animales. Los vi, pues, sin pena, encaminarse rápidamente hacia la banca. Un poco más tarde, volviendo á oír ruido, salgo en seguida. Otra vez los tres osos, que no han podido resistir al incentivo de nuestras tentadoras provisiones. Me embosco detrás de las piedras, y doy cuenta de la madre. Los oseznos huyen; pero á la mañana siguiente volvemos á encontrarlos cerca de nuestro almacén. Toda la noche rondan por nuestro campamento, no sin devorar el estómago de su madre que contenía algunos trozos de grasa.

Nuestro almacén atrae evidentemente á todos los osos del contorno. El 28 de Septiembre encontramos á uno de esos plantigrados roncando delante de nuestra despensa. Despierto con nuestro ruido, echó á huir; pero le tumbamos con una granizada de balas. Era uno de los más grandes que he visto, aunque también de los más flacos. En ayunas, sin duda, hacía mucho tiempo, había engullido una cantidad increíble de nuestra vianda.

Antes de entregarse á esa orgía había matado á los dos oseznos que nos hicieron compañía los días precedentes. De allí á algún tiempo encontramos los cadáveres de las dos víctimas. Las impresiones dejadas en el hielo contaban el drama. El asesino había perseguido primeramente á uno de los huérfanos, y después de matarle, había caído sobre el otro. Más tarde había llevado sus cadáveres á la playa, donde los abandonó sin tocarlos. ¿Por qué había cometido ese crimen? Jamás pude comprenderlo. Quizá veía en

esos dos oseznos dos competidores en la lucha por la vida.

Después de todas esas cazas felices, podíamos mirar el porvenir con confianza. Ya no corriamos riesgo de morir de hambre.

El 28 por la noche nos instalamos en nuestra choza. Para calentarnos y alumbrarnos, habíamos fabricado verdaderas lámparas groenlandesas de hoja de lata, con mechas formadas de pedazos de vendas procedentes de nuestra farmacia de viaje. La primera noche estuvo lejos de ser buena. Hasta aquí habíamos dormido siempre juntos, metidos en un mismo saco. Creyendo que las lámparas de aceite de morsa caldearían bastante la pieza, nos echamos separadamente en el suelo, con una manta cada uno. ¡Buena la hicimos! Las lámparas iluminaban brillantemente, pero apenas elevaban la temperatura en aquella choza, muy imperfectamente cerrada, y toda la noche nos la pasamos dando diente con diente. Jamás habíamos sentido tanto frío.

Al otro día, para calentar un poco nuestros cuerpos entumecidos, tomamos una cantidad respetable de caldo de oso. Luego procuramos arreglar una cama más cómoda. La experiencia de la noche última nos ha curado del antojo de tener cama aparte. Con nuestras dos mantas hacemos un saco de dormir, que colocamos sobre blandas pieles de oso. Pero nos es imposible allanar las piedras puntiagudas que constituyen el colchón. Con los instrumentos de que disponemos, no hay modo de desprenderlas del suelo helado; nos pasaremos el invierno dando vueltas en nuestra cama en busca de un sitio donde poder reposar nuestros miembros doloridos.

Hecho este arreglo, pasamos á ocuparnos de la

cocina. Un agujero en el techo y una piel de oso, á guisa de campana, compusieron toda la instalación interior. Por fuera, para impedir que el aire echase el humo dentro de la choza, construimos una chimenea de hielo y nieve, únicos materiales de que disponíamos. Tiraba muy bien, pero tenía el inconveniente de exigir frecuentes reparaciones. Con el calor del hogar se derretía el hielo, y la chimenea se convertía á veces en canalón. En los sitios más expuestos, para dar mayor estabilidad al aparato, introdujimos en medio de la nieve huesos y hasta trozos de carne helada de morsa, á manera de ladrillos.

Nuestras comidas eran muy poco variadas. Todas las mañanas, caldo y cocido de oso; y todas las noches una fritura de oso. A pesar de tal uniformidad, nunca nos cansamos de esa cocina ni sentimos la menor inapetencia. Un bocado exquisito para nosotros eran los pedazos de grasa de morsa que habian ardido en las lámparas: eran nuestras golosinas, nuestros pasteles, como los llamábamos. ¡Si hubiésemos tenido un poco de azúcar, cuánto mejor aún nos hubieran sabido!

Las pocas provisiones que nos quedaban del *Fram*, decidimos conservarlas como oro en paño hasta la primavera para alimentarnos durante la retirada; y, á fin de protegerlas contra las depredaciones de los zorros, las escondimos cuidadosamente debajo de un montón de piedras.

Esos animales se apropiaban cuanto veían con el mayor desparpajo. Ya nos habían robado pértigas de bambú, harpones, sedales y una colección de geología. La pérdida mayor era la ya citada del hilo de que pensábamos servirnos para hacer ropa y calzado con las pieles de oso. Afortunadamente, los ladrones

habían respetado el teodolito y mis demás instrumentos, sin duda porque no habían podido llevárselos. Puede suponerse la cólera que sentiría yo al descubrir las fechorías de esas alimañas. Con la mira de encontrar los objetos robados, sigo las huellas de los ladrones, cuando á seis ó siete metros de mí veo uno, tranquilamente sentado, como para hacerme burla. Al percibirme, empieza á lanzar aullidos tan penetrantes, que tengo que taparme los oídos, y no levanta el campo hasta que le arrojé una lluvia de piedras. Entonces pone pies en polvorosa, pero para plantarse en el glaciar y seguir allí con su música. Al volver, me devano los sesos para ver la manera de librarnos de esos vecinos tan poco escrupulosos. Gastar nuestras balas en tal cosa, no había que pensarlo. Proyectamos fabricar una trampa; pero, cuando tuvimos tiempo de construirla, una espesa capa de nieve cubría ya el suelo, y nos impedía encontrar piedras bastante pesadas para asegurar su eficacia. Los zorros no cesaron de saquear nuestro material en todo el invierno. Un día nos robaron el termómetro registrador. Después de largas pesquisas, logramos encontrarle sepultado en un montón de nieve. Para preservarle en lo sucesivo, le colocamos debajo de una piedra grande. No obstante esta precaución, los zorros volvieron á apoderarse de él, y ya no hubo modo de recuperarle.

El 15 de Octubre aparece el sol por última vez sobre el horizonte. En adelante los días menguan rápidamente; pronto dará principio nuestra tercera noche polar.

El 8 y el 21 de Octubre matamos otros dos osos, los últimos de la temporada.

Nuestra vida era muy monótona. Inauguraba los días la preparación del desayuno, que despachábamos

siempre con apetito, y después hacíamos un poco de ejercicio. Nuestras salidas eran muy cortas, por falta de ropa para soportar tales fríos. Todas nuestras prendas de vestir no eran más que un pingajo saturado de aceite y de grasa. En un principio pensamos rehacer nuestro vestuario con las pieles de oso; pero antes había que limpiarlas y secarlas. Las primeras que estuvieron listas sirvieron para hacer un nuevo saco de dormir. Al mismo uso se destinaron todas las que tuvimos tiempo de preparar, y durante el invierno nos vimos en la precisión de seguir llevando nuestros guñapos. El viento, recio casi siempre, hacía muy poco agradables los paseos. Días enteros pasaban á menudo sin que sacásemos fuera las narices.

El principio de la tarde se dedicaba á la preparación de la comida, y la noche á la de la cena. Una vez satisfecho el estómago, nos metíamos en nuestro saco para tratar de dormir el mayor tiempo posible. Dormir y comer: he ahí nuestras únicas ocupaciones. En fin de cuentas, el invierno transcurría agradablemente. Gracias á las lámparas, el termómetro oscilaba en la choza alrededor del cero, una alta temperatura para personas acostumbradas á acampar con -40° . La humedad depositaba en las paredes magníficos cristales de hielo de una blancura deslumbradora, con lo cual nos hacíamos la ilusión de dormir en una gruta de mármol. Pero ese esplendor no carecía de inconvenientes. Cuando se elevaba la temperatura en la choza, todo ese revestimiento cristalino se fundía y transformaba nuestro lecho en un cenagal.

Mi compañero y yo turnábamos por semanas como cocineros. Era el único cambio que venía á alterar la monotonía de nuestra vida, y por «semana de cocina» contábamos el tiempo.

Yo había pensado emplear el invierno en revisar mis observaciones y mis notas y en escribir un relato de nuestro viaje. Ese bello proyecto quedó reducido á bien poco. Nuestra choza no era un gabinete de trabajo de lo más cómodo: allí no se veía más que lo estrictamente preciso, y el suelo sembrado de guijarros puntiagudos no era un asiento agradable en que pudiera permanecerse mucho tiempo. Además, yo tenía el cerebro como embotado y no sentía ninguna gana de coger la pluma. Por contera, mis manos estaban cubiertas de tal costra, que ennegrecían el papel y le manchaban de grasa. Muchas veces se ha dado el caso de no poder descifrar al día siguiente mis apuntes de la víspera; y, al escribir estas páginas, lucho con las mayores dificultades para desembrollar estos jeroglíficos manchados de aceite y de hollín. A menudo, aun con ayuda de una lente, son inútiles del todo mis esfuerzos.

En esta época mi diario es muy lacónico; pasaban semanas enteras sin escribir nada, excepto las observaciones meteorológicas: no tenía el menor incidente que consignar. Los siguientes trozos del diario dan una idea muy exacta de la uniformidad de nuestra vida durante los nueve meses de nuestra estancia en la tierra de Francisco José.

27 de Noviembre.—Temperatura: -23° . Tempestad y remolinos de nieve. Una cortina de tinieblas profundas nos envuelve y separa del mundo exterior. Apenas podemos distinguir las piedras negras que asoman por entre la nieve y el alto acantilado que se eleva sobre nuestras cabezas como un muro vertical. Las ráfagas de viento levantan nubes de nieve y murmuran tristemente al través de los agujeros y las grietas del basalto... Al pie de los riscos se pasean dos hom-

bres para calentarse: dos sombras en medio de la obscuridad infinita de la noche invernal. Y esto durará así hasta la primavera.

1.º de Diciembre.—Desde hace varios días, tiempo magnífico. No nos cansamos de admirar este mundo de hielo que la luna transforma en una tierra mágica. El negro acantilado se destaca sobre un fondo esplendoroso de vaga blancura, precedido de una llanura muerta que parece hecha de mármol de Paros. Ni un ruido: las montañas yacen silenciosas dentro de su rígido caparazón; las aguas duermen inmóviles envueltas en su sábana cristalina... y en medio de esta vacía naturaleza, la luna prosigue siempre su tranquilo curso. Un mundo muerto á cuyo través fulgura el espíritu del espacio bajo forma de aurora boreal.

2 de Diciembre.—Un zorro nos roba por la noche la vela de nuestro *cayak*, uno de nuestros bienes más preciosos. ¡Sólo ella puede conducirnos á Spitzberg! ¿Cómo diablos ha podido arrastrar ese animal un trozo de lona tan recia, cuyo peso aumentaba una capa de hielo, y qué quería hacer con él?... Después de minuciosas pesquisas pudimos encontrar nuestra vela. ¡Pero no ha sido floja la alarma!

10 de Diciembre.—Tempestad. Johansen ha echado hoy de menos su *cayak*. Después le encuentra en la playa á varios centenares de pasos. Se le había llevado el viento. Empieza á ser singular que las canoas vuelen de ese modo por los aires.

19 de Diciembre.—Se acerca Navidad. En casa todo el mundo está ocupado en los preparativos de la fiesta. Aquí nada semejante: no pensamos más que en pasar el tiempo, en dormir lo más posible.

La marmita canta alegremente en la hornilla. Espero la hora de almorzar sentado á la lumbre, y

mientras miro la llama, mi pensamiento vuela lejos, muy lejos... La veo á *ella* coser á la luz de la lámpara. A su lado juega á la muñeca una niña rubia, de ojos azules. La madre mira tiernamente á la hija; acaricia sus cabellos, y de repente se le llenan de lágrimas los ojos.

Johansen duerme, y, durmiendo, sonríe. ¡Pobre amigo! ¡Sueña de seguro en la Navidad y en todos los que ama! Duerme y sueña durante el invierno; un día, al fin, vendrá la primavera, la estación del despertar y de la actividad.

22 de Diciembre.—Johansen limpia nuestro tugurio. Para celebrar la Navidad quiere desembarazarle siquiera de todos los desperdicios que manchan el suelo.

24 de Diciembre.—Temperatura á las dos de la tarde:—24°. ¡Qué triste Nochebuena!

Allá las campanas suenan alegremente... Me parece oír su eco animador al través del aire frío y silencioso del campo adormecido bajo la nieve... Acaban de encender las velas de los árboles de Navidad, y los niños bailan en torno alborozados...

Allá es fiesta, hoy hasta en las más humildes cabañas. Nosotros queremos celebrar también este gran día. Nos hemos lavado en una taza de agua caliente, y nos hemos aseado un poco. Hemos vuelto las camisas y nos hemos puesto calzoncillos limpios. Nos parece haber mudado la piel. Con motivo de la solemnidad, hemos abierto una brecha en la pequeña provisión de conservas que guardamos para la retirada. La cena se compone de un plato de pescado y de harina de maíz hecho con aceite de morsa; para postre, pan frito en ese mismo aceite. Mañana tendremos de desayuno chocolate con pan.

31 de Diciembre.—Concluido este año singular. Después de todo, no ha sido muy malo.



Allá, en la patria, las campanas despiden alegremente al año transcurrido. Aquí no se oye otra cosa que el mugido del viento sobre el glaciar. Densas nubes de nieve se arremolinan en los montes y en la banca del furdo, y al través de la blanca polvareda se desliza la luna, inconsciente del tiempo que pasa de continuo y prosigue su marcha silenciosa, indiferente á las penas y á las alegrías de los hombres. Queda llena una nueva hoja del libro de la eternidad, otra se abre. ¿Qué podrá contener?

1.º de Enero de 1896.—El termómetro marca 41º,5 bajo cero. Otro nuevo año: el año de la alegría y de la vuelta á la patria. Con una luna deslumbradora ha acabado 1895, y con la misma luna deslumbradora empieza 1896. Pero hace un frío terrible. Ayer me le hizo sentir cruelmente un doloroso «mordisco» que me heló las puntas de todos los dedos.

3 de Enero.—El cielo sigue muy despejado y la temperatura muy baja. El glaciar muge. Como un gigante de hielo, cubre la montaña y extiende hasta el mar en todas direcciones sus miembros rígidos. Siempre que aumenta el frío, el monstruo se agita ruidosamente. A consecuencia de la contracción se abren grietas en su masa con estruendo de cañonazos; el aire y el cielo tiemblan, el suelo mismo parece agitarse. A ratos llego á temer que toda esa mole ingente de hielo se derrumbe sobre nosotros.

La choza retumba con los ronquidos de Johansen. Me alegro de que no pueda verle su madre en este momento. Tendría lástima de su pobre hijo tan sucio, tan andrajoso, con la cara empedrada de pegotes de hollín. Paciencia; ya le volverá á ver sano y salvo, fresco y sonrosado.

8 de Enero.—Terrible tempestad. La noche última

el viento ha tumbado el trineo que habíamos puesto derecho cerca de la choza y en donde estaban suspendidos los termómetros. En cuanto asomamos fuera las narices nos parece que nos lleva el aire. Procuramos dormir, dormir todo el tiempo, no deseamos otra cosa. Pero ¡ay! muchas veces todos nuestros esfuerzos son inútiles. ¡Oh! ¡esas largas noches de insomnio durante las cuales damos vueltas sin cesar en nuestro lecho de piedras, buscando, sin poder encontrarle, un sitio algo menos duro para nuestros miembros doloridos! Un frío terrible nos invade las piernas; durante horas nos golpeamos los pies, uno contra otro, sin conseguir calentarlos. No, no olvidaré nunca esas noches atroces.

El tiempo pasa... Hoy cumple tres años Livita. Debe estar hecha una mocita. ¡Pobre criatura! No perderás a tu padre. Para tu próximo cumpleaños pienso estar contigo. ¡Ah! ¡qué buenos amigos seremos! Yo te contaré historias de osos, de morsas, de zorros y de todos los extraños animales que pueblan estos extraordinarios países.

1.º de Febrero.—Sufro un nuevo ataque de reuma.

La luz aumenta de día en día, y de día en día se enrojece el horizonte por el Sur. Pronto aparecerá el sol; pronto habrá pasado la larga noche de invierno. La primavera se aproxima. A menudo me ha parecido triste. ¿Es porque duraba poco ó porque prometía cosas que el estío no realizaba? En esta tierra y en nuestra situación, la primavera no será triste: cumplirá sus promesas. Sería, en verdad, demasiado cruel que no trajese la realización de nuestras esperanzas.

¡Singular existencia la nuestra en este agujero de trogloditas y en la más cabal inacción! ¡Si al menosuviésemos un libro! ¡Qué agradable nos parece ahora

la vida á bordo del *Fram*, con los recursos de nuestra copiosa biblioteca! Johansen no cesa de suspirar por una colección de novelas de Heyse, cuya lectura le había embelesado y que no tuvo tiempo de concluir. Las tablas de navegación y el almanaque son los únicos libros de que disponemos. El almanaque le he leído y ree leído tantas veces, que me sé de memoria toda la genealogía de la familia real, todas las instrucciones para asistir á los ahogados y todo el *memorandum* del pescador. Aun así, la vista de esos caracteres de imprenta es para nosotros un consuelo: es el débil lazo que nos liga aún á la civilización.

Todos los temas de conversación se han agotado hace tiempo, y hay que inventar otros. Uno de nuestros mayores placeres es representarnos la vida que llevaremos en casa el año próximo, en medio de todas las buenas cosas cuyo uso hemos olvidado. Tendremos casa, calzado, ropa, buenos alimentos, bebidas reconfortantes. También á menudo, para pasar el tiempo, nos entretenemos en calcular la distancia á que habrá sido arrastrado el *Fram* hacia el Norte y las probabilidades que tienen nuestros compañeros de volver antes que nosotros. Según nuestras previsiones, el buque deberá alcanzar el Océano entre Spitzberg y Groenlandia en el curso del verano próximo, y quizá podrá llegar á Noruega en Agosto ó Septiembre. Por otra parte, hay probabilidades para que se nos anticipe. ¿Qué pensarán entonces de nosotros? Seguramente, todo el mundo nos creerá perdidos.

Asimismo no cesamos de hacer congeturas sobre la situación de la tierra en que nos encontramos y sobre la distancia que nos falta recorrer. Varias veces he revisado todas mis observaciones desde la partida, sin llegar nunca á ningún resultado satisfactorio. Se-

gún todas las probabilidades, debemos hallarnos en la costa occidental de la tierra de Francisco José, un poco al Norte del cabo Lofley, en alguna isla situada entre este archipiélago y Spitzberg, probablemente en la famosa tierra de Gillies, cuya existencia ha permanecido hasta aquí envuelta en misterios. Pero el mar que separa los archipiélagos de Spitzberg y de Francisco José es relativamente estrecho, y no hay cabida en ese espacio para una isla extensa, á menos de llegar esta última hasta las inmediaciones de la tierra del Nordeste, y nosotros no hemos podido distinguir esta tierra, al menos hasta ahora. En fin, si nos hallásemos cerca de Spitzberg, ¿cómo explicar que no se encuentren en este último archipiélago gaviotas de Ross, tan abundantes en la región donde invernamos? Cuanto más me esfuerzo en resolver la cuestión, más insoluble me parece.

Un poco más adelante, cuando fué más viva la luz, divisé al Oeste-Suroeste, en dos puntos del horizonte, una isla muy lejana. Esto parecía absolutamente incomprendible. Si era difícil encontrar puesto suficiente entre Spitzberg y el archipiélago de Francisco José para las tierras que habíamos descubierto, era casi imposible para lo que descubríamos ahora. Esa costa lejana, situada á los 81° de latitud Norte próximamente, no podía pertenecer tampoco á la tierra del Nordeste, que apenas pasa de los 80° . ¿Quizá es una isla inmediata á esta tierra? Si es exacta esta última hipótesis, no nos falta ya mucho para alcanzar las aguas libres, y no tardaremos en encontrar un cazador de focas noruego que pueda repatriarnos. ¡Qué agradable será el viaje en el barco! Nuestra imaginación nos representa ese pobre sloop como un espléndido buque que ofrece todos los recursos del mayor refinamiento. La pers-

pectiva de la vida fácil que llevaremos á bordo reanima á menudo nuestro valor y nos ayuda á pasar el tiempo menos tristemente.

¡Cómo nos resarciremos de las privaciones sufridas cuando encontremos al cazador de focas! ¿Tendrá patatas? ¿Tendrá pan tierno? ¡Bah! si no posee esas golosinas, nos contentaremos con su pan duro; y ¡qué bien nos sabrá frito! A bordo de su barco, podremos encontrar ropa limpia... y libros. Mudarnos de ropa es nuestro deseo de todos los instantes. Nos hallamos en un estado deplorabilísimo de suciedad y desnudez. Cuando queremos pasar un rato agradable, nos figuramos en una gran tienda resplandeciente llena de prendas de vestir, nuevas, limpias y flexibles, entre las cuales tenemos el derecho de elección. Camisas, chalecos, calzoncillos, buenos pantalones, jerseys cómodos, medias de lana, fieltros abrigados... ¿se puede concebir nada más delicioso? ¡Y después un baño turco! Dando codo con codo en nuestro saco de dormir, hablamos durante horas de todas esas venturas que nos parecen irrealizables. Día vendrá, con todo, en que podamos tirar estos mugrientos guñapos, que parecen pegados á nuestros cuerpos.

Lo que más padece son nuestras piernas. A cada movimiento que hacemos, los pantalones nos desuelan las rodillas. Para limpiar esas llagas é impedir que se cubran de grasa y de aceite, tenemos que lavarlas de continuo con musgo ó con un pedazo de venda empapado en agua, que calentamos en la lámpara.

Jamás había comprendido antes la importancia del jabón en la vida del hombre. Todas nuestras tentativas para desembarbarnos de lo más espeso de nuestra grasa son infructuosas. Como el agua no produce

ningún efecto sobre esa grasa, nos restregamos con musgo y arena. Felizmente, lo uno y lo otro abunda en las paredes de nuestra choza. El mejor procedimiento consistía en untarnos las manos con sangre caliente y aceite, y en quitar después esa capa restregando con musgo. Las manos se quedaban entonces tan suaves y tan blancas como las de una joven elegante. Cuando no teníamos á nuestra disposición esa *pasta* de nuevo jaez, lo más sencillo y eficaz era rasparnos la piel con un cuchillo.

Si era difícil desembarazarnos de la grasa que cubría todo nuestro cuerpo, era absolutamente imposible lavar la ropa. Sin el menor éxito, recurrimos á todos los géneros de lejía imaginables. Una vez ensayamos el procedimiento empleado por los esquimales, aunque no sea la cosa más apetitosa; tampoco dió ningún resultado. Otra vez metimos las camisas en la marmita. Después de un hervor de varias horas, las sacamos tan pringosas como antes. Mejores resultados dió la raspadura con el cuchillo. Cogíamos la camisa entre los dientes, la estirábamos con la mano izquierda, y con la derecha armada del instrumento, sacábamos capas de grasa, que venían á aumentar nuestra provisión de combustible.

Llevábamos el pelo largo y una barba hirsuta. No nos faltaban tijeras, pero no pensábamos en utilizarlas: la barba que nos tapaba la garganta y el pelo que nos caía sobre los hombros, constituían un complemento útil del vestido. Toda nuestra pelambreira estaba, lo mismo que la piel, negra como el carbón. En nuestras caras de deshollinadores brillaban de extraño modo los ojos y los dientes. No advertimos nuestra facha singular hasta la vuelta del sol. Hasta entonces, gracias á la obscuridad de la noche de in-

vierno, no habíamos notado ningún cambio en nuestras respectivas fisonomías.

Vida extraña en verdad la que llevamos. Aunque muchas veces pone á ruda prueba nuestra paciencia, no es, sin embargo, tan intolerable como podría creerse. Bien miradas todas las cosas, no tenemos motivos de queja; nuestro estado moral fué excelente durante toda la invernada: mirábamos el porvenir con serenidad, gozando en imaginación de las delicias que nos esperaban. Ni siquiera teníamos que recurrir á las disputas para matar el tiempo. A nuestra vuelta interrogaron á Johansen sobre nuestras relaciones durante la invernada. «Jamás medió entre nosotros la menor disputa (contestó Johansen). Lo único que había es que yo tengo la mala costumbre de roncar; y cuando lo hacía demasiado fuerte, Nansen me daba puntapiés en la espalda.» Confieso que muchas veces administré ese tratamiento á mi amigo; pero debo añadir en mi descargo que era poco eficaz. Johansen se limitaba á dar media vuelta y seguía durmiendo tan profundamente como antes.

Para pasar el tiempo dormíamos todo lo más posible, á veces veinte horas de las veinticuatro. Nuestro excelente estado de salud durante la invernada prueba que el desarrollo del escorbuto no es determinado, como se cree, por la falta de ejercicio. Cuando aumentó la luz y fué menos baja la temperatura, hicimos salidas más frecuentes. Después, al acercarse la primavera, no nos faltaron ocupaciones para preparar la marcha.

29 de Febrero.—El 26 pensábamos volver á ver el sol; pero ese día permaneció cubierto el cielo. Hoy el astro radiante brilla por encima del glaciar. Ahora tendremos que economizar la grasa del alumbrado, á

fin de conservar una provisión suficiente para la retirada.

8 de Marzo.—Hoy hemos matado un oso. Era tiempo: los víveres y el combustible empezaban á disminuir de una manera alarmante. Con el producto de nuestra caza tendremos víveres para seis semanas.

2 de Abril.—Matamos otro oso.

Ahora que tenemos víveres y combustible en cantidad suficiente para la retirada, empezamos nuestros preparativos de partida. Ante todo, hacemos nuevas prendas de vestir con los cobertores; y, con las pieles de oso, guantes, calzado y un saco de dormir. El hilo indispensable nos le hemos procurado deshilachando el lienzo de varios sacos. Desde la mañana hasta la noche tiramos de la aguja sin tregua ni reposo. Ahora la choza está transformada en sastrería y zapatería. Trabajando, pensamos sin cesar en el país y hacemos planes de viajes. La persistencia de las manchas sombrías en el cielo es una buena señal: de seguro debe haber al Suroeste una gran extensión de agua. Podremos, pues, hacer en *cayak* una buena parte del trayecto hasta Spitzberg.

Las visitas casi cotidianas de petreles árticos y de pagófilas blancas son también un indicio de la proximidad del agua libre. Las primeras pagófilas blancas llegaron el 12 de Marzo, y de día en día menudeaban más. Las gaviotas verdes eran asimismo muy numerosas. Sin manifestar el menor temor, venían á posarse en el techo de nuestra vivienda y picoteaban todos los desperdicios y todos los pedazos de carne ó de grasa que encontraban en los alrededores. Durante el invierno los zorros habían celebrado un continuo aquelarre encima de nuestras cabezas. Ese ruido, lejos de molestarnos, nos agradaba: hacía menos penosa

nuestra soledad y nos recordaba la presencia de seres vivos al lado de nosotros. A veces, cuando, medio dormidos, oíamos á esos animales saltar por encima de nuestras cabezas, nos creíamos en una buena cama, y nos figurábamos que el tumulto le promovían los ratones en el desván de la casa. Al volver la luz, desaparecieron los zorros para ir á establecerse en los peñascales inmediatos, donde la presencia de millares de urías les aseguraba una fácil subsistencia. Les reemplazaron en nuestro techo las gaviotas, sin procurarnos las mismas gratas ilusiones. Esas aves eran tan escandalosas que nos despertaban. Para tener un poco de tranquilidad había que espantarlas dando golpes en el techo ó saliendo bruscamente de nuestra guarida; pero á los diez minutos ya estaban otra vez en su puesto favorito.

3 de Mayo.—Cada vez son más frecuentes las visitas de osos. Hoy Johansen consiguió matar uno. En lo sucesivo no dispararemos á esos animales más que cuando ataquen nuestros almacenes. Tenemos más víveres de los que necesitamos, y es prudente ahorrar cartuchos. ¡Que lástima no poder llevar todas estas pieles tan hermosas!

Se acerca la hora de partir, y todos los días trabajamos con ardor en nuestros preparativos. Rehecho ya el guardarropa, nos desprendemos con sentimiento de nuestros andrajos, como cuando se separa uno de viejos servidores. ¡Nos han prestado tan grandes servicios! Esos harapos están tan impregnados de aceite que pesan doble ó triple, por lo menos, que en un principio. Si se retorciesen, soltarían pringue bastante para llenar una lámpara pequeña. ¡Qué sensación tan agradable meter las piernas en un pantalón nuevo, flexible y relativamente limpio!

16 de Mayo.—En la choza reina una actividad febril. Ardemos en deseos de emprender la marcha, y los preparativos distan mucho de estar terminados. ¡Ah! ¡si tuviésemos á nuestra disposición los almacenes del *Fram!* A bordo no faltaban más que dos ó tres cosas; aquí, en realidad, falta todo. Hay que aguzar el ingenio. ¿Qué no daríamos por una de esas cajas de galletas de perros, de que hay tantas á bordo? ¿Dónde encontrar todo lo que necesitamos?

«Para una expedición en trineo, hay que proveerse de víveres nutritivos de escaso volumen y lo más variados posible, de vestidos abrigados á la vez que ligeros y de vehículos sólidos y prácticos.» Así se expresa el *Manual del explorador ártico*. Verdad es que el trayecto que nos falta es relativamente corto; pero hay que tomar, no obstante, ciertas medidas de precaución.

A principios de invierno habíamos enterrado las conservas que nos quedaban, para utilizarlas en este viaje. Así, al abrir nuestro precioso depósito, ¡cuál no es nuestra decepción al ver estropeadas por la humedad esas provisiones! Nuestra harina, nuestra excelente harina, está enmohecida; el chocolate, completamente deshecho, y el pemmican corrompido. Tenemos que tirarlo todo, excepto un poco de harina de pescado y algunos pedazos de pan mohoso. Para secarle y hacerle á la vez más nutritivo, le freimos en aceite. Después de esta preparación quedó á maravilla, y, en las grandes ocasiones ó cuando llegaron á faltarnos los otros víveres, fué para nosotros un bocado exquisito. El tiempo es desgraciadamente demasiado húmedo y demasiado frío para preparar carne de oso curada. Hay, pues, que decidirse á llevar toda la carne y grasa fresca que puedan contener las embarcaciones.

Nuestro ajuar de cocina es muy primitivo: se reduce á una olla que ponemos á calentar en una especie de brasero, alimentado con aceite de morsa. Para transportar este combustible, llevaremos tres cajas que han contenido antes petróleo. Si estas provisiones de boca y alumbrado no son ligeras, ofrecen la ventaja de poder reemplazarse en el camino.

Los trineos, que tuvimos que cortar para poder cargarlos fácilmente en las canoas, están ahora mal acondicionados para el transporte de las embarcaciones, cuyas extremidades sobresalen de esos vehículos y chocarán á cada paso con las asperezas del hielo. A fin de que estén menos expuestas á los choques, levantamos el asiento de los trineos y envolvemos además los *cayaks* en pieles de oso. Desgraciadamente nos faltan cuerdas para este embalaje; no sin trabajo, conseguimos sustituirlas con tiras de cuero de oso y de morsa.

Como he dicho, habíamos rehecho nuestro vestuario. Muy inexpertos en el arte del corte y de la costura, tuvimos que consagrar mucho tiempo á esta tarea. Poco á poco nos hicimos más hábiles, y á la postre el resultado de nuestros esfuerzos fué muy satisfactorio. Nuestras prendas de vestir tenían muy buena traza, y casi nos parecían elegantes. Las guardamos como una reliquia para no ponérmolas hasta el día de la marcha. Johansen iba más lejos; pensaba no estrenar las suyas hasta que llegásemos á la vista de un país habitado. «Yo guardaré la ropa nueva (decía mi excelente compañero) hasta el día de nuestro regreso á Noruega; por nada de este mundo quiero desembarcar con estampa de pirata.»

Faltaba ahora arreglar una tienda. Después de la campaña del año último, la que teníamos no era ya

más que un guñapo, que los zorros habían acabado de hacer trizas durante la invernada. Para guarecernos, ideamos poner erguidos los trineos uno frente á otro, y sobre esos pilares de nueva invención colocar los *cayaks*. Alrededor se levantarían muros de nieve y se cubriría el todo con las dos velas extendidas sobre los *ski* y los bastones. Gracias á esta combinación pudimos procurarnos un albergue.

La parte más importante de nuestro equipo eran las armas de fuego. Felizmente, se conservaban en buen estado. Para tenerlas limpias durante el viaje nos queda aún una pequeña provisión de vaselina. Poseemos cien cartuchos de bala y ciento cincuenta de plomo. Con semejante surtido de municiones, podríamos pasar aún varios inviernos sin temor de morir de hambre y de frío.

CAPITULO XI

El regreso.

Por fin, el 19 de Mayo estamos dispuestos para la marcha. Antes de dejar los cuarteles de invierno, sa-co una fotografia de la choza, y deposito en nuestro refugio un relato sumario de la expedición metido en un canuto de metal cuidadosamente cerrado.

Desde hace tiempo hemos perdido la costumbre de andar y arrastrar los trineos. Así, para no extenuarnos desde el principio, hacemos una jornada muy corta. ¡Qué alegría estar ahora camino de la patria!

Al día siguiente no andamos tampoco más que algunas horas, dirigiéndonos hacia el promontorio situado al Suroeste. Todo el invierno le hemos contemplado como una tierra prometida; es nuestro cabo de Buena Esperanza. Allí, en efecto, saldremos de dudas sobre nuestra situación; allí, según la orientación de las costas, podremos cerciorarnos de si estamos en el archipiélago de Francisco José ó en una tierra situada más al Oeste. Si la tierra se dirige hacia el Sureste, es que nos encontramos al Norte del cabo Lofley; si al contrario, se dirige hacia el Suroeste, estamos en una isla desconocida, situada más al Oeste, cerca de la tierra de Gillies. Más allá de ese cabo esperamos en-

contrar un mar menos obstruido por el hielo y poder avanzar rápidamente.

En efecto: el 21 de Mayo, desde la cima de ese promontorio, distinguimos al Sur una vasta extensión de agua libre á la vez que dos nuevas tierras, las dos enteramente cubiertas de nieve y de hielo. La mayor está situada al S. 40° O.; la otra al S. 85° O. Con gran sentimiento, no puedo reconocer bien la dirección de la costa al Sur de este cabo, ni, por consecuencia, fijar con certidumbre nuestra situación. De todos modos, estamos satisfechos. El mar libre no dista ya mucho; dentro de muy poco podremos lanzar al agua los *cayaks* y navegar hacia la patria amada. ¡La hora de la libertad se aproxima!

Pero ¡ay! la vida del explorador ártico no es más que un tejido de decepciones. Al otro día una tempestad terrible de nieve nos obliga á permanecer inmóviles en la tienda.

24 de Mayo.—Nos dirigimos hacia una isla situada al Oeste, atravesando la banca que la une por el momento á la tierra mayor. Soplando viento Este, izamos una vela en los trineos, y los vehículos se deslizan con rapidez por la helada superficie.

Está visto: ¡no podremos tener un momento de tranquilidad! Cerca de tierra se levanta viento tempestuoso del Suroeste. Hay que arriar las velas precipitadamente; y ahora, para alcanzar la isla, tenemos que luchar con un huracán terrible en medio de una banca sembrada de crestas y llena de grietas disimuladas por una péfida capa de nieve. De repente, me hundo en una de esas aberturas. Pugno por salir de la sima, y todos mis esfuerzos son inútiles: los *ski* paralizan mis movimientos, y la correa del trineo me impide revolverme. Por fortuna, al caer, he clavado en

el hielo el baston de rejón, y con el otro brazo me agarro á la orilla opuesta de la grieta. En esta postura espero la llegada de Johansen. De fijo me ha visto caer y va á acudir al momento en mi ayuda... Pasan algunos minutos; mi compañero no asoma. El bastón cede, y poco á poco empiezo á hundirme en el agua helada. Llamo á Johansen; ninguna respuesta. Vuelvo á gritar; algunos segundos después oigo al fin á lo lejos la voz de mi amigo. Entre tanto, me hundo más cada vez; el agua me sube hasta el pecho; algunos minutos más, quizá sólo algunos segundos, y habría desaparecido. Por fin, llega Johansen y me saca de esa terrible situación. No se había dado cuenta de mi desaparición hasta oir el grito de alarma. Ahora estamos advertidos.

Al cabo conseguimos alcanzar nuestra isla y acampar en un sitio bastante abrigado. Los días siguientes la tempestad nos obligó á seguir inmóviles.

28 de Mayo.—Hasta este día no podemos reanudar la marcha hacia el Sur. Entre nuestra isla y la tierra grande, situada más al Este, se abre un brazo de mar, enteramente libre á causa de una corriente muy violenta, determinada, sin duda, por la falta de fondo. Alrededor de este brazo se ven dos ó tres grupos de morsas echadas en el hielo. Armado de mi aparato fotográfico, me dirijo hacia ellas por detrás de un montículo. Cuando llego á 6 ó 7 metros, se sumerge una hembra seguida de su hijo. Las demás, á pesar de mis gritos, no juzgan necesario moverse. Johansen las tira bolas de nieve y pedazos de hielo; los animaluchos, siempre inmóviles, se entretienen en clavar los colmillos en los proyectiles y en olfatearlos. Me dirijo hacia ellos; entonces se mueven; pero sólo uno se decide á echarse al agua, y para volver á salirse en se-

guida. Avanzo tres pasos. Dos de los más grandes alzan la cabeza para dirigirme una mirada desdeñosa, y tornan á dormirse. Después de sacar una instantánea de esa escena, me arriesgo á cosquillear el hocico de esos monstruos con la punta de hierro de mi bastón; sólo entonces salen de su entorpecimiento. Antes de marcharme, pincho al monstruo más cercano; incontinenti se levanta y empieza á lanzar rugidos formidables, mirándome con sus ojazos redondos. Luego, muy tranquilamente, se rasca la cabeza y vuelve á tenderse. Cuando partimos, todos están echados de nuevo, formando en el hielo enormes montones de carne.

Llegados al Sur de la isla, una tempestad de nieve nos detiene otra vez.

31 de Mayo.—Para pasar el tiempo, doy una vuelta por el interior de la isla. Por todas partes pequeñas llanuras de arcilla y de arena, y por todas partes huellas de gansos. Hay también restos de cáscaras de huevo de ese palmípedo. Di, en consecuencia, á nuestro descubrimiento el nombre de isla de los Gansos. Jackson, que había divisado esa tierra en la primavera de 1895, la llamó isla María Isabel, denominación que hemos adoptado en nuestra carta.

3 de Junio.—En marcha otra vez. El viento Oeste ha impelido hacia la tierra una capa de hielo. ¡Ahora ni un palmo de agua libre! Hay que volver al penoso transporte de los *cayaks* por una banca fangosa, donde se hundan los *ski* y los trineos. Sólo después de un trabajo excesivo arribamos al cabo Fisher, un escarpado de basalto absolutamente perpendicular, habitado por una colonia innumerable de urias enanas. Un poco más lejos incuba en un peñón otra colonia de petreles árticos.

Nuestras provisiones van ahora muy mermadas, y los osos parecen haber desaparecido hace algún tiempo. Como las urías, además, permanecen fuera de nuestro alcance, hay que contentarse con dos petreles, una carne que no es muy suculenta, al menos para hombres acostumbrados á las delicadezas de la vida civilizada. En el interin, percibimos un rebaño de morsas, que es ver asegurada nuestra vida. Como de costumbre, esos animales no hacen el menor aprecio de nuestra llegada, y podemos matar uno sin que realice la menor tentativa de evasión. Los otros, sin alterarse lo más mínimo por este incidente, levantan un momento la cabeza, y vuelven á dormirse.

No podemos proceder á descuartizar nuestra presa en medio de sus enormes compañeros. Ante todo hay que despachar á esos vecinos que, en un momento dado, podrían ser un estorbo. La tarea no es fácil. Proferimos toda clase de gritos; las morsas nos miran atentamente sin moverse. Las pegamos con los patines; entonces se enfurecen y golpean el hielo con los colmillos, pero sin decidirse á levantar el campo. Por último, pinchándolas y aporreándolas, como si se tratase de burros rehacios, conseguimos echarlas al mar, no sin que volviesen á presentarse, apenas empezada nuestra faena.

Después de hacer buena provisión de carne y de grasa, volvemos á emprender nuestro camino con viento próspero que nos permite izar la vela en los trineos, y de allí á algunas horas tenemos la gran alegría de alcanzar el mar libre delante de una isla casi enteramente cubierta de glaciares. Sobre esas corrientes de hielo aparecen varias morenas. En el agua pululan las urías y las gaviotas tridáctilas; un poco más lejos pasa una bandada de eiders. Ante esa animación

de la naturaleza, nos parece llegar á un país civilizado.

Algunas horas más tarde nos cierra el camino al Sur una prominencia de la banca ribereña. Por el Oeste, al revés, el mar está libre. Aquí surge un grave problema. ¿Qué dirección vamos á tomar? Debemos hacer rumbo al Oeste y encaminarnos hacia Spitzberg, ó debemos seguir nuestra marcha hacia el Sur? Bien pensado todo, me decido por lo último. Al Sur de las islas que percibimos, el mar se halla libre; quizá por esa parte encontraremos un camino más directo hacia Spitzberg.

En la mañana del 5 instalamos el campamento en la falda meridional del cabo Richthofen.

Al día siguiente, bruma y brisa del Norte muy fresca. Tomo el partido de avanzar hacia el Sur por la banca del litoral, izando las velas en los vehículos y calzando los *ski*. Así atravesamos el estrecho que nos separa de la isla.

El 8 nos detiene en medio de la banca una furiosa tempestad. Imposible orientarse en medio de las numerosas islas que nos rodean. En esta fecha mi diario contiene esta nota: «Todos los días descubrimos nuevas tierras en la dirección del Sur. Por el Oeste se ve una isla grande que parece extenderse mucho hacia el Mediodía.» Está completamente cubierta de nieve y de hielo. Parece muy baja y mucho mayor que todas las otras tierras encontradas hasta aquí. Por el Este hay un dédalo inextricable de islas, de estrechos y de furdos. Hemos trazado los contornos de esas costas con la mayor exactitud que nos ha sido posible, pero sin conseguir salir de dudas acerca de nuestra situación. Parece haber aquí un archipiélago de islotes.

Como la isla situada al Este (1) parece torcer hacia el Sureste, nos dirigimos á la parte más meridional de una isla visible al Suroeste (2).

La situación se complica: hemos llegado á los 80° 8' de latitud Norte, y todavía aparecen por el Sur nuevas tierras. Si se extienden mucho en esa dirección, no estamos en el archipiélago Francisco José, como yo he creído hasta aquí. Sin embargo, por el Sur las costas parecen inclinarse hacia el Este, de acuerdo con los contornos del estrecho de Markham, según la carta de Leigh Smith. Hemos debido seguir, pues, algún brazo de mar que pasase inadvertido para Payer; de modo que nuestra longitud no debe adolecer de gran error. Pero no, bien mirado, es imposible que hayamos pasado por delante del glaciar de Dove y del Archipiélago que le rodea, sin verlos. Debemos estar en una tierra situada entre la de Francisco José y Spitzberg.

Ahora nuestras provisiones están casi agotadas. No tenemos ya víveres más que para un día, y en esta banca sin la menor extensión de agua, ni osos, ni focas, ni aves. ¿Cuánto tiempo van á durar así las cosas? Si dentro de poco no hallamos un trecho de agua libre donde podamos encontrar caza, llegará á ser terrible nuestra situación.

12 de Junio.—Echamos á andar á las cuatro de la mañana, con las velas izadas en los trineos.

Una clara nos permitió reconocer ayer las tierras próximas. Para ir á la punta meridional de la isla situada al Oeste, debemos dirigirnos un poco más al Oeste que los días anteriores. Las tierras que se veían

(1) La Hooker.

(2) La de Northbrook.

al Este han desaparecido ahora, y al otro lado aparece un estrecho (1). El color obscuro del cielo anuncia agua libre al Sur, y con gran alegría oímos el ruido del oleaje. A las seis de la mañana hacemos alto, y desde un *hummock* diviso á corta distancia un trozo de mar que se extiende al Suroeste.

Allá nos dirigimos al punto, y no tardamos en encontrarnos en el límite del hielo. Henos aquí otra vez delante del mar vivo y animado. ¡Qué placer oír su alegre oleaje, después de haberle visto inerte tanto tiempo bajo un pesado caparazón cristalino! Todo el día hacemos rápidos progresos. El viento sopla á ratos con tal violencia que las embarcaciones son barridas por las olas. Estamos calados, pero la alegría de la próxima libertad nos presta calor.

Después de doblar el promontorio á que hacíamos rumbo, descubrimos que la costa está orientada de Este á Oeste y que la banca de hielo ribereña sigue la misma dirección; á la vez, con gran satisfacción nuestra, el agua libre se extiende hasta perderse de vista. Pronto estamos al Sur de la tierra que atravesamos hace tanto tiempo y en que hemos pasado tan penosa invernada (2). A pesar de todo, las líneas de esta costa meridional me parecen de acuerdo con la carta de la tierra de Francisco José trazada por Leigh Smith; pero, al hacer esta observación, me representa la carta de Payer, y ante este recuerdo desecho mi primera idea.

Por la noche desembarcamos á orillas de la banca de la costa, para mover un poco nuestras piernas anquilosadas por ese largo viaje en *cayak*. Nos propo-

(1) El estrecho emprendido entre las islas Northbrook y Bruce, y Peterhead.

(2) El cabo Barents.

nemos también subir á un *hummock* á fin de inspeccionar el horizonte por el Oeste. Pero ¿cómo amarrar nuestras preciosas embarcaciones?

«Toma una driza—me dice Johansen, que está ya en el hielo.

—¿Es bastante fuerte?

—Sí: ha sostenido todo el día la vela de mi trineo.

—Entonces bien. Sobre que no hace falta un cable muy fuerte para sujetar estas ligeras embarcaciones.»

Y las amarro con esa driza, hecha de una tira de piel de foca.

Nos paseamos de una á otra parte cerca de los *cayaks* para desentumecernos las piernas. La brisa ha aflojado ahora y parece descender cada vez más al Oeste. ¿Podremos continuar nuestra navegación con este viento? Para cerciorarnos subimos á un montículo próximo.

Estando yo examinando el horizonte, grita Johansen de repente: «¡Se nos van los *cayaks!*» Corro hacia la orilla. Las canoas están ya á cierta distancia y caminan mar adentro rápidamente. ¡La driza había cedido!

«Toma mi reloj»—dije á Johansen.

En un santiamén me quito la ropa que puede estorbarme más para nadar. No me atrevo á desnudarme completamente por temor á un calambre. Y de un salto me echo al agua.

El viento soplaba de tierra é impulsaba las canoas hacia alta mar. El agua estaba helada; la ropa entorpecía mis movimientos, y las canoas no cesaban de alejarse. Yo, lejos de ganar terreno, le perdía. Me parecía imposible dar alcance á las embarcaciones. Pero con ellas desaparecía toda esperanza de salvación, todo lo que poseíamos; no teníamos sobre nosotros ni

un cuchillo siquiera. Ahogarme ó volver á la orilla sin los *cayaks* era lo mismo.

Hago un esfuerzo desesperado. No hay salvación sino á ese precio. Cuando me canso, nado de espaldas. En esta posición veo á Johansen que se pasea febrilmente por el hielo. El pobre amigo no puede parar en ninguna parte; le parece afrentoso verse condenado así á la impotencia, y apenas tiene esperanza en el éxito de mi empeño. Si se hubiera arrojado al agua á su vez, las cosas no habrían ido mejor. Más tarde me dijo que esa espera terrible había sido el momento más angustioso de su vida.

Al volverme, vi que estaba ya cerca de los *cayaks*. Cobré ánimos y redoblé mis esfuerzos. Desgraciadamente se me entumecían las piernas é iban quedándose insensibles; pronto me será imposible moverlas... Ahora la distancia no es ya larga; si puedo resistir aún algunos instantes, estaremos salvados. ¡ Adelante, pues! Mis brazadas son cada vez más cortas. Otra esfuerzo, y llegaré á las embarcaciones.

Por fin, agarro un *ski* atravesado en la popa. Estamos salvados. Procuro subir á bordo; pero mis miembros, agarrotados por el frío, se niegan á seguir. Un momento creí llegar demasiado tarde.

Después de un instante de horrible ansiedad, conseguí echar una pierna por encima del trineo colocado en el puente, y con ayuda de ese punto de apoyo logré subir á bordo. En seguida cogí la pagaya; pero todo mi cuerpo estaba tan entumecido que apenas podía manejarla. No era cosa fácil remar uno solo en esa doble embarcación; había que ir y venir continuamente entre una y otra canoa para remar, ya á la derecha, ya á la izquierda. Pero también era el único medio de calentarme. Todo mi cuerpo estaba como in-

sensible. La brisa parecía traspasarme: tiritaba; daba diente con diente; estaba literalmente transido.

En esto vi muy cerca de la proa dos urías enanas. Semejante caza era demasiado tentadora. Cojo la escopeta y de un solo tiro mato las dos aves. Johansen me contó después su alarma al oír la detonación. Luego, al verme remar y recoger dos aves, temió por mi juicio.

Por fin llegué á la orilla agotado y sin poder apenas tenerme en pie.

Johansen me desnuda, me echa encima toda la ropa seca que tenemos reservada, me acuesta en el saco de dormir, y me tapa con las velas y con todo lo que encuentra, para resguardarme del cierzo. Mientras Johansen instala la tienda y guisa mis dos urías, yo duermo. Cuando me desperté, estaba preparada la comida. Una buena sopa caliente y el exquisito asado borraron bien pronto las últimas huellas de la terrible aventura.

14 de Junio.—Por la mañana encontramos numerosos rebaños de morsas echadas en el hielo. No tenemos ya víveres y nuestra provisión de combustible está casi agotada. Nos dirigimos, pues, hacia un grupo de esos animales, con intención de atacar á las más jóvenes, cuya captura es mucho más fácil que la de los viejos. Nuestro plan de batalla da excelente resultado. Disparo dos balas y caen dos morsas jóvenes. Al primer tiro todas se levantantan espantadas, y al segundo empiezan á echarse al agua. Las madres giran en torno de los cadáveres de sus hijos, los olfatean, los sacuden aullando lastimeramente y se los llevan por delante hacia el mar. Corro á salvar mi botín; pero llego demasiado tarde. Estrechando los cadáveres de sus hijos con las aletas anteriores, las dos pobres madres desaparecen.

Después de este percance me dirijo hacia un segundo rebaño, y, aleccionado por la experiencia, mato al mismo tiempo madre é hijo. Ahora tenemos combustible y víveres de excelente calidad. La carne de morsa joven tiene el gusto del lomo de carnero. En estos parajes abundan esos animales de una manera extraordinaria: su número debía pasar seguramente de trescientos.

15 de Junio.—Avanzamos rápidamente siguiendo la costa. Por desgracia, una espesa niebla lo oculta todo y nos impide reconocer la topografía de la región. Yo, sin embargo, hubiese deseado vivamente descubrir el panorama de estas tierras. Cada vez es más firme mi presentimiento de que debemos estar alrededor de los cuarteles de invierno de Leigh Smith, en la costa meridional de la tierra de Francisco José. La latitud, la dirección de las costas y la disposición de las islas parecen indicar que nos encontramos en esa tierra.

Por la mañana, no viendo ya focas alrededor de nosotros hace tiempo, pensábamos estar completamente seguros, cuando aparece una delante de nosotros. Johansen, que va á la cabeza, se refugia en un témpano flotante entre dos aguas. Yo me dispongo á seguir su ejemplo, cuando el monstruo se abalanza á mi *cayak*, esforzándose en volcarle con los colmillos. Procurando conservar el equilibrio, le asesto un violento pagayazo en la cabeza; no por eso deja de volver á la carga. Cojo entonces la escopeta; pero en el interin desaparece súbitamente. Todo esto apenas duró algunos segundos.

En el momento en que me felicitaba de haber salido del peligro, sentí mojadas las piernas. La morsa había abierto el casco del *cayak* y el agua penetraba

á oleadas. Apenas salto al *ice foot* (1), la canoa se va á pique. Con ayuda de Johansen logro subirla al hielo. Todo lo que poseo flota en la embarcación llena de agua. Quizá nuestras preciosas placas fotográficas se han inutilizado.

El desgarrón del casco mide seis metros, y no es pequeña tarea repararle, sobre todo con los útiles rudimentarios que poseemos nosotros.

17 de Junio.—Es más de medio día cuando me levanto para preparar el almuerzo. Voy á buscar agua para la sopa, enciendo el hornillo, corto la carne y pongo la olla al fuego. En el momento de volver á echarme hasta que esté preparada la comida, se disipa la niebla. Inmediatamente trepo á un *hummock* próximo para reconocer los alrededores.

Una ligera brisa trae de la inmediata tierra el rumor de la algarabía que arman las aves en las montañas. Escucho ese rumor; sigo con los ojos el vuelo de las urías que pasan por encima de mi cabeza, contemplo esa blanca costa, salpicada de negros peñascos... De pronto me parece oír ladridos. Me estremezco; aguzo el oído... no oigo ya nada... nada más que los gritos de las aves. ¿Me habré engañado? Pero no: otra vez ladridos. No cabe duda. Recuerdo entonces haber oído ayer dos detonaciones que parecían tiros, pero que por el momento creí debidas á una contracción del hielo. Al punto grito á Johansen que he oído perros por la parte de tierra. «¿Perros?» repite él maquinalmente, adormilado aún. Se levanta apresuradamente para escuchar. Percibe, sin duda, algo que parece ladridos, pero cubierto por el alboroto de las

(1) Prominencia de un témpano que yace bajo la superficie del mar.

aves. En su sentir, soy juguete de una ilusión; pero yo estoy seguro de no haberme engañado. Mientras comemos á la carrera, nos perdemos en conjeturas sobre la presencia de una expedición en esos parajes. ¿Son ingleses ó compatriotas? Si es la misión inglesa que, en el momento de nuestra partida, se preparaba á explorar la tierra de Francisco José, ¿qué haremos? —«Es muy sencillo (responde Johansen). Pasaremos uno ó dos días con ella, y luego nos encaminaremos hacia Spitzberg; si no, Dios sabe cuándo estaremos de vuelta.» En este punto estamos de acuerdo.

Después de almorzar voy de exploración, dejando á Johansen al cuidado de las canoas. Ahora no oigo ya más que la gritería de los gaviotas y los chillidos estridentes de las urías enanas. ¿Tendría razón Johansen? Probablemente he sido víctima de una ilusión.

De pronto descubro huellas en la nieve. Son demasiado grandes para proceder de un zorro. ¿Entonces es que han venido perros á rondar por aquí, á algunos centenares de pasos de nuestro campamento? ¿Cómo no han ladrado? ¿Cómo no los hemos visto? ¿Serán acaso pisadas de lobos?

Tengo la cabeza llena de pensamientos extraños, y paso alternativamente de la duda á la certidumbre. ¿Van á tener término al fin nuestros trabajos y penalidades? Apenas me parece increíble; sin embargo, todo lo indica. Oigo un ladrido mucho más perceptible, y por todas partes veo huellas que no pueden provenir más que de un perro. Si se halla establecida aquí una expedición, entonces no estamos en la tierra de Gillies ó en una tierra nueva como yo creía, sino, según supuse hace días, en la costa meridional del archipiélago de Francisco José.

Llego á tierra, por último, y de repente creo oír el

sonido de una voz, la primera voz extraña desde hace tres años. El corazón se me salta del pecho. Subo á un *hummock* y grito con toda la fuerza de mis pulmones. Esa voz desconocida en medio del desierto helado me trae como un mensaje de vida y un saludo de la patria. A poco se oye una nueva voz... En medio de los blancos montículos vislumbro una forma negra. Es un perro. Luego otra forma negra. ¡Un hombre, un hombre! ¿Es Jackson ó uno de sus compañeros? ¿Es un compatriota? Nos adelantamos el uno hacia el otro. Agito mi sombrero, él hace otro tanto. Le oigo llamar á un perro, es un inglés. Creo reconocer á Jackson, á quien vi una vez antes de mi partida. Saludo y nos estrechamos la mano con un cordial: *¿How do you do?*

Sobre nosotros, una techumbre de bruma; debajo, la banca rugosa; alrededor, un trozo de paisaje de tierra envuelta en nieve y hielo. Por una parte, un inglés elegante muy perfilado, con botas altas de caucho y difundiendo un buen olor de jabón, perceptible á los sentidos aguzados de un hombre primitivo; por otra, un salvaje andrajoso lleno de mugre y de hollín, y sepultado en un bosque de greñas y en una barba inculta. Con semejante estampa, nadie podía reconocer á la persona.

—Me alegro mucho de ver á usted—dijo Jackson.

—Mil gracias. Yo lo mismo.

—¿Tiene usted un buque aquí?

—No, no está aquí mi buque.

—¿Cuántos son ustedes?

—Tengo un compañero que ha quedado á la orilla del hielo.

Hablando, nos dirigimos hacia la costa. De repente, se para Jackson, me mira bien y exclama:

—Pero ¿no es usted Nansen?

—Sí.

—¡Por Júpiter! ¡Qué contento estoy de verle!

—Y vuelve á estrecharme las manos con efusión, y con una sonrisa afectuosa.

—¿De dónde viene usted?—me pregunta.

—Dejé el *Fram* á los 84° de latitud Norte, después de viajar dos años en la banca y llegué luego á los 83° 13'. Desde allí ganamos la tierra de Francisco José, donde hemos invernado, y ahora nos dirigimos á Spitzberg.

—Celebro su éxito. Ha realizado usted en verdad un viaje magnífico, y me congratulo de ser el primero en felicitarle.

Diciendo así, me coge las manos y vuelve á estrechármelas calurosamente. No puedo ser acogido con más cordialidad; en el calor de aquella demostración, veo algo más que una simple fórmula de cortesía. Acto continuo, mi interlocutor me ofrece hospitalidad de la manera más amable, y me anuncia que de un día á otro espera la llegada de un buque con provisiones para la expedición.

En cuanto puedo hablar, pido á Jackson noticias de los míos. En el momento de su partida, dos años antes, mi mujer y mi hija disfrutaban de perfecta salud. Respecto á Noruega y á la situación política, no sabe nada; de donde colijo que, por su parte, todo iba bien.

En seguida Jackson me propone ir en busca de Johansen y de los equipajes. «El transporte de los *cayaks* por este hielo accidentado sería muy penoso para nosotros tres. Si dispone usted de bastantes hombres—le respondí— es preferible encargarles de esta faena.» En seguida para avisar á Johansen, disparamos cada uno dos tiros.

Poco después encontramos otros varios miembros de la expedición: el segundo comandante, Mr. Armitage; el fotógrafo, Mr. Child, y el doctor Kœtitz. Hechas las presentaciones, fui felicitado de nuevo. Algo más allá nos saludan el botánico Mr. Fisher, Mr. Burgess y un finés llamado Blomqvist. Fisher, al ver una persona extraña en el hielo, supuso que no podía ser nadie más que yo. Luego creyó haberse engañado, cuando, en vez del hombre rubio que esperaba ver, se encontró en presencia de un hombre con el pelo y la barba completamente negros. Una vez reunido todo el personal de la misión, Jackson les anunció que yo había llegado á los 86° 15'. Fuertes hurras acogieron la noticia.

Inmediatamente marcha Johansen á la cabeza de algunos hombres, mientras yo me encamino hacia la estación inglesa, establecida en el cabo Flora.

Jackson me participó entonces que tenía cartas para mí, y que en una excursión que había emprendido hacia el Norte las había llevado consigo, pensando encontrarnos en su trayecto. En el mes de Marzo último había llegado hasta el cabo Richtofen, á sólo 35 millas de nuestros cuarteles de invierno, y tuvo que detenerse ante aquella extensión de agua libre, cuya existencia habíamos sospechado durante nuestra detención.

Mi nuevo amigo no me preguntó nada acerca del *Fram* hasta que llegamos á las inmediaciones de la estación inglesa. Me dijo después que en los primeros momentos de nuestro encuentro había temido un desastre: suponía que nuestro buque había sido destruido y que nosotros dos éramos los únicos supervivientes. A las primeras palabras que me había dirigido acerca de nuestra nave le pareció sorprender en mi

fisonomía una expresión de profunda tristeza, y no se atrevió ya á tocar ese asunto. También había recomendado á sus compañeros el silencio sobre la materia. Comprendiendo después su error, al punto me pidió noticias del *Fram* y del resto de los tripulantes.

Hablando llegamos á Elmwood, la habitación de la misión, una casa rusa, muy baja, toda de madera, construida al pie de un monte en una antigua faja de costa, á 16 metros de altura sobre el mar. Alrededor hay una cuadra y cuatro grandes barracas que sirven de almacenes.

Entramos en este nido abrigado perdido en medio de esta fría soledad... El techo y las paredes están cubiertas de paño verde. En las últimas se ven fotografías y fotograbados, y en las esquinas estantes con libros é instrumentos. Del techo cuelga ropa y calzado que han puesto á secar. En medio de la pieza arde una estufa hospitalaria. Al sentarme entre todas estas cosas extrañas para nosotros, embarga mi ánimo singular impresión. Todas las responsabilidades y preocupaciones que desde hace tres largos años pesaban sobre mí, se han desvanecido de golpe. Ahora estoy en un puerto seguro, en medio de la banca. Las ansiedades de este período de lucha se disipan ante el sol resplandeciente de una brillante aurora. Mi deber está cumplido; mi misión ha terminado. Ahora ya no tengo más que descansar y esperar.

Jackson me entrega una arquilla cerrada. Contiene cartas de Noruega. Al abrirla me tiemblan las manos y me late violentamente el corazón. Todas me dan buenas noticias. Después de eso me invade un dulce sentimiento de reposo.

La comida está servida. Pan, manteca, leche, azúcar, café, cosas todas cuyo sabor he olvidado desde

hace un año. Pero el supremo refinamiento de la vida civilizada no le conozco hasta después de tirar mis pingajos y darme un baño. La capa de grasa que me envuelve es tan espesa que no desaparece sino tras una serie de repetidas abluciones. Después de cortarme la barba y el pelo y de ponerme ropa limpia y flexible, mi transformación de salvaje en europeo es ahora completa. Se ha operado más rápidamente que la inversa adaptación sufrida hace diez y ocho meses.

No tarda en volver Johansen, escoltado por los miembros de la expedición. Cuando los ingleses se avistaron con mi amigo inmediatamente le saludaron á él y al pabellón noruego con un triple hurra, y después se engancharon á los trineos, sin permitirle de ningún modo hacer otro tanto. «Yo iba con ellos—me contó—como un simple turista. De muchas maneras hemos viajado por la banca; seguramente ninguna más agradable.»

Johansen es recibido con la misma cordialidad y sufre la misma transformación que yo. Después de esa metamorfosis no puedo reconocer á mi compañero. En vano trato de descubrir en él al mísero que se paseaba conmigo delante de un tugurio, en una playa desierta. Al troglodita ennegrecido por la mugre y el hollín ha sucedido un elegante europeo, que fuma un buen cigarro, recostado perezosamente en cómodo asiento. De día en día me parece engordar de una manera alarmante. Por lo demás, desde que salimos de nuestro buque, los dos hemos aumentado de peso sensiblemente. En quince meses yo he ganado 10 kilogramos y medio, y Johansen algo más de seis. Debemos este brillante resultado á nuestra brillante alimentación, compuesta exclusivamente de grasa y carne de oso.

Vivimos en medio de la paz y el bienestar, aguardando el buque que debe repatriarnos. Para hacernos más llevadera la espera, nuestros amigos nos colman de los cuidados más cariñosos y de las atenciones más delicadas. Nunca podré encarecer bastante la amplia y cordial hospitalidad que nos ha dado la expedición inglesa. ¿Qué nos aproxima de tal suerte en estas desoladas regiones? ¿Nuestro aislamiento absoluto durante un año? ¿El espíritu de solidaridad humana? No sé. Lo cierto es que jamás nos cansan las más largas conversaciones, y que nos parece como si todos fuésemos antiguos amigos, cuando hace algunos días éramos desconocidos los unos para los otros.

A nuestra llegada á la estación del cabo Flora me apresuré á comparar nuestros relojes con los cronómetros de la expedición inglesa. El error no era más que de veintiséis minutos, correspondiente á una diferencia de 6° 5' de longitud. En posesión de este dato, puedo calcular ahora mis observaciones de longitud. Concluido este trabajo, trazo una carta provisional de la tierra de Francisco José, que Jackson tiene á bien permitirme confrontar con la suya. Cuando revise cuidadosamente mis observaciones, y si puedo obtener comunicación de las notas de Payer, podré dar á luz un documento mucho más preciso. El único punto sobre el cual deseo atraer ahora la atención es el fraccionamiento de la tierra de Francisco José y la ausencia de toda masa continental en esa región. En varios puntos mis observaciones concuerdan con las de Payer. Pero quedaba sin resolver el enigma que nos había preocupado durante el invierno. ¿Dónde están el glaciar de Dove y la parte más septentrional de la tierra Wiczek? ¿Dónde están las islas Braun, Hoffmann y Freedden, de Payer? El explorador austriaco,

que es un topógrafo experto y muy escrupuloso, ha sido víctima, sin duda, de una ilusión de óptica, producida por la niebla. Yo no puedo explicarme de otro modo semejante error.

Los alrededores del cabo Flora son muy interesantes bajo el punto de vista geológico. Siempre que podía iba á estudiar la estructura de esa región, ya solo, ya en compañía del doctor Kœtitz. Hicimos excursiones, sobre todo por altos y abruptos canchales, en busca de fósiles, muy abundantes en ciertos puntos. Desde el nivel del mar hasta una altura de 250 á 300 metros, el suelo está formado por una capa de arcilla que encierra fragmentos de grauvaca roja muy rico en fósiles. La presencia de belemnites y de ammonites permite referir con certidumbre este piso al terreno jurásico. En diversos puntos le atraviesan delgados filones de carbón, y encierra numerosos yacimientos de madera fósil. Sobre esta capa sedimentaria se extiende una gran formación (1) de un basalto de grano grueso, muy diferente de los basaltos típicos, y que parece relacionarse con los de Spitzberg y de la tierra del Nordeste. Por lo demás, en el archipiélago de Francisco José esa roca presenta gran variedad de textura, y ocupa posiciones muy diversas con respecto al nivel del mar. Así, en la isla Northbrook y en las tierras inmediatas no se encuentra más que á una altitud de 250 á 300 metros, mientras que más al Norte constituye la ribera misma. Alrededor de los 81 grados de latitud, esa roca forma altos escarpados á pico sobre los furdos, como, por ejemplo, en los cabos Fisher, Clements Markham y Mac Clintock.

El basalto del cabo Flora me parece datar del ju-

(1) De 300 á 350 metros de espesor.

rásico, en gran parte al menos. Descansa, efectivamente, sobre capas que se remontan á ese período y encierra trozos de ese terreno. Además, en la cima de esa formación volcánica se encuentran vegetales fósiles pertenecientes al último piso de la serie jurásica. Por consecuencia, la tierra de Francisco José parece de edad relativamente antigua. La horizontalidad de las capas de ese basalto en todas las islas parece testimonio de haber existido anteriormente en esa región una gran masa continental, fraccionada y disgregada después por la acción erosiva de los agentes atmosféricos, de los glaciares y de las aguas. Parte de ese territorio se ha hundido, y hoy no subsiste ya del continente más que un enjambre de islas. La semejanza que ofrecen estas formaciones con las observadas en varios puntos de Spitzberg y de la tierra del Nordeste induce á creer que esos dos archipiélagos no formaban primitivamente más que una sola masa continental. Por lo mismo, sería muy interesante una exploración de la zona desconocida que separa esos dos archipiélagos, y que habríamos atravesado nosotros, á no encontrar la expedición Jackson. Sin ninguna duda, en esa dirección debe haber un gran número, quizá un cordón continuo de islas, al través de las cuales será difícil discernir los límites respectivos de los dos principales archipiélagos. Abrigamos la esperanza de que la misión Jackson realizará con éxito el reconocimiento de esa región, obra cuya importancia científica no se ocultará á nadie.

La extensión de la tierra de Francisco José hacia el Norte no puede determinarse con exactitud. No creo, sin embargo, que exista una isla extensa en esa dirección. Las tierras Petermann y Oscar, indicadas por Payer, deben ser muy pequeñas. Cuando nosotros al-

canzamos el archipiélago de Francisco José, no percibimos esas islas, aunque debimos pasar por sus inmediaciones; en segundo término, cuando estábamos á la misma latitud que ellas, el movimiento de los hielos hacia el Oeste no parecía hallar ninguna resistencia por esa parte.

Durante mi estancia en el cabo Flora estudié los signos manifiestos de los cambios que han experimentado los niveles respectivos del mar y las tierras.

La estación, como ya he dicho, estaba construida en una antigua faja de costa, situada á 12 ó 15 metros sobre el mar. En los alrededores había igualmente, á diversas alturas, otras varias terrazas litorales. Así, la choza de invernada de Leigh Smith se instaló en una terraza litoral situada á 5^m, 30, y otras playas antiguas más distantes alcanzaban una altitud de 25 metros. En la parte septentrional del archipiélago, especialmente en la isla Torup, ya había yo notado la existencia de zonas litorales análogas. En varias localidades próximas al cabo Flora, Jackson encontró huesos de cetáceos, sobre todo un cráneo de ballena, quizá de ballena común (*Balæna mysticetus*), cerca de su estación y á una altura de 15 metros. Algo más lejos descubrió fragmentos de un esqueleto entero á una altitud de 2^m, 80. En gran número de puntos se observaban bancos de conchas subfósiles: prueba de que en época reciente el mar se había elevado sobre las terrazas litorales más bajas.

Un día el Dr. Jackson y el Dr. Kœtitz encontraron dos yacimientos de vegetales fósiles en un *nunatah* (1). Situado sobre un glaciar próximo al cabo

(1) Nombre con que los indígenas de Groenlandia designan las protuberancias roquizas que sobresalen del *inlandsis*. Ese

Flora. Ese descubrimiento despertó mi curiosidad inmediatamente. El 17 de Julio, acompañado de Kœtitz, fui á visitar á mi vez ese interesante sitio. La protuberancia roquiza, formada por basalto de estructura columnaria, se elevaba en medio del glaciar á una altitud, que calculé á ojo en 200 ó 225 metros. En dos puntos de su superficie aparecía una capa de fragmentos de arenisca con abundantes impresiones de hojas de coníferas y de frondecillas de helechos. El estudio hecho por el profesor Nathorst de los ejemplares que he traído demuestra la importancia del hallazgo que hicieron Jackson y Kœtitz. (V. apéndice I.)

Muy brusca era la transición entre nuestra larga vida de pereza y de inercia durante el invierno y esta existencia activa é intelectual. Aquí encontrábamos todos los elementos necesarios de trabajo, y empleábamos todos nuestros ocios en discutir con nuestros huéspedes problemas científicos.

El botánico de la expedición, Mr. Harry Fisher, muy interesado por los estudios zoológicos y botánicos en las regiones polares, se había consagrado, durante su larga permanencia en la tierra de Francisco José, á investigaciones que aumentarán en gran manera nuestros conocimientos biológicos. Jamás olvidaré nuestras largas é interesantes conversaciones y la amabilidad con que me iniciaba en sus importantes descubrimientos. Después de tan larga privación de semejantes conversaciones, no me cansaba de oír: yo era entonces como tierra que, tras un año de sequía, absorbe con avidez una lluvia bienhechora.

Pasaban los días, y no aparecía el *Windward*, el

término, que ha pasado al vocabulario ártico, designa todas las afloraciones roquizas situadas en medio de los glaciares.

buque que debía traer provisiones á la expedición. ¿Quizá no podía abrirse camino al través de los hielos y estaríamos condenados á invernar aquí? La perspectiva no era muy halagüeña. ¡Haber llegado tan cerca del fin, y no poder alcanzarle! Empezábamos á lamentar no haber proseguido nuestra marcha hacia Spitzberg. Pero Jackson y sus compañeros nos habian dispensado una acogida tan cordial, que ni el espartano más endurecido hubiese podido resistir á sus seducciones.

Por otra parte, ¿no está ya demasiado adelantada la estación? Partiendo inmediatamente, si tropezamos con algún obstáculo imprevisto en nuestro camino, hasta dentro de un mes ó más no llegaremos á aguas donde podamos tener probabilidades de encontrar un barco. Estaremos entonces á mediados ó fines de Agosto, época en que los pescadores empiezan á emprender el regreso. Si no encontramos uno de esos buques antes de principios de Septiembre, quizá nos veremos obligados á invernar en Spitzberg. El partido más sencillo es, pues, esperar la llegada del *Windward*.

20 de Julio.—Nuestra impaciencia crece de día en día. En opinión de Jackson, el *Windward* hubiera podido llegar aquí á mediados de Junio; el mar, según él, ha estado bastante libre varias veces para permitirle el paso. Yo no participo de su optimismo. Delante de la estación no se ve más que una pequeña cantidad de hielo; pero más al Sur debe cerrar el camino una banca compacta: la blanca llanura se pierde de vista. En el confín del horizonte se extiende una faja de nubes azuladas. Allá, pues, muy lejos, por detrás de esa banca, se encontrará despejado el mar. Quizá por esas aguas libres boga la nave que debe conducirnos al

lado de los nuestros, la nave que nos trae noticias de la patria y de todos los seres queridos. ¡Siempre el sueño dorado de la próxima reunión!

21 de Julio.—Hoy sopla un viento Norte que despeja el mar de hielo. ¡Por la tarde, mar libre en todas direcciones! Quizá veremos asomar pronto el buque tan deseado.

22 de Julio.—La vida no es más que un tejido de esperanzas y desilusiones. Un viento Sureste ha traído delante de nosotros una espesa banca. ¡Hay que armarse de paciencia!

26 de Julio.—¡Por fin ha llegado el *Windward*! Jackson ha venido á tirarme de las piernas esta mañana para anunciarme la buena nueva. Inmediatamente me levanté y miré por la ventana. He ahí el navío cuya venida ha sido tan ardientemente deseada, maniobrando lentamente á la orilla del hielo en busca de anclaje. ¡Qué extraño ese buque! ¡Qué grande y qué alto es á mis ojos! ¡Me parece un islote! ¡Trae noticias del mundo, del mundo vivo, de muy lejos!

Emoción general en la pequeña colonia. Todos están en pie, y en los trajes más extraños contemplan por la ventana la visita maravillosa. Jackson y Blomqvist, vestidos inmediatamente, se encaminan hacia el *Windward*. Yo, no teniendo nada qué hacer á bordo por el momento, vuelvo á meterme en la cama. Poco después llega Blomqvist sin aliento para anunciarme que todos los míos se hallan bien y que el *Fram* no está de vuelta. Era la primera cosa de que se había informado el excelente Jackson.

Me visto y voy á mi vez á bordo. Cerca del buque soy acogido con tres hurras sonoras y recibido cordialmente por el capitán Brown, comandante del *Windward*. Nos sentamos delante de una mesa excelente, y

en el curso del almuerzo oímos noticias asombrosas. ¡Se puede fotografiar á las personas al través de puertas de madera, de varios centímetros de espesor, y proyectiles en el cuerpo de los heridos! Los japoneses han derrotado á los chinos. El Spitzberg ha sido abierto á los turistas. Una compañía noruega ha establecido un servicio regular entre esa tierra polar y nuestro país. En ese archipiélago se ha construido un hotel, y funciona una administración de correos con sellos especiales. En fin, el sueco Andree se propone llegar al polo en globo y espera un viento favorable para partir. Si hubiésemos continuado nuestro camino hacia Spitzberg, habríamos caído en medio de todos esos turistas, encontrado un hotel y dispuesto de un vapor con todo el lujo de las instalaciones modernas, en vez de algún pobre cazador, como habíamos pensado. Hubiera sido una escena muy divertida vernos aparecer, sucios y haraposos, tal y como salimos de nuestro cubil de invierno, en medio de una caravana de ingleses y de inglesas.

Ahora reina una actividad febril en la pequeña colonia. Los tripulantes y los miembros de la misión se ocupan en trasladar á tierra las provisiones de todas clases que trae el *Windward*. En menos de una semana termina la descarga. Esperamos después algunos días para dar á Jackson tiempo de concluir su correspondencia. En este intermedio estalla una tempestad, se rompen las amarras que sujetan el *Windward* á la orilla del hielo, y el buque se aleja arrastrado por la corriente. El capitán consigue alcanzar un fondeadero, que está lejos de ser seguro. El buque no tiene más que algunos centímetros de agua debajo de la quilla. A todo esto, el hielo, impelido por el viento, se aglomera en masas mayores cada vez; felizmente, no lle-

gan hasta el buque. Algunos días después de este incidente el *Windward* estaba preparado para zarpar.

7 de Agosto.—Llegó el momento de despedirse de esta última estación en que hemos recibido tan cordial hospitalidad. Todos los que debemos partir: Fisher, Child, Burgess, el finés Blomqvist, Johansen y yo, estamos á bordo, y los que deben quedarse se hallan á la orilla del hielo. Un momento el sol traspassa las nubes por cima del cabo Flora; inmediatamente alzamos los sombreros y enviamos un último saludo á aquellos hombres animosos que van á pasar todavía un invierno en la gran soledad helada, mientras el *Windward*, con viento favorable, se aleja hacia el Sur.

La fortuna nos fué propicia. Al ir, el buque, antes de llegar á la tierra de Francisco José, había tenido que luchar contra espesas bancas. El hielo era aún muy abundante, pero relativamente delgado y sin gran consistencia. Sólo en algunos puntos nos vimos detenidos y tuvimos que abrírnos paso á fuerza de vapor. El buque estaba, por otra parte, en excelentes manos. Desde la mañana hasta la noche, mientras hubo un témpano á la vista, nuestro capitán no se quitó del «nido de cuervo». Apenas se tomaba algunas horas para dormir.

Como Brown me decía frecuentemente, importaba sobre todo llegar á Noruega antes del regreso del *Fram*. Ese hombre excelente comprendía bien la emoción que experimentarían los nuestros, si nos precedían los otros.

La travesía fué rápida y agradable. La experiencia adquirida al ir había sugerido al capitán Brown la idea de hacer rumbo primero hacia el Sureste, es decir: hacia la Nueva Zembla, para salir cuanto antes del hielo

y alcanzar el agua libre. Las provisiones de ese experto marino se realizaron exactamente.

Después de recorrer 220 millas al través de la banca, alcanzamos el agua libre en el extremo superior de una larga bahía abierta hacia el Norte en medio de los hielos. Habíamos llegado exactamente al sitio favorable. Si hubiésemos seguido un camino un poco más al Este ó al Oeste, nos hubiéramos visto detenidos durante semanas. Una vez en el Océano libre, dirigimos el rumbo á Vardö. ¡Una sensación indescripible el ver esa inmensidad azul!

Una mañana, contemplando el mar, ¡descubrimos una primera vela! ¡Henos al fin en aguas frecuentadas!

En la noche del 12 de Agosto distingo una cosa negra en el confín del horizonte. ¿Qué es? Por estribor esa sombra se extiende á lo lejos hacia el Sur. La miro horas y horas. ¡Es la tierra, la tierra de Noruega! Estoy como hipnotizado; una parte de la noche me embebo en la contemplación de esa larga línea sombría. Un estremecimiento febril sacude mi cuerpo. ¿Qué noticias tendremos al llegar?

A la mañana siguiente estamos muy cerca de la costa. Una tierra desnuda, no mucho más atractiva que la que hemos dejado detrás de nosotros en las brumas del Océano glacial; pero ¡es Noruega! Encontramos varios buques y cambiamos con ellos los saludos de pabellón. A poco llega el piloto. Después de haber manifestado cierta sorpresa al oír hablar noruego á bordo de un buque inglés, no vuelve á hacer caso de nosotros hasta que el capitán Brown le dice mi nombre. Entonces se queda como petrificado; después ilumina su semblante una expresión indecible de alegría. Me coge vigorosamente las manos y me felicita por haberme li-

brado de la muerte. Desde hace mucho se me cree en la tumba.

¡El *Fram* no ha llegado aún! Con esta noticia me siento libre de un gran peso. Se habrá ahorrado á los nuestros una terrible ansiedad.

A poco el *Windward* entra silenciosamente, y sin llamar la atención, en el puerto de Vardö. Antes de echar el ancla, Johansen y yo saltamos á una lancha para ir en seguida al telégrafo. Algunos instantes después estamos en el muelle. Aún tenemos demasiada facha de piratas para que puedan conocernos. Los transeuntes siguen su camino sin mirarnos siquiera. Yo llevo al telégrafo un centenar de despachos, uno ó dos de ellos de unas mil palabras. Al verlos, el empleado me lanza una mirada de pocos amigos; pero, al fijarse en la firma, cambia de pronto de expresión, su fisonomía se explaya, y me da la bienvenida de la manera más cordial.

Inmediatamente después empiezan á funcionar los aparatos anunciando la llegada de dos miembros de la expedición polar noruega y el regreso probable del *Fram* en el curso del estío. Los primeros telegramas fueron dirigidos á mi mujer, al rey de Noruega y al gobierno noruego.

La noticia de nuestro desembarque cunde por Vardö, las casas se engalanan, se empavesan las naves, y la población nos da la bienvenida con alegres aclamaciones. Al mismo tiempo, afluyen despachos de todas partes, y todos nos traen buenas noticias. Ahora quedan olvidados los sufrimientos. ¡Que llegue pronto el *Fram*, y nuestra alegría será completa!

El 16 de Agosto el *Windward* leva anclas para conducirnos á Hammerfest. El buen capitán Brow tiene empeño en ofrecer sus respetos á mi mujer, que ha de

venir á recibirme á ese puerto. El 21 anclamos delante de esa ciudad, la más septentrional de nuestro querido país. Allí igualmente una recepción entusiasta. Con gran alegría, encuentro á sir Jorge Baden-Powell en su yate, el *Otaria*, anclado en el puerto. Ese excelente amigo vuelve de Nueva Zembla, donde ha ido á observar el eclipse de sol del 9 de Agosto. En seguida me brinda hospitalidad en su cómodo vapor. Por la noche llega mi mujer, y, después de una fiesta dada en nuestro obsequio por la ciudad de Hammerfest, nos instalamos á bordo del *Otaria*.

De todos los puntos del globo viene un diluvio de telegramas de felicitación. Pero siempre sin noticias del *Fram*. Si no le ha ocurrido ningún accidente, debe estar ahora fuera del hielo. Su tardanza empieza á extrañarme. Si no vuelve, ¡qué horrible ansiedad para nosotros!

En la mañana del 26 me despierta bruscamente sir Jorge. Hay una persona que tiene empeño en hablarme. «Voy (respondo). En seguida me visto.—No hace falta; venga usted como esté», contesta mi amigo. Algo sorprendido, le pregunto de qué se trata. No sabe nada. Evidentemente, es alguna noticia importante. Me visto á la carrera, y entro en el salón. Es el jefe de la oficina de telégrafos; trae un despacho. «Aquí hay un telegrama muy interesante para usted (me dice); y por esa razón he querido traérsele yo mismo.» ¿Qué es? Una sola cosa me preocupa en el mundo actualmente. Abro temblando el parte y leo:

«*Fridtjof Nansen*:

Ha llegado el *Fram* en perfecto estado. Todo bien á

bordo. Dentro de algunas horas partimos para Tromsø. Nuestra bienvenida.

OTÓN SVERDRUP.»

Tan viva es mi emoción que apenas puedo hablar. «¡El *Fram* ha llegado!» exclamé al fin. Leo y releo el parte; dudo del testimonio de mis ojos. Entonces la alegría es general, no sólo á bordo, sino en la ciudad entera.

Al día siguiente entramos en Tromsø, donde ya está anclado el *Fram*. La última vez que le habíamos visto estaba medio sepultado en el hielo; ahora flota arrogantemente en las aguas de la patria. Resuenan alegres hurras, y toda la tripulación del *Fram* se precipita en el *Otaria*. Renuncio á describir la escena de nuestro encuentro.

Ahora estamos todos en Noruega. Hemos cumplido nuestra misión, y nos encaminamos hacia el Sur. A la cabeza va un remolcador fletado por el gobierno; después el *Fram* escoltado por el *Otaria*. Nuestro viaje por la costa de Noruega es una marcha triunfal. El 9 de Septiembre entramos en el furdo de Cristianía. La capital de Noruega nos dispensa una recepción de que hubiese estado orgulloso un príncipe. Truena el cañón, retumban las aclamaciones, las banderas ondean al viento por todas partes.

Por la noche estoy á orillas del furdo. Han callado los ecos, y el negro pinar permanece silencioso. Apáganse los fuegos artificiales encendidos en los cabos, y el rumor de las aguas extendidas á mis pies parece decirme: «Ahora estás de vuelta en tu patria.» La paz profunda de una noche de otoño viene á aliviar el fatigado espíritu.

Recuerdo la mañana lluviosa de Junio en que por última vez hollé esta ribera. Desde entonces se han deslizado más de tres años. Hemos trabajado, hemos sembrado; ahora ha llegado el tiempo de la cosecha. Mi corazón llora de gratitud y de alegría.

El hielo y la prolongada luz de luna de las noches polares parecen un sueño de otro mundo, un sueño que se ha desvanecido. Pero ¿qué sería la vida sin los sueños?

CAPITULO XII

**La marcha del «Fram» desde el 15 de Marzo de 1895,
según el capitán Otón Sverdrup.**

I

El 15 de Marzo de 1895, día en que el Dr. Fridtjof Nansen y el teniente Johansen se separaron de nosotros, el *Fram* se hallaba á los 84° 4' de latitud Norte y á los 102° de longitud Este de Greenwich.

El buque se encontraba bloqueado en una masa de hielo de ocho metros de espesor, que le envolvía completamente hasta por debajo de la quilla. El trabajo más apremiante era desembarazar la nave del enorme montón de témpanos que las presiones habían acumulado contra la pared de babor. Un nuevo ataque por esa parte podía tumbar el buque, si permanecía en pie el inmenso montículo. El 19 de Marzo empezó la faena. Atacado el montículo á la vez por la proa, por la popa y por el centro, no fué arrasado hasta después de una labor porfiada de ocho días.

A fin de estar prevenidos para todas las eventualidades posibles, se hacen preparativos completos de retirada. Se construyen trineos y *cayaks*, se disponen cestas para las provisiones, y se eligen y pesan las

vituallas. Al mismo tiempo, Amundsen, Bentzen, Mogstad y Henriksen, fabrican *ski*, de que carecemos, siendo, á mi juicio, preferibles las abarcas canadienses á los patines noruegos para arrastrar los trineos por una banca accidentada, mando hacer diez pares, y se da orden á todo el mundo de ejercitarse en andar con ellas.

A fines de Marzo, la banca dió señales de agitación. A veinte metros del buque se abrió un canal, y en torno de él se formaron gran número de grietas, más ó menos anchas. El 11 de Abril, Scott-Hansen y yo fuimos testigos de la violencia de las presiones. Seguíamos un canal estrecho, cubierto de «hielo joven», de sesenta centímetros de espesor, á lo sumo, cuando se abrió paralelamente una grieta, determinando en el *campo* una presión. Las dos orillas chocaron tan violentamente, que el hielo se hundió durante algunos instantes á varios metros de profundidad. El hielo marino joven es extraordinariamente plástico, y puede levantarse en forma de grandes olas, sin ocasionar una ruptura.

Durante la primera parte de Abril, el canal principal situado á popa se abrió más cada vez. Se extendía hacia el Norte hasta perderse de vista, y proyectaba en el cielo la sombra característica de la existencia del agua libre. Hacia primeros de Mayo, su anchura alcanzaba 300 metros cerca del *Fram*, y más al Norte 1.433. Al otro día, esa enorme grieta se cerró de repente. Las dos masas de hielo ribereñas se acercaron y chocaron con un estrépito de trueno, levantando un *hummock* de más de once metros de altura.

Durante el mes de Abril, el *Fram* permaneció casi estacionario. Desde el 15 de Marzo hasta el 4 de Abril sólo avanzamos cuatro millas hacia el Norte. Después

se acentuó el avance, aunque sin adquirir nunca la velocidad que había alcanzado en la primavera anterior. A fines de Mayo, el viento viró al Suroeste, luego al Oeste y al Noroeste, y empezó el *movimiento retrógrado del estío*. Fué de corta duración. Hacia el 8 de Junio, bajo el influjo de brisas del Este, caminamos hacia el Oeste, y el 22 llegamos á los 84° , $31'$ de latitud N. y á los 82° , $58'$ de longitud Este de Groenlandia. Durante los últimos días del mes, y durante la mayor parte de Julio, persistió la marcha en esa dirección.

En Marzo, Abril y Mayo, abundaron mucho las calmas, y el viento, siempre muy débil, sopló del Este por lo común. Esas calmas contribuían á aumentar la monotonía de nuestra existencia, y ejercían, por lo mismo un influjo deprimente en el ánimo de los hombres. El 8 de Junio se levantó un viento violento de E. SE., cuya velocidad alcanzó hasta diez metros por segundo. Desde hacía mucho tiempo, no habíamos observado una brisa tan fresca. Inmediatamente sucede al abatimiento una nueva energía; todo el mundo se reanima, canta y ríe, mientras que en los días precedentes las conversaciones se reducían á un cambio de monosílabos. Se inspeccionan las cartas y se forjan proyectos. Si el viento del Este persiste durante algún tiempo, estaremos tal día en tal latitud, y seguramente nos hallaremos de vuelta en el otoño de 1896. Con la cabeza llena de sueños alegres y de esperanzas, olvidamos la situación presente.

El termómetro, que á mediados de Marzo marcaba -40° , sube poco á poco. Después de haber permanecido invariable en Abril, entre -25° y -30° , asciende en Mayo rápidamente, y el 5 de Junio rebasa por primera vez el cero, elevándose á $+2^{\circ}$.

El estudio de las profundidades oceánicas era uno de



los principales que nos estaban confiados. Desgraciadamente, el mal estado de nuestras sondalesas nos impidió hacer sondajes tan frecuentes como hubiésemos querido. El 24 y el 25 de Abril sondamos hasta 3.000 y 3.200 metros, sin alcanzar el fondo. El 22 de Julio, igual resultado con sondalesas de 2.500 y de 3.060 metros. Al día siguiente, tocamos el fondo á 3.800 metros.

En la noche del 22 de Junio aparecen en el canal abierto á estribor ocho ó diez hembras de narvales, y á los pocos días pululaban los cetáceos; pero desaparecieron como por encanto en cuanto me lancé á perseguirlos en la ballenera. Alguna que otra vez asomaban focas (*Phoca barbata*) alrededor del buque. Tampoco era posible darles caza. En fin, en los primeros días de Agosto recibimos la visita de un oso. Era el primero desde hacía seis meses.

Durante el estío, á cada instante se abrían anchas grietas en todas direcciones para volver á cerrarse algunas horas después. El *floe* que sustentaba el *Fram* fué resquebrajándose, y el 14 de Julio, después de un asalto violento, se abrió un canal al costado del buque. Creí un instante que el navío iba á salir de la prisión de hielo en que se encontraba hacía veintidós meses y á volver á tomar posesión de su elemento; pero siguió aún clavado en su *floe*, sin hacer más que virar en diversas direcciones, cuando se agitaba la banca.

El 27 de Julio el hielo experimentó una convulsión absolutamente extraordinaria. Por todas partes se abrían anchos canales, y el témpano en que estaba instalada la herrería giraba sobre sí en medio de un lago, como arrollado por un remolino; al mismo tiempo el buque viraba del Noroeste al Oeste $\frac{1}{2}$ Sur. No inspirándome ya confianza nuestro *floe*, hendido por

todos lados, resolví dejarle, haciendo saltar la mole que nos tenía presos. Colocóse debajo del témpano, á metro y medio del estrave, una carga de tres kilogramos y medio de pólvora de cañón. La explosión determinó un choque violento en todo el buque, pero al pronto no pareció haber producido efecto sobre el hielo. Sin embargo, algunos instantes después se dislocó la mole, y el *Fram*, resbalando lentamente, se encontró á flote.

Ahora la situación del barco es excelente. A babor hay una placa de hielo, compacta y poco elevada, y á estribor una extensión de agua, de 190 metros de longitud por 108 de anchura. No falta sino que venga pronto el invierno para cubrir de una buena capa este lago.

Durante la segunda mitad de Junio y el mes de Julio apenas experimentamos alternativas de progreso y de retroceso hacia el Norte; todas las variaciones en la dirección de nuestra marcha se produjeron en el sentido de la longitud. Hasta el 6 de Septiembre tres veces avanzamos hacia el Oeste y otras tantas retrogradamos hacia el Este. En esa fecha nos encontrábamos á los $79^{\circ} 52'$, ó sea, casi á la misma longitud que el 29 de Junio.

Se habían tomado todas las disposiciones para la eventualidad de una retirada. Ahora poseíamos ocho trineos de mano, dos de perros, cinco *cayaks* para dos hombres y uno para mí; teníamos, pues, todos los medios de locomoción necesarios para atravesar la banca en caso de pérdida del buque. A fin de completar los preparativos, mandé disponer en el puente dos depósitos de víveres: uno para setenta días, y otro para seis meses.

En la tarde del 17 de Agosto una presión muy vio-

lenta levantó el *Fram* lentamente, como si fuera una paja, á una altura de 5^m,50 por la popa y de 3^m,55 por la proa. En cuanto la banca daba señales de agitación, procurábamos trasladar el buque para sustraerle á los ataques del hielo. En esa época las tempestades del Sur eran muy frecuentes, y á menudo, á pesar de nuestros esfuerzos, no conseguíamos mover el *Fram* ni una línea. Por fin, á principios de Septiembre pudimos hacer que penetrase en una especie de dock abierto en una espesa mole y que era un excelente puerto de internada.

En Septiembre y Octubre la banca estuvo casi constantemente en movimiento. Por fortuna, los dos cabos que se destacaban á los lados de nuestra bahía quebrantaban la fuerza de los ataques, y el «hielo joven» situado en la abertura del dock no podía ejercer una presión peligrosa.

A partir del 1.º de Noviembre entramos en un período de calma, bajó la temperatura, se hicieron predominantes los vientos del Este, y todo el resto del invierno continuamos tranquilamente nuestro camino hacia el Norte y el Oeste.

El 22 de Septiembre, segundo aniversario de nuestra entrada en la banca, se celebró con una fiestecita. La marcha de los hielos había dado resultados excelentes durante este segundo año. En los doce últimos meses habíamos recorrido casi doble distancia que en los doce primeros. Si el movimiento de traslación continúa con la misma velocidad, el año próximo nos veremos libres por esta época.

A contar del 22 de Septiembre mejoró aún la situación. Entonces nos hallábamos á los 82º,5' de longitud Este de Gr., y en la segunda semana de Enero de 1896 llegábamos á los 41º,41'.

El 6 de Septiembre nos abandonaron los narvales, y algunos días después las últimas aves estercorarios (*Lestris parasitica*). El 12, por última vez, se vió el sol á media noche sobre el horizonte; el 8 de Octubre desapareció completamente. Ahora vamos á soportar la noche ártica más larga que ha afrontado hasta aquí ninguna expedición. El 26 de Octubre la obscuridad es ya tan completa que no se puede percibir ninguna diferencia entre el día y la noche.

Siempre que el tiempo y la superficie de la banca lo consienten, se hacen excursiones en patines á los alrededores del buque. El 7 de Octubre, en uno de esos paseos, descubrimos en el hielo un tronco de árbol, como de dos metros de longitud y provisto aún de raíces, procedente, sin duda, de los bosques de Siberia. Al mismo tiempo emprendemos frecuentes marchas por la banca, y á partir del 20 de Noviembre se ordena á todos los hombres hacer dos horas diarias de ejercicio al aire libre. Hay que prepararse á todas las eventualidades, adoptando medidas para asegurar al retirada en caso de apuro. Al efecto, el teniente Scott-Hansen y Mogstad se ejercitan en el arrastre de un trineo con carga de ochenta y nueve kilogramos. El 8 de Octubre parten á las nueve y media de la mañana y no vuelven á bordo hasta las cinco, después de haber recorrido ocho millas. Al fin del mes establecemos en el hielo un nuevo depósito con víveres para seis meses.

El año 1896 se inauguró con un tiempo magnífico, pero muy frío. Una luna extraordinariamente brillante resplandecía sobre la banca en un cielo absolutamente puro. Para contemplar ese hermoso espectáculo había que arrostrar una temperatura de 43° bajo cero.

En Febrero la banca, tranquila hacía un mes, empezó á agitarse nuevamente. Ya el 4 se produjo una presión, acompañada de los terribles mugidos habituales. Al mediodía la obscuridad era aún tan profunda, que no podíamos observar los movimientos del hielo. El 7, durante una excursión que hicimos hacia el Sur, se formó muy cerca del buque una ancha grieta, no sin que la nave experimentase una violentísima sacudida. Durante la noche, otro choque terrible determinado por el mismo fenómeno. Todos los días, por decirlo así, sobrevenían nuevas colisiones y se abrían y tornaban á cerrarse nuevas grietas. A esa fase de convulsiones sucedió un período de calma hasta el 10 de Abril, en cuya fecha se reanudó la agitación. El 13 de Mayo el canal situada entre la fragua y el *Fram* empezó á agrandarse de repente y alcanzó á poco una anchura de unos 180 metros. Un segundo canal se extendía muy lejos hacia el Sureste, y un tercero hacia el Nordeste. A las diez de la noche se divisaba al Sur desde el «nido de cuervo» una gran abertura que se perdía de vista. En presencia de esta singular situación, intenté libertar el *Fram*. La explosión de seis minas abiertas por la proa no produjo ninguna disgregación en nuestra cárcel de hielo. No habiendo sido más afortunadas otras tentativas, resolvimos esperar circunstancias mejores.

Durante nuestra tercera invernada, la marcha de la banca dió resultados excelentes, sobre todo en Enero y á principios de Febrero. En esas seis semanas avanzamos desde los 48° hasta los 25° de longitud Este por los 84°,50' de latitud. La traslación hacia el Oeste fué después más lenta, pero, en cambio, más acentuada en dirección al Sur. El 16 de Mayo nos encontrábamos á los 83°,45' de latitud Norte y á los 12°,50' de longitud Este.

El 4 de Marzo volvimos á ver el sol. La víspera había aparecido sobre el horizonte, pero las nubes nos habían impedido distinguirlo.

En esta nueva invernada se ejecutaron todas las observaciones científicas habituales con el mismo celo y la misma puntualidad que en los años anteriores. Durante este período hicimos sondajes, sin conseguir llegar al fondo, con una sondelesa de 3.000 metros.

A medida que se acercaba la primavera, aumentaban las grietas alrededor del buque. Era, pues, tiempo de prepararse á abrirnos paso, en cuanto la banca estuviese bastante dislocada. En el curso del invierno, la brusca abertura de canales nos había obligado varias veces á cambiar de sitio los depósitos. Como ahora las fisuras que se formaban por todas partes podían poner en peligro las provisiones depositadas en el hielo, tomé el partido de meterlas en la cala.

El 25 de Abril llegó el primer mensajero de la primavera, un verderón de las nieves. Estableció su domicilio en una de las lanchas y no tardó en hacerse muy familiar. Con gran sentimiento nuestro, después de una corta estancia, desapareció. El 3 de Mayo recibimos la visita de un segundo pájaro, y á los pocos días la de otros dos. Nos recrearon con un concierto que fué para nosotros como el anuncio de la próxima liberación.

II

El 17 de Mayo de 1896 celebramos la fiesta nacional con gran pompa, como los años anteriores. Después empezamos á poner el buque en disposición de navegar

para cuando llegase el momento de vernos libres; y el día 20 Amundsen pudo hacer funcionar su máquina: tras largo adormecimiento, nuestro excelente navío había vuelto á la vida. Nos parecía que él también iba á exclamar con entusiasmo: «¡En marcha hacia el Sur, hacia el país natal!»

Aunque se acerca la primavera, el estado del hielo dista mucho, no obstante, de prometernos una libertad inmediata. La temperatura se eleva, la nieve se funde rápidamente; pero seguimos inmóviles hacia los 84° de latitud, que alcanzamos hace varios meses. Desde el «nido de cuervo» se ve hacia el Sur un gran canal, de que nos separa una maciza faja de hielo, de 180 metros de anchura, absolutamente impenetrable.

A fines de Mayo, á consecuencia de brisas frescas del Este y del Norte, la banca continuó abriéndose y caminando hacia el Suroeste. El 29 podíamos divisar al Sur vastas extensiones de agua libre, y el color del cielo indicaba la existencia de un mar relativamente despejado en esa dirección. Resolví, pues, esforzarme en sacar el *Fram* de su prisión de hielo.

Por la mañana se prendió fuego á una mina cargada de 52 kilogramos de pólvora. La explosión dió resultados muy satisfactorios. Una segunda mina, y quedaremos libres, nos decíamos después de esa primera experiencia. Se abrió, pues, un nuevo hornillo á 9 metros de profundidad. La segunda explosión produjo efectos no menos terribles que la primera. Una enorme columna de agua y de hielo saltó á los aires, aunque sin determinar la dislocación completa de nuestra prisión. Al otro día volvimos á nuestro trabajo de minadores, sin conseguir la soltura del *Fram*. El 2 de Junio prendimos fuego á una nueva mina practicada muy cerca del buque y cargada con 330 gramos de algodón ful-

minante. Esta vez salió todo á pedir de boca: el navío se encontró casi completamente á flote, y al otro día volvía á entrar definitivamente en posesión de su elemento.

En Mayo habían aparecido alrededor del buque cetáceos y focas. En Junio y Julio se multiplicaron las visitas de todas clases, y los cazadores pudieron satisfacer su pasión favorita. Mataron gran número de petreles árticos, de urías de Brünnich, de urías enanas de estercorianos, algunos eiders y algunas zancudas. Tiramos también á una porción de focas jóvenes, cuya mayor parte no pudimos coger, porque, una vez muertas, se iban á pique. La caza más fructuosa fué la del oso; no matamos menos de diez y siete en el curso del verano. Logramos también coger un oseño vivo; pero después de tenerle algún tiempo á bordo, hubo que matarle. El pobre no cesaba de atronarnos con sus rugidos.

Esas cazas tenían para nosotros un doble interés: levantaban el ánimo de los hombres, que en esa época empezaban á abatirse, y nos permitían tener una comida abundante de carne fresca. Gracias á este régimen, los que habían enflaquecido empezaron á engordar.

Pasaban los días sin que el estado del hielo presagiase la libertad tan deseada. El 12 de Junio aprovechamos una distensión de la banca para llevar el buque á un trecho contiguo de agua libre, donde permanecimos hasta el 14. En esa fecha, viendo separarse el hielo y aparecer un canal de Suroeste, resolví hacer rumbo en esa dirección. Encendemos la máquina y lanzamos el *Fram* al asalto de la banca, á fin de abrirle paso al través de una estrecha grieta que da acceso al canal. Á pesar de todos nuestros esfuerzos, los

témpanos permanecen absolutamente inmóviles, y tenemos que volver atrás por temor de quedar cogidos entre ellos como una cuña. El 27 hacemos otra tentativa. Á las once y treinta de la mañana nos ponemos en marcha; dos horas y media después nos vemos en la precisión de detenernos. Sin embargo, hemos conseguido recorrer dos millas por el Suroeste. Hasta el 3 de Julio tenemos cerrada toda salida. Ese día se abre un canal hacia el Sur-Suroeste; partimos al momento, y llegamos á avanzar tres millas en esa dirección. Luego nueva parada. En la noche del 6 al 7 la banca experimenta una distensión, é inmediatamente reanudamos nuestro camino. Esta vez el resultado no es muy satisfactorio: no adelantamos más que una milla.

En esa época dominaban los vientos del Sur. Además, á partir de mediados de Junio, una corriente, que en veinticuatro horas se dirigía sucesivamente hacia todos los puntos del horizonte, contribuía á cerrar los canales, lanzando los *floes*, ya á un lado, ya á otro. En medio de ese remolino de hielos, el *Fram* sufría violentos choques que tiraban al suelo los objetos puestos sobre las mesas y sacudían toda la arboladura.

El mar era también muy profundo en esos parajes. El 6 de Julio no encontramos fondo á 3.000 metros; dos días después, á los 83°, 2' de latitud Norte, medimos una profundidad de 3.200 metros.

El día 6 hacemos avanzar al buque pequeñas distancias, á costa de terribles esfuerzos. El hielo y sobre todo el viento están contra nosotros. Sin embargo, por poco que sea, progresamos hacia el Sur. En cuanto se forma una abertura, impelemos el navío hacia adelante. Pero trabajo perdido: un lento movimiento de la banca nos lleva ahora hacia el Norte. Hemos vuelto á

los 83°, 12'. En estas condiciones es inútil prolongar la lucha, y preferible esperar mejores circunstancias.

El 17 de Julio vuelve á abrirse el hielo y conseguimos deslizarnos hasta un inmenso *floe*, de una longitud de varios kilómetros, situado tres millas al Sur. Amarramos á esa inmensa balsa de hielo, y esperamos. Por la noche la banca experimenta una distensión; desgraciadamente, una espesa niebla nos condena á la inmovilidad.

El 19 volvemos á ponernos en marcha, y recorremos 10 millas. Al día siguiente, á media noche, alcanzamos los 82°, 39'. El 27 llegamos á los 81°, 32'. Y vuelta á parar. El 3 de Agosto no hemos ganado más que 8 millas con respecto á la posición del 27, y después nos vemos detenidos por una masa de hielo impenetrable. Hasta el 8 no podemos reanudar la marcha. Habíamos recorrido seis millas, cuando una angostura del canal nos impidió seguir adelante. Tratamos inútilmente de volar los témpanos, y lanzamos el *Fram* á toda velocidad contra las moles. Los *floes* son mucho más resistentes de lo que parecen. Formados de fragmentos muy gruesos y muy compactos de montículos producidos por las presiones, están sumergidos en gran parte á consecuencia de su gran densidad; y, al ver lo poco que sobresalen, apenas se sospecha su importancia. Dos días pugnamos por abrirnos camino al través de esa aglomeración de témpanos, sin más resultado que un progreso de dos millas. El 11 y el 12, marcha muy lenta. Nuevos obstáculos de continuo. Pero el poco espesor de una porción de témpanos, la existencia de varios grandes canales visibles desde el «nido de cuervo» al Sur y la abundancia de aves y focas indican la proximidad del mar libre. ¡Animo, pues! En la tarde del 12, después de sortear varios *floes*

amenazadores, hacemos rumbo al Sureste. El hielo va siendo más delgado cada vez, y podemos abrirnos paso á viva fuerza. Desde las cinco y media de la tarde hasta las doce de la noche recorreremos 13 millas. Gobernamos luego al Suroeste, después al Sur y al Sureste. A las tres de la mañana aparece en esta dirección un ancho trozo de agua libre, y á las tres y cuarenta y cinco minutos costeamos los últimos hielos flotantes. En treinta y ocho días, á costa de un esfuerzo hercúleo, hemos logrado atravesar una gruesa banca de 180 millas de anchura.

Ahora estamos libres, fuera de las garras del hielo que nos oprimen desde hace cerca de tres años. Durante algún tiempo no podemos dar crédito á nuestros ojos; nos parece ser juguetes de un sueño. Pero no: el agua azul golpea alegremente contra la roda; el *Fram* se halla libre definitivamente, y, como último adiós á la banca, disparamos una salva general. La blanca silueta de los últimos *hummocks* no tarda en desaparecer entre la bruma.

A las siete de la mañana, un barco á la vista; inmediatamente nos dirigimos á él para obtener noticias de Nansen y Johansen. Es la galeota *Las Hermanas*, de Tromsø. En cuanto pudimos ponernos al habla, preguntamos á nuestros compatriotas: «¿Tienen noticias de Nansen?»—«No»—respondieron á bordo. Y en seguida nos invadió una profunda tristeza.

Después de este encuentro, nos encaminamos hacia el extremo Noroeste de Spitzberg. Por fin, llega el instante de divisar la tierra. Hace 1.041 días que no la hemos visto. En la mañana del 14 de Agosto ancla el *Fram* delante de la isla de los Daneses, donde encontramos la expedición aeronáutica sueca de Andree. Tampoco tiene noticias de Nansen.

En vista de esto, lo más acertado es acelerar la marcha todo lo posible, y el 15, á las tres de la madrugada, tomamos el camino de Noruega, siguiendo la costa occidental de Spitzberg.

Vamos penosamente impresionados por la falta de noticias, aunque sin sentir serios temores por nuestros compañeros desde que sabemos que la misión Jackson está en la tierra de Francisco José. Probablemente Nansen y Johansen han encontrado á los ingleses y no aguardan más que una ocasión para volver á Noruega. Pero si no han encontrado á la expedición de Jackson no cabe duda que ha debido ocurrirles algún accidente es, pues, de toda necesidad ir pronto en su socorro. Por consiguiente, si en Tromsø no tenemos noticias, estamos decididos á partir inmediatamente para la tierra de Francisco José en busca de nuestros amigos.

El 19, á las nueve de la mañana, están á la vista las montañas de Noruega, y el 20, á las dos de la madrugada, llegamos delante de Skjervö, una pequeña estación al Norte de Tromsø.

En cuanto fondea el *Fram* voy á tierra y me dirijo en seguida al telégrafo. A esa hora, naturalmente, está cerrado. Llamo fuertemente á todas las puertas. Asoma una cabeza por una ventana, gritando: «¿Qué hay? ¿Son horas estas de hacer semejante ruido?» —«Bien —contesté inmediatamente;—pero haga el favor de abrirme: vengo del *Fram*.» El telegrafista se viste apresuradamente, y no tarda en introducirme en su oficina. Le refiero en algunas palabras nuestra liberación y nuestro desencanto al llegar á Spitzberg sin saber la vuelta de Nansen.

«¡Ah! De Nansen puedo yo darle á usted noticias —respondió mi interlocutor.—Ha llegado el 13 de Agosto, á Vardö, y está actualmente en Hammerfest.

Hoy saldrá probablemente para Tromsø á bordo de un yate inglés.

—¡Cómo! ¿Ha llegado Nansen?» Y salgo de un salto á llevar la buena nueva á mis compañeros.

En celebridad de ese fausto suceso lanzamos hurras y disparamos salvas. La alegría es indescriptible.

A las diez de la mañana reanudamos nuestro viaje, y aquella misma noche anclamos en Tromsø. Al día siguiente el yate de sir Jorge Baden Powell, el *Otaria*, traía á Nansen y á Johansen. Después de una separación de diez y siete meses, todos los miembros de la expedición volvían á encontrarse reunidos.

CONCLUSIÓN

Actualmente no puedo ofrecer más que un resumen muy conciso de los frutos de la expedición polar noruega. Tan copiosa es nuestra cosecha de observaciones científicas, que el estudio de esos materiales por los especialistas no podrá publicarse tan pronto.

En primer lugar, hemos reconocido que el Océano que envuelve el polo, y en medio del cual se encuentra ese punto matemático, es muy profundo, y no una cuenca cubierta de una delgada capa de agua y sembrada de tierras y archipiélagos; como hasta aquí se creía. Es la continuación de los abismos que existen en el Atlántico entre Groenlandia y Spitzberg. La extensión de ese Océano no puede fijarse todavía con certidumbre. Según nuestras observaciones, se prolonga al Norte de la tierra de Francisco José, y es muy verosímil que abraza el mar situado al Este de las islas de Nueva Siberia. Los mayores fondos que encontró la *Jeannette* durante su marcha por la banca, ¿no fueron sondeados á medida que avanzaba hacia el Norte? Diversos motivos me inducen á creer que esos abismos oceánicos se extienden igualmente á una gran distancia hacia el Norte. En primer término, ni durante nuestra marcha en el *Fram*, ni en el curso de nuestra expedición por la banca, hemos observado nin-

gún indicio de la cercanía de una tierra importante. Por dondequiera, con especialidad en la dirección del polo, el hielo parecía moverse libremente. En segundo término, mientras que la brisa rechazaba con trabajo la banca hacia el Sureste, no bien, á la inversa, sopla un viento del Sur, la velocidad del movimiento hacia el Norte era muy rápida. A existir una tierra por esa parte, no hubiese dejado de detener el movimiento. En fin, las enormes masas de hielo flotante que marchan hacia el Sur, siguiendo la costa oriental de Groenlandia, vienen en apoyo de mi hipótesis. Bancas tan extensas no pueden provenir sino de un mar mucho más vasto que el que el *Fram* atravesó. Si nuestro buque, en vez de ganar las aguas libres al Norte de Spitzberg, hubiese seguido su viaje en el hielo, habría llegado á la vista de la Groenlandia oriental. Probablemente no hubiera podido acercarse á la costa, detenido en esa dirección por una grande capa de hielo. Ese hielo debe proceder de un mar situado al Norte del que nosotros hemos recorrido. Por el contrario, es muy verosímil que en la otra parte del polo, el archipiélago americano se prolongue hacia el Norte mucho más allá de las últimas tierras conocidas.

Uno de los principales frutos de nuestro viaje ha sido el descubrimiento del itinerario que siguen las bancas al través de la cuenca ártica desde el estrecho de Behring hasta el Atlántico. En vez del casquete de hielo macizo é inmóvil que los geógrafos colocaban alrededor del polo, hemos encontrado masas de hielo en perpetuo movimiento.

La marcha de los hielos polares es determinada en gran parte por los vientos. En el Océano Ártico de Siberia dominan las brisas del Sureste y del Este, y al Norte de Spitzberg las del Nordeste; por lo mismo, la

traslación de las bancas se efectúa en esas direcciones. Nuestras observaciones prueban, además, la existencia de una débil corriente en igual sentido.

Las observaciones hidrográficas realizadas por nosotros han conducido á sorprendentes resultados. Se creía hasta aquí que la cuenca polar estaba llena de agua fría, á una temperatura aproximada de $-1^{\circ},5$. Nosotros, al contrario, hemos descubierto, debajo de la capa superficial fría, espesas capas relativamente calientes (á veces la temperatura se eleva á $+1^{\circ}$) y de una gran salsedumbre. Esas aguas calientes y salobres proceden á todas luces de la corriente atlántica llamada *Gulfstream*, que se dirige al Norte y al Nordeste frente á Nueva Zembla y por la costa occidental de Spitzberg. Llegadas á las inmediaciones de esas tierras, se deslizan por debajo de la capa superficial más ligera y llenan las profundidades de la cuenca polar. La temperatura más alta que alcanzan se encuentra entre 375 y 450 metros; á medida que la profundidad aumenta, la temperatura decrece regularmente, para volver á elevarse cerca del fondo. Así, pues, las teorías sobre la circulación de las aguas oceánicas admitidas hasta aquí resultan modificadas en gran manera.

No puedo entrar por el momento en la discusión de nuestras numerosas observaciones magnéticas, astronómicas y meteorológicas.

Muchos problemas científicos hay aún sin resolver en las regiones polares, pero nuestra expedición ha levantado el velo de tinieblas que los envolvía, y permite ahora formarse una idea precisa de una parte de nuestro globo hasta aquí rodeada de misterios.

La obra no está más que bosquejada. Falta hacer aún numerosas é interesantes investigaciones, á que no

podrá darse cima sino en largos años de observaciones y merced á un nuevo viaje realizado en las mismas condiciones que el nuestro. Guiados por nuestra experiencia, los exploradores futuros podrán elegir un equipo mejor aún que el del *Fram*; pero un procedimiento de investigación preferible al nuestro no cabe imaginarle. A bordo de un buque sólido, como nuestro querido *Fram*, los naturalistas pueden instalarse tan cómodamente como en una estación de tierra, establecer allí sus laboratorios y emplear los instrumentos más delicados.

Confío en que semejante expedición se organizará dentro de un plazo próximo. Si parte del estrecho de Behring y se dirige hacia el Norte, ó, mejor, hacia el Nordeste, me sorprendería en extremo si no trajese observaciones mucho más importantes que las nuestras. Empresa de tal magnitud exigirá, naturalmente, una paciencia extraordinaria: una nueva expedición durará de seguro más que la nuestra y deberá ir muy bien surtida de material.

Nuestra exploración ha demostrado, por otra parte, que con escasos medios se puede obtener mucho. Si exploradores bien pertrechados se deciden á transformarse en esquimales y á contentarse con lo estrictamente preciso, será posible recorrer grandes distancias en regiones que hasta aquí se creían cerradas para la humanidad.

APÉNDICES

I

Nota sobre las plantas fósiles recogidas en los alrededores del cabo Flora.

Carta del profesor A. G. Nathorst al Dr. F. Nansen.

Las impresiones que más abundan en la colección de usted pertenecen á una especie de conífera, muy próxima al *Pinus Nordenskiöldü*, Heer, encontrada en las capas jurásicas de Spitzberg, de la Siberia oriental y del Japón. La serie de usted encierra igualmente hojas de otra especie de pino, impresiones de flores y fragmentos de una piña provista aún de algunas semillas. Una de ellas se parece á la del *Pinus Maakiana*, Heer, del jurásico de Siberia. Debo mencionar aún las impresiones de un *Taxites* de hojas anchas, semejante al *Taxites gramineus*, Heer (jurásico de Spitzberg y de Siberia). Sus hojas vienen á tener las mismas dimensiones que las del *Cephalotaxus Fortunei*, que existe actualmente en la China y el Japón. Es interesante asimismo ver en la colección de usted restos pertene-

cientes al género *Feildenia*, que hasta aquí no se ha encontrado más que en las regiones polares. Este género ha sido descubierto por Nordenskiöld en las capas terciarias del cabo Staratschin (Spitzberg) en 1868 y descrito por Heer con el nombre de *Torellia*. Posteriormente le recogió Feilden en los estratos terciarios de la bahía del Descubrimiento (Discovery-Bay), en la tierra de Grinnell, durante la expedición polar inglesa de 1875-1876. A consecuencia de ese hallazgo Heer sustituyó la denominación genérica *Torellia* por la de *Feildenia*, en atención á haberse atribuido ya la primera á moluscos. En 1882 he encontrado yo esta especie en las capas superiores del jurásico de Spitzberg. Las hojas se asemejan á las de una subespecie (*nageia*) del género actual *Podocarpus*.

El más bello ejemplar traído por usted, es una hoja completa de un pequeño *ginkgo*. Este género, caracterizado por hojas provistas de un verdadero tallo, no se encuentra hoy más que en el Japón, y representado por una sola especie. En época anterior existía bajo formas muy variadas y en gran número de regiones. Durante el período jurásico abundaba particularmente en la Siberia oriental. También se ha recogido en Spitzberg, en la Groenlandia oriental (Scoresby Sound) y en numerosas localidades de Europa. Durante el cretáceo y el terciario existía en la costa occidental de Groenlandia hasta los 70°. La hoja traída por usted pertenece á una nueva especie que se puede llamar *ginkgo polaris*, muy próxima al *g. flabellata*, Heer, del jurásico de Siberia. Presenta igualmente cierta semejanza con el *ginkgo digitata*, Lindley y Hutton, descubierto en las capas jurásicas de Inglaterra y de Spitzberg; sus hojas, sin embargo, son más pequeñas. Además de esta especie, la serie de usted encierra quizá

otra ú otras dos representadas por fragmentos de hojas pertenecientes al género *Czekanowskia* de la familia de los *ginkgo*.

Los helechos están muy pobremente representados. La colección de usted no contiene más que fragmentos de impresiones que se refieren á cuatro tipos distintos, cuyas especies es imposible determinar. Uno pertenece al género *cladophlebis*, común en el jurásico; otro recuerda el *thyrsopteris*, abundante en el jurásico de la Siberia oriental y de Inglaterra; el tercero, el *onychiopsis*, característico del jurásico superior. El cuarto parece poder referirse al *asplenium* (*Petruschinense*) descrito por Heer y procedente del jurásico de Siberia.

El predominio de las coníferas, la rareza de los helechos y la ausencia de las cicádeas dan á la flora fósil de la tierra de Francisco José una facies semejante á la de la flora jurásica superior de Spitzberg, aunque las especies son diferentes en los dos países. Como la flora fósil de Spitzberg, la de la tierra de Francisco José corresponde á un clima, si no muy cálido, mucho más templado, por lo menos, que el reinante actualmente en esas regiones. Los depósitos fosilíferos han debido efectuarse en las inmediaciones de un pinar. Hasta donde puedo juzgar por los ejemplares recogidos, es mucho más probable que esa flora pertenezca al jurásico superior que al jurásico medio.

II

CUADRO de las temperaturas medias observadas cada mes durante la marcha del «Fram» en la banca.

MESES	1893	1894	1895	1896
Enero.....	»	— 35°,7	— 33°,4	— 37°,3
Febrero.....	»	— 35°,6	— 36°,7	— 34°,7
Marzo.....	»	— 37°,3	— 34°,8	— 18°,7
Abril.....	»	— 21°,1	— 28°,7	— 18°,1
Mayo.....	»	— 10°,1	— 12°,1	— 10°,7
Junio.....	»	— 1°,4	— 2°,8	— 1°,7
Julio.....	»	+ 0°,2	+ 0°,26	— 0°,1
Agosto.....	»	— 1° 0	— 2°,5	+ 1°,1
Septiembre..	— 1°,6	— 8°,2	— 9°,5	— 9°,5
Octubre....	— 18°,4	— 22°,5	— 21°,2	— 21°,2
Noviembre..	— 24°,2	— 30°,8	— 30°,9	»
Diciembre..	— 29°,2	— 34°,9	— 32°,9	»

Cuadro de las temperaturas medias mensuales, observadas por Nansen y Johansen, durante su marcha hacia el Norte, su retirada y su invernada en la tierra de Francisco José.

MESES	Temperatura media.	Máxima.	Mínima.
Marzo (del 16 al 31), 1895....	— 38°, 8	— 22°, 8	— 46°, 1
Abril.....	— 28°, 9	— 18°, 9	— 37°, 2
Mayo.....	— 31°, 1	— 2°, 2	— 23°, 7
Junio.....	— 1°, 1	+ 3°, 3	— 12°, 6
Julio.....	0°	+ 2°, 7	— 2°, 2
Agosto.....	— 1°, 6	+ 2°, 2	— 7°, 3
Septiembre.....	— 6°, 6	+ 5°, 0	— 20°, 0
Octubre.....	— 18°, 3	— 8°, 8	— 25°, 0
Noviembre.....	— 25°, 0	— 12°, 2	— 37°, 2
Diciembre.....	— 25°, 0	— 11°, 1	— 38°, 3
Enero de 1896.....	— 25°, 1	— 7°, 2	— 43°, 3
Febrero.....	— 23°, 3	— 1°, 1	— 40°, 0
Marzo.....	— 12°, 2	— 1°, 1	— 33°, 9
Abril.....	— 13°, 3	— 2°, 7	— 25°, 4
Mayo.....	— 7°, 6	+ 6°, 1	— 23°, 9
Junio (del 1 al 16).....	— 1°, 6	+ 3°, 7	— 5°, 0

Periodos durante los cuales el termómetro ha descendido á -40.º

AÑOS	ENERO	FEBRERO	MARZO	NOVIEMBRE	DICIEMBRE
1894	11 al 12 14 al 15 27 al 29	3 al 7 11 al 19 23 al 24	5 al 15 17 al 19 25 al 26	14 al 15 » »	8 al 10 17 al 18 30 al 1.º En.
1895	14 al 18 23 al 26 »	9 al 10 13 al 16 18 al 22	19 al 23 26 al 28 »	20 al 23 » »	7 al 8 » »
1896	29 Dic. al 18 En. »	4 al 9 11 al 20	4 al 5 »	» »	» »

Temperaturas medias durante veinticuatro horas en cada uno de esos periodos.

AÑOS	ENERO	FEBRERO	MARZO	NOVIEMBRE	DICIEMBRE
1894	- 38º,2 - 39º,6 - 40º,3	- 44º,7 - 41º,9 - 39º,2	- 44º,4 - 43º,2 - 40º,1	» - 41º,3 »	- 40º,4 - 38º,5 - 41º,5
1895	- 40º,6 - 43º,5 »	- 40º,8 - 41º,7 - 40º,2	- 39,9 - 38,7 »	» - 40º,6 »	» - 39º,7 »
1896	- 43º,2 »	- 40º,6 - 41º,8	- 37º,6 »	» »	» »

FIN

INDICE

	Págs.
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I.—La partida.—Kabarova.—El mar de Kara.— El cabo Cheliuskfn.—La entrada en la banca.....	17
CAP. II.—La primera invernada.....	38
CAP. III.—La primavera y el verano en medio de la banca.	80
CAP. IV.—El segundo otoño en la banca.....	99
CAP. V.—El segundo invierno en la banca.....	116
CAP. VI.—Al través de la banca.....	129
CAP. VII.—Retirada hacia la tierra de Francisco José....	141
CAP. VIII.—La lucha por la vida.....	151
CAP. IX.—Tierra á la vista.....	169
CAP. X.—Invernada en la tierra de Francisco José.....	191
CAP. XI.—El regreso.....	222
CAP. XII.—La marcha del <i>Fram</i> desde el 15 de Marzo de 1895, según el capitán Otón Sverdrup.....	256
CONCLUSIÓN.....	271
APÉNDICES	
I.—Nota sobre las plantas fósiles recogidas en los alrede- dores del cabo Flora.....	275
II.—Cuadro de las temperaturas medias observadas cada mes durante la marcha del <i>Fram</i> en la banca.....	278
Cuadro de las temperaturas medias mensuales, observa- das por Nansen y Johansen, durante su marcha hacia el Norte, su retirada y su invernada en la tierra de Francisco José.....	278
Períodos durante los cuales el termómetro ha descendido á —40°.....	279
Temperaturas medias durante veinticuatro horas en cada uno de esos períodos.....	279

VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

- | | |
|--|--|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. Jorge Sand, por Zola, 1 peseta. 2. Víctor Hugo, por ídem, id. 3. Balzac, por ídem, id. 4. Alfonso Daudet, por ídem, id. 5. Sardou, por ídem, id. 6. Dumas (hijo), por ídem, id. 7. G. Flaubert, por ídem, id. 8. Chateaubriand, por ídem, id. 9. Goncourt, por ídem, id. 10. Musset, por ídem, id. 11. El P. Coloma por E. Pardo Bazán, 2 pts. 12. Núñez de Arce, por M. y Pelayo, 1 peseta. 13. Ventura de la Vega, por Valera, ídem. 14. Teófilo Gautier, por Zola, ídem. 15. Hartzbusch, por Guerra, ídem. 16. Cánovas, por Campoamor, ídem. 17. Alarcón, por E. P. Bazán, ídem. | <ol style="list-style-type: none"> 18. Zorrilla, por Fernán-Flor, ídem. 19. Stendhal, por Zola, ídem. 20. M. de la Rosa, por M. y Pelayo, ídem. 21. Ayala, por J. O. Picón, ídem. 22. Tamayo, por Fernán-Flor, ídem. 23. Trueba, por Bezorro de Bengoa, ídem. 24. Lord Macaulay, por Gladstone, ídem. 25. Sainte-Beuve, por Zola, ídem. 26. Concepción Arenal, por Pedro Dorado, ídem. 27. Heine, por Teófilo Gautier, ídem. 28. Ibsen, por L. Passarge, ídem. 29. Taine, por Bourget, 50 céntimos. 30. Bretón, por Molins, 1 peseta. 31. Campoamor, por E. Pardo Bazán, ídem. 32. Fernán-Caballero, por Asensio, ídem. 33. E. Zola, por Maupassant y Aleixs, ídem. 34. Mouton Mérinos, por Bergeret, ídem. |
|--|--|

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

- | | |
|--|---|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer. 2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla. 3. Tolstoy, Marido y mujer. 4. Wagner, Recuerdos de mi vida. 5. Tolstoy, Dos generaciones. 6. Goncourt, Querida. 7. Tolstoy, El Ahorcado. 8. Turgeneff, Humo. 9. Zola, Las Veladas de Médan. 10. Tolstoy, El Príncipe Nekhli. 11. Goncourt, Renata Mauperin. 12. Barbey, El Dandismo. 13 y 14. Daudet, Jack. 15. Tolstoy, En el Cáucaso. 16. Turgeneff, Nido de hidalgos. 17. Zola, Estudios literarios. 18. Cherbuliez, Miss Rovel. 19. Renán, Mi infancia y mi juventud. 20. Tolstoy, La Muerte. 21. Goncourt, Germinia Lacerteux. 22. Daudet, La Evangelista. 23. Zola, La Novela experimental. 24. Flaubert, Un corazón sencillo. 25. Turgeneff, El Judío. 26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo. 27. Stuart Mill, Mis memorias. 28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos. | <ol style="list-style-type: none"> 30. Zola, Mis odios. 31. Dostoyusky, La Casa de los muertos. 32. Zola, Nuevos estudios literarios. 33. Dostoyusky, La Novela del presidio. 34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol. 35. Zola, Estudios críticos. 36 y 37. Campe, Historia de América. 38. Daudet, El Sitio de Paris. 39. Asensio, Pinzón. 40. Cherbuliez, Amores frágiles. 41. Heine, Memorias. 42. Ferri, Antropología criminal. 43. Ibsen, Casa de muñeca. 44. Goncourt, La Elisa. 45. Lombroso, Antropología y psiquiatría. 46. Daudet, Novelas del lunes. 47. Turgeneff, El Rey Lear de la Estepa. 48. Tolstoy, Los Cosacos. 49. Sainte-Beuve, Tres mujeres. 50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro. 52. Tolstoy, Iván el imbécil. 53. Ibsen, Los Aparecidos. 54. Balzac, Eugenia Grandet. 55. Ramillete de cuentos. 56 y 57. Renán, Memorias íntimas. 58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX. 59. Daudet, Cartas de mi molino. |
|--|---|

60. Turgueneff, Un de esperado.
61. Goncourt, La Faustín.
62. Balzac, Papá Goriot.
63. Tolstoy, El Canto del cisne.
64. Coppée, Un idilio.
65. Caro, El Suicidio y la civilización.
66. Taine, Filosofía del arte.
67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.
69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas.
70. Sofía Gay, Salones célebres.
71. Tolstoy, El Camino de la vida.
72. Lombroso, El Hipnotismo.
73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.
74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.
75. Tolstoy, Placeres viciosos.
76. Balzac, Ursula Mirouet.
77. Tolstoy, El Dinero y el trabajo.
78. Schopenhauer, Estudios escogidos.
79. Campoamor, Doloras y humoradas.
80. Turgueneff, Primer amor.
81. Tolstoy, El Trabajo.
82. Tesoro de cuentos.
83. Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.
84. Sardou, La Perla negra.
85. Tolstoy, Mi confesión.
86 y 87. Zola, El Doctor Pascual.
88. Kropotkin, La Conquista del pan.
89. Turgueneff, Aguas primaverales.
90. Tolstoy, Los Hambrientos.
91. Cherbuliez, Paula Meré.
92. Ferrán, Obras completas.
93. Cherbuliez, Meta Holdenis.
94. Tolstoy, ¿Qué hacer?
95. Idem, Lo que debe hacerse.
96. Taine, El Arte en Grecia.
97. Turgueneff, Demetrio Rudín.
98. Gautier, Las Bombas prusianas.
99. Lubbock, La Vida dichosa.
100. Daudet, Tartarín en los Alpes.
101. Taine, El Ideal en el arte.
102. Caro, Costumbres literarias.
103. Taine, Nápoles.
104 y 105. Idem, Roma.
106. Idem, Florencia.
107. Idem, Venecia.
108. Idem, Milán.
109. Tarde, Estudios penales y sociales.
110. Barbey d'Aureville, Venganza de una mujer.
111. Balzac, César Birotteau.
112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.
113. Tolstoy, Mi infancia.
114. Arnold, La crítica en la actualidad.
115. Tolstoy, Fisiología de la guerra.
116. Varios autores, Cuentos escogidos.
117. Tolstoy, La Escuela Yasnaia Poliana.
118. P. Merimée, Colomba.
119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.
120. Barbey, Las Diabólicas.
121. Gautier, Nerval y Baudelaire.
122. Sainte-Beuve, Retratos de mujeres.
123. Turgueneff, El Reloj.
124. Barbey d'Aureville, Una historia sin nombre.
125. Daudet, Cuentos y fantasías.
126. Tolstoy, Mi juventud.
127. Caro, Littré y el positivismo.
128. Zola, Los Hombros de la marquesa.
129. Goncourt, La Señora Gervaisais.
130. Baudelaire, Los Paraísos artificiales.
131. D'Aureville, La Hechizada.
132. Gautier, Madama de Girardín y Balzac.
133. Merimée, Mis perlas.
134. Tcheng-Ki-Tong, La China contemporánea.
135. Lombroso, Últimos progresos de la Antropología.
136. Stendhal, El Amor.
137. Turgueneff, Padres é hijos.
138. Stendhal, Curiosidades amatorias.
139. Turgueneff, La Guillotina.
140. Caro, El Derecho y la fuerza.

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas. — La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcofurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas. — El visitador del preso, 3 pesetas. — El Delito Colectivo, 1,50 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 ptas.
- Bossier.**—Cicerón y sus amigos. — Estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pesetas.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwächter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas. — La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 pesetas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, dos tomos, 15 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas. — El Reformatorio de Elmira (Estudio de Derecho penal), 8 ptas.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas. — La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas. — Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 ptas.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, dos tomos, 15 pesetas.
- Gabba.** Derecho Civil Moderno, dos tomos 15 pesetas.
- Garnett.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas. — Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas. — La superstición socialista, 5 pesetas.
- Giddins.**—Principios de Sociología, 10 ptas.
- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 pesetas.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas. — Historia de la Pompadour, 6 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumpłowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas. — Lucha de razas, 8 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 ptas.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stolvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Kriger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
- Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 pesetas.
- Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, tres tomos,
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
- Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización Administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ptas.
- Murray.**—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas. — Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 8 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas. — El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.
- Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas. — La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La Teoría positiva de la complicidad, 5 ptas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 pesetas. — La Moral, 7 pesetas. — La Beneficencia, 6 pesetas. — Las instituciones eclesíásticas, 6 pesetas. — Instituciones sociales, 7 pesetas. — Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas. — El Organismo social, 7 pesetas. — El Progreso, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. — De las Leyes en general, 8 pesetas. — Ética de las prisiones, 10 pesetas. — Los Datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas. — Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 10 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.
- Sudermann.**—El Deseo, 3,50 pesetas.
- Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la literatura inglesa contemporánea, 7 pesetas. — Los orígenes de la historia de la literatura inglesa, 7 pesetas. — La Inglaterra, 7 pesetas. — Notas sobre París, 6 pesetas.
- Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La Criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales v sociales, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres Campos y Vida). — La Nueva Ciencia jurídica, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.
- Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bancos, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Bela, Uña y Sarthou, etc.). — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
- Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
- Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wolf.**—La Literatura castellana y portuque-

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XII

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extranjeros, la luz todos los meses en tomos de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.—Fuera de España un año, cuarenta francos.—El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriben después, se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la Cuesta de San Domingo, 16, Madrid.

Director: J. LÁZARO

OBRAS RECIEN PUBLICADAS

Por la Administración de LA ESPAÑA MODERNA

Sudermann, El Deseo, 3,50 pesetas.—**Castro**, El Libro de los galicismos, 3 pesetas.—**Macaulay**, La Educación, 7 pesetas.—**Spencer**, Los Datos de la Sociología, dos volúmenes, 12 pesetas.—**Giddings**, Principios de Sociología, 10 pesetas.—**Murray**, Historia de la literatura griega, 10 pesetas.—**Korolenko**, El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.—**Krüger**, Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.—**Mommsem**, Derecho Romano, 12 pesetas.—**Darwin**, Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos), 15 pesetas.—**Spencer**, Las Inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—**Buisson**, La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.—**Gabba**, Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (dos tomos), 15 pesetas.—**Dowden**, Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.—**Macaulay**, Vida, memorias y cartas (dos tomos), 14 pesetas.—**Turgueneff**, Tierras vírgenes, 5 pesetas.—**Garnett**, Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.—**Nietzsche**, Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—**Westermarck**, El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.—**Taine**, Notas sobre París, 6 pesetas.—**Boissier**, Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.—**Nansen**, Hacia el Polo, 6 pesetas.

OBRAS DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

Fitzmaurice Kelly, Historia de la literatura española.—**Carlyle**, Historia de la Revolución francesa.—**Gosse**, Historia de la literatura inglesa.—**Aston**, Historia de la literatura japonesa.—**Emerson**, Hombreres simbólicos.—La Ley de la vida.—Estudios.—Sociedad y soledad.—El carácter inglés.—Ensayo sobre la naturaleza.—Discursos y lecturas.—**Menger**, El Derecho al producto íntegro del trabajo.—**Kropotkin**, Campos, talleres y fábricas.—**Taine**, Historia de la literatura inglesa.—Los filósofos clásicos del siglo XIX.—Los orígenes de la Francia contemporánea.—**Sohn**, Derecho privado romano.—**Mommsem**, Derecho penal romano.—**Aniel**, Diario íntimo.—**Sabatier**, Vida de San Francisco de Asís.—**Arnó**, Distinción entre las servidumbres rústicas y urbanas.—**Formiggini**, La Estimación en la celebración de los contratos.—**Schopenhauer**, El Mundo como voluntad como representación (segunda parte).—**Balfour**, Tratado de física.—**Lemcke**, Estética.—**Lombroso**, Medicina legal.—**Goncour**, La Du Barry.—La Duquesa de Chateaubou y sus hermanas.—**Antoine**, Curso de economía social.—**Gilón**, La Lucha por el bienestar.—**Leroy-Beaulieu**, Compendio de economía política.—**Mitta**, Método de Derecho Internacional privado.—**Gumplowicz**, Compendio de Sociología.—**Guyau**, La Moral in glesa contemporánea.—**Heine**, Alemania.



HASTA
EL FIN

D-1
189